



Mile Bluett

EL
DESTINO
DE UNA ROSA
INGLESA

Serie Romances Victorianos VI

EL DESTINO DE UNA ROSA INGLESA

Mile Bluett





Título: El destino de una rosa inglesa

Libro 6

Serie: Romances Victorianos

Autora: Mile Bluett

Primera edición: Abril, 2024.

©Mile Bluett, 2024.

Banco de imagen: ©Shutterstock ©Periodimages

Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción y la divulgación de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



Índice

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Epílogo](#)

[Nota de la autora](#)

[Próximamente](#)

[Mile Bluett](#)

[Agradecimientos](#)

Sinopsis

Serie Romances Victorianos VI

El destino de una rosa inglesa

Cuando su padre le informó, sin rodeos, a lady Laetitia Percy, que hizo los arreglos para su boda, sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal. Pudo advertir que, tras lo sucedido en la temporada anterior, no tenía escapatoria. ¿Podía o debía negarse?

Edgar Payne, lord Normanby, carece de suerte en el amor porque siempre escogió a la persona equivocada. Pero, al descubrir que pactaron su casamiento a sus espaldas, con una de las rosas inglesas que pululan en los salones de baile, se muestra reacio. Como si él precisase de alguna intervención para encontrar una compañera. Es un marqués y no necesita que nadie ponga orden en su vida.

Un matrimonio arreglado puede ser una bendición o el camino al desastre. Él no tiene paciencia ni interés por las debutantes. Ella es un reto que el caballero no está dispuesto a asumir.

Aunque ambos están renuentes a aceptar tal enlace, desvelar lo que guardan en lo profundo de sus corazones, ¿podría hacerlos cambiar de opinión?

Dedicatoria

Para las que se caen, pero se levantan a tiempo,
las que enfrentan la adversidad, lloran y siguen adelante, decididas a no permitir que nada
aniquile su sonrisa,
para las que se entregan, aunque el corazón termine roto y no por eso pierden la fe en otro amor,
para las que fortalecen el amor propio, la esperanza y confían en que un día recibirán un «te
amo» sincero,
para las que, tal vez, no lo recibirán nunca, pero les sobra templanza para tomar las riendas de su
vida y ser dueñas de su destino.
Tú eres dueña del tuyo, brilla desde lo profundo de tu ser.

Prefacio

Londres, junio de 1868

Por el amplio ventanal, se colaban los rayos del sol de aquella mañana de verano. El marqués de Normanby, cubierto solo por las sábanas de la lujosa cama, observó la cabellera oscura, desparramada sobre la almohada. Apreció el delicado aroma de la mujer que abrazaba por la espalda.

Ella despertó y se movió para quedar frente a frente. Sonrió, llena de satisfacción, hacía tiempo que un hombre no la dejaba exhausta cada vez que terminaban en el lecho. Remoloneó junto al distinguido marqués, que puso su mundo de cabeza. Disfrutó del delicioso contacto de su piel desnuda, contra el cálido torso varonil, apenas cubierto de vellos. Se sentía como una princesa protegida por sus fuertes brazos. Le encantaban sus maneras refinadas, su acento británico, la corrección y la elegancia que se adquirían desde la cuna, por pertenecer a una de las familias más antiguas de la nobleza. Todo era una aventura desde que lo conoció.

Normanby exhaló con fuerza. Cinco meses de aquel tórrido romance fueron suficientes para él, la certeza que sentía no le permitía titubear, estaba a punto de declararse... Su familia debía saber que pronto dejaría de ser uno de los solteros más cotizados de Londres, su corazón había vuelto a caer. Era insoportable mantener el secreto, y no poder compartir con sus seres queridos la felicidad que sentía. Por eso le puso remedio.

—Querida, creo que es importante que nos vistamos para desayunar —le susurró—. Hay algo que debo decirte. —Sentía que ya no podía esperar.

—Oh, Edgar, déjame dormir solo un poco más —murmuró somnolienta y volvió a cerrar los ojos; mientras se acercaba más a él y volvía a rendirse, seducida por su aroma masculino.

Él no pudo resistirse a complacerla. Y, mientras la contemplaba, recordaba cómo la conoció y terminaron en aquella situación comprometedora.

La temporada trajo una visitante a Londres muy interesante. Una rica americana que heredó un imperio de sus padres, proveniente del comercio. La joven era amiga de los Huntingdon, que arribó en febrero. La distinguida señorita Astor se hospedó en Mayfair en el hotel Ritz y no dejó de recibir invitaciones a los eventos más selectos de la alta sociedad. Los aristócratas no tardaron en quedar prendados de su belleza y su gracia. Edgar Payne, marqués de Normanby, no fue la excepción.

A sus treinta y cinco años, era consciente del revuelo que causaba entre las féminas; pero no era algo que le afectase, siempre tenía los pies bien puestos sobre la tierra. Si sus afectos hubiesen sido correspondidos a la edad acostumbrada, ya estaría casado y con hijos. Nadie se explicaba el misterio de su soltería. Edgar medía más de un metro con ochenta y cinco centímetros. Poseía ojos verdes oscuros que sonreían, aun cuando su boca no se curvaba. Tenía una piel blanquísima, que contrastaba con el cabello y la barba, poco tupida, del tono exacto de las castañas. Su nariz era un poco grande para la composición de su cara, pero sin resultar excesivamente prominente, detalle que le otorgaba cierto encanto particular.

Lo más destacable en él era que, si decidía mostrar su sonrisa, lo que sucedía bastante a menudo —a pesar de los dolores que callaba—, llenaba de dicha los corazones de matronas y señoritas casaderas. Sus perfectos hoyuelos lo dotaban de un encanto cercano, afectuoso, muy particular. Solía inspirar confianza hasta de desconocidos.

No solo por su físico, su título y su fortuna ocupaba el primer lugar en las listas de las casamenteras. Lo que lo diferenciaba del resto de los solteros era su carácter. La definición por excelencia de un caballero: correcto, educado y, en gran medida, amable con quienes lo rodeaban. Tenía un aura especial, a todos les simpatizaba, incluso a los de su género.

Así que la señorita Astor no tardó en descubrirlo en medio de la turba que trató de cautivarla. Edgar disimuló su interés, fue más discreto que el resto y no la abordó de manera insistente. Solo la invitó a bailar una vez, sin abrumarla con halagos o fastidiosas pretensiones.

Ambos sintieron el flechazo y decidieron explorar más allá. No hicieron pública la simpatía. Aunque la atracción fue mutua y tan apasionada como la erupción de un volcán, no se apegaron a las reglas de un cortejo bien encaminado. Todo fluyó de otro modo, distinto a las anteriores incursiones de Edgar en el amor.

La noche que se conocieron y fueron presentados, después de pedirle el baile, él cayó hechizado ante el atractivo de la señorita. En ese mismo evento, terminaron por «accidente» en la terraza y se besaron con un calor similar al del fuego. Edgar fue dominado por la curiosidad y sin importarle el decoro se sumergió en lo que esa relación le ofrecía. Sus decepciones amorosas del pasado le habían dejado un hueco en el pecho, donde habitaba un corazón roto, así que ya no quiso adherirse a la decencia ni a ningún precepto moral que contempló en el pasado.

Se lanzó a los brazos de la pasión, como lo haría un hombre por un acantilado cuando ya no encontraba otra salida. Y se aferró a esos instantes, llenos de ardor, que le devolvieron la fe en el supremo sentimiento.

Pero, aunque el caballero quiso dar muestras de su intención de llevar el cortejo a un plano formal, la señorita Astor insistió en que la admiración entre ambos fuese manejada con total discreción.

En los grandes salones no compartieron más de un baile y charlas triviales, jamás a solas... Y en la privacidad de muchos momentos que atesoraban se permitieron ser ellos mismos.

Sin embargo, Edgar era un caballero y vivir un ardiente romance entre las sombras no podía durar para siempre, menos si en su amante encontró a la candidata ideal para esposa. Aunque su corazón estaba subyugado por completo, el honor le exigía subir al siguiente escalón. La edad iba en aumento y la familia no dejaba de recordarle una realidad, necesitaba herederos.

Así que, cinco meses después, despertaron en la cama de esa habitación, tras hacer el amor como casi todas las noches. Edgar decidió que no podía seguir dilatando el momento de expresar lo que guardaba en su anhelante pecho.

Y durante el desayuno, en la sala contigua, ya vestidos, bebieron champán y él, con solemnidad, se le acercó. Con gallardía, puso una rodilla sobre la alfombra persa. Los ojos de la señorita Astor se quedaron fijos en el rostro del apuesto marqués.

—Corinne, mi hermosa Corinne —comenzó el discurso que le dio vueltas en la cabeza durante todo el día anterior.

—¿Qué haces, Edgar? —se le escapó con sequedad, y se llevó la mano a la boca al darse cuenta de que su tono no era apropiado.

Él abrió una caja de terciopelo delante de su impávido semblante, un juego de collar, pendientes y anillo de diamantes brilló y se reflejó en la mirada de la joven. Edgar sonrió y era un poema.

—Doy el paso, salto con fe... Hermosa, jamás he sido tan feliz, ¿por qué no hacemos que dure para toda la vida?

—¿Qué te ha hecho pensar que yo...?

Corinne no era virgen, pero a él no le afectaba, ni siquiera preguntó sobre su pasado. La aceptó como una gran bendición, una que le dio felicidad cada hora que pasaron juntos. Sin importar que ante todos se trataran como dos simples conocidos, disimulando el fuego que los consumía de noche.

—Hemos resistido cinco meses, esto no es un romance fugaz. Le he hablado a mi tía acerca de ti, quiere conocerte.

—¿Que has hecho qué? ¿Pretendes destruir mi reputación?

—No le he dicho del trato que sostenemos, solo que nos agradamos, y que... Desde que mi madre murió, tía Marybeth ha ocupado ese espacio, aunque mamá será irremplazable. También le he comentado a mi hermano...

—Lo has arruinado... —Ya no contuvo su indignación, se preguntaba si estaría en boca de todos.

—Son muy discretos, jamás dirían nada que... —Su sonrisa comenzó a desvanecerse—. Además, no saben que nuestra relación es tan íntima. Corinne, serás mi esposa, nada de eso va a importar. Serás la marquesa de Normanby y... —No comprendía la reacción de ella, en su mente iba a mostrarse emocionada y darle un «sí» definitivo.

—No has entendido nada. Oh, Edgar, mi pobre Edgar...

—¿Por qué me rechazas? ¿Por qué no soy apto? —indagó, sintiéndose miserable.

«Normanby eres un maldito idiota», pensó él. ¿Cuántas más decepciones iba a coleccionar?

Capítulo 1

¿Cómo sanar un corazón roto y recuperar la fe en el amor?

Goldenshadow Castle, Yorkshire, agosto de 1868

El duque de Clarence se hospedaba en el magnífico castillo de los condes de Allard con su familia. Esa mañana los hombres salieron muy temprano a los vastos campos de brezo para la cacería del urogallo rojo; pero su excelencia prefirió quedarse, tenía un asunto urgente que abordar con su hija mayor, uno que no podía esperar.

—Margene —le dijo a su esposa con un tono que denotaba gravedad—. Trae a Laetitia ante mi presencia. No podemos seguir aguardando.

Aquella cumplió con su misión. No tardó en encontrarla sola en una de las mesas dispuestas en los jardines. Se veía tan perdida.

—Querida, acompáñame —le pidió—. Tu padre nos espera.

—¿Sucede algo, madre? —le preguntó poniéndose de pie, sin dejar de abrazar a Tobias, su pequeño perro de tan solo año y medio de edad. Una cruz de terrier, originada en Yorkshire, justo donde se estaban hospedando.

Margene notó que su hija sufría, pero no pudo adelantarle nada. Era mejor que el patriarca tratara el importante tema con ella. Le pidió que la siguiera hasta una sala privada que los anfitriones les cedieron.

Al llegar, sin titubeos, el duque informó su resolución:

—Letty, se hicieron los arreglos para tu boda. Hemos encontrado a un estupendo candidato. Te casarás en cuanto acabe nuestra estancia en la casa de los condes de Allard.

Lady Laetitia Percy se abrazó aún más a su mascota tras escuchar a su padre. Sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal y una lágrima resbaló por su mejilla. Tobias la lamió. El duque se lo dijo sin rodeos y ella pudo advertir que, tras lo sucedido la temporada recién concluida, su progenitor dio un cambio radical. Y era indiscutible que ella también. ¿Podía o debía negarse?

—¿Me está queriendo decir que no regresaré a Kent con el resto de la familia? —inquirió preocupada por su destino, afectada de manera notable.

Laetitia creció en Kent rodeada de sus hermanos y disfrutando del cariño de su padre, el duque de Clarence, quien se ausentaba cada temporada social para cumplir con sus deberes parlamentarios en Londres.

La madre prefería quedarse con los hijos en la finca del emblema familiar, por lo que los viajes de la joven fueron escasos. Tenían trece vástagos que criar y solo la duquesa lograba apaciguarlos, las niñeras carecían de habilidades para controlarlos.

Por lo anterior, la presentación en sociedad de las hijas mayores se retrasó. La duquesa decidió posponer su regreso a Londres hasta que sus hijas fueran mayores y necesitaran casarse.

Cuando Laetitia cumplió dieciocho años, la edad de debutar, su madre se encontraba en estado de buena esperanza del último hijo, y su embarazo era avanzado, así que retrasaron el regreso a Londres otro año más, lo que se repitió a sus diecinueve. Luego, a los veinte, sucedió que muchos hijos traían grandes responsabilidades, y a veces se enfermaban cuando se acercaba el momento de viajar.

Así que la familia resolvió que, cuando Laetitia cumpliera veintiuno sería presentada junto a sus dos hermanas menores, de diecinueve y diecisiete, respectivamente. Después de todo, era un requisito por el que tenían que pasar, pero buscarle un esposo no les preocupaba. Su progenitor había arreglado su matrimonio desde antes del nacimiento, ya estaba prometida al hijo de un noble, quien no protestó por la demora. El joven de la misma edad que Laetitia usó muy bien esos años para continuar sus estudios.

Sin embargo, Laetitia no creció escuchando del compromiso con Jacob Peasly, su padre no le dijo nada hasta que cumplió veintiuno y ella, de carácter firme, se opuso rotundamente. Ya había entregado su corazón a John Thomas.

No quería desposar a un completo desconocido, solo porque su padre considerara que el joven era apropiado para ella. Rogó para que deshiciera ese acuerdo y escuchara la petición de John. No estaban en la época medieval para que la casaran sin tomar en cuenta su opinión.

Fue así como su vida fue en detrimento hasta terminar en la situación que, para ese instante, le hacía devanarse los sesos, porque no solo le robaba el sueño a ella, sino también a sus progenitores.

—No me casaré con nadie, soy la esposa de John Thomas —desafió a su padre.

—Oh, hija querida —soltó la madre y tuvo que cubrirse la boca para evitar lanzar un quejido cuando el llanto le llenó los ojos de lágrimas.

Laetitia no quería aceptar a otro que no fuese su enamorado de la niñez. Ellos crecieron juntos, se separaron cuando él fue a Eton y después a Oxford, pero cada periodo vacacional, burlaban el férreo control de sus familias para encontrarse en el límite entre las dos propiedades. Tanto así que, cuando los padres de ambos se opusieron a los deseos de comprometerse, John y ella dieron un paso más allá.

Se casaron en secreto hacía muy poco. Clarence trató de impedirlo, apareció al final de la ceremonia amenazando con anular el matrimonio. Arrebató a su hija de la iglesia para evitar que el esposo se la llevara a consumar la unión. Pero no contó con la osadía de la muchacha, quien desafió las normas para fugarse con John. Y terminaron juntos en una posada a las afueras de Londres.

A la mañana siguiente, cuando despertó de su sueño plácido, John le aseguró que saldría solo un instante y ya no volvió a verlo jamás.

—He dicho que desposarás a un caballero —ordenó el duque tratando de no perder los estribos.

—Es imposible, ya estoy casada —sostuvo con firmeza.

—No veo a John aquí reclamándote, como se esperaría de un abnegado y amoroso marido —continuó Clarence.

—Eso porque mi anterior prometido —dijo para referirse a lord Peasly, el hombre con

quien pactaron una alianza de matrimonio que al final se disolvió—, apareció para «rescatarme». Pero lo que en realidad hizo fue llevarme en carruaje y alejarme de John, quien ahora debe creer que lo abandoné.

—Peasly lo único que hizo fue intervenir para tratar de proteger tu honor, devolvarte a tu padre y salvar el buen nombre de tu familia. Avergonzado, tuve que disolver el compromiso con él. No podía permitir que el caballero te desposara. Ya conocía tu desventura, el escándalo acabaría con la reputación de la familia.

—Mi honor y el buen nombre de la familia estarían a salvo si aceptaras mi unión con John.

El padre negó.

—Hija, recapacita —suplicó la madre—. El duque de Norfolk —añadió para referirse al mejor amigo de su esposo—, vio abatido a tu padre y fue su soporte en este mal trago. Una cosa llevó a la otra y Norfolk terminó siendo su segundo en un duelo para reparar el honor dañado por la afrenta de John Thomas.

—Oh. Gracias a Dios está bien, padre —agregó afligida ante lo que pudo suceder. Entonces, recordó que lo último que supo de John fue que se recuperaba en sus tierras de un asalto sufrido en Londres. ¿Era una fachada? Temió lo peor—. ¿Usted hirió a John? ¿Por eso él regresó a Kent antes de que terminase la temporada?

—Tu padre no se enfrentó a Thomas, fue el conde de Leeds quien ocupó su lugar —continuó Margene para referirse al progenitor del joven—. Alegó que asaltaron y lastimaron a su hijo. No sabemos si es cierto o solo se refugia en Kent como un cobarde.

—Norfolk no hizo preguntas sobre la falta —manifestó molesto el padre, decidido a obligarla a contraer nupcias—, pero ató cabos y supongo que intuyó lo sucedido. La disolución de tu compromiso con lord Peasly, el duelo, el hermetismo... Además, John tiene fama de libertino.

Laetitia, apenada, bajó los ojos.

Su padre se lamentó para sus adentros. Fue una suerte terrible que las tierras de Clarence colindaran con las del padre de John y que las muchachas Percy quedaran a merced de este último, quien tenía una labia encantadora y se prendó de Laetitia, siendo correspondido con rapidez.

—Norfolk me ha ofrecido una solución —siguió explicando el duque—. Su hermano por parte de madre es soltero aún y un estupendo partido. También es un buen hombre y podría reparar el daño.

—No, padre. Por favor, no —suplicó temiendo que no se libraría del plan que idearon para alejarla de John.

—El marqués de Normanby se ha resignado a la soltería. Norfolk había agotado los recursos para convencerlo de desposarse. Pero al intuir nuestro infortunio, nos ha ofrecido un acuerdo nada despreciable. A mi amigo le parece que Laetitia posee suficiente ingenio y belleza como para sacar a Normanby del caparazón donde se ocultó desde su última decepción amorosa.

—No, definitivamente no. No sé qué problema tenga ese caballero, pero soy una dama casada, no puedo ayudarlo —se rehusó Laetitia—. Además, usted cometería una atrocidad si me obliga a casarme con alguien más.

—Estoy desesperado, tanto como para aceptar la propuesta de mi amigo. Norfolk y yo hemos cerrado el trato. No hay vuelta atrás. —Así que con la decisión tomada, no le quedó más remedio que convencer a su hija.

La muchacha sentía que vivía su peor pesadilla. ¿Dónde estaba John? ¿Por qué no estaba ahí tratando de convencer a su padre y llegando a un acuerdo? ¿Cómo era posible que no estuviese reclamándola?

—¿Usted le ha contado a mi nuevo prometido mi supuesta vergüenza? No deseo recibir su rechazo cuando sepa que... ¿Conoce mi situación? —le preguntó a su padre, temerosa.

Laetitia era valiente, pero su caída drástica la estaba haciendo titubear. Su padre se oponía al matrimonio con John, y sabía que cuando se lo proponía su progenitor usaba su poder para salirse con la suya. ¿Podía un duque anular un matrimonio consumado?

—Ellos se ofrecieron para que mi casa no caiga. Él solo desea una esposa, no los detalles, hija. Pronto estarás verdaderamente casada.

Laetitia eligió no escuchar la última frase y continuó indagando.

—¿Él pidió casarse conmigo o su excelencia, el duque de Norfolk, fue quien resolvió lo del compromiso?

Ella creyó que si desafiaba lo estipulado por su padre, este iba a reconsiderar su decisión.

—Ambos —mintió. Normanby supo lo sucedido y se oponía por completo.

—¿Y ha aceptado? No lo entiendo. —Todos sus esfuerzos por alejarse de un matrimonio arreglado fueron en vano. Había terminado en otro. Quizás este nuevo prometido era peor, ¿por qué la aceptaba mancillada?

—Sí. —Volvió a mentir para ganar tiempo. Norfolk le aseguró que convencería a su hermano.

Fue inútil su resolución de apoderarse de su destino, conocer a un hombre maravilloso, enamorarse. Tampoco sirvió de nada, casarse a escondidas. Menos, consumir la unión, para disuadir a su padre de obligarla a contraer matrimonio con alguien a quien jamás iba a llegar a amar.

—No hagas más preguntas, Letty. Solo prepárate para casarte cuando llegue el momento.

El hombre se fue, dejándolas a solas. Nada le haría cambiar de opinión.

Laetitia, anegada en llanto, recurrió a su madre para volverla su aliada. Era una tarea difícil. La duquesa había fantaseado con ver a su hija casada con el barón toda la vida. El pretendiente fue remplazado, nada más y nada menos, que por un marqués, alguien superior al anterior prometido en la escala social. Lord Normanby, un hombre del que solo escuchó buenas referencias como caballero, como ser humano, como familia.

Para la duquesa, renunciar a la posición que esa unión prometía era inadmisibles, más cuando después de Laetitia le quedaban doce hijos por casar. Además, el parentesco con el duque de Norfolk sentaría las bases para que todos sus demás hijos hicieran estupendos matrimonios y, además, iba a salvarlos de la ruina moral.

—Por favor, madre, se lo suplico. Ayúdeme a convencer a mi padre.

—Laetitia, me pides algo imposible. Si después de lo ocurrido, Norfolk y su hermano te han

dado una oportunidad, debemos continuar hacia adelante.

—Pero yo amo a Thomas —replicó obstinada.

—John Thomas está comprometido con la única heredera de un importante dueño de una naviera americana, Louise Phelps —confesó la duquesa al fin. Se lo guardó para no hacer sufrir más a Laetitia, pero sería la única forma de que abriese los ojos de una vez—. Es el segundo hijo de un conde, su futuro matrimonio le ofrece perspectivas muy distintas a la dote que pretende entregar tu padre.

—Mi dote es bastante generosa —se aferró todavía más, a pesar de lo escuchado.

—Pero no se compara con una naviera a sus pies. El padre de John es el principal detractor de tu casamiento —le aseguró Margene.

—No importa que lord Leeds se oponga, John me quiere. Estamos casados. Ahora mismo podría estar esperando un hijo suyo.

—¿Un bastardo? —La madre no pudo evitar derramar más lágrimas y acompañarlas de los quejidos que contuvo hasta ese instante.

—No, nuestro hijo será legítimo...

La fuerza con que defendió su postura puso a su madre a temblar.

—¿Tu sangre no ha bajado? —inquirió Margene con un suspiro contenido—. Porque el duque ha aceptado que desposes a Normanby, pero ha exigido que esperes el tiempo indicado para asegurar que no has engendrado una criatura. Un hijo de otro hombre te hará perder la única probabilidad que tienes de salvar tu honor.

—¿Entonces sabe?

—No lo dijo palabra por palabra, pero ha exigido un tiempo de rigor antes del matrimonio. Tu padre ha sacado conclusiones.

Laetitia elevó los ojos al cielo y agradeció por el milagro. Su hijo era su salvación. El marqués la rechazaría, por una parte. Por otra, en cuanto la familia de Thomas supiese de su existencia tendrían que aprobar el matrimonio. Necesitaba ver a John, contarle lo que estaba sucediendo con ella. Su enamorado la protegería ante el destino que sus padres querían imponerle.

La duquesa no tuvo más remedio que comunicarle a su esposo lo que su hija le acababa de revelar. La voz le tembló en todo momento cuando lo enfrentó en la habitación que compartían. El hombre estaba inmerso en sus asuntos, pero cuando ella pronunció aquellas palabras dejó todo para prestar atención.

—Las posibilidades de salvar a Laetitia del escarnio social se nos van de las manos —dijo Margene. La joven no lo sabía, pero su padre se había jugado hasta la última carta tratando de obligar a John Thomas a responder cuando disolvió el compromiso con lord Peasly. Intercedió en nombre de su hija ante el conde de Leeds, y ante la negativa se citó en el campo de honor con el caballero—. Me ha dicho que existe una posibilidad de que esté esperando una criatura.

—Por Dios. ¡Laetitia va a arruinarnos! —gritó desesperado golpeando la superficie lisa del

escritorio de la habitación.

—Nuestra pobre hija fue engañada por John Thomas.

—Debí ir a Kent y matarlo o vengarme de su padre en el duelo. ¿Por qué erré en el disparo?
—Hablaba con su esposa, pero parecía que dialogaba consigo mismo.

—Por favor, no insistas. Los duelos son ilegales. Por fortuna no estás en la cárcel, ni herido o, peor, muerto. —El pánico ante la última posibilidad se reflejó en la cara de la duquesa.

—¿Cómo pudo hacernos esto? Espero que Thomas se case con la americana y se vaya lejos. Si lo vuelvo a tener frente a mí, no respondo de mis actos. La boda no fue real, esposa, solo una treta que usó el libertino para llevarla a la cama. El religioso tan solo era un actor —repitió lo que le reveló a su mujer la noche que rescató a su hija de los brazos del traidor.

—Pero ella no sabe que la boda fue un fraude. ¿Le dirás? Tengo miedo de que cometa una locura. Prefiero que nos culpe a nosotros por imponernos a esa unión, pero que su corazón no se rompa por completo. Defiende con tanto ímpetu ese sentimiento.

—Es una farsa, mujer, y como tal debemos desenmascarar al maldito de Thomas.

—Pobre de nuestra hija. Tal vez deberías decirle la verdad, pero si descubre que fue vilmente engañada caerá en un pozo de decepción de donde temo que no saldrá jamás. Prefiero su ofuscación, su lucha... Cuando conozca a su prometido, sé que se enamorará de él. Normanby es... el caballero que toda madre desea para su hija. Esta temporada en Londres no escuché otra cosa. No solo es de buen ver, noble y rico, tiene un gran corazón y ha quedado demostrado. ¿Le contarás la verdad a Laetitia, aunque la hagas sentirse miserable?

—No puedo —musitó apesadumbrado. Su esposa tenía razón. Laetitia sentiría que no poseía los atributos necesarios para ser correspondida con la misma fuerza que apostaba sus sentimientos por Thomas.

—Sé que solo así entenderá que no eres su enemigo. Pero ella sigue suspirando por Thomas. Cree que tú la apartaste del hombre que la ama con la misma pasión. Pobre pequeña, engañada por el primero al que decide entregarle su corazón. Despreciada por ese sinvergüenza.

Las lágrimas de la duquesa rodaron por sus mejillas y el duque se sintió débil. Reconoció la veracidad en las palabras de su esposa.

—Nuestra hija está obsesionada con ese canalla, conocer que solo la utilizó la destruirá por completo. No puedo causarle ese dolor. Cuando vi que Thomas la había mancillado, le di la oportunidad de casarse con Laetitia. Sin embargo, cuando su padre amenazó con sacarlo de su testamento si no se casaba con la heredera americana, se quedó de brazos cruzados. Tengo muchos hijos, y mi primer varón heredará el grosor de la fortuna familiar así como el título. La prometida de Thomas es hija única. Él sabe que heredará la naviera, y ni la pasión que lo movió para arruinar a Laetitia será suficiente para apartarlo de la fortuna que casi tiene en las manos.

—Entonces la última esperanza de salvar a la familia recae en Normanby —sentenció la duquesa.

Capítulo 2

Un lacayo le hizo llegar una nota esa mañana a Normanby. Era un citatorio de su hermano, lo miró sin mucha curiosidad. Muy típico del duque. Aunque se le hizo extraño que Norfolk no asistiera con los demás caballeros a la cacería. Era apegado a las normas y los protocolos de la aristocracia, y acudieron a Goldenshadow Castle para cazar y congeniar con la alta nobleza. ¿Y se estaba perdiendo lo mejor? A diferencia de él, a quien no le interesaba tanto disparar a aves indefensas y prefería montar a caballo o sostener una agradable conversación durante esos eventos.

Aún se preguntaba por qué demonios aceptó la invitación al evento de cacería. Quizás intentaba olvidar, simplemente olvidar que Corinne pasó como un maremoto, arrasando su paz por completo: rápida e implacable. Dos meses después no conseguía borrar la huella que dejó en su cuerpo y en su corazón.

Guardó el papel en uno de los bolsillos de su chaqueta y se despidió de las damas con las que justo estaba hablando. La cita fue el escape perfecto de la encerrona que acababan de hacerle su tía Marybeth y la distinguida lady Abbott, conocida por sus dotes de casamentera y que llevaba varias temporadas intentando emparejarlo con alguien sin éxito.

—¿Tienes que irte, sobrino? —preguntó desilusionada Marybeth, vizcondesa viuda.

—Desmond ha solicitado mi presencia y con tanta formalidad que imagino que es algo importante —se escudó.

—Lord Normanby, si su excelencia lo ha requerido debe acudir a su encuentro, pero no olvide nuestra conversación pendiente. ¿Qué le parece si lo retomamos después de la cena? —Lady Abbott no se daba por vencida—. Aprovecharé este tiempo para concluir una lista que lo complacerá gratamente.

—¿Una lista? —Simuló parecer desubicado, pero sabía lo que aquellas tramaban.

—De encantadoras solteras que no deben seguir esperando por la llegada de su príncipe azul, existiendo un candidato tan a la altura de las expectativas de la más exigente señorita —aguijoneó lady Abbott «con sutileza».

—¡Oh, milady! —replicó Marybeth, convencida de que no parecían apropiados los cumplidos velados de la dama de más de cincuenta años, la que debería ser más recatada al dirigirse al marqués.

—Dulces damas, agradezco tan acuciante interés en mi soltería, así como en ponerle remedio. Sin embargo, les aseguro que no necesito ayuda en ese delicado asunto. —Solo su tía, que lo conocía bien, entendió que era una treta para librarse de la insistencia de la casamentera.

—¿Quiere decir que trae algo entre manos? ¿Pedirá la mano de alguna señorita? —A lady Abbott le brillaban los ojos como a una niña frente a una caja repleta de confituras.

—No me pida que vaya contra mis principios más férreos: la discreción —susurró llevando el índice al centro de los labios para indicar que guardaría silencio.

Marybeth rio por la travesura de su sobrino, a quien quería como a otro hijo. También

deseaba verlo casado y con hijos, no negaba que le preocupaba que los años seguían transcurriendo; pero Edgar tenía el poder de derretirle el corazón y convencerla de ponerse de su parte en la contienda que fuera. Siempre le daría su bendición en la decisión que tomase.

Con una reverencia se despidió de ambas por el momento y acudió ante el llamado.

Edgar era un caballero de recto proceder, ostentaba un título de marqués y un escaño en el Parlamento. Dedicó sus años a formarse para recibir el marquesado, después creyó enamorarse de una dama encantadora, pero ella eligió a otro pretendiente, a pesar de que estuvieron a punto de comprometerse. La decepción lo lastimó demasiado y tardó años en recuperarse. Cuando logró salir a flote a sus puertas volvió a tocar el amor, otra joven también fascinante, pero el corazón de la dama ya había hecho su elección.

A Edgar le dolió mucho, pero lo aceptó mejor que la primera vez. Aunque poseía un atractivo considerable, nunca puso los ojos en la mujer adecuada, y a causa de sus terribles elecciones, su corazón terminó roto.

Entonces buscó una candidata que ofreciera mayor seguridad. Una conquista que prometía amor, noches ardientes, compañía, complicidad y una familia. Pero el golpe que su alma recibió tras el rechazo de Corinne fue sin precedentes. No sabía que se podía llorar tanto tras una desilusión.

Juró alejarse para siempre de cualquier sentimiento que lo hiciera quedar vulnerable: sobre todo el amor.

El despecho lo volvió reservado, orgulloso y precavido. Ya no quiso volver a entregarse y correr riesgos. Tenía una familia encantadora compuesta por su tía, su hermano, su primo y muchísimas sobrinas. También trazó planes para su futuro, donde ya no estaba contemplado el matrimonio.

Era su pasado y nada lo podía cambiar. Entró al salón para caballeros, donde solo estaba su hermano, quien lo miró con determinación.

Lo saludó inquisitivo. Aquel solo lo invitó a sentarse a su lado.

Desmond Howard, duque de Norfolk, por su parte, no pudo aceptar verlo renunciar a la paternidad, a la felicidad conyugal y a morir sin herederos. Como hermano mayor, le exigió buscar a una candidata y desposarse en varias ocasiones, no tenía un primo o familiar distante a quien heredarle el marquesado de Normanby. No podía permitir que el título regresara a la Corona y menos que se extinguiera.

Edgar logró librarse cada una de las veces. Pero esa última no pudo, su hermano supo cómo y con qué presionar, sin dejarle escapatoria.

—Te volverás viejo y tu título se extinguirá, no tienes a quien legarlo —atacó sin previo aviso. Le recordó, negando tras chasquear la lengua, sentado en una de las amplias butacas.

Norfolk no poseía heredero tampoco, era padre de cinco niñas, pero a diferencia de su hermano, tenía un primo paterno que podía sucederlo.

—No puedo casarme pensando solo en el título —contraatacó Edgar. Se puso de pie y se dirigió a una estantería donde había diversas botellas de las más selectas bebidas. Sirvió dos copas de brandy y le extendió una su hermano, quien se rehusó con un movimiento de la mano.

Norfolk era muy estricto en su proceder y a esa hora de la mañana no acostumbraba a

beber; menos cuando estaba enfrascado en un asunto serio: el futuro de Edgar lo era. Como el mayor de los hermanos, siempre se sintió responsable de los demás.

—Si no tienes a quien legarlo, deberías desposar a una mujer. ¿O dejarás que la memoria de tu padre se desvanezca? —Su tono era formal pero severo. Observó a su hermano sentarse de nuevo y mojarse los labios con el néctar ámbar. Norfolk siempre quiso a su padrastro, quien fue afectuoso con él. Sabía que Edgar idolatraba su memoria, así que le dio una estocada en el punto débil, y apretó con fuerza la incisión hasta obligarlo a ceder—. Tu padre no merece pasar a los libros de la historia como el penúltimo marqués de Normanby. Sus amadas tierras y su venerada sangre dejarán de ser un legado para sus descendientes. Con el paso del tiempo se extinguirá su recuerdo y caerá en el olvido todo lo que construyó, todo lo que heredó de sus ancestros y depositó en tus manos para pasarlo a la siguiente generación.

Edgar dio un sorbo y con el semblante impertérrito preguntó:

—¿Quién es ella, tu elegida?

La joven asistió a suficientes eventos durante la anterior temporada como para tal vez conocerla.

—Todo lo que tienes que saber es que vas a desposar a lady Laetitia Percy, la hija del buen amigo de tu hermano, el duque de Clarence —comunicó con suficiencia, como si pudiese remedio a un terrible mal.

—Parece que ya lo decidiste —observó con cautela, llevaba bastante tiempo lidiando con las exigencias del duque y siempre se salía con la suya; así que no tenía por qué exasperarse por la intromisión en un tema tan personal—. ¿Ese Clarence? ¿Esa lady Laetitia? ¡Oh, buen Dios! ¿Londres no puede ser más pequeño? —se quejó al final y apresuró el resto de su brandy.

—Es hermosa, tiene un ingenio que no te permitirá aburrirte y tengo entendido que no es una dama malvada. —Norfolk era un buen negociador, no en vano era uno de los duques más poderosos de la aristocracia y de trato cercano a la reina.

—Interesante descripción. —Edgar era astuto y lo que ocurría a su alrededor no le pasaba desapercibido. Varias veces su hermano y Clarence se reunieron para tratar temas en secreto—. ¿Ella ha cometido alguna indiscreción? —Sospechó. Si lo que temía era cierto, la prisa del padre por casarla se debía a que trataba de evitar el escándalo y el escarnio social, que se cernían como aves de rapiña sobre la cabeza del duque de Clarence. No tuvo reparos en llamar a las cosas por su nombre y oponerse con fervor a la imposición de su hermano—. Ya tuve bastantes decepciones... No volveré a ilusionarme con dama alguna que tenga los sentimientos puestos en otra persona. ¿O es que se enamoró de él, el prometido que la rechazó? Peasly.

—Nadie te pide que caigas rendido a sus pies. Pero si ya estás decidido a no casarte jamás, considera esa opción. Te dará hijos, te hará compañía. Tal vez con el tiempo crezca el afecto. Es atractiva, tú también. Es encantadora y tú, hermano mío, le agradas a todos.

—Les agradaba. Ya no soy el hombre que aún pretenden encontrar en mí.

—Puedes volver a ser el de antes. Sospecho que solo necesitas la compañía conveniente. Ella podría serlo. Conócela al menos, haz tu propio juicio de sus dones. Creo que la dama te gustará, es de tu estilo.

—¿Acaso tengo un estilo de mujer a la hora de enamorarme? —replicó mordaz.

—Una perfecta rosa inglesa, como las anteriores que te... —No terminó la frase, y por respeto se guardó: «que te rompieron el corazón»—. Salvo la señorita Astor...

—No, no la menciones... Fue mi mayor error. Una rosa inglesa sigue siendo una opción más confiable —manifestó sopesando la magnitud de sus decepciones.

—Si tú lo dices. Me alegra que me des la razón.

Edgar le clavó a Norfolk una mirada afilada. ¿Estaba dispuesto a hacer lo que fuere para verlo sometido al yugo matrimonial? Si las posibles candidatas le habían roto el corazón, ¿qué daño podría causar una esposa si terminaba embozado como con las otras damas y le entregaba su alma? ¡Nunca más! Se lo juró a sí mismo en un momento de angustia y estaba decidido a cumplirlo.

—Sospecho que lady Laetitia Percy tiene un pasado, uno que no tiene nada que ver conmigo y por el que no deseo responsabilizarme —sentenció.

—Tampoco estás en la mejor posición. Los años pasan y las damas disponibles que quedarán para ti serán cada vez más escasas. Viudas, posiblemente con hijos. Solteronas. No aspirarás a casarte con una debutante de dieciocho años a la que le dobles la edad. ¡Podrías ser su padre!

—Dios me libre. No tengo vocación de niñera o en su caso, de institutriz.

—Lady Laetitia acaba de cumplir veintidós años. Está en una posición intermedia. No tienes mucho de donde escoger. Solo tienes que casarte y cumplir con tus obligaciones con el título como hice cuando me correspondió. Lo haces parecer una tarea complicada. No precisas enamorarte si no lo deseas. Solo debes procrear, ser decente y no hundirte en una soledad que, aunque ahora abrazas, cuando seas mayor y mires a tu alrededor y nos veas a tu primo y a mí rodeados de hijos, te hará sentirte miserable. Todo hombre honrado, valeroso, familiar y de nobles sentimientos merece tener descendencia, incluso si no tiene un marquesado que legar.

—Podría ser en vano, quizás solo tenga niñas y me habría sacrificado por...

Se calló de inmediato, describía la realidad actual de su hermano, y no deseaba lastimarlo.

—Te habrías sacrificado por la mayor felicidad que podrías conocer. Si solo tienes hijas valdrá la pena. Cualquier criatura, niño o niña, te hará sentir el amor más sublime que existe. Si eso sucede, será entonces la voluntad de Dios. Pero te lo aseguro, Edgar, que tener hijos es la más grande bendición. Y, en cuanto a la joven, podrás quererla si te lo propones. Mi matrimonio fue arreglado y quise muchísimo a mi esposa. Compartimos todo: cariño, intimidad, pasión. Si te esfuerzas podrás ser feliz. Solo depende de ti. Ella está aquí en el castillo, obsérvala de lejos, trata de conocerla. Verás que es una estupenda candidata.

—Acepto —masculló con la mandíbula tensa, sopesando la idea de mandar a su hermano al demonio y darle un «no» rotundo. Después exhaló con fuerza. ¿Tenía algo que perder? Estaba solo, decepcionado del amor y su intuición le decía que lady Laetitia Percy no tenía una opción mejor que él. Así que no le estaba causando un perjuicio. Quería tener hijos, no porque su título tuviese herederos, sino porque necesitaba conocer esa forma de amar. Deseaba cuidarlos, educarlos y verlos crecer. Elevó los ojos al cielo, sabía que su padre entendería que ese sentimiento era más honesto que la intención de preservar su estirpe—. Espero que no me metas en un asunto indecoroso y que la reputación de la joven esté intacta. Es lo mismo que ofreceré, exijo igualdad de condiciones. He sido un caballero con una trayectoria irreprochable, no espero

menos de mi futura esposa.

—No te pongas quisquilloso, tampoco eres un santo. Creo que la joven es perfecta para ti —agregó con satisfacción, y fue la única muestra de alegría que demostró al obtener la victoria. Acto seguido se puso de pie y con una mirada se despidió de su hermano.

Edgar negó y tomó la copa, aún llena, que Norfolk rechazó, con la intención de tomársela. Pero luego la abandonó dudando sobre la decisión que acababa de tomar.

—¡Demonios! —blasfemó luchando contra el nudo de su corbata, sentía que lo estaba asfixiando—. Voy a casarme.

Capítulo 3

Latchmore Tower, Hampshire, octubre de 1868

Laetitia apretó sus manos entrelazadas mientras el ministro de la iglesia la casaba con el marqués. Su mirada estaba en el suelo. No quería y no podía mirarlo a los ojos. Él tampoco mostró interés en hacer contacto visual y aquello la llenó de intriga. Normanby no se dirigió a ella en ningún momento, cumplió con su papel con una frialdad que la hizo dudar de todas las referencias previas que tuvo sobre su carácter «agradable y amistoso».

Un frío le recorrió la espalda cuando escuchó las palabras: «los declaro marido y mujer». Estaba en manos de ese hombre, ¡por el Altísimo! ¿Qué había hecho? Su familia partiría a la mañana siguiente... Se quedaría a solas con él.

Respiró hondo para contener un sollozo que amenazaba con partirla en dos, ni siquiera sufría por Thomas, era por ella misma.

Su sangre bajó de manera regular dos meses atrás y su familia no dilató más la boda. Se encontraban en la capilla de las tierras del marquesado de Normanby. Los invitados eran miembros de las dos familias, nadie más fue requerido. Desde el día en que le comunicaron del compromiso en Goldenshadow Castle, jamás volvió a Kent, ni a ser la misma; menos tuvo la oportunidad de hablar con Thomas... Pero las noticias del casamiento de aquel, con la mujer referida por Margene llenaron los diarios de más prestigio. Por lo que, se dejó arrastrar a su reciente matrimonio como una simple rama sacudida por un caudal embravecido.

¡Thomas se casó con otra! ¿Cómo debía interpretarlo? ¿Y cómo lo hizo, no se suponía que era un hombre casado?

No se explicaba de qué medios se valió su padre, el gran duque de Clarence, para anular un matrimonio consumado; pero ya no importaba, su poder debió haberle bastado. Ni siquiera por amor valía la pena luchar por un lazo tan legítimo. Thomas no peleó por ella y era suficiente para cruzarse de brazos ante su recuerdo.

El abrazo de su madre la sacó de sus reflexiones, le siguieron los de sus hermanos y la familia de su esposo, quienes al parecer desconocían del trasfondo del acuerdo porque se mostraron muy emocionados.

Con cada felicitación su alma tiritaba...

—Bienvenida a la familia —le dijo Isabelle Everstone, vizcondesa Sadice, la esposa del primo de Normanby, y ella tragó en seco.

—Letty, que tengan un dulce matrimonio —le susurró Marybeth, la suegra de la anterior dama, la querida tía de su esposo. Se preguntó si seguiría siendo tan efusiva, cariñosa, íntima y condescendiente de conocer cada resbalón que Laetitia dio en el pasado.

Sadice, el primo, solo hizo un ademán que debió interpretar como un «enhorabuena».

—Milady, ahora es mi cuñada —comunicó Norfolk con cierta formalidad, pero su tono le dio a entender que era una advertencia. Como su cuñada debía estar a la altura de la familia, ¿eso quiso decir?

¿Por qué Normanby no se acercaba y, en cambio, la dejaba a solas con los Sadice y Norfolk? Al menos, quizás así no sentiría que caminaba sobre lava ardiendo.

Por suerte, la nueva lady Peasly y su esposo no acudieron a la ceremonia, ellos no solo estaban emparentados con Normanby, sino que sabían más de lo que a Laetitia le convenía. Agradeció que estuviesen en Oxford muy ocupados. Los Peasly conocieron del romance sostenido con John... ¡Por Dios! No lo pensó con claridad hasta ese instante. Ellos prometieron guardar silencio, pero ¿lo romperían ahora que el agraviado era un familiar? ¿Su ausencia obedecía a otro orden y no a sus importantes obligaciones? ¿Se opondrían al enlace?

Por el Altísimo... Ya estaba casada... Se sentía tan perdida. Se dejó conducir en aquella puesta en escena.

Al enlace religioso le siguió una cena formal, donde los duques de Clarence —quienes también estaban nerviosos— se sintieron aliviados por el excelente trato que Normanby le dio a su familia.

Al menos fue cortés con sus padres. A ella seguía evitándola, como si fuese invisible o un adorno más en aquella estancia, al que no valía la pena dedicarle un poco de atención.

—Se ve que es un buen hombre —le reiteró Margene a su hija, agradecida con Dios.

Ella se limitó a asentir... Pero sus dudas iban en aumento. El orgullo y la dignidad que la caracterizaban, hicieron su trabajo y también se mostró indiferente. Si Normanby pretendía ignorarla, ella también podía jugar ese juego. Laetitia era consciente de que tenía un pasado. Pensar que el marqués lo desconocía fue muy inocente de su parte.

Entonces, si los motivos de Laetitia para casarse fueron huir del escarnio social, ¿qué motivó a Edgar Payne aceptarla con cada una de sus faltas? Las incógnitas crecían y la llenaban de tensión.

Pero no era una mujer que se empequeñecía ante los retos, encaraba su destino, así lo hizo cuando corrió tras el amor de su vida. El resultado fue catastrófico, pero al menos luchó, no se quedó cruzada de brazos.

Y cuando Thomas se casó, tras distanciarse, ella buscó su futuro en otra dirección. Quizás Normanby no fue la mejor solución a su problema, ¿pero podía escoger? ¿Acaso resultó engañada y el marqués no era ese magnífico partido que todos proclamaban?

«¿Qué ocultas, infeliz?», pensó detallándolo por la espalda con los brazos cruzados y el entrecejo fruncido. Él se carcajeaba de modo mordaz con su primo, algo tramaban porque ambos se habían mostrado huraños durante la ceremonia y la cena.

Continuó escudriñándolo. Físicamente no lucía como un ogro. Comprobó que era cierto que era agradable a la vista, como decían. Hasta se podía calificar de un hombre guapo, atractivo y que complacería el gusto de la más exigente mujer. Y eso la enfurruñaba todavía más. Hizo un mohín de desagrado. Odió coincidir con las demás personas que insistían en ver con buenos ojos aquella unión.

Dio un respingo, decidida a descubrir los oscuros secretos del marqués, pero al saberse observada con suspicacia por Norfolk, relajó su semblante y trató de disimular su real ofuscación.

Los acontecimientos de la noche pasaron veloces ante sus ojos hasta que llegó la hora de

dormir. Aún no había sostenido una conversación con Normanby, él se mantuvo distante y ella no tomó la iniciativa de acercarse. Cuando todos se despidieron para ir a sus dormitorios no supo qué hacer. ¿Debía volver a la habitación de huéspedes donde se preparó para la ceremonia? ¡Estaba odiando a su «flamante esposo» debido a la ley de hielo que ponía en práctica solo con ella! ¡Cuándo todos se fueran sería implacable! ¡Exigiría explicaciones!

El ama de llaves, a quien le presentaron al arribar a la propiedad, se le acercó discretamente y Laetitia trató de mostrarse serena.

—Sus aposentos están listos, milady. Su doncella ya ha llevado sus pertenencias. Espero que las habitaciones de la marquesa sean de su agrado, han aguardado mucho tiempo por ser ocupadas —agregó con ilusión. Se notaba que la mujer apreciaba a Normanby y que le complacía que se hubiese desposado.

—¿Es ahí donde dormiré...? —titubeó y se sintió miserable por ello.

—Lord Normanby ordenó que dispusiésemos el espacio para usted. Le encantará, es amplio y muy iluminado. Todo el mobiliario es nuevo.

Agradeció con amabilidad y subió las escaleras. Ocupó de inmediato la habitación de la marquesa. Tal como dijo el ama de llaves, sus vestidos ya estaban guardados en el armario de cerezo y sobre el tocador estaban sus joyas, así como los enseres de aseo y belleza. Su doncella, Eloise, ya tenía su bata de seda dispuesta sobre la cama para ayudarla a cambiarse de ropa.

—¿Está feliz, milady? —le preguntó Eloise con una sonrisa, ajena al humor de Laetitia. La interpelada negó—. Anímese, parece un buen hombre.

—No para mí.

—Es muy atractivo. Tuvo suerte, hay señoritas que las casan con... —Se detuvo, Laetitia estaba muy ruborizada.

—Un poco más de perfume, por favor —solicitó y algo para mis mejillas, me veo pálida.

—¿Quiere verse hermosa para él? —Una risita intrigante.

—¿Yo? —Condenó la sensación que la recorrió al repetir esa pregunta para sus adentros. Y detestó los nervios que la recorrían al imaginar que él vendría y lo que sucedería esa noche—. Por supuesto que no.

—Lord Normanby no pondrá reparos a su apariencia. Estoy segura de que le gustará. —Trató de animarla.

—No es algo que me robe el sueño. —Negó ofuscada—. ¿Dónde está Tobias? —Cambió el tema para dejar de sentirse incómoda. Advirtió que trajeron su baúl con su contenido, pero faltaba su perro y la cesta de mimbre donde dormía sobre un cómodo cojín de plumas de ganso.

—Tobias duerme con una de sus hermanas. El pobrecito se rindió temprano, no se cansaba de explorar por cada rincón.

—¿Por qué no está aquí conmigo? —preguntó tratando de mostrarse serena.

—Su madre indicó que esta noche sería prudente que durmiese en otro sitio. —Seguía con la misma sonrisita cómplice en los labios, mientras la ayudaba a deshacerse del pesado vestido blanco.

—Tráelo de inmediato —ordenó cuando al fin se liberó del revuelo de encajes, perlas,

pesadas flores de cristal y satén; pero sin ánimos de imponerse, lo que deseaba era abrazarse cuanto antes a esa bola de pelos que la reconfortaba cuando se sentía peor.

—Pero su madre... —intentó reflexionar en voz alta Eloise y se detuvo cuando recordó que no estaban en Clarence House, sino en la nueva residencia de campo de Laetitia. Con el pecho henchido por la emoción de que la señorita que sirvió desde los trece años se convirtió en marquesa, continuó—: Lady Normanby, enseguida le traigo a Tobias.

Laetitia se quedó perpleja, esa era ella, lady Normanby y aunque no lo percibió de inmediato, se dio cuenta de que tras sellado el enlace todos cambiaron el modo de tratarla: los sirvientes, su familia de origen y la de su esposo. Era Laetitia Payne, marquesa de Normanby y solo bastaba una palabra en sus dominios para que la obedecieran sin cuestionar sus motivos.

—Yo termino de prepararme para recibir a mi esposo —indicó tomando la bata que continuaba sobre el lecho—. Necesito ver con mis propios ojos que Toby está bien, y su lugar es aquí, a los pies de mi cama, como siempre.

—No tardaré, milady. —Dio una reverencia y se retiró con una risita nerviosa.

No pasaron más de quince minutos cuando Eloise volvió y tocó con timidez la puerta. Laetitia la hizo pasar. El recién casado aún no aparecía a reclamar la noche de bodas, así que tomó a un Tobias medio adormilado en brazos, mientras la doncella ponía a los pies de la cama la cesta. Y cuando se quedó sola, se sentó frente al tocador, cepilló de nuevo su larga cabellera cobriza, y miró en el espejo sus ojos claros almendrados. Estaba lista para recibirlo.

¿Cómo sería el marqués con ella? ¿Delicado o brusco? ¿Y ella? ¿Cómo reaccionaría entre sus brazos? Casi no lo conocía y debían de tener ese tipo de intimidad.

Su madre se ahorró la charla previa a la noche de bodas, sabía que no era necesaria en sus circunstancias... Y Laetitia lo prefirió. Dio unos pasos con los pies descalzos sobre la alfombra, sintiendo que la espera se dilataba. No era que desease con ímpetu lo que ocurriría esa noche en el lecho, pero la curiosidad acerca de la hostilidad de Normanby hacia su persona le robaba el sueño.

Y sí, Eloise tenía razón, le resultaba atractivo y la ponía nerviosa saber que de un momento a otro intimarían. Suspiró sobrecogida. El corazón le latía apresurado. Quizás todo habría sido diferente entre ellos si se hubiesen conocido en otras circunstancias. Si ella no estuviese rota. Si él no fuese un extraño. Si hubiesen podido conocerse. Si hubieran tenido un cortejo en regla.

Pero ya era tarde para «hubieras», el presente era lo único que tenía.

Su mirada estaba fija en la entrada del dormitorio y sus oídos agudos a la espera de un toque, llamado o el chirriar de los goznes. Haría preguntas, sin dudar. Entonces, reparó en otra puerta, una lateral, que no abrió tras su arribo a la habitación. Cuando su doncella le explicó dónde estaba dispuesto el cuarto de aseo, la salita contigua para su recreo con una mesa y dos sillas, el comfortable diván y tres amplias butacas, así como las estanterías con libros, no justificó el uso de esa puerta ni a dónde conducía.

¿Serían los aposentos del marqués? Porque debía tener su propio espacio, era un matrimonio arreglado, no tenían que dormir juntos cada noche. ¿O sí? En ese caso, prefería la costumbre de dormitorios separados. De haber sido Thomas su esposo y no encontrar tantos obstáculos y deslealtades, habría dormido abrazada a su cuerpo sin reparo alguno.

No pudo evitar acercarse de puntillas y comprobar que la puerta misteriosa estaba cerrada

de modo hermético. Pegó la oreja y no escuchó ruido alguno, así que retrocedió sobre sus pasos y continuó aguardando. No sabía si sentirse aliviada por la distancia o preocupada. ¿No le agradaba a lord Normanby? ¿Podía devolverla a sus padres? ¿Qué sería de su porvenir con Thomas casado con otra mujer?

Se acercó a Tobias que seguía durmiendo y lo tomó en brazos, lo llevó con ella a la cama y se acurrucó con él cerca de su corazón.

—Al menos estamos juntos —le susurró—. Si nos hacemos compañía todo estará bien, mi querido Toby.

Un lamido en la mejilla la hizo desembarazarse de los brazos de Morfeo, lo segundo que la devolvió a la realidad fue el tenue rayo de luz que le dio en el rostro y que después se volvió más notorio, llenando todo el recinto. Abrió los ojos y vio a su doncella abriendo las cortinas para iluminar el lugar.

—Su desayuno ya está en la mesa de la salita, ¿o lo prefiere en la cama? —indagó con una sonrisa cómplice tras mirar a la puerta lateral que seguía cerrada.

Por el gesto Laetitia intuyó que no sospechaba que Normanby no acudió a visitarla la noche anterior. Se cerró aún más el escote de la bata de manera inconsciente.

—¿Por qué no en el comedor?

—Las damas casadas suelen tomar el desayuno en sus habitaciones, también tienen permitido dormir un poco más. Sobre todo durante su luna de miel.

—Bajaré al comedor. Prefiero compartir con mi familia antes de que partan.

—Salieron muy temprano, no quisieron despertarla —informó—. El único que está en el gran comedor es lord Normanby.

Se mostró perpleja, y entonces fue ella la que miró a la puerta lateral.

—Ayúdame a arreglarme de inmediato y después saca a Tobias al jardín —indicó poniéndose de pie de un brinco, con prisas. La petición era poco usual, Laetitia solía sacar cada mañana a su perro, disfrutaba de esa paz de la caminata matinal, incluso cuando nevaba.

Eloise no tardó en sacar un par de atuendos y vestirla con el elegido por la marquesa. Se quedó con la boca abierta cuando la dama, le depositó a Tobias en los brazos y bajó a reunirse con su esposo. Conocía de los secretos de la joven, pero era leal e incapaz de referir una palabra al respecto. ¿Tan pronto había surgido el amor? Lord Normanby era de buen ver, quizás... Negó, no se atrevía a juzgar.

Capítulo 4

Normanby agradeció no tener que compartir los alimentos esa mañana con su recién adquirida familia política. La representación duró más de lo soportable. No le desagradaban, al contrario, pero no era un secreto que no era un matrimonio por amor. Era un arreglo, y como tal, necesitaba tiempo para asimilar su nueva realidad.

No se engañaba, seguía enamorado de Corinne, pero no tenía esperanzas ni deseos de recuperarla. Sus decepciones amorosas contribuyeron a forjar el grosor de su escudo. Sabía cuándo una historia llegaba a su fin. Aún no le llegaba el arrepentimiento, él entregó su alma entera, su propuesta fue honesta. Ella fue la que falló y él decidió aceptarlo. Lamentó que Corinne no lo supiese valorar.

En medio de sus reflexiones escuchó un carraspeo, justo en el momento en que el silencio era apreciado como un bien invaluable. ¿Acaso no se habían ido ya todos los invitados?

Alzó la vista y vio a su esposa frente a él con los brazos en jarras. Como el caballero que era se puso de pie de inmediato y le hizo una seña al mayordomo para que colocara otro lugar en la enorme mesa. Justo el más lejano a la cabecera, el que le correspondía a la marquesa.

Laetitia volvió a carraspear y le señaló al intimidado lacayo —que se debatía entre los deseos de la marquesa y la previa orden del mayordomo— donde quería sentarse, a la derecha de su esposo. Normanby hizo un sonido con la garganta, que se podía interpretar como una especie de gruñido ronco, para dar a entender que obedecieran a la dama. No le quedó otro remedio al comprobar cuán obstinada era.

Cuando ella se sentó, al fin, él regresó a su sitio.

—Es un gusto presentarme, lord Normanby —dijo sosteniéndole la mirada—, Laetitia Percy... —Negó recordando su error—. Laetitia Payne, marquesa de Normanby, su esposa.

Esa mañana llevaba el cabello en bucles sueltos sobre la espalda, como si la prisa le hubiese impedido realizarse el habitual recogido que solían lucir las damas. Su hermosura era más apreciable con la cobriza melena en completa libertad. Normanby no lo esperaba, sentirse así, abrumado por su belleza. Lo notó desde el día anterior en que estuvieron uno al lado del otro en el altar.

Sabía que era bonita, la vio de lejos algunas veces. Pero, tan cerca, su atractivo casi dolía. No era que fuese la mujer más bella sobre la tierra —aunque estaba lejos de ser fea—. Era que su nueva esposa tenía un *je ne se quoi* que la hacía casi irresistible para Normanby.

Norfolk lo conocía bien y jugó de modo magistral sus cartas. La eligió porque sabía que sería una debilidad para Edgar. Y estaba muy enojado, era lo que menos deseaba en ese momento. Tener que convivir con la tentación en casa, más cuando no podía darse el lujo de tomar ninguna decisión estúpida o apresurada.

Debía elegir con cuidado sus palabras y mantener a esa beldad fuera de los límites de su blindaje.

—La perfecta rosa inglesa... —masculló devolviéndole la mirada, pero muy protegido por su férrea coraza. Le atraía, no podía negarlo. Poseía cierta altivez que era encantadora. Más que

una inocente oveja era una loba, tigresa, leona, una cazadora. Se notaba en su voz. ¿Era propio que una rosa inglesa lo retara de esa manera, con los párpados entornados, como si le exigiese pagar, incluso, por el aire que respiraba? ¿Lo habría engañado Norfolk? No parecía ser la tierna flor que esperó recibir al cerrar el trato.

—Prefiero que me llame Laetitia, o en su defecto, lady Normanby. —Lo miró a los ojos, deseosa de saber cuál elegía.

—Alegría, felicidad. Me di a la tarea de investigar el significado de su nombre. ¿Es usted una persona feliz?

—¿Se tomó la molestia de indagar? Qué gentil. Nada mal para el mejor partido de la temporada, el noble caballero de elegantes maneras —desplegó sus palabras sin nada de pudor, con total ironía e ignorando que él esperaba una respuesta.

—Oh, ¿tiene reclamos, milady? —preguntó notando su reproche.

—¿Por qué huye de mí como de la peste? —cuestionó sin reparos. Fue suficiente aguantar que la ignorara todo el día anterior, que no llegase en la noche y que la contemplara con esa actitud, que aún no terminaba de descifrar.

—No es personal —justificó, pero era sincero. Normanby no huía de ella, su retraimiento obedecía a otros motivos. Seguía pensando en Corinne y que aquel matrimonio por conveniencia era solo un trato favorable para los dos, pero no estaba de ánimos para celebrar—. Lo siento si se sintió incómoda, creí que usted tampoco me quería ver.

—Fue descortés conmigo en el altar. Y no es justo recibir tal trato cuando todos hablan maravillas de lord Normanby. Lo último que esperaba era encontrarme una estatua de hielo en lugar del supuesto afable prometido.

—Perdóneme. —Se aclaró la garganta. ¿Ella le estaba dando un sermón?

—No tiene que disculparse. Ya he entendido.

Él exhaló con fuerza más tranquilo, parecía que el malentendido fue resuelto y ya podían desayunar en paz. Todo tomaría su curso. Quizás Laetitia tenía razón, debió conversar con ella antes de desposarse y establecer acuerdos sobre la relación que sostendrían. Pero Corinne seguía clavada en su mente, invadiendo, entorpeciendo su capacidad de razonar.

—Me alegra que comprenda que no fue mi intención molestarla. Pensé que era lo mejor para los dos y que usted estaba tan renuente como yo a casarse. —Exhaló con fuerza a punto de volver a abrir la boca y ofrecerle un acuerdo prudente para ambos. Uno sobre dónde vivirían, la descendencia que tendrían, el uso de fondos y el futuro de la dote. Con tal de que Laetitia se sintiera segura y valorada.

—¿Renuente? —Fue todo lo que escuchó y se ofendió por el uso de la palabra. «Entonces se casó conmigo a pesar de su renuencia. ¡Qué vergüenza!», pensó ella—. No quise decir que comprendía que se desposó conmigo en contra de su voluntad y que me solidarizaba con una causa mutua, me refiero a que ya entiendo por qué sigue solterón a sus años. —Se cruzó de brazos, enardecida.

—¿Solterón? —También se mostró ofendido. Lo estaba sacando de quicio. A él que solía estar casi siempre en calma. Si era su propósito lo había logrado. Levantó la mano para que todo el personal desapareciese en el acto, ya habían escuchado suficientes majaderías—. ¿A mis años?

¿Qué soy? ¿Una especie de animal ya extinto?

—Usted lo dijo. Podría ser como el *megalosaurus*, ese reptil terriblemente gigante, cuyo fósil se encontró a inicios del siglo, y sobre el que papá adora investigar. —Ella se atrevió a levantar los hombros y él exhaló ofendido—. Pero con esos ojos verdes más bien parece un gato.

—Explíqueme, ¿según usted a qué se debe mi soltería? —Estaba más interesado en ese punto que en la comparación.

—No sabe cómo tratar a una dama, es sencillo —alegó como si tal cosa.

Entonces él recordó las palabras que usó su hermano para venderle la idea de aquel matrimonio y no tuvo reparos en repetirlas. También podía ser desafiante cuando lo provocaban y esta mujercita era una experta provocadora. Laetitia haría estallar al más sereno de los mortales, solo con sus mohínes, sus miradas aparentemente ingenuas y sus palabras con doble significado.

—«Es hermosa, tiene un ingenio que no te permitirá aburrirte y tengo entendido que no es una dama malvada». Solo repito las palabras de Norfolk. En lo primero no se equivocó, usted no es fea. —Minimizó su atractivo. Usó el desdén para aguijonear el ego de Laetitia que no se mostró alterado. Ella tenía suficiente juicio para saber valorar la imagen que le devolvía el espejo—. En lo segundo, debo decir que estoy por creérmelo. Usted no me aburrirá, pero no en el sentido de risas y entretenimiento que yo suponía.

—No soy un bufón, lamento decepcionarlo.

—Más bien parece un tragafuegos que danza con las llamas alrededor, presumo que ha llegado para incendiar mi hogar.

—En ese caso, sería «escupefuegos», ¿no cree? —Una mirada altiva de Laetitia recibió como consecuencia otro gruñido de Normanby—. Me encantan las historias sobre dragones y princesas; siempre me identifico más con el primero. Agradezco el elogio, qué caballeroso de su parte —añadió con una mueca irónica.

Ninguno probaba los alimentos.

—En cuanto a lo tercero...

—Reserve algo para después, por favor. Suficientes halagos para nuestra primera mañana de recién casados. ¿No le parece, lord Normanby? —Se atrevió a tomar una tostada y colocarle una generosa porción de mermelada de grosellas, para después darle un mordisco. Tras degustarla y tragar, prosiguió—: También puedo hacer memoria de las cualidades que mi madre recitó sobre usted e igualmente me siento estafada. —Fue directo al grano, ante el asombro de Edgar, que no podía creer que aquella mujer no conociese la prudencia.

Edgar respiró hondo, tratando de mantener la compostura. Intuyó que Laetitia poseía una armadura de un metal más grueso aún que el propio.

—¿Por qué se casó conmigo? ¿Cuál es su secreto? —indagó muy interesado, tratando de calmar el tono hosco, pero no lo consiguió.

—¿Qué quiere decir? —¿Acaso su padre tenía razón al referir que Normanby desconocía lo ocurrido con Thomas? ¿La rechazaría al saber que no era pura?

—Norfolk fue muy insistente al pedirme que la desposara, tenía cierta urgencia.

Ella tragó en seco, a él no le pasó inadvertido.

—Tal vez se preocupaba por usted, su edad iba en ascenso —agregó simulando no perder el control de la situación—. Todas las familias desean que los aristócratas tengan herederos.

Él hizo una mueca, insistía en tildarlo de «mayor» y a sus treinta y cinco se sentía lleno de vigor y con más fuerza que nunca. ¿Debía demostrárselo? En cambio, afiló sus espuelas.

—¿Peasly le rompió el corazón?

—Por supuesto que no. —Hizo un ademán de aburrimiento con la mano—. Ni siquiera lo mencione. Yo no deseaba casarme con el barón.

—¿Y conmigo? —persistió. Solo recibió silencio al respecto. Ella elevó la nariz mostrándose cuan digna podía y prefirió no contestar. Él no tuvo más remedio que respetarlo—. Me alegra saber que no tiene sentimientos por Peasly, habría sido muy embarazoso, pues soy muy cercano a Annalise, su esposa.

—No tiene que preocuparse al respecto. Lady Peasly y yo estamos muy bien, casi somos amigas. —¿Lo seguirían siendo tras conocer que, a pesar de su pasado, se casó con su familiar?

—¿Qué esperaba de mí, Laetitia? —pronunció más calmado.

Ella advirtió que él bajaba la voz y que la llamaba por su nombre de pila.

—No lo sé, ni siquiera tuve tiempo para meditarlo —se sinceró, en realidad no tenía idea de qué esperar.

—Piénselo ahora. —Su entrecejo fruncido comenzó a destensarse—. Le daré tiempo para que lo haga. Y lo tomaré también para mí. Igual necesito poner en orden mis ideas. Tal vez este matrimonio fue apresurado, quizás no fue la decisión más sabia. Pero, como menciona, el reloj no se detendrá para ninguno de los dos. Disfrute de su estancia en Latchmore Tower —dijo para referirse a la finca del emblema familiar donde se encontraban, se puso de pie sin terminar de desayunar.

—¿A qué se refiere? —preguntó con la ansiedad recorriéndola entera. Sabía que ese matrimonio era su salvación del escarnio social, que debía adaptarse a Normanby y aferrarse a él como a la única tabla que flotaba en el río revuelto de su vida.

—Parto a Londres —informó circunspecto—. Hay asuntos que demandan mi presencia.

—¿Y yo me quedaré aquí en Hampshire? ¿Sola? ¿Puede usted hacer eso? —No lo vio venir. Él asintió y Laetitia entendió que en el mundo que le tocó vivir, los hombres tenían el poder y podían disponer a su antojo sobre los destinos de sus esposas.

Recordó cuantos meses pasó su padre en Londres dejando esposa e hijos en Kent. Su madre le aconsejó muchas veces cómo debía comportarse una dama casada, pero ella hizo caso omiso a esa información. En su nube de algodón iba a casarse con Thomas «el amor de su vida» y vivirían sobre miel y pétalos de rosas.

«Esta lengua mía será mi maldición. ¿Por qué no me quedé callada? Creo que he espantado a mi nuevo esposo», pensó.

—Es lo más conveniente, así podrá familiarizarse con el servicio, la casa y sus responsabilidades. Ahora es la marquesa de Normanby. Su lugar es aquí. En cambio, yo tengo que velar por nuestra economía.

—¿Cuándo regresará? —No es que ya lo estuviese extrañando, pero se quedaría sola con los sirvientes. No conocía y no fue presentada con otras familias de la zona, su vida social se reduciría a cero. Adoraba el campo, pero era diferente quedarse en Kent en compañía de sus hermanos, que eran bastantes, con los que reía, charlaba y disfrutaba de momentos inolvidables.

—No lo sé.

—¿Cuál es su secreto Normanby? Porque supongo que debe tener uno también. —Su voz dejó todo rastro de altivez, más bien parecía una melodía baja y tímida.

—¿Entonces sí oculta algo? —agregó enarcando una ceja como si ganase una fuerte mano de naipes.

—Si continúa soltero y sin intenciones de hacer algo por nuestra relación, supongo que... —continuó renuente a responderle la anterior pregunta.

—Soltero imposible. Estoy casado con usted, no lo olvide. Volveré cuando haya aclarado mis ideas.

—¿Y si no las aclara?

Normanby la miró tratando de averiguar qué ocultaba tan celosamente. ¿En qué lo había metido Norfolk? Viajaría a Londres, hacia allá partió su hermano, necesitaba que fuera honesto y hablara con la verdad.

Más que negocios, su repentino viaje obedecía a otros motivos, necesitaba descubrir por qué los duques de Clarence casaron con prisa a Laetitia. El rechazo de Peasly no podía ser el único motivo. ¡Por Dios! Era preciosa, inteligente y con una dote atractiva para muchos caballeros, así como las conexiones que tendría gracias a ser la hija de un duque. Salvo esa boca insolente, todo lo demás parecía bastante normal.

Capítulo 5

Noviembre de 1868

Parecía que un mes no fue suficiente para su esposo, la dejó olvidada en Hampshire, sospechaba que fue su propósito desde que decidió casarse con ella. Trató de matar el aburrimiento y las dudas visitando cada rincón de la propiedad, dando largos paseos con Tobias por los vastos terrenos y cabalgando para conocer la extensión de las tierras y a los arrendatarios.

La propiedad era inmensa y todo en ella le agradaba. Cuatro torres se elevaban en las esquinas, dotando la construcción de un aspecto sólido y regio, como de una ancha y perpetua torre, figura a la que debía su nombre.

Latchmore Brook quedaba cerca, un lago que los arrendatarios usaban para que sus animales pastaran. Y, también, los que pertenecían al marquesado.

Preguntando al administrador, supo que su esposo no solo se dedicaba a la cría de ovejas, reses y cerdos. Poseía una fábrica de pólvora para fines deportivos en el pueblo más cercano, la que era muy lucrativa. Como sus principales negocios estaban en Hampshire, se preguntó por qué puso la economía de pretexto para irse a Londres.

Su pasatiempo favorito era perderse por horas en la biblioteca, para leer la sección especial, que el ama de llaves le aseguró que disfrutaba el marqués de forma reiterada.

Devoró los libros de Normanby, tenía una curiosidad acuciante por descubrir cómo pensaba, qué le gustaba. Quizás así se formaría una idea de cómo era en realidad, ya que le mostró muy poco de su persona. Normanby apreciaba la política, la botánica, la música, la ciencia, la poesía y los valores del ser humano. Pero fue todo lo que obtuvo de su esposo.

Tras terminar de leer un texto plagado de poemas ardientes, descorazonados y cargados de pasión, miró a su doncella que permanecía la mayor parte del tiempo a su lado.

—¿Será que tiene una amante? Quizás la apariencia de soltero empedernido es solo una fachada. Podría ser que Normanby haya accedido a la presión familiar de casarse con una dama respetable porque su verdadero amor es alguien prohibido. —Carraspeó sentada en uno de los sofás de su sala personal—. Una buena teoría.

—Milady, no siga atormentándose —le aconsejó Eloise, que se volvió la única criatura viviente a la redonda con quien podía sincerarse. Los sirvientes, aunque solícitos y amables con ella, eran incondicionales con el marqués. Y el adorable de Tobias, solo podía reconfortarla con sus ojitos negros. Cuando lo que más necesitaba era hablar—. Lo raro es que no haya insistido para tener descendencia antes de marcharse a la ciudad.

—Es un buen punto. Eloise, eres buena como escucha y consejera —reconoció ante la sonrisa de la doncella—. Además de ser leal hasta la médula, eres la persona que pondría en mi camarilla si algún día debo planear un complot, nos entendemos con una mirada —bromeó. Entonces, se detuvo para observar que su doncella llevaba media hora de pie a su lado, mientras tres butacas permanecían vacías—. Siéntate, ya deben dolerte las piernas —le insistió, se lo propuso al entrar al saloncito, pero aquella se rehusó.

—Por nada del mundo, milady. No sería apropiado.

—Lo que no sería apropiado es que te castigue ahí de pie, mientras Tobias y yo estamos muy cómodos descansando.

—Ya le he dicho que no puedo hacerlo, no podemos sentarnos a hablar como dos iguales. Usted es la marquesa y yo su doncella.

—Pero ya lo estamos haciendo y solo falta que te sientes —dijo. La mujer negó—. ¿Puedes desobedecer una orden mía?

—Por supuesto que no, lady Normanby. Nunca lo haría.

—Entonces te ordeno acomodarte plácidamente en esa butaca, para que podamos seguir tratando este tema tan acuciante. —Con aire intransigente, le señaló uno de los muebles de damasco.

Eloise accedió, se sintió aliviada al poder descansar. No era la primera vez que Laetitia tenía esos gestos. Solía ser amable con el personal, los menos favorecidos y los animales.

—Un caballero sin descendencia estaría más preocupado por procrear que por sus negocios —continuó la doncella—. ¿Para qué quiere fortuna si no tiene herederos?

—¿Será una dama casada? —Se inclinó hacia adelante y abrió más los ojos—. ¿O de una cuna inferior? ¿Qué oculta entre manos ese marqués?

—Debería escribirle a su madre y ponerla al corriente de su situación. —Trató de sugerir algo prudente, le preocupaba las circunstancias que enfrentaba la dama.

—No, por el Altísimo. Mi padre podría reclamarle a lord Normanby su abandono y este tendría más elementos para detestarme. No me conviene que en ninguna circunstancia se arrepienta de este matrimonio y pida la anulación. Seguro tendrá testigos de que salió huyendo de Latchmore Tower como de la peste.

—Lo siento mucho, milady. —Apenada, bajó la mirada con las manos juntas—. Su posición se afianzaría, si estuviese esperando al heredero.

—Por nada del mundo usaría un hijo para atrapar a un hombre. El día que sea madre será para disfrutar de tener una familia, un precioso bebé a quien cuidar. Le dedicaría mi tiempo, habría un motivo para no sentirme desdichada en este matrimonio. Si puede llamársele así.

—Pero un hijo supondría una prueba irrefutable de la consumación y, además, un motivo contundente para poner a ese hombre de rodillas.

—¿Será que tiene hijos fuera de matrimonio con otras mujeres?

—¿Puedo darle el consejo menos sensato del mundo? —preguntó y Laetitia se mostró interesada, pero Eloise apeló a la prudencia—. No, no, no. ¿Qué estoy haciendo? No puedo proponerle algo tan descabellado, no perdonaría ser la responsable de su ruina. Su madre me eligió para estar a su servicio porque soy una mujer sensata. —Era siete años mayor que ella, y era cierto que la duquesa la eligió por esa cualidad.

—Habla, por todos los dioses de los panteones griegos, romanos y nórdicos. Más, si es algo descabellado.

Unos toques en la puerta se escucharon y Laetitia hizo pasar a quien llamaba. El mayordomo no pudo disimular una mueca al ver a la doncella tan campante sentada en presencia de su ama. La reprendió con una mirada y aquella se puso de pie en el acto.

—Ha llegado correspondencia para usted, milady.

Los ojos de Laetitia se iluminaron... Había más de un sobre. ¿Normanby se dignó a dedicarle unas letras? Jamás perdía la esperanza de que uno proviniese de él, al menos para no seguir sumida en el silencio con el que la castigaba.

—Gracias, Barnes —agregó tomando las cartas.

—¿Seguirá necesitando a Eloise? Me temo que el ama de llaves requiere su presencia —comunicó con formalidad aquel.

El intercambio de miradas entre Barnes y la doncella fue sutil.

—Me temo que sí. —Usó a propósito sus palabras.

—En ese caso me retiro.

—Adelante.

Eloise soltó un suspiro ahogado cuando el mayordomo —de edad similar a la de Normanby — salió. Era un hombre alto y delgado, que demostró con creces que merecía el puesto. Cuando el anterior se retiró de sus funciones, por edad, le ofrecieron el trabajo. Antes fue el segundo mayordomo durante algún tiempo. Ahora, ese lugar estaba ocupado por el antiguo primer lacayo, el que viajó con Normanby para asistirle en Londres.

—El señor Barnes me lanzará al ama de llaves como a un perro rabioso tras mis frágiles huesos —dijo Eloise asustada—. Le supliqué que no me obligara a sentarme en su presencia, milady. Menos en su salón de uso personal, como lo haría una de sus amigas.

—Elo —agregó con cariño—, respira. Barnes no puede pasar por encima de mi autoridad, es algo estirado, pero no es un ogro. Y el ama de llaves siempre ha sido amable contigo. Échame la culpa a mí, tú solo me obedeciste.

—Lo ve tan fácil.

—Si te llaman la atención no te dejaré sola. ¿Ya están más serenos tus nervios? Porque los míos no. ¿Podemos revisar las cartas de una vez?

Eloise asintió y Laetitia leyó el remitente de la primera carta. Se decepcionó cuando encontró el nombre de su esposo y se preocupó al darse cuenta de que venía de parte de lady Peasly.

—¿La dejo a solas para que lea con tranquilidad?

—No, no te vayas aún. Quizás aquí descubro el motivo de la prolongada ausencia del marqués.

Estimada Laetitia:

Espero que pueda llamarte así, ahora que somos familia y que el trato cercano está justificado. Nada me daría más alegría después de que propusimos volvernos amigas. Me sorprendió mucho la noticia de tu boda con nuestro querido Edgar, más en tus circunstancias, pero me reconfortó. Ambos se merecen amor, cariño y el maravilloso vínculo que se forma al contraer nupcias. Bienvenida a la familia, y discúlpanos por no poder asistir a la boda. Las obligaciones de Jacob en Oxford nos lo hicieron imposible. Además, ahora que estoy en la dulce espera viajo solo lo indispensable. Espero que pronto podamos visitarnos en Londres.

—Es solo una disculpa por no asistir el día de mi casamiento. Parece sincera. Lady Peasley es una buena mujer. No mencionó a Normanby. Así que sigo en medio de la nada. —Suspiró.

—Lea la de su madre.

Hija mía:

Cuánto te extraño, pero me reconforta saber que estás casada y en compañía de un caballero tan educado como Normanby. Perdona que sea tan insistente con este tema en cada carta, pero en nuestra familia somos muy fértiles y no tardamos en quedar en estado de buena esperanza. ¿Aún no me harás abuela? Cuéntame más de las espléndidas tierras de Latchmore Tower. Me alegra que todos sean amables contigo, pero casi no cuentas nada de Normanby. ¿Es galante? ¿Han recibido visitas? ¿Te ha presentado a sus amistades de Hampshire?

Echándote de menos, tu madre

Laetitia pestañeó tras leer las líneas y con un ademán le dio entender a Eloise que no había novedades. Su madre en cada carta la apremiaba con preguntas acerca de si había concebido o no.

Trataba de evadir una respuesta, no podía develar que no habían consumado el matrimonio o su familia tomaría cartas en el asunto. Era un motivo sólido para anular el matrimonio y eso la dejaba en una posición vulnerable. Su doncella conocía su situación y también estaba temerosa al respecto.

—¿Ahora sí me dirás tu idea descabellada? —Quiso alejar las preocupaciones de su madre, las que, de cierta forma, también la atormentaban—. Tal vez es la única opción que me queda.

—No, milady. Me arrepentí en el acto.

—Habla de una vez.

—Debería tomar un carruaje y aparecerse en Londres y dejar de plantearse tantas interrogantes. Sujetar al ciervo por la cornamenta.

—Oh, Eloise, tienes razón es muy arrebatado, incluso para mí. Jamás haría algo tan atrevido, nunca en la vida. Creo que tienes más fe en mi rebeldía que yo misma.

—Le dije que no era una idea brillante.

—Además, si quisiese sorprender al ciervo por las astas no preciso ir tan lejos. El ciervo soy yo —añadió con pesimismo. La doncella la miró con pesar—. Daría lo que fuera por saber qué hace mi esposo en este momento.

—¿Ya lo está empezando a querer?

—No, no es eso. ¿Cómo podría quererlo si es un engreído con cara de santurrón, que se escuda en la apariencia de un caballero honorable, para en realidad ser un libertino?

—¿Por qué lo cree?

—Sus ojos de gato no me engañan. Él, incluso a mi lado, mientras nos casábamos estaba pensando en otra mujer.

Capítulo 6

Normanby House, Londres, diciembre de 1868

Cuando unos días atrás, Laetitia recibió una carta de su esposo, sintió que el galopar frenético de su corazón se ralentizaba de golpe. Primero la olvidó en Latchmore Tower, y después, la convocó a Londres, unos días antes de Navidad.

Todo ese tiempo sin noticias directas. Pero sabía que el mayordomo recibía telegramas de Normanby. Pues le comunicaba indicaciones del marqués con respecto al manejo de la propiedad. Se preocupaba porque ella estuviese bien atendida. Sin embargo, para Laetitia no era un aliciente. Se seguía sintiendo en una posición delicada.

Era la primera vez que pisaría la enorme mansión londinense como la marquesa de Normanby, durara su posición lo que durara. Cada día estaba más convencida de que su esposo buscaba un pretexto para deshacer el lazo que los unía. Rogaba porque sus padres pudiesen soportarlo. Ella era fuerte y no bajaría la cabeza ante adversidad alguna. ¿Pero cómo sobrevivirían los duques de Clarence a tal humillación? ¿Los destinos de sus hermanos se verían perjudicados? Mientras John rehízo su vida con su nueva esposa, ella seguía enredada en un mar de contrariedades.

Cuando el carruaje que la fue a buscar a la estación ferroviaria llegó a la residencia, notó que todo el servicio salió a recibirla. De un lado, los hombres encabezados por Barnes y, del otro, las mujeres lideradas por el ama de llave.

Antes de bajar del carruaje, asomó la cabeza por la ventana, y Tobias la secundó.

—Los sirvientes aguardan por mí con sus atuendos de gala —le compartió a la doncella que viajó a su lado.

—Creo que lord Normanby no la ha citado para echarla, milady —soltó Eloise con sencillez—. Se lo dije, si ese hubiese sido su propósito no habría esperado tanto.

—Quizás vino a Londres para realizar una pesquisa con el propósito de averiguar cuál es mi secreto —titubeó, sentía como avanzaba sobre arenas movedizas.

—Le aseguré que no era necesario empacar todas sus pertenencias. —En cambio, Eloise no pensaba de forma tan pesimista e intentaba infundirle ánimos.

—Sigo creyendo que Barnes se trae algo entre manos. —Ladrado de Tobias, lo hacía cada vez que escuchaba el nombre del mayordomo a quien no toleraba—. Ha estado muy misterioso últimamente y desesperado por regresar a la ciudad. Ni siquiera le agrada a mi perro, y estos animales pueden ver el aura de las personas.

—En eso coincido, ese pomposo larguirucho me da mala espina. No me agrada en lo absoluto.

—Vamos, Eloise. No hay vuelta atrás —agregó y dio una amplia bocanada de aire antes de descender.

El servicio le dio la bienvenida como a la dueña y señora de Normanby House, pero el marqués no estaba para recibirla y validar su lugar. Trató de no desmoronarse ante el desplante.

Caminó guiada por Barnes, quien llegó una semana antes. Se desplazó con la cabeza erguida y Tobias en brazos, quien no dejaba de engrifarse y clavarle su mirada afilada al sirviente de más jerarquía. Aquel no tenía más remedio que ignorarlo.

Por ese viaje repentino y misterioso, Laetitia guardaba ciertas sospechas en su contra. El mayordomo se despidió de Latchmore Tower con mucho secretismo y partió a toda prisa. Era bastante habitual que los mayordomos viajaran antes que las familias a Londres o a las fincas en el campo, para preparar el recibimiento. Sin embargo, su instinto le avisaba de que en esta ocasión, Barnes ocultaba algo de peso.

El ama de llaves la guio a sus aposentos para que descansase. El mismo escenario, habitaciones separadas, unidas por una puerta hermética. Apesadumbrada, bajó los párpados por el detestable presente e inestable porvenir. Era la esposa de un hombre más frío que el hielo, que la ignoraba por completo. Tal vez su reputación se salvó con aquella boda, pero a costa de su felicidad.

La señora Wilson le mostró las bondades del dormitorio a la marquesa, una réplica casi exacta de sus habitaciones en Latchmore Tower, solo que de menor tamaño. Y, entonces, Eloise y ella descubrieron a la vez un espléndido vestido rojo vino con bordados en oro sobre la cama. Era el más hermoso que había visto en su vida. «¿Un regalo?», se preguntó. La interrogante sobre su rostro fue percibida por el ama de llaves, quien con amabilidad le señaló una carta sobre el tocador, para después retirarse y dejarla descansar.

—Es un vestido —musitó perpleja Laetitia y dejó a Tobias en el suelo para que recorriese la habitación y se familiarizara.

—Sí, lo es —añadió la doncella notando la elegancia de la hechura, la suavidad de la seda, la finura del delicado encaje y los hilos de oro, entretejidos; pero sin entender el punto al que se refería la marquesa.

—Es uno de baile. ¿Por qué Normanby me obsequiaría un vestido de noche tan exquisito? Desde que nos desposamos no se preocupó por nada más allá de mi manutención. Ni joyas, ni detalles lujosos.

Las dos miraron la carta con ojos ansiosos. Laetitia no tardó en abrirla y leer su contenido con urgencia.

—¿Qué dice? —se atrevió a preguntar Eloise, ya eran cómplices por completo.

—Estoy citada para un baile previo a la Navidad, en honor a las fiestas.

—Por eso la hizo viajar su esposo. —Negó mortificada—. No estaría bien visto que un recién casado acuda a un baile sin su nueva esposa. Desataría muchos comentarios. ¿Dónde será?

—El baile será aquí, en Normanby House... ¡Esta noche! —se sobresaltó con todo lo que se perdió y desconocía—. Al parecer es una tradición del marqués y de sus padres, cuando vivían, dar un baile colosal en honor a las festividades decembrinas. La *crème* de la *crème* asistirá hoy y yo no fui informada.

—Lo está siendo ahora —puntualizó.

—Es una ofensa imperdonable. Como marquesa debí organizar el baile. Seguro Barnes lo sabía. Es el misterio que lo trajo una semana antes. —Otro ladrido de Tobias al escuchar que nombraron al mayordomo—. Prepara mi baño y busca entre las joyas que me obsequió mi padre

algo que combine con el vestido.

Las joyas del marquesado estaban descartadas, Normanby no las puso a su disposición y ella no se rebajaría a preguntar. Debió mencionarlo en algún punto del corto tiempo de... ¿Matrimonio? Sí, para todos los efectos —para los demás— eran una pareja.

—Al menos tuvo la delicadeza de mandarle a confeccionar un vestido hermoso acorde a su rango —consideró Eloise, compadecida—. Habría sido un verdadero desastre tratar de encontrar uno digno de lucir esta noche con tan poco tiempo de antelación.

—No lo justifiques, Normanby ahora mismo no está en la lista de mis afectos. Hablaré con él, tendrá que darme la cara. Si ofrecerá un baile hoy, seguramente se encuentra oculto en alguna parte de esta enorme mansión.

—¿Dónde lo va a localizar?

—En su estudio, tal vez.

—No conoce la propiedad, ¿derribará cada puerta que se encuentre a su paso? Hará un aspaviento y los sirvientes murmurarán. Contrólese, debe mantenerse serena. Ya ajustará cuentas cuando sea prudente. El ama de llaves tiene pendiente mostrarle las diversas estancias de la propiedad, los muebles, las vajillas, la cristalería, la cubertería de plata y todo lo demás, así como menús y explicarle el funcionamiento de la casa. Tal y como hizo la de Latchmore Tower. Debe estar aguardando a que pase el baile para no fatigarla. Entonces, sabrá donde buscar. Además, el marqués no se va a esconder toda la vida. En el baile será inevitable que queden frente a frente.

—Tengo que soltar el fuego que me está quemando viva antes del baile, o de lo contrario nuestra fiesta terminará como la batalla de Waterloo y será inolvidable. Hablarán de ella muchos años después.

—Oh, milady. —Le abrió mucho los ojos para disuadirla, cuando Laetitia se empecinaba en algo era tan tozuda como un toro embravecido—. Pero si sale a revisar cada aposento, quedará en evidencia delante del servicio. Invoque a la prudencia.

—El ama de llaves dijo que la habitación contigua le pertenece a él, tengo por dónde empezar —señaló con perspicacia.

Intentó abrirla, pero el picaporte no cedió. Así que buscó otra vía de acceso, salió de sus habitaciones y se introdujo por la entrada principal que, para su satisfacción, permanecía con el cerrojo abierto. El sitio estaba vacío. En una percha permanecía colgado el elegante frac negro que Normanby iba a lucir esa noche. Su corazón palpitó desenfrenado. Él era real, no estaba casada con un fantasma.

Se acercó al atuendo y deslizó sus dedos por la tela, era elegante y reconfortante al tacto. No tardó en alejar su mano y apretar el puño para liberarse de la sensación que la recorrió tras el simple roce. Hizo una mueca y miró en derredor.

En Latchmore Tower jamás se atrevió a visitar el refugio de su esposo, permanecía cerrado y cuando lo abrían era porque las mucamas entraban a realizar el aseo. Caminó hacia el tocador y encontró sus pomadas, sus peines y su perfume, no pudo evitar oler el último. Fue como evocar el escaso momento en que estuvieron frente a Dios para sellar el enlace, prometiéndose fidelidad hasta que la muerte los separase.

Trató de no detenerse en lo que le provocaba ese aroma.

Algunos cajones permanecían cerrados, y aunque no quería husmear, la curiosidad era desbordante. Posó la mano sobre el asa del principal y este cedió. Esculcar el interior no era correcto, pero con cada objeto que veía y tocaba sentía que podía conocer más al hombre que seguía oculto tras la máscara de indiferencia de Normanby. Después asaltó el armario, no se atrevió a volver a tocar los exquisitos trajes de día y de noche que permanecían colgados, ni palpar la calidad del algodón de las camisas cuidadosamente dobladas. No quiso que la volviese a embargar la sensación que la recorrió al sentir la suavidad del frac que luciría esa noche.

En uno de los cubículos más pequeños, una caja de terciopelo de tamaño mediano captó su atención. La abrió y los diamantes brillaron ante sus ojos. «¿Otro regalo?», pensó. «Quizás pretende sorprenderme esta noche, así como lo hizo con el vestido». Pero el metal de las joyas era platino, a no ser que Normanby tuviese un pésimo gusto para combinar prendas, jamás le obsequiaría esa noche un vestido bordado en hilo dorado.

«Platino», pensó. Conocía el particular y muy costoso metal, pues su madre alardeaba de un brazalete elaborado con perlas y ese material, y por la cantidad que necesitó ese conjunto de joyas su valor sería escandaloso. Esos diamantes podrían alimentar a una familia entera por un largo tiempo, eran raros y grandes.

La duda la carcomió por completo. ¿Perteneían al marquesado? ¿Por qué Normanby gastaría una fortuna en ella si el lazo que se anudaba en derredor de los dos era tan frágil? Tal exceso al encargar piezas de tan elevado valor hablaba de compromiso, pasión arrebatada, amor. Entre ellos el amor era una broma de mal gusto. ¿Estaba oculto porque pretendía obsequiarlo a su amante? ¿Esa que lo mantenía lejos de su lecho, sin intenciones de exigirle engendrar el heredero que el título tanto precisaba?

Con la caja en una de sus manos, sus pesquisas terminaron. Volvió a su habitación para ver si Eloise ya había dispuesto la tina con agua caliente.

—Milady, al fin está de vuelta —le dijo la doncella aliviada, pero no lo estuvo tanto al ver el botín de su corta incursión para enfrentar a Normanby.

—Guarda el vestido nuevo, saca el azul oscuro con hilos de plata.

—Pero ese lo lució en una ocasión la última temporada, sería más apropiado estrenar.

Le mostró el costoso y elegante contenido de la caja.

—Mi atuendo debe combinar con estas joyas.

—¿Se las regaló su esposo? Le dije que... —Comenzó con el rostro iluminado, pero la palidez y seriedad del semblante de Laetitia la hizo callar sin terminar la frase.

Eloise negó preocupada, rogando porque aquellos diamantes hubiesen sido comprados para Laetitia.

—Si el regalo me pertenece, es algo que debo averiguar —soltó ofuscada ante la mirada exaltada de Eloise. Laetitia no era una mujer mansa, y ya había estado demasiado tiempo alargando una calma que no entendía cómo pudo sostener sin estallar—. Cuando mi padre apareció para impedir que consumara mi matrimonio con John quedé devastada. Después me sacudieron varios sucesos: la desaparición de John cuando desperté la mañana de nuestra luna de miel, su falta de interés en buscarme, saber que fue atacado, la exigencia de mi padre al obligarme a casarme con Normanby.

—Todo lamentable. —Sus palmas estaban en sus mejillas.

—Pero, cuando mi madre me mostró un diario anunciando la boda del malnacido con esa mujer, me quedé paralizada. Fue como si el destino me diera una bofetada con todas sus fuerzas, y yo me quedara lánguida. Y mi vida siguió su curso sin que yo tomase las riendas... Pronuncié los votos matrimoniales y me casé con Normanby, acepté que también desapareciera... Pero resulta que en la sociedad que me toca vivir, una dama de mi posición, que se entrega a un hombre por amor, es repudiada. Tampoco se recupera de un divorcio o, en este caso, de una anulación, si es lo que Normanby pretende.

—Milady, me asusta. ¿Qué quiere dar a entender? —La decisión en su mirada era más fuerte que cuando desafió a su padre y huyó con John Thomas. La conocía bien y fue su cómplice suficientes veces como para adivinar que una tormenta de fuego estaba por incendiar Normanby House.

—El marqués es mi esposo y si esas joyas son para una amante lo haré pedirme perdón de rodillas, enamorarse de mí y adorarme hasta que quede sin aliento. —Su voz se le rasgó al final, apretó los puños, llena de impotencia.

—¿Está empezando a quererlo? —Eloise no comprendía lo que Laetitia estaba sintiendo. Parecía devorada por los celos más ardientes.

—No es amor, es supervivencia. Ningún hombre más va a descartarme. Mi vida está estrechamente ligada a mi reputación, a mi posición como la marquesa de Normanby. A partir de ahora la única que elegirá quien se queda o se marcha de mi vida seré yo.

En la carta, Normanby explicó con una brevedad muy precisa, que el baile, además de cumplir con la tradición familiar, serviría para presentar su nuevo matrimonio ante la sociedad. Eso le daba vueltas en la cabeza a Laetitia. ¿Estaría decidido a mantenerla «a su lado» como esposa de derecho más que de hecho para acallar algún secreto sórdido sobre su intimidad? «¿Tendrá afinidad por los hombres? No, esos diamantes son para una mujer. ¿Será amante de una de las damas que vendrá esta noche del brazo de su esposo y le entregará las joyas cuando nadie los vea para afianzar su relación? ¿Se habrá divertido con la supuesta amante todo ese tiempo que me refundió en el campo?», la escandalizó su pensamiento.

Junto a la carta también recibió una invitación de muestra, como las que recibieron los convidados al festejo. A nombre de la pareja, cuando ella ni siquiera fue consultada. Imaginó lo que publicaron los folletines sociales acerca del evento.

Por fin, el marqués de Normanby se ha casado y dará un increíble baile antes de la Nochebuena, para presentar oficialmente, delante de la aristocracia londinense, la pareja que ha conformado con la hija de los duques de Clarence. Las familias más distinguidas están invitadas.

Laetitia aún no lo había visto, cuando arribó a Londres todo estaba dispuesto para el gran baile y ella no había movido un dedo. ¿Qué dama ayudó a Normanby en tal empresa?

Se sentía como un objeto de decoración. Se suponía que como marquesa debió redactar

cada invitación y supervisar los detalles. En cambio, como lady Normanby, acababa de pisar esa propiedad.

Los primeros en llegar fueron sus padres, como anfitriona acudió a recibirlos, y se le hizo un nudo en la garganta cuando le preguntaron por su esposo y no supo qué responder.

—Pronto estará con nosotros, un percance diminuto —lo justificó.

—¿Es el vestido que...? —A su madre le sorprendió que su hija no luciese uno nuevo para tan importante ocasión.

—Le tengo una fe inmensa a este vestido, madre, y aunque mi esposo me obsequió uno primoroso, decidí que luciría este atuendo para presentarme como la marquesa de Normanby.

Margene cabeceó.

—Entiendo, pero quizás no fue lo más inteligente. Podrían murmurar que tu esposo no te provee como es de esperar o que sus finanzas tambalean y no han tenido ni para estrenar, justo cuando Londres te conocerá como lady Normanby.

—Madre, por favor, no. Con el tiempo los que osen decir tales barbaridades se darán cuenta de cuán errada fue su conclusión.

—Al menos te regaló esos magníficos diamantes engastados en platino, dignos de la realeza. Debieron costarle una fortuna. Son preciosos, hija.

Al final, la duquesa entendió y aceptó la explicación de su hija. Esos diamantes callarían cualquier boca que se atreviese a murmurar.

—Cierto, los diamantes hablan por sí solos.

—La recepción promete ser impresionante. Te felicito por tu primera oportunidad de presentarte como anfitriona. Has superado mis expectativas. Pero mi fe está en ti, no en vestido o joya alguna, por más magníficos que sean. —Margene era más afectuosa que otras damas de su posición. Intervino de forma directa en la crianza de sus hijos y vivió muchos años en el campo prodigándoles afecto. Con su habitual calidez, le acarició la mejilla a Laetitia y le sonrió con dulzura—. Letty, mi hermosa Letty. Pudiste pedirme apoyo para organizar el baile. Siempre estaré aquí para ti.

—Oh, madre. Se lo agradezco. Y le juro que me habría encantado —confesó bajando la guardia solo lo suficiente para ser contenida por su progenitora. Siempre quiso compartir su debut como anfitriona con Margene, pero la realidad era que ni ella metió las manos en los preparativos del baile. No podía revelar el desastre que era su matrimonio, o la angustiaría, y era lo último que deseaba. Pero su cálido toque, sus palabras amables y su sonrisa, le alimentaron el alma y le dieron fuerzas para tomar las riendas de su porvenir—. Todo fue muy precipitado, pero tendremos otra ocasión.

—De acuerdo, me limitaré a celebrar para mis adentros cada uno de tus aciertos, mi bien.

El duque suspiró complacido por el diálogo entre su hija y su esposa. Por fin su pequeña se había encaminado y le daría tranquilidad. Su preocupación podía redirigirse a sus demás hijas casaderas, que eran bastantes.

Margene se fijó más en la magnífica recepción y en cómo estaba engalanada la residencia, que en la ausencia del marqués. Laetitia prefirió tragarse la humillación y no revelar que nada en la decoración, los alimentos, las bebidas o la música eran obra de su esfuerzo o su elección.

Odiaba mentir, pero sintió la necesidad de hacerlo.

Después de los duques de Clarence llegaron los vizcondes Sadice y la tía Marybeth, quienes se mostraron cordiales con Laetitia. Se veían felices de verla tras ese par de meses.

El duque de Norfolk fue el siguiente en arribar. Todos preguntaron por Normanby y Laetitia se apegó a la misma explicación que dio a sus padres. Se deshacía en disculpas, brotaban de su boca cual agua de manantial y se esforzaba porque parecieran creíbles, simples y olvidables.

La familia de ambos lados no entendía la tardanza del anfitrión. Sin embargo, no insistieron. Marybeth se quedó al lado de Laetitia temiendo que el resto de los invitados arribara de un momento a otro y su sobrino continuara desaparecido. Y así, recibieron a un par de invitados más.

Hasta que el momento se tornó difícil e inesperado.

Los rumores de la llegada de John Thomas con su nueva esposa no se hicieron esperar, sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. ¿Quién lo había invitado? Ella se habría opuesto con arrebatos. No lo volvió a ver desde que consumaron su fracasado intento de matrimonio y resultaba que tendría que recibirlo sin su esposo a un lado. ¿Reprendería a quién tuvo la terrible idea de invitarlo? ¿Tan necesarias eran las relaciones con los Leeds, su heredero, John y su esposa?

Sentía que un frío enorme la iba congelando cuando el matrimonio Thomas se acercaba más y más. Ni siquiera reparó en el rostro de la mujer, pero él, él... El maldito cobarde que no luchó por su amor estaba por quedar frente a frente. De pronto, vio a la pareja sonreír muy compenetrados. Se sentía insultada y sus esfuerzos por disimularlo le consumían toda su energía.

La señora Thomas no era un adefesio ni un sacrificio enorme que John necesitó hacer para acceder a su dote. El hombre que amó y que aún le dolía arribaba con una sonrisa ufana en aquel rostro que besó con adoración. Laetitia se sintió pequeña y odió la sensación que la recorría. Estaba a punto de soltarle un golpe en la cara. Lo hubiese echado a patadas de no quedar en evidencia delante de todos. ¿Cómo explicaría el motivo de su desprecio y su repulsión?

El canalla que jugó con sus sentimientos venía tan campante después del daño tan inmenso que le causó y ella estaba sola, humillada, usada y después descartada. Odió esas palabras que su mente comenzó a entretener, se consideraba valiente y decidida, pero jamás pensó enfrentar a Thomas cuando más perdida se encontraba. Él rehízo su vida, compuso su futuro y ella seguía lidiando con las consecuencias de su ligereza.

Thomas ya estaba a tres pasos de sí, cuando sintió una mano fuerte sostenerla por el talle. El calor y un aroma masculino conocido la envolvieron, haciéndola sentir reconfortada. Y, de pronto, todo lo que vio fue aquellos ojos verdes, ligeramente rasgados, prometiéndole brindarle todo el soporte que necesitaba.

—Señor Thomas, bienvenido a nuestro hogar —dijo Normanby y Laetitia solo asintió, no tuvo necesidad de agregar nada más.

Marybeth los dejó solos para recibir a los demás asistentes tras sonreírle a su sobrino.

Laetitia llenó sus pulmones de aire y cumplió con su papel: recibir a cada persona, pareja o familia que fue invitada en su nombre. Normanby estaba ahí, sin reclamos, luciendo muy diferente a la breve versión del marqués que tuvo el día de la boda y a la mañana siguiente. Se comportó de un modo admirable, era un espléndido anfitrión. Tenía el don de la palabra

adecuada y cada exponente de la nobleza que acudió a la recepción se mostró cautivado por sus encantos.

Ambos recibieron innumerables agradecimientos por las invitaciones, así como felicitaciones por las nupcias. No podía creerlo, todo lo que su madre le contó sobre él cuando le informó que debía desposarlo parecía tener una elevada cuota de verdad. Todos lo apreciaban.

Cuando no quedó nadie más por llegar, se miraron por fin a los ojos.

—Bienvenida a tu hogar —le susurró, tuteándola ante la sorpresa de Laetitia—. Veo que has estado muy ocupada. —Sus ojos estaban posados en el escote de Laetitia. No era lujuria o deseo, percibió el collar y los pendientes. Le tomó la mano y también observó el anillo.

Entonces ella salió de su embeleso. Por un momento, Edgar la rescató de una situación muy vulnerable y se sintió salvada, protegida. Pero el recuerdo de las alhajas entre ellos traía al presente todas sus dudas, su brío y sus ganas de dar batalla.

—Nadie tuvo la delicadeza de mostrarme las joyas del marquesado, así que me vi en la penosa tarea de tener que investigarlo por mi cuenta. Por el baile. Mi sorpresa fue inmensa al descubrir estas piezas tan delicadas. Es una pena que no combinaran con el espectacular vestido dorado. —Su voz tenía un tono irónico que le hizo a Normanby enarcar una ceja, al comprobar que su esposa era aún más atrevida de lo que suponía.

—Me alegra que sean de tu agrado. Todas las joyas de esta casa están a tu disposición. En cuanto a estos diamantes, mi intención era venderlos, en realidad. Pero no me opondré a que los tengas si te complace.

—¿Venderlos? Oh, qué interesante. Para desear venderlos estaban muy bien guardados, en un sitio muy especial y... secreto. —Entrecerró los ojos para estudiarlo y que ninguna de sus reacciones le pasaran desapercibidas.

—Lamento no haberte ofrecido las joyas del marquesado antes. Mañana mismo tendrás acceso a todas. Esta casa y el resto de mis propiedades están a tu servicio. Puedes sentirte en tu hogar.

—¿Así tan simple? ¿Es todo?

—Sé que debo explicaciones, o más bien tenemos mucho de qué hablar los dos. Pero ahora nos aguardan nuestros invitados, tendrá que ser mañana.

—Habría preferido llegar a Londres y ser recibida a solas por mi esposo. No como ha sucedido, con toda la nobleza invitada para presenciar nuestro reencuentro tras su larga ausencia, milord. —Arrugó el entrecejo renuente a tutearlo, seguían siendo dos extraños, unidos solo por unos documentos que afirmaban lo contrario.

—Es lo que hay. No soy perfecto y espero que no esperes lo contrario.

Quiso preguntar por Thomas... Pero, tal vez, solo era una casualidad que hubiese sido invitado. Si reclamaba, sería ella quien tendría que terminar por dar explicaciones. Se cruzó de brazos, aún enfurruñada; pero Edgar le extendió la mano para conducirla al salón, debían abrir el baile con el primer vals.

Capítulo 7

Normanby volvió a ofrecerle la mano a Laetitia, ella dudó, pero al final la tomó y caminaron juntos hasta la pista de baile. Él seguía con cierto resquemor, se preguntaba cómo le hizo su esposa para descubrir donde estaban escondidas las joyas que meses atrás trató de obsequiarle a Corinne, y que, esta última, rechazó junto con la propuesta matrimonial.

Debió deshacerse de las prendas de inmediato, pero así como le costaba sacarse a la americana del corazón, guardó aquellos diamantes como un recordatorio del amor que le tuvo. Una dulce tortura, masoquismo en su más dolorosa expresión.

La mirada inquisitiva de Laetitia estaba puesta sobre sus ojos, como si pretendiese leerlos, desentrañar qué ocultaba. Debía olvidar a Corinne. Y no mostrarse afectado por ver los accesorios en el cuello de su esposa, era el primer paso. La realidad era que a su marquesa le quedaban mejor. Esa muchacha tenía una rebeldía y un brío que competía con la dureza de las piedras preciosas que portaba. Sus ojos brillaban a juego con los destellos de las joyas. Mucho tiempo deseó encontrar su alma gemela. No lo fueron las anteriores mujeres por las que latió su corazón. ¿Lo sería Laetitia?

La estudió largamente, sus rizos cobrizos enmarcaban su rostro y había cierta altivez en su gesto que era cautivador. Un alma rebelde, que garantizaba que era imposible de domar, y eso era muy atrayente para un varón. Laetitia jamás bajaba la cabeza ante nadie.

La música comenzó a sonar y le puso la mano enguantada en la espalda, la vio tragar en seco, mortificada. La arrimó con fuerza para que sus torsos se aproximaran, casi hasta tocarse, separados por milímetros, como una promesa de lo que ese contacto prometería. El calor que desprendían sus cuerpos era percibido por el otro. Así de cerca, se dio cuenta de que le parecía aún más cautivadora. Pero estaba decidido a mantener la cabeza fría. Si otras mujeres lo subyugaron con personalidades menos embravecidas, caer en los brazos de Laetitia sería un riesgo muy temerario. Convenía ser firme y poner las cartas sobre la mesa, antes de que ella malinterpretara sus intenciones o él se relajara y quedara a merced de la voluntad femenina.

—Laetitia, espero que Normanby House y Latchmore Tower sean de tu agrado —comentó tratando de sonar relajado, mientras danzaban.

—No he podido recorrer Normanby House, pero no soy exigente al respecto, lo que he visto me complace. —Sonrió, lo suficiente para que las miradas sobre los dos interpretaran que eran una pareja en armonía, pero sin llegar a demostrar algarabía, lo que consideraba de mal gusto.

—Como mi esposa puedes hacer los arreglos que consideres pertinentes —ofreció sintiéndose generoso.

—Te lo agradezco —se limitó a responder, sin declarar que no esperaba menos.

Otro giro y las miradas de los concurrentes seguían en ellos. No podían dar un paso en falso, por fortuna ambos eran estupendos bailarines. El vals estaba siendo ejecutado a la perfección.

—No soy partidario de los matrimonios arreglados —observó con la voz ronca, por lo que tuvo la necesidad de aclararla.

—Yo tampoco —añadió entrecerrando los ojos, mostrando interés en el punto al que deseaba llegar su esposo. Más, tomando en cuenta las circunstancias de su casamiento.

—Aspiraba a casarme por amor, pero parece que el «amor» y yo somos incompatibles. Como sea, no te exigiré que me quieras, sé que es un sentimiento que brota de adentro, no puede forzarse. —Notó que ella lo observaba cada vez más expectante—. Mis exigencias son pocas. No me dejarás en ridículo teniendo amantes o ya no seré tan complaciente. Mientras te comportes a la altura de tu posición, tendrás libertad de elegir dónde vivir, aquí o en el campo. Puedes emplear tus días en lo que te plazca, que sea honorable. Si sientes la necesidad de afecto —dijo para referirse a la intimidad entre un hombre y una mujer—, puedo visitarte en el lecho, siempre y cuando lo solicites, jamás te obligaría. Detestaría soportar tu desprecio o tu aversión —aportó con arrogancia—. Hijos, los que Dios nos mande; si anhelas ser madre, por supuesto. Prometo ser un esposo respetuoso y un padre ejemplar. Si para ti es suficiente, creo que nos ahorraremos malentendidos a futuro. ¿Cuáles son tus expectativas? —indagó Edgar, para permitirle también poner sus condiciones.

—Oh... Necesito tiempo, no he pensado en... No sabía que...

Otro giro y tuvo que sostenerla con fuerza para que no errara en los pasos, parecía que iba a perder el equilibrio. El rostro de Laetitia mostró desilusión y comenzó a quedar más blanco que un papel. La sujetó aún con más fuerza y la aproximó para darle a estabilidad. Sus alientos se rozaron y ella tragó en seco, aferrándose a los puntos por donde lo sujetaba para danzar. Estaba evidentemente afectada por las palabras, pero conmovida. Y se debatía en una lucha interior por la cercanía.

Edgar se preguntó si fue demasiado duro. No obstante, concluyó que era la forma más simple de llegar a un acuerdo.

—Supongo que fidelidad, no soporto la deslealtad. Y no por convertirme o no en el hazmerreír de la sociedad, es cuestión de principios. —Ella le reprochó los motivos que él expuso al exigirle no tener amantes, pero Edgar no se inmutó por ese señalamiento.

—¿Eso quiere decir que podré visitarte en las noches? No pretendo volverme célibe. Así que si exiges exclusividad, tendremos que desfogar ciertos apetitos —aclaró, si esperaba fidelidad debía tener cubierto ese importante aspecto.

El rostro pálido de Laetitia se encendió hasta quedar tan rojo como el granate.

—Milord, no toque esos temas como si hablásemos del clima con todos los ojos de Londres sobre nosotros —admitió apenada—. ¿Lo único que le importa es mantenerse caliente? —Se sonrojó todavía más si aquello era posible.

Los espectadores sonrieron, interpretando que el sonrojo de la marquesa debió deberse a alguna travesura susurrada por el esposo. ¡Se veían tan enamorados! Incluso escucharon a lady Abbott suspirar. A Normanby no le pasó desapercibida la emoción de los presentes ante su debut como pareja frente a la sociedad. ¿Creían que su matrimonio era el final feliz de un cuento de hadas?

¿Era sensato amar a una dama que estaría ligada a él por matrimonio para toda la vida? Normanby juró no doblegar sus sentimientos de nuevo, prometió a la nada no volver a caer, no enamorarse y jamás quedar en una situación vulnerable. Su corazón estaba protegido. El tiempo a solas le sirvió para analizar qué le convenía y para definir qué tipo de relación iba a tener con su esposa. La resolución que no dudó en comunicarle.

Sin embargo, el primer vals le estaba demostrando que, con Laetitia, su resolución no sería tan fácil de cumplir. Se castigó internamente por ser tan débil ante los encantos de su esposa. Tocarla avivaba su hombría, y era consciente del deseo que se fue instaurando en su pecho. No demostrarlo, mantenerse estoico, era un acto de supervivencia.

¿Estaba bien anhelar la intimidad con ella, tomando en cuenta sus planes? Quería hijos, el apetito carnal podía servir para esa finalidad. Concebir debía de ser fácil, no un suplicio. Trató de no autocastigarse por desearla y a la vez propiciar la distancia emocional. Pero era una mujer físicamente atractiva, lo que más aumentaba su excitación era verla, tan afectada por el simple contacto tan necesario para poder bailar, por la alusión a la intimidad que aún no habían compartido. Ella tampoco se mostraba indiferente, aunque luchaba por demostrar lo contrario.

Y su aroma, por Dios, esa mujer olía como debían hacerlo los ángeles, a rosas. Prometía que, recostar la cabeza en el hueco entre su clavícula y su cuello sería como un viaje al paraíso. Su temperatura corporal era tibia, reconfortante, y entonces fue él quien tuvo que tragar, alterado. Ella lo percibió en el acto y le clavó las pupilas en las suyas. Normanby se sintió descubierto.

«Oh, no, qué desastre. Lo último que preciso es que note mi debilidad ante sus encantos femeninos. Espero que no lo use en mi contra. Se ve que es de armas tomar», pensó Edgar. Procuraba que estar con ella fuese fácil, no una guerra.

Las sensaciones los rondaban y la mayoría de los invitados podían percibirlos.

—Se ven tan enamorados —juzgó lady Abbott que no podía lucir una sonrisa más amplia—. Al fin el estupendo partido de Normanby ha encontrado a su rosa inglesa.

—Oh, lady Abbott —dijo Marybeth—. Laetitia es una gran añadidura para nuestra familia. También les deseo todo lo mejor.

—Ya anhelo ver a muchas criaturas de la pareja corriendo por los jardines de Normanby House.

—Todo a su tiempo.

Cuando la música terminó, ellos se detuvieron, pero no pudieron soltarse. Sus cuerpos parecían gritar las emociones que los recorrían. Seguían mirándose a los ojos, llenos de curiosidad. Una contradanza no tardó en empezar y el resto de las parejas se lanzaron a la pista para demostrar su destreza como bailarines.

Normanby la sintió sacudirse ligeramente entre sus brazos, y asumió que era por la reacción de su cuerpo ante la proximidad de él. Abrió la boca para pronunciar lo que fuese, pero ella huyó lejos con discreción, sin darle tiempo a hablar. ¿Era atracción o, por el contrario, interpretó todo mal y, en realidad, la dama sentía repulsión hacia él? La desconfianza lo apuñaló en el peor momento, cuando la esperanza en el amor estaba a punto de renacer.

«¿Qué demonios estoy haciendo? ¿Por qué me noto inquieto, conmovido, por sentirla entre mis brazos aleteando como una temblorosa paloma?», pensó.

Laetitia se casó con él porque sus padres se lo exigieron, era un hecho que no podía olvidar. Lo último que necesitaba era enamorarse de su esposa y que, para esta, no fuese más que una obligación que debía cumplir cada noche debido al acuerdo matrimonial. Odiaba los matrimonios arreglados, pero terminó en uno. No podía sumirse en una ilusión, ni esperar que Laetitia se enamorara de él solo porque estaban casados. Decidió seguirla y averiguar de una vez si algún sentimiento tenía la oportunidad de surgir o si simplemente a ella le repugnaba.

La siguió por los pasillos que conducían a otras estancias más privadas de la casa, lo que sería fantástico. Podrían hablar por fin a solas, sin tener que sonreír para que los invitados no supiesen que discutían el futuro de su relación.

De la nada, vio a John Thomas salir como un tigre acechando a su presa, tomar a Laetitia de un brazo y arrastrarla al interior de la biblioteca.

Normanby ardió de enojo, no sabía si eran celos o si tenía derecho a sentir celos, pero esa mujer era su esposa y aquel hombre había sido su amante. Él conocía todos los detalles. Su viaje a Londres después del casamiento rindió frutos, interrogó a su hermano hasta que este le confesó cuál era el secreto vergonzoso de Laetitia. La ira lo carcomió desde las entrañas, así como la desilusión. Pero agradeció a Dios por abrirle los ojos antes de que la convivencia ablandara su coraza y se aventurara a sentir afecto por su esposa.

Puso la mano en el pomo de la puerta y se le tensó la mandíbula al comprobar que estaba cerrado desde el interior. Dio media vuelta, y buscó otro modo de acceder a la biblioteca, desde uno de los compartimentos secretos de su estudio que llevaba directo hasta allí, así como a otros sitios de la mansión.

Cuando llegó trató de no hacer ruido, podía entrar alzando la voz y haciendo gran aspaviento, pero una necesidad mayor lo carcomía por dentro. Jamás iba a tener otra oportunidad como aquella. Observó oculto, tras una de las elevadas estanterías de roble repletas de libros.

Thomas tenía a Laetitia dentro del cerco de sus brazos, contra otro de los grandes muebles. Algunos de sus mejores textos cayeron a los pies de ambos y quedaron desparramados por el suelo.

Edgar apretó con brusquedad sus puños, ardiendo en las ganas de apartar de inmediato al miserable de la dama; pero la frase certera que salió de la boca de su esposa lo previno de aguardar.

—No te creo, no te creo nada.

—¿Te casaste con Normanby? —Un golpe sobre las estanterías, otros libros cayeron y ella se sobresaltó ante el temor de ser alcanzada por alguno—. ¡¿Lo amas?! —Negó ofuscado y dominado por los celos—. ¿Todas tus promesas fueron vanas palabras que el viento se llevó?

—Eres un hombre casado —lo retó irritada, intentando no alzar la voz, se notaba su esfuerzo—. ¿Qué pretendes encerrándome aquí, arriesgando mi reputación? ¿No te parece suficiente daño el que ya causaste a mi honor, a mi alma?

—¡Eres mía! ¡Mía! Y así seas la marquesa del mismo infierno, acudirás a mi cama cada vez que te lo ordene. —La apretó por las mejillas y la obligó a acercarse a milímetros de su boca.

Las uñas de Normanby casi le causan heridas a sus palmas. La sangre dentro de sus venas bullía, estaba a punto de hacerlas colapsar.

—Te desprecio John, solo pensar en que tus manos vuelvan a recorrer mi cuerpo desnudo me dan náuseas.

—¿Entonces prefieres creerle a él? ¿Vas a jugar el papel de la esposa abnegada? No lo niegues, sé que me amas. Tu obstinación solo obedece a los celos que sientes por mi esposa; pero te lo juro, mi padre me exigió casarme con ella. Era mi obligación con la familia, así como seguramente tú no tuviste otra opción que aceptarlo a él.

—Jamás hubiese dado el «sí» en el altar a otro hombre de no ser porque demostraste con creces que eres un maldito canalla. Sé que no mientes, sé que me quieres aún... —Sostuvo con seguridad. Él, aliviado por esas palabras, la soltó e intentó refugiar su cabeza sobre el palpitante pecho de la mujer. Sin embargo, ella le puso una mano sobre el torso para detenerlo antes de que lograra su propósito—. No me toques. Nunca vuelvas a tocarme.

—Sé que estás enojada y aceptaré tu repudio, pero eso no te vuelve menos mía. Aunque no te guste oírlo, eres mía, mía. —Le abrió mucho los ojos en señal de advertencia.

Thomas volvió a cruzar los brazos por detrás de la espalda de la dama, sin dejarle otra salida que la de recostarse sobre el cuerpo masculino y dejarse envolver por su calor.

—¿Ahora pretendes convertirme en tu amante? —inquirió sin poder creer hasta donde llegaba la desfachatez de Thomas.

—¿Nos queda otro camino? En cuanto tenga el poder de la fortuna de mi suegro en mis manos, mandaré a mi esposa al campo o América, donde te parezca más apropiado. Seremos tú y yo otra vez.

—¿Te olvidas de Normanby?

—Tienes suficiente habilidad para engañarlo.

—¿Por qué supones que mereces ser el motivo de mi adulterio? —Arrugó el entrecejo ante tan grande soberbia.

—O podemos buscar la anulación de ese absurdo matrimonio o el divorcio. Te pondré una casa digna de tu rango, no te faltará nada... —continuó sin siquiera escuchar la negativa de Laetitia.

—¿También en un lugar recóndito de la tierra donde nadie nos señale con el dedo? —cuestionó llena de ironía—. ¡Oh, John, el único absurdo aquí eres tú! Absurdo y patético. Te has enredado en tu propia telaraña y no tienes idea de cómo salir. Normanby es mucho más hombre que tú, un verdadero caballero y, aunque las circunstancias que me arrastraron a este matrimonio fueron lamentables, no voy a lanzar mi futuro por la borda, ni arriesgarlo por un pusilánime como tú.

—Serás mía lo quieras o no, dejarás esa altivez cuando te bese.

Laetitia no vio a tiempo la encerrona de Thomas, quien la aproximó por el torso sin delicadeza alguna con la intención de estrellar los labios con los suyos.

—¡Suéltame! —le gritó mientras lo empujaba con todas su fuerza, lejos de sí.

—¿Crees que vas a deshacerte de mí tan fácil? Eras mía desde que tenías dieciséis años y te robé tu primer beso. Incluso a los quince ya suspirabas por mí, cuando nos encontrábamos al azar en Kent. Aunque tengas a un marqués a tus pies, ese hombre no va a borrar de golpe todo lo que construimos.

—Oh, John. Él no es responsable de nada, ni yo tampoco, que confié en ti hasta el último segundo. Tú lo acabaste, tú nos hiciste esto y lo lamento, pero yo no puedo perdonarte. Es el final.

—¡No! —gritó—. Me enferman los celos, no puedo verte con él. —También lloró, su rostro reflejaba el dolor mezclado con la ira.

—¿Y qué pensaste que iba a ocurrir cuando te casaste con ella? ¿Que mi vida se iba a paralizar hasta que tú decidieras nuestro destino?

—Tú sabes cuánto te amo, debiste confiar en que tenía un plan, en que íbamos a estar juntos al final. —Volvió a acercarse y la abrazó haciendo uso de su fuerza superior. Se deslizó por su cuerpo hasta que se plantó de rodillas sin dejar de aferrarla por las piernas—. Yo solo estoy tratando de crecer, de tener fortuna, para que no tengas que avergonzarte por ser la esposa del segundo hijo de un conde. No me voy a quedar atado a ella toda la vida.

—¿Y cómo haces fortuna, John, apoderándote de la de tu esposa? Pobre mujer. En realidad, me da pena. Tú no tenías ningún plan, me engañaste. Creíste que me olvidarías, que te desharías de mí como lo has hecho con otras. Pero como no puedes sacarme de tu corazón, te atreves a hacer este espectáculo. Eres un egoísta y ahora quieres arrastrarme contigo.

—No te vas a quedar con él, incluso si te condeno conmigo. Después de todo, eres mujer, y te entregaste a mí. Si me provocas, si me sigues rechazando, me obligarás a abrir la boca y revelar todo. ¿Te seguirá queriendo tu elegante marqués cuando sepa que eras una fruta corrompida cuando llegaste a sus brazos?! No podrá conservarte, ni aunque quisiera, la sociedad no se lo va a permitir. Lo obligarán a despreciarte y a sacarte de su vida para siempre.

—¿Serías capaz de tal baja? Nos condenarías a todos al ostracismo social. —Lo miró desde arriba muy impactada y tomándolo de las solapas lo obligó a apartarse.

—No, tontita. No me hundiré contigo, me sobra la astucia para destruirte y salir indemne. Diré que tú me provocaste, yo solo caí en tu juego de seducción. Tú estabas prometida a otro hombre, y eres una dama. Tienes más que perder. —Se elevó sin soltarla, hasta que ella tuvo que echar hacia atrás la cabeza para poder seguir mirándolo a los ojos.

—Casi te creo cuando juraste que aún me amabas; pero, John, quien ama no lastima.

—No tienes otra opción, no hay vuelta a atrás. No estoy jugando. Laetitia, si te vuelves contra mí voy a hacerte daño. Si no eres mía no serás de nadie. Cuando estés arrastrada sobre el fango tendrás que acudir a mi puerta, seré el único que no te dará la espalda. Solo entonces no volverás a dudar de mi amor.

—¡Suéltame! ¡No vuelvas a tocarme! En tu maldita vida me hablarás de nuevo como si tuvieses derechos sobre mi corazón o mi cuerpo. Para Laetitia Payne, marquesa de Normanby, estás muerto. Tú y tu arrogante familia, para la que no fui suficiente. Y si te queda un gramo de juicio en esa cabeza trastornada que tienes, toma a tu esposa del brazo y márchate de mi casa. No quiero verte de nuevo en Normanby House. Considérate «desinvitado» de inmediato.

—Esa palabra ni siquiera existe —chilló suplicante.

—¡Fuera! —Sintió que el alma se le desgarró con ese último alarido. No solo le escupió su desprecio, lo retó con la mirada para que no le quedasen dudas. Ni de broma de mal gusto terminaría siendo su amante, así arruinase su vida entera.

Thomas la conocía bien y sabía que si la seguía presionando iba a terminar provocando un escándalo que los hundiría a los dos. Se marchó con el rabo entre las patas.

Cuando Laetitia se sintió sola, se llevó las manos al rostro, al cabello y a su vestido, para garantizar que todo estuviese en su lugar. Después notó el estropicio de libros desparramados y, temblorosa, intentó acomodarlos, aunque no conocía el orden correcto.

Estaba tan ofuscada que no escuchó unos pasos acercarse, pero cuando una mano varonil se adelantó para alcanzar el mismo libro que ella intentaba levantar, se asustó muchísimo.

Edgar había salido de su escondite y la contemplaba con seriedad.

—¿Cuánto tiempo lleva aquí, milord? —preguntó impresionada.

—Lo suficiente para tenerte algo de confianza. Solo espero que no sea despecho y que lo hayas echado de nuestra casa porque en verdad lo detestas. No merece una sola de tus tribulaciones —argumentó pausado, analizando las circunstancias, aunque por dentro también ardía de rabia en contra de Thomas.

—¿Tiemblas? —preguntó al tocar su antebrazo, el que soltó de inmediato. La tensión de los músculos de Normanby era notoria.

—Me estoy aguantando para no estrangular a esa escoria ahora mismo.

—Si lo haces aquí, en nuestro baile, todos se preguntarán el motivo de la ofensa. Será mi ruina. No podré recuperarme de esto. Y le darías gusto a él.

—Por eso ese hombre sigue respirando, o al menos no se llevó una paliza de mi parte. Tú no mereces que él se salga con la suya. —La dura y penetrante mirada de Normanby hizo que Laetitia bajara sus ojos muy avergonzada. «¡Por Dios, todo lo que él escuchó!», pensó. Ya no había secretos.

—¿Usted me tendió una trampa? —Se llevó una mano a la boca ante la sórdida idea que le vino a la mente. ¿Y si ese vergonzoso encuentro fue provocado? Tuvo que hacer la pregunta—. ¿Quién invitó a John Thomas?

—Lo hice —admitió con la sinceridad surcándole el rostro. Hacía frío a pesar de las chimeneas, los hornitos en diversas habitaciones y la cantidad de invitados. Normanby tenía las mejillas casi rojas, se notaba que su temperatura corporal estaba más elevada de lo normal.

—¿Por alguna razón especial? ¿Me puso a prueba? —lo desafió con la frente erguida, sin siquiera pensar en la posibilidad de bajar la cabeza. Decidida a enfrentar su destino con valentía.

—¿Es Thomas la razón de tu desgracia? Por eso te casaste conmigo, ¿para cubrir tu vergüenza antes de que todo Londres murmurara? —Conocía la respuesta, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—Sí, no soy virgen. —No tembló, ni bajó los párpados. Se entregó a su destino, si era culpable estaba lista para su castigo, pero ya estaba cansada de escapar. Más, cuando estaba harta de tener que guardar en secreto que ese hombre jugó con ella, la llevó ante el altar y la hizo su esposa para después desecharla. Si su padre no hubiese anulado la unión, serían marido y mujer y nadie podría señalarla como pecadora. ¿Por qué debía bajar la cabeza por amar, entregarse por amor y confiar? ¿Por qué ese mundo cruel era tan injusto con las mujeres? ¿Por qué debían ser consideradas inferiores a los hombres, quienes podían comportarse como lujuriosos libertinos, y la sociedad perdonaba sus errores cuando decidían redimirse?

—Lo sé.

—¿No le importa? —murmuró asombrada, cuando esperaba mil reclamos y humillaciones.

—Tampoco soy casto y no me estás interpelando por eso. Soy más civilizado que la mayoría de mis pares, pienso que hombres y mujeres tienen los mismos derechos.

—El temor a que usted descubriese mi falta era un peso enorme que me estuvo asfixiando al no saber cómo explicarlo en la noche de bodas. —Denotaba angustia—. Sin embargo, después me di cuenta de que, quizás, era el menor de mis problemas. Usted nunca mostró verdadero interés en mí. Mientras yo guarde las apariencias le importa poco lo que haga con mi vida. — Como acto involuntario cruzó los brazos sobre su pecho.

—Soy honesto. Jamás quise casarme contigo. Pero cuando dijiste tus votos ante el altar comprendí que eras mi esposa y que merecías respeto. Y que si tú estabas dispuesta a cumplir lo que juraste ante Dios, yo debía intentarlo también, pero sin arriesgar mi corazón otra vez. Por eso vine a Londres, porque sabía que existía algo muy turbio en tu pasado. Norfolk me lo contó todo, o todo lo que sabe. Te entregaste enamorada y para mí el amor es el más puro de los sentimientos. No te mentiré, también he entregado mi alma, incluso más de una vez, pero al final solo acumulé decepciones.

—¿Sobre qué pretende convencerme? ¿Piensa que ha actuado de modo honesto? Usted lo invitó para comprobar si aún yo lo quería, y no me parece un acto de confianza absoluta.

—Lo admito. —Exhaló con fuerza con cara de penitente—. Entiéndeme, por favor. Me han defraudado en el amor, puse mis ojos en mujeres cuyos corazones hicieron su elección previamente. Necesitaba saber si ya no estabas enamorada de ese infeliz.

—Ya no lo quiero, pero me duele. Me duele demasiado. Estoy llena de rencor y no sé cuándo pueda limpiar mi alma de ese veneno.

—Puedo comprenderlo. He estado en tu misma situación. También me han herido y sé lo difícil que es superarlo. —Él se sentía igual, Corinne era su propia ponzoña, y aún no se libraba de su efecto devastador.

—¿Cómo se atreve a probar mi fidelidad, después de las exigencias absurdas que me hizo durante el vals?

—Ya admití que soy culpable. ¿Necesitas castigarme por eso? —preguntó con fastidio y ella le lanzó una mirada desafiante—. Volvamos al salón. Los invitados deben estarse preguntando dónde están los anfitriones. Podemos hablar esta noche en nuestras habitaciones de todo lo que quieras.

Edgar le ofreció el brazo, y ella, con la dignidad recorriéndola entera, caminó delante sin aceptar apoyarse en él.

La dejó airear sus ideas y avanzar. En el fondo se arrepintió por haber provocado aquella situación, pero también le dio cierto grado de tranquilidad. Laetitia no se lanzó a los brazos de Thomas, ni creyó sus pretextos para justificar su traición.

Quería detenerla, explicarse... Pero ella era veloz. Y tras los rápidos pasos, ya estaban rodeados de personas.

El mayordomo guiaba a los condes de Huntington, el arribo de los aristócratas los sorprendió a ambos justo al regresar al salón, donde se reunían la mayoría de los invitados. Un poco tarde para aparecer, pero lo más inquietante para Edgar fue que llegaron con una invitada inesperada... ¿Cómo hizo la mujer para convencerlos de incluirla, si su nombre no estaba escrito en la invitación? Seguro, la señorita Astor arguyó algún plan para poder asistir. Edgar maldijo para sus adentros, no entendía por qué Corinne se hizo presente. Las deudas entre ambos quedaron saldadas.

Por protocolo, los marqueses tuvieron que acercarse para recibirlos. Edgar no podía ignorarlos, tenían negocios importantes en común. Tras las cortesías habituales, hizo las presentaciones, ninguno tenía la suerte de conocerse.

Los Huntington se desvivieron en halagos para Laetitia. Al parecer, desconocían los arreglos secretos que Corinne y él sostuvieron por un tiempo, y si lo sospechaban lo disimularon con éxito.

La señorita Astor fue presentada como la protegida de los condes.

—Ahora si me permiten, seguiré atendiendo a los demás invitados. Alguien acaba de llegar. —Normanby trató de buscar una excusa para alejarse. Por suerte, no fueron los únicos que llegaron más tarde de la hora fijada. Annalise y Jacob, los Peasly, hicieron su entrada, como la campana salvadora a la hora más precisa.

Los condes se despidieron y tras divisar a otros conocidos, se dirigieron a saludar, pero su invitada se quedó en el mismo lugar.

—Hermosos diamantes, milady —lanzó Corinne antes de que el matrimonio se pudiese alejar, sin quitarle los ojos de encima a las joyas.

—Gracias —respondió Laetitia ajena a la tensión que recorría a Edgar y al brillo de los ojos de la distinguida señorita.

Los tres seguían en el medio de la estancia.

—No sé por qué me dan una sensación familiar —continuó la señorita—. Como si ya los hubiese admirado antes.

Edgar hizo un movimiento de cabeza de franca incomodidad, y le pasó un brazo por detrás de la espalda a Laetitia, para reforzar el vínculo que los unía. Fue un intento desesperado de validar que su apoyo era incondicional hacia su esposa.

—¿Familiar? —indagó Laetitia tratando de lidiar con la sensación que le producía el gesto afectuoso de su esposo, en contraposición al comentario de la elegante y bella mujer—. Tal vez conocí a la madre de mi esposo, son joyas de la familia.

—Oh, no lo creo. Llevo poco tiempo en Londres.

—Con su permiso, señorita Astor. Tengo que recibir otros invitados —acotó Normanby al advertir la sombra de la duda sembrarse en Laetitia.

—Adelante, milord —canturreó la señorita Astor.

Edgar logró sortear el incómodo momento a duras penas. Laetitia tenía el rostro surcado por interrogantes; pero ninguno se atrevió a pronunciar alguna palabra al respecto. El barón Peasly y su esposa acababan de llegar y estaban frente a ellos.

—Oh, Laetitia, qué emoción verte de nuevo y en estas circunstancias. Ahora somos familia —expresó Annalise con evidente afecto.

—Igualmente, querida. —Fue sincera. La verdad era que ver su rostro le daba un poco de paz en medio de su tormento, con ella podía hablar sin disimulos, fue parte de su turbulento camino cuando decidió vivir su historia de amor con Thomas. La carta que le envió a Latchmore Tower le reiteró su apoyo—. Aprovecho para felicitarte en persona por el bebé que esperas.

Los futuros padres agradecieron con sus expresiones. Si todo marchaba como el médico

había pronosticado, la criatura nacería a mediados de abril.

—Milady. —Peasly le hizo una reverencia a la marquesa.

—Milord. —Fue concisa con el barón. Al principio de conocerse, el trato entre ellos no fue amable, y se lamentaba por ello. Pero no podía ser injusta, así que añadió—: Lord Peasly, gracias por aceptar nuestra invitación. Adoro a Annalise y me alegra contar con la presencia de ambos.

—Mi esposa me insistió bastante para venir, además de que Normanby es uno de sus familiares favoritos —reconoció Peasly.

Normanby y Annalise sonrieron ante el comentario, el barón no mentía.

—Espero que nuestras diferencias queden en el pasado, quizás no fui justa con usted —advirtió Laetitia con humildad—. Gracias por rescatarme cuando lo necesité. Igual tengo mucho que agradecerle, Annalise. Me alegra que ahora seamos familia. —Fue muy honesta.

Normanby enarcó una ceja, pero creyó sensato dejarlo pasar.

Los Peasly se miraron entre sí y le agradecieron con un gesto, pero después recordaron que Normanby seguía ahí y lo observaron algo preocupados. ¿Cuánto sabía aquel del pasado tormentoso entre Laetitia y Thomas?

Un carraspeo del anfitrión previno a todos, despegó los labios para hablar.

—También les agradezco en nombre de mi esposa.

—¿Y Lila? —preguntó Laetitia por la cachorra Cavalier King Charles Spaniel de Annalise, para romper la tensión que de pronto creció en el ambiente—. Imagino cuánto ha crecido.

—Mucho. Feliz en Peasly House. Tiene sus propios aposentos.

—Oh, la miman como a un niño. Pero mejor allá que aquí. Llevar a perros a los bailes se me hace un exceso —protestó Normanby engurruñando la nariz.

—Tengo tanto que agradecerle, Laetitia —continuó Annalise ignorando el comentario del marqués, estaba habituada—. Jacob —añadió para referirse a su esposo, dedicándole una mirada de amor que fue devuelta con la misma intensidad—, me reveló que se le ocurrió la maravillosa idea de regalarme a Lila tras ver cuánto bien te hace Tobias.

—Oh, ese pequeño peludo —intervino Peasly arrugando el entrecejo al recordar sus peripecias con Tobias. Después soltó unas carcajadas relajándose—. Jamás le agradé, pero al menos fue leal con su ama. Espero, estimado Normanby, que contigo tenga mejores modales.

—¿Quién es Tobias? —demandó Normanby desconfiado. Supuso por el contexto que se referían a un can.

—¿No conoces a Tobias? —preguntó Peasly muy intrigado.

Los Peasly compartieron una mirada entre sí. Se les hizo muy extraño que el marqués hiciera semejante pregunta, conociendo ambos que Laetitia jamás se separaba de su mascota. Annalise suspiró, quizás fue inapropiado tocar el tema.

—Se refiere a mi perro —cortó Laetitia de tajo cualquier frase que diera paso a más interpretaciones, pero Normanby puso tal cara de asombro que los Peasly se intrigarón por partida doble.

—Oh, el peeeerero. —La palabra salió atropellada de la boca de Normanby.

—Edgar, ¿no sabías que el perro de tu esposa se llama Tobias? —lo regañó curiosa la hija de su difunto primo Trevor—. ¿Toby también tiene negada la entrada a Normanby House?

El aludido no supo qué responder, entendió que sin proponérselo quedó en evidencia. Entonces, Peasly solidario con los marqueses y por respeto de sus circunstancias, le abrió los ojos con discreción a su esposa.

—Amor mío, ¿bailamos? Este es mi vals favorito.

—Oh, mi cielo, Jake, no perdamos ni un segundo —contestó en un pestañeo captando la intención de su esposo—. Nos vemos al rato, queridos.

Edgar retuvo en su mente esa frase cariñosa «amor mío» y la sinceridad con la que brotó de los labios de Peasly, también reflexionó en la complicidad del matrimonio, que con una sola frase se pusieron de acuerdo para dejar de entrometerse en un asunto que no les correspondía.

—Ya puede soltarme, milord —pronunció Laetitia tratando de retener las lágrimas que se empeñaban en derramarse de sus ojos. El brazo de Edgar seguía rodeando su espalda—. Ya no tenemos ante quien disimular.

—No deseo soltarte —sostuvo, buscando su mirada.

Ella caminó con intenciones de alejarse, pero él se mantuvo a su lado, sosteniéndola aún por el talle, como una pareja amorosa. Se detuvieron en una de las salas que estaban vacías y lejos de las miradas indiscretas.

—¿Cómo puede ser que no sepa que tengo a Tobias? —Se desembarazó de su agarre—. Claro, lo único que le importa es que no lo deje en ridículo teniendo un amante y que satisfaga su ardor en el lecho sin tenerle asco. —Fue directa y concisa, pero la valentía que tuvo para pronunciarlo no evitó que se sonrojara por completo.

—Espero que lo hayas dejado en Latchmore Tower —se le escapó sin nada de delicadeza, parándose frente a ella, y desafiando su mirada altiva.

—¡Por supuesto que no! Tobias es mi familia, nunca lo dejaría atrás.

—¡Oh, condena infernal! —se mostró ofuscado— ¿Nadie te advirtió que en Normanby House están prohibidos los perros? ¿Cómo puede ser posible? Tu padre no me dijo que tenías uno —continuó preocupado por la existencia del faldero, sin prestar oídos a Laetitia—. Demonios, ¿por qué Barnes ocultó ese importante dato?

—¿Por qué tendrían que haberlo informado?

—Es un perro. Ya he dicho que no me simpatizan esos animales.

—Es una pena conocer de su antipatía hasta ahora. De haber sabido que no le gustaban habría puesto objeciones para este matrimonio —afirmó Laetitia cruzando los brazos y rematando la frase con un mohín.

—¿Me hubieses rechazado por un —hizo una pausa— perro? —Su reclamo parecía un aullido.

—Sin dudarlo.

Edgar lanzó un gruñido bajo, después bufó. No podía creerlo.

—Es inadmisibile. Espero que lo encierres donde no pueda verlo y a la brevedad posible lo envíes de vuelta a la casa de tu padre. Entiendo que ha sido una confusión, pero tendremos que

ponerle remedio.

Ella abrió mucho los ojos, quería pegarle en ese estirado rostro por ser un insensible energúmeno.

—¿Habla en serio? Ni en sus sueños haré tal cosa, tendría que devolvernos a los dos. —Lo miró extrañada, creyó que estaba exagerando—. ¿Acaso le he reclamado, porque los diamantes que descaradamente me dejó lucir esta noche, le resultan familiares a cierta señorita con acento de otras tierras? Pudo ahorrarme tal vergüenza.

—Laetitia, no... —Trató de explicarse, pero no lo hizo. Sospechó que con lo enfadada que estaba, sus palabras al respecto terminarían por molestarla más.

—Voy a atender a mis invitadas y despejar la cabeza. Le recomiendo hacer lo mismo. Ya hemos experimentado suficiente cercanía para esta noche. Creo que ha quedado demostrado su punto.

—¿Mi punto?

—Hacerle pensar a todo Londres que somos un matrimonio feliz.

—¿Crees que te he hecho venir con ese propósito?

—¿Y cuál sería, entonces? —Elevó las palmas para darle a entender que la dejara en paz.

—Fui muy explícito durante el vals.

—Oh, cierto, sus excéntricas exigencias. Fidelidad, satisfacer sus deseos carnales. Las anotaré cuidadosamente para no olvidarlas otra vez.

—Añado la última. El perro tiene que irse de Normanby House.

—Decídase, milord. Dentro de poco no podré tener la libertad de acción que me ha prometido. A cada segundo, se le ocurre algo más tonto que lo anterior, para agrandar la lista de pretensiones —lo desafió ante la cara perpleja de Normanby. Sí, la primera impresión que tuvo sobre Laetitia se cumplía, era una mujercita de armas tomar—. Por cierto, no visite mi cama esta noche. No estoy de humor. —Sonrió con sarcasmo y remató el gesto con otro mohín.

—No te vayas, necesitamos hablar ahora. Ese tono se tiene que ir también.

—¿Otro punto de la lista? ¿Por qué no me sorprende? —articuló con ironía.

—No puedes hablarme así, soy tu esposo. No merecemos este tormento de seguir pidiéndonos la cabeza. Laetitia, exijo respeto si pretendes que igual te respete. Si gritas, también puedo gritar.

—Puedo volver a Latchmore Tower y así no tendrá que soportarnos ni a Tobias ni a mí.

—Vivir distanciados tampoco es la solución. Esto no es un matrimonio. Y, aunque nos hemos desposados por circunstancias distintas al amor, podríamos tratar de llevarnos mejor, conocernos, establecer acuerdos, hacer ciertas concesiones...

—¿Concesiones como aceptar a su amante bajo mi techo, separarme de mi perro? ¿Qué más exige su lista, milord? Necesito respirar, por favor, no me siga. Necesito respirar.

Y se alejó sin mirar a atrás.

Normanby se dejó caer en una silla cercana, se llevó las manos a la cabeza y bajó la mirada. No sabía cómo llevar por el buen camino la relación con su esposa. No debía permitir que su hogar ardiera y se convirtiera en un infierno, y era lo que presentía que estaba sucediendo. Llegaría a más, debido a la manera tempestuosa que tenían ambos de comunicarse.

Pero, Corinne tendría que rendirle cuentas. No volvería a permitirle irrumpir en su casa y desatar su lengua afilada en contra de su esposa. No podía entenderla. Ella fue quien lo rechazó. ¿Cuáles eran los motivos de su presencia y, peor aún, de sus indirectas?

El encontronazo entre ambas mujeres y el comentario de Astor sobre las joyas, así como otros dardos que lanzó contra Normanby, eran situaciones a las que urgían ponerle remedio con más prisa que a la permanencia del perro en Normanby House.

No tuvo que propiciar un encuentro, cuando alzó los apesadumbrados párpados, con la intención de ponerse de pie y buscar la salida, notó que la señorita Astor lo estaba mirando, recostada a una de las columnas de la entrada de la sala.

—¿Juraste que me amabas y no pudiste esperar a que transcurriese un tiempo decente y ya estás casado con la hija de un duque? —Corinne descargó de forma irónica su reclamo.

—Mi marquesa —enfaticó.

Ella caminó hasta quedar frente a él. El caballero inglés de excelentes modales miró hacia arriba, hasta que clavó sus pupilas en los ojos de Corinne. Pero no abandonó la silla, ni la invitó a tomar asiento, tal como correspondía.

—El puesto que primero me ofreciste a mí: tu marquesa. Es patético. Qué poco duraron tus sentimientos. Pensé que me querías... —vaciló fulminándolo con la mirada desde su altura. Él no respondió y continuó sentado—. Tu precipitada decisión de elegir a tu predecible rosa inglesa me reafirma que hice lo correcto al rechazar tu propuesta. ¿Mis diamantes? ¿Le diste mis diamantes? No es el valor económico lo que me afecta, es el sentimental. Imaginé que eran una muestra de tu amor, ese que repetías que sentías por mí hasta el punto de robarte el aliento.

—¿A dónde quieres llegar, Corinne? Porque no entiendo nada. —Laetitia encontró los diamantes, después él le aseguró que todo en sus propiedades le pertenecía. Así que técnicamente sí, aceptó que se los quedara, si a ella le hacían feliz.

—También te amaba o te amo, no lo sé. Si hubieses insistido más, quizás habría terminado por ceder.

—¿Bromeas? —Negó. Era lo último que esperó escuchar esa loca noche en que le gritó a todo Londres que ya no era soltero.

—Es difícil para una mujer que tiene el control de su destino en sus manos, sucumbir ante los encantos de un hombre que terminará por tomar las riendas de su vida. Casarme me habría dejado en las manos de un esposo. Tengo independencia económica, eso me hace poderosa, a pesar de las limitaciones que se derivan de ser mujer.

—Si fue eso lo que te llevó a rechazarme debiste hablarlo conmigo antes de herirme y hacerme sentir miserable. Me lastimaste, como nunca. Te entregué mi corazón, salté de una torre sin saber si había una red abajo para salvarme. ¿Acaso alguna vez te demostré que pretendía dominarte, anularte? Si lo que me enamoró de ti fue tu libertad, tu arrojo, tu decisión. Oh, Corinne, no puedes dejarme morir en el fondo de un acantilado y aparecer con ese discurso, cuando me he puesto de pie e intento lamer mis heridas para sobrevivir.

—Edgar —soltó en un suspiro y bajó para quedar a su altura con el propósito de abrazarlo.

Pero antes de que ella lo rodeara con sus brazos, Normanby descubrió que era el objeto de una penetrante mirada.

—¡Por todos los demonios del infierno!

Capítulo 8

Laetitia no entendió la razón por la que sus ojos picaban y ardían cuando se encontraron con los de Edgar, los suyos produjeron un mar de lágrimas, unas que borró de un manotazo, mientras huía de lo que presenció en aquella sala. Habían discutido, pero tras alejarse un rato pudo entender que él deseaba conversar. Quizás, después de todo, podían entenderse y buscar una solución.

Exigiría a Tobias en su vida, se encargaría de mantenerlo alejado del marqués. Sin embargo, estaba segura de que cuando él lo conociera un poco más, también iba a adorarlo. ¿Quién podía resistirse a esa tierna mirada? Se opondría a las amantes si el marqués pretendía visitar su alcoba, no era un término negociable. Pero podía hacer otras concesiones como dejarlo en paz después de que tuviesen hijos, no sería tan terrible vivir en Latchmore Tower viendo crecer a su familia, y que se trataran como dos «amigos» en situaciones sociales.

Al menos quería escucharlo. No tenían que amarse. Después de todo, su matrimonio era un arreglo para que ella salvara su reputación y él tuviese descendencia. Y aún no habían logrado ningún acuerdo al respecto.

Por eso, regresó a buscarlo, pero no esperó encontrar a la señorita Astor revelando sus sentimientos, ni a Normanby abriendo su corazón.

Decidió correr y sin percatarse, sus pasos la llevaron al salón principal, ante los marqueses de Bloodworth. Ellos eran muy cercanos a la familia, cuidaron de Annalise durante un par de años hasta su debut.

Justo en ese momento, lord Bloodworth o, lord Oso, como lo conocían, era galante con su esposa y ella le correspondía con una sonrisa plena que era la prueba irrefutable del inmenso amor que se tenían. Laetitia trató de disimular y evitarlos. Presenciar una muestra tan palpable de complicidad y unión era desastroso para alguien que jamás lo tendría.

—Lady Normanby —la atajó Rose.

—Lady Bloodworth, lord Bloodworth —correspondió tratando de recuperar el aliento. Se conocían desde tiempo atrás y esa noche habían compartido un saludo y algunas palabras cuando los marqueses arribaron a la recepción.

—¿Se encuentra bien? —preguntó lord Oso y, después bromeó para aligerar el momento. Los dos la vieron detenerse en seco—. Parece que ha bailado cuatro polcas seguidas.

El matrimonio compartió una mirada, no quiso revelar que Laetitia lucía tan blanca como la leche y que parecía que se desvanecería de un momento a otro.

—Yo... —Su voz se ahogó, y tuvo que esforzarse para aguantar las ganas de llorar. Miró en derredor, por suerte nadie más percibió su desenfreno.

—Creo que necesita un respiro, el primer baile que da una dama recién casada suele ser agotador —se solidarizó Rose—. Lo digo por experiencia propia. Y usted ha ofrecido un baile colosal. La felicito.

—Tal vez debas acompañarla a sentarse un rato, querida —sugirió lord Oso—. Buscaré a

Normanby para advertirle.

—No. —La negativa de Laetitia sonó como un lamento que salía del fondo de su alma. Rose y Oso volvieron a cruzar miradas. Temió que encontrara a su esposo en compañía de la señorita Astor y su vergüenza fuese mayor.

—Mejor busca una bebida muy dulce para nosotras, amor. —Rose le guiñó un ojo a su enorme marqués, al que adoraba.

—Oh —gruñó bajo asintiendo, captando lo que no se decía con palabras—. De inmediato.

—Acompañaré a lady Normanby a sentarse lejos de los invitados. Quizás solo necesita despejarse un rato.

—No es necesario —musitó Laetitia avergonzada.

—¿Prefiere la compañía de su madre o de alguna dama de su familia? —preguntó Rose. Como la aludida negó, no aceptó otra negativa, la condujo a unas butacas que permanecían cerca de una chimenea en un área más discreta. Sabía reconocer cuando alguien necesitaba de un hombro para sostenerse—. No tenemos que hablar, si no lo considera prudente. Oso traerá la bebida y eso le ayudará a recobrar sus fuerzas.

—Se lo agradezco, lady Bloodworth. También su discreción.

—Querida, si le tranquiliza, puedo asegurarle que el baile ha sido un éxito.

—No es eso lo que me abruma, pero la verdadera razón tampoco es algo sobre lo que me gustaría hablar. Solo necesito unos minutos para recuperarme.

—Entiendo que es difícil los primeros meses de matrimonio, incluso los primeros años —aseguró con condescendencia.

—Tal vez para los tristes mortales. Su matrimonio no creo que haya afrontado tales disyuntivas. Se llevan tan bien. —Se atrevió a juzgar, ya que ella les daba entrada a esos temas tan privados.

—No hay comienzo fácil, dos personas con crianzas distintas, con personalidades diversas y que deben aprender a negociar. Incluso, con un caballero tan educado y noble como lord Normanby será complicado al principio, pero le aseguro que esforzarse vale la pena. Y quizás, nadie sea tan sincera como yo, pero el carácter de Oso es tan fuerte como un temporal. Aprendí a sobrellevarlo, él tampoco tiene una tarea fácil. Nos complementamos y es justo para ambos. Perdóneme si le parezco indiscreta.

—Se lo agradezco, nadie habló de estos temas conmigo, me habría encantado estar prevenida. Mis progenitores nunca han tenido desavenencias, al menos frente a mí.

—Son humanos, seguro que sí las han tenido, pero han de ser magníficos padres para poder contenerse delante de sus hijos.

—Oh —se sorprendió.

El marqués se acercó con dos copas de vino y se las ofreció.

—Oso, no era el vino lo que tenía en mente cuando te pedí dos bebidas azucaradas.

—Me cercioré de que fuese vino dulce —replicó con su vozarrón característico. No necesitaba indagar como Rose, ni hablar con sabiduría. Entendió con una mirada que la joven marquesa tenía algún motivo atormentándola, y que una copa de vino sería más efectiva que la

sugerencia de su esposa.

Ambas bebieron en silencio y a la mitad de su copa, Laetitia respiró hondo y la dejó en la mesa contigua.

—Gracias a ambos, ahora debo seguir en mi papel de anfitriona.

Y lo hizo, incluso, aunque Normanby la observaba desde el otro extremo del salón. Solo volvieron a aproximarse cuando llegó el momento de despedir a los invitados, y tuvo que permanecer a su lado aguantándose la furia que la recorría.

Cuando todos se marcharon, Laetitia dejó de sonreír. Al fin pudo huir a su habitación con la intención de encerrarse. Quería ocultarse de los habitantes de esa casa, en especial, de su esposo hasta nuevo aviso. Pero el marqués no se lo permitió y cuando ella intentó cerrarle la puerta en las narices, él detuvo la gruesa madera de roble con la mano.

—Entiendo tu desagrado, pero no los celos que parece sentir. Confieso que me asombran.

—Milord, es usted ciego por completo o no tiene la capacidad de entender. Lo último que puedo sentir son celos —se defendió—. Tobias duerme adentro, solo deseo evitar un encuentro poco grato.

—¿El perro duerme en la habitación? —preguntó, pero parecía una protesta—. ¿Qué extrañas costumbres son esas?

—Las mías, por supuesto —alegó con dignidad.

—Es más sensato concederle un espacio en el establo, mientras definimos si se quedará o no —propuso. Laetitia hizo un mohín de desagrado que previno a Normanby de mencionar a Tobias en el resto de la conversación, había asuntos más urgentes, el perro podía esperar—. Entonces hablemos en mis aposentos.

—Tendría que perder la memoria para entrar de nuevo en esos recintos de perdición —lo provocó—. Desconozco cuántas amigas han compartido su alcoba o cuántas de sus prendas deben haber quedado olvidadas. Espero que el vestido que me obsequió a mi arribo no tenga una procedencia tan cuestionable como la de los diamantes.

—Le aseguro que ninguna amiga, conocida o amante ha pisado mi dormitorio. Y en cuanto al vestido, lo encargué a la modista más reconocida de Bond Street. ¿Algo más que desee saber al respecto? —la retó.

Parecía sincero. Sin embargo, ella no estaba dispuesta a permitirle terminar. No quería dejarse convencer. Sabía que algunos hombres eran maestros del engaño, y aunque todos hablaban de la entereza de Normanby, quizás tenía un lado oscuro, uno que solo ella tenía permitido descubrir. ¿El amante de la señorita Astor? ¿Qué más escondía su esposo?

—Tiene razón, hablemos en su habitación —aceptó tentada por descubrir sus secretos.

—Por fin eres razonable —le ofreció ir adelante.

Laetitia salió y cerró bien su dormitorio. Entraron en los aposentos del marqués que permanecían bien caldeados por la chimenea, la que además proveía de una tenue, pero sosegada iluminación. No fue suficiente para calmarla. Nada más pisar la estancia, con la sangre bullendo dentro de sus venas y la respiración agitada, se despojó del collar, de los pendientes y del anillo. Los dejó sobre el primer mueble que encontró, una mesa octagonal de palisandro sobre la que había una botella de coñac y una copa vacía.

—¿Razonable? Ahora verá cuán razonable soy. ¿Cómo demonios se le ocurre invitar a su amante a nuestro baile?! —cuestionó ella con una mirada de reclamo.

—Oh, también puedo escupir palabrotas para impresionar, pero me guardo de decirlas la mayor parte de las veces, sobre todo delante de una dama —explicó mientras aflojaba el nudo de su corbata; pero no era esta la que lo estaba asfixiando, eran los límites hasta los que lo llevaba su mujer. Nunca nadie lo enfrentó de esa manera.

—Deje sus atenciones para sus elocuentes «amigas». Quizás tengan oídos más castos. ¿O me equivoco?

—Siga, me interesa todo lo que sale de su boca. —Terminó de desatarse la corbata y dejarla extendida a ambos lados de sus pectorales. Continuó con todos los botones del chaleco y los primeros de su camisa.

—Su historia de amor tuvo un final fatídico a lo Romeo y Julieta. Salvo que al final no mueren. Serán más desdichados que la trágica pareja de Shakespeare, tendrán que vivir para sufrir cada día por causa de la idiotez que han cometido. La señorita Astor por rechazarlo cuando es evidente que aún lo ama, y usted por no luchar por su verdadero amor y refugiarse en un matrimonio por conveniencia, solo para tener herederos.

—¿Te parece suficiente desahogo? —Respiró hondo, con Laetitia era fácil que el pulso se le agitara y que él también deseara lanzar un montón de reclamos o alzar la voz. Lo llevaba al límite. Pero no era su estilo y quería ser fiel a sus principios. Se aclaró la garganta y continuó—: ¿O ya ha llegado mi turno de explicar? Porque tengo mucho que argumentar...

—Hable, por el amor de Dios, no pretendo acaparar la conversación. —Hizo un mohín, odiaba que la acusara de robarle el turno de la palabra.

—Tiene razón, en parte...

—Agradezco que lo reconozca. No es necesario que se hunda en el mar de las lamentaciones —lo interrumpió de nuevo, y él solo exhaló con fuerza.

—Te escucho. —Normanby decidió dejarla continuar desahogándose, se veía que lo necesitaba. Así que, para ocupar su boca en algo, se sirvió coñac. Pero, como beber sin ofrecerle antes a una dama alguna bebida, no era educado ni elegante, le extendió la única copa que tenía.

—No ingiero licores fuertes —rechazó, no solo con sus palabras, también con el gesto y un ademán de la mano.

—Continúa. —Dio un sorbo al líquido ambarino.

—Solicito que anule nuestro matrimonio. Tiene los elementos para hacerlo. No hay consumación. Seguro puede remover cielo y tierra para conseguirlo. No me interpondré en medio de una pareja que se ama. Sé lo que duele sufrir por amor. Usted es un idiota por no perseverar en convencer a la señorita Astor. Pero no seré yo quien frustre a dos enamorados —manifestó.

Normanby abrió mucho los ojos ante el calificativo que volvía a usar para referirse a él.

—¿Será tan generosa como para quitarse del medio, aunque su reputación pudiese terminar perjudicada? No hay virginidad que comprobar. —Se revolvió el cabello para intentar aliviar la tensión, despeinándose en el proceso, su cabeza estaba a punto de explotar. Ella se llenó los pulmones de todo el aire que podía y después exhaló muy lento—. ¿O solo quiere librarse de mí

y ha encontrado la excusa perfecta?

—Usted odia a Tobias. Yo no puedo vivir sin él. Ni siquiera soporta verle.

—¿Me quiere dejar por el perro?

—Dejaría a cualquier patán por mi Toby.

—También soy un patán —ironizó. ¿Por qué verla tan enfurecida lo excitaba? ¿Había algo malo y retorcido en él o el largo tiempo sin yacer con una mujer le estaba cobrando un precio? Dio otro sorbo al coñac.

—Hay más razones. Debemos aceptar que nuestro enlace no ha cumplido su fin. No hay simpatía entre nosotros. No se siente atraído hacia mí.

—¿Cómo lo puede aseverar? —Hasta él dudaba de sí mismo.

—De lo contrario, no me habría refundido en el campo. Y es evidente que no siento ni pizca de atracción hacia... —La voz se le apagó, necesitó tragar y se quedó muda, no pudo finalizar su aseveración.

«¿Por qué no puedo terminar?», pensó ella y entonces un calor la recorrió entera. Sus pupilas vagaron por el rostro de Normanby. Analizó. «¿Por qué no puedo dejar de fijarme en sus ojos verdes un poco rasgados?». Entonces estudió su cabello desordenado, enmarcando sus facciones que parecían desenfadadas; aunque era evidente que también era presa de la tensión. Prueba de ello eran las arruguitas que se formaron en su frente, cuando se pasó la mano nerviosamente por el pelo, tratando de volver a acomodarlo.

Normanby notó que era objeto de un detallado escrutinio, y le devolvió una mirada desafiante; pero ansioso se rascó la barba hasta dejarla hecha un desastre. Todo fuera de su habitual sitio.

«No me gusta, no me gusta», intentó convencerse Laetitia y buscó razones: «Su nariz es un poco más grande de lo que corresponde a la composición de su cara. Sí, esa nariz... Oh, mi Dios, pero cumple la función de enloquecerme, junto a esos sonrosados labios, la desaliñada barba y los hoyuelos de las mejillas, que insisten en hacerlo parecer feliz», confesó para sus adentros y solo entonces fue consciente de su conclusión.

—¿Qué le viste a ese Thomas? —preguntó él. De pronto, quería desentrañar ese misterio porque en realidad deseaba saber qué le atraía a Laetitia de un hombre.

—No deseo oír de nuevo ese nombre. Usted podrá seguir amando a su señorita americana, pero ese canalla para mí está enterrado. Mi corazón jamás volverá albergar esperanza alguna por él. Cuando alguien te rompe en tantos pedazos, no se puede seguir queriendo.

—No sé por qué me siento muy identificado con esas palabras. —Suspiró.

—Creo que después de todo, sí necesito probar ese coñac.

Él rellenó la copa y se la ofreció. Ella mojó sus labios y no le agradó el sabor, pero llena de valor intentó tomar un largo sorbo. Terminó tosiendo y antes de apartar la copa, él se la quitó y la dejó en la mesa.

Normanby cumplió como un caballero con todas sus necesidades. Sin previo aviso, la rodeó con sus brazos y la aproximó a su torso. Los ojos de Laetitia se desviaron al pedazo de piel que la camisa entreabierta dejaba a la vista. El olor y el aroma que emanaba de su piel, de su

cercanía, la hicieron temblar. Sus rodillas no la sostendrían mucho más. Así que se aferró al hombre que la sostenía.

—Déjame besarte, quiero besarte. —Salió disparado de la boca del marqués como una exhalación.

—¿Qué es-tá ha-cien-do, Nor-man-by? —preguntó entre titubeos.

—Arruinararte los planes. No habrá anulación.

Capítulo 9

Edgar se humedeció los labios antes de probar la boca de su esposa, ella no aceptó con palabras, jamás lo haría, era muy orgullosa. Pero lo aferró por el cuello y fue a su encuentro con el mismo apetito. Laetitia sabía besar, y cómo besaba. Saqueó, chupó y mordió.

Él se sintió perdido; perdido si no descubría hasta el último rincón qué ocultaba el amplio y pesado vestido de su esposa. Llevó sus manos con desespero hacia los innumerables botones de la espalda para librarse de ellos, pero la prisa que lo estaba consumiendo, le jugaba en contra, lo volvía impaciente e impreciso.

—No, no podemos hacer esto. Ni siquiera hemos hablado —divagó ella, quitándole las manos de su espalda. Pero las suyas no quedaron quietas, no dejaba de tocarlo, de enterrar los dedos en el revuelto cabello masculino y de inspirar con fuerza, para llenarse de su olor a hombre, que la estaba embriagando.

—Hemos conversado más de la cuenta. —Él ya no podía disimular la excitación tan notable en su voz. Le pasó la yema de su índice por la preciosa nariz recta de Laetitia.

—Thomas ha jurado destruir mi reputación, eso nos afectará a ambos. Es mejor que nos detengamos a tiempo, aún podemos anular este matrimonio. Sálvese, no tiene por qué hundirse conmigo.

—Esa escoria putrefacta no abrirá la boca para dañarte, te doy mi palabra.

—¿Cómo se atreve asegurarlo? Está aquí ahora conmigo, no puede controlar lo que ese demente decida revelar.

—Quien hace tantos esfuerzos para conservarte, tratará de recuperarte de nuevo y no se dará por vencido tan pronto. Solo te está presionando, es un idiota. No sabe cómo recobrar lo perdido. No gastes más saliva mencionándolo, no atormentes tu cabeza temiendo su represalia, ahora eres mi esposa. Estás a salvo conmigo.

—Mi doncella debe seguir esperándome. —Buscó otro pretexto para calificar de inmoral lo que estaba haciendo. Después de la gran decepción no podía entregarse a otro hombre, ni siquiera a su esposo. Pero, no se despegaba del cuerpo masculino, no lo soltaba y gemía sin poder controlarlo.

—Se irá cuando comprenda que estás ocupada.

—¿Qué pensará de mí?

—No debería interesarte. Eres una mujer casada.

—Pero no somos el típico matrimonio y las doncellas siempre saben.

—Puedes irte si lo prefieres, me detendré si te tranquiliza. —Dejó de prodigarle las voluptuosas caricias.

—No, tampoco quiero que tengas la salida de la anulación. Me gusta ser tu esposa. Hazme un hijo, Edgar —lo tuteó y su petición parecía una súplica—. Porque soy un desastre y terminaré por arruinar lo que tenemos. Pero si quedo embarazada, no podré salir huyendo y ya no podrás

deshacerte de mí.

—Quien te aseguró que me casé contigo porque deseo descendencia te engañó por completo. Seré feliz si consigo ser padre, pero no albergo la misma ilusión de otros nobles de preservar el título. Pienso que solo tenemos una vida, y no voy a desperdiciarla por obsesionarme con perpetuar mi linaje. Me siento vivo ahora, tú me haces sentir lleno de energía. Y sí, fui un idiota por darte mi lista de exigencias. Debí proponerte que lo intentáramos. Quizás podamos tenerlo todo y al final nuestro matrimonio termine siendo uno donde cohabite el amor. No eres menos desdichada que yo, él no supo valorarte. Dame la oportunidad a mí, como yo puedo dártela a ti.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Qué podemos perder? Ya conocemos el lado espinoso de enamorarse, no caeremos más bajo.

—Espero que no, porque no lo soportaría. Si confío de nuevo, si intento adorarte, no aceptaría migajas. Serás solo mío, sin condiciones absurdas.

Edgar se emocionó con aquellas palabras, volvió a la carga con los botones del vestido de noche.

—No necesitamos tener descendencia para comprometernos. Quiero hacerte mía porque te deseo. Es más, no te haré un hijo hasta que pase un año o dos. Apenas acabamos de casarnos y lo único que tengo en la cabeza, desde que abriste la boca para reclamarme hasta por el aire que respiro, es enterrarme entre tus piernas una y otra vez, una y otra vez.

—Oh, Edgar... —Su corazón galopó al escucharlo como un corcel sin control, palpitaba justo en el sitio de su cuerpo que él había referido. Ese hombre era un volcán en erupción.

Edgar respiró hondo, cuando por fin terminó con la hilera de botones del vestido y la liberó de este, dejándola en el miriñaque y el corsé. No tardó en enfrentarse al último con maestría, mejor de lo que lo hacía Eloise, mientras besaba el nacimiento de sus pechos, el cuello. Después de un movimiento certero, zafó el lazo de la crinolina y esta cayó al suelo, dejando a su esposa vistiendo la camisola de algodón y encaje.

Ella también lo ayudó a desvestirse, se miraban con deseo, picardía y cierta simpatía, que a ambos los tomó por sorpresa. El frac terminó sobre la alfombra. Él se quedó con la ropa interior de dos piezas. La parte superior estaba desabotonada hasta por debajo de los pectorales.

Laetitia lo detalló de modo fugaz, los colores comenzaron a desfilar por su rostro. Con la intención de distraerse se quitó los zapatos, lo que la hizo descender unos centímetros. Él aprovechó para desnudarse de la cintura hacia arriba.

—Eres pequeña. Me encanta que seas pequeña. Me gusta todo de ti y estás completamente equivocada, jamás dije que no me parecías atractiva —se confesó con una ladina sonrisa en la mirada.

—En realidad, soy de estatura promedio, pero para ti cualquiera es pequeño. Y... Si te parecía atractiva, ¿por qué me abandonaste en Latchmore Tower? —No pudo evitar preguntarlo.

—Necesitaba entenderte, tú no querías responder mis cuestionamientos.

—Y descubriste que no soy una santa. —Apenada bajó los párpados. Solo habían peleado o discutido al respecto, no conversado civilizadamente.

—Conocí la parte triste de tu historia, y no estoy celoso después de todo. Puede que el destino tenga reservada para mí, la mejor parte, la más hermosa y la más feliz de tu vida.

—Bésame, Edgar —le pidió y deslizó los dedos por el centro del cuerpo de su esposo, desde el cuello hasta el ombligo; jugando a su paso con los escasos vellos del surco entre sus pectorales, y después, con la cinturilla del pantalón de la ropa interior. Tentándolo.

—Ya no soy lord Normanby para ti. Adoro escuchar mi nombre en tus labios.

—Oh, Edgar —repitió sin darse cuenta, también le gustaba pronunciarlo.

La tomó en brazos y ella se dejó conducir hasta el lecho. La depositó con suavidad sobre la mullida cama.

—Eres mi esposa, Laetitia, y jamás me ha pasado por la cabeza la idea de anular nuestro matrimonio. Soy un hombre adulto, cuando me presenté en el altar, sabía que sería para siempre. No juego con las mujeres. Y sí, me han sorprendido las palabras de Corinne, pensé que jamás iba a retractarse de rechazar mi propuesta matrimonial, pero su arrepentimiento ha llegado tarde. Me pasó justo como a ti, mi corazón quedó tan roto que no se lo puedo volver a entregar. En cambio, tú me despiertas las ganas de enamorarme de nuevo. Es verdad que te traje a Londres con un propósito. No era fingir frente a todos que somos la pareja perfecta. Quería proponerte y te propuse algo absurdo, un tipo de matrimonio donde yo no tuviese que arriesgar, donde mis sentimientos no volvieran a estar en una posición de peligro. Pero ahora estoy decidido a mandar mi desatinado plan al demonio. Vamos a movernos lento para no equivocarnos, despacio, pero no hoy. Por Dios, no hoy.

Se acostó sobre ella, con cuidado de no aplastarla con su peso, y volvieron a besarse. Consintió los labios de su esposa, los mimó y memorizó su textura y su suavidad. Después la hizo girar para dejarla encima. Era fácil manejarla para un hombre de su proporción. La guio con ternura hasta que ella quedó a horcajadas sobre su cuerpo. No tardó en retirar la camisola y descubrir lo que el delicado algodón le tenía reservado. Acto seguido, con un movimiento seductor, Normanby tomó uno de los ligeros y lo deslizó por toda la pierna, y después hizo lo mismo con la media. Repitió el acto con la contraparte, mientras ella lo contemplaba cautivada. Sin quitarla de arriba se libró del pantalón y ella pudo sentir su virilidad endurecida rozando su entrada, justo por la abertura de sus calzones, la única prenda que aún la vestía. La fricción entre sus sexos era placentera.

Ese hombre era atractivo, seductor y con completo dominio de las artes amatorias, con la sabiduría que le daban sus años. Thomas no tenía ni punto de comparación. Laetitia no pudo resistirse a acariciar uno de los hoyuelos del gallardo Normanby.

—¿Me miras al rostro? Tienes a un hombre desnudo debajo de ti, uno que se ejercita lo suficiente para no lucir tan mal, y tú no me quitas la vista de la cara. ¿Tengo monos pintados? —bromeó.

—No. —Unas carcajadas sorprendieron a Edgar—. Estoy casi convencida de que tus hoyuelos son los culpables de que tu rostro luzca pícaro, juguetón y risueño, incluso si no sonríes. Esos ojos chispeantes y pendencieros también son los responsables.

—¿Entonces no te parezco tan repulsivo después de todo? Es un alivio —exageró en tono burlesco.

—Eres tolerable —jugó.

—Uhm. Puedo soportarlo.

Edgar deslizó los dedos por los muslos de Laetitia en dirección al borde del encaje de los calzones, y después continuó por la tela de algodón hasta colar los dedos por la abertura en medio de estos. Acarició la intimidad femenina que ya estaba húmeda y tibia. Fue delicado. Aunque moría por enterrarse hasta la empuñadura, sabía que ella necesitaba preparación. Jugó con el botón terso y resbaloso, lo tocó suave primero y después en círculos, hasta que ella comenzó a gemir y a frotarse contra la mano que la castigaba dulcemente.

Un hombre de su edad tenía suficiente experiencia en el lecho. Era discreto, pero sabía complacer a una mujer. Su erección estaba tan dura y afilada como una lanza; no obstante, podía esperar. Se extasiaba con cada gemido de su esposa, crecía al deleitarse con su parcial desnudez, iba a descubrirla poco a poco.

Torturó con paciencia el pequeño nudo. Cuando la vio apurarse y frotarse en busca de más placer, guio el índice hacia el interior lentamente, al mismo ritmo que los embates de las caderas de la mujer sobre su cuerpo.

Otro dedo se sumó a la invasión, se sentía muy estrecha y la urgencia de su necesidad fue creciendo. La mano libre subió hasta uno de los pechos, cabía en su palma, lo estimuló con pasión para ayudarla a llegar a la culminación.

Cuando las paredes de la cavidad palpitaron y apretaron sus dedos, apuró las embestidas. Ella echó la cabeza hacia atrás, mientras se liberaba.

—Oh, Edgar —jadeó adorándolo por tan conmovedor regalo—. Tómame, quiero sentirte.

Fue todo lo que necesitó oír. Le quitó los calzones, mientras ella seguía temblorosa por el mar de sensaciones que la recorrían. Y contemplando su piel delicada, que contrastaba con la suya, curtida por el sol, los deportes y sus propias batallas, llevó la punta de su miembro rígido hasta la entrada.

—Al fin serás mía —jadeó dominado por el ardor. Y si todo funcionaba entre ellos, y si se enamoraban... Con esa idea en la mente dio una estocada certera, profunda, muy profunda, que les robó a ambos un fuerte gemido. Un placer vibrante los recorrió por todo el cuerpo y gritaron desbordados de deleite. Ya no iba a estar solo, ya no sería rechazado, ya no tendría una pésima suerte en el amor. Se eligieron, por las circunstancias que fueran, pero decidieron juntos hacerse compañía. Y lo habrían hecho antes, mucho antes, si hubiesen sospechado cuál sería el desenlace —. ¿Por qué demonios me tardé tanto? Te deseo, te deseo —reveló abandonando su cuerpo para volver a enterrarse y repetir la sensación.

—Tómame, tómame de nuevo. Quiero sentirte adentro.

La atravesó lentamente y ambos jadearon, mientras sus cuerpos se volvieron uno solo, así como lo anheló, hasta la base, hasta la empuñadura. Edgar tenía una medida considerable y ella lo albergó por completo, como si sus cuerpos estuvieran hechos para acoplarse.

—No te muevas, solo un segundo, no te muevas. —Necesitaba sentirla así todo lo que pudiese resistir, envolviéndolo con su calor. Era tan endemoniadamente delicioso—. Ahora, no pares... —indicó que ya era el momento de seguir, o iba a terminar por perder la cabeza, girarla de espaldas y embestirla hasta acabar de una maldita vez.

—Eres muy grande —se le escapó sin siquiera pensar y comenzó a cabalgarlo por instinto. Cada vez que volvía a llenarla sentía que iba a reventar de tanto placer.

Ella se movió cómo le dictó el instinto, disfrutando de cada centímetro, de cada palabra, de cada momento de agradable intimidad que atesoraría para siempre. La espera valió la pena, la primera vez entre ambos iba a ser inolvidable.

—¿Qué has hecho conmigo, pelirroja? —preguntó embistiéndola desde abajo. A ella le encantaba, gemía cuando él la colmaba al empujarse contra su cuerpo.

Edgar estiró las manos para alcanzar los pechos femeninos y los acarició con deliberada intención. Sabía qué punto tocar, con qué presión apretar para hacer que Laetitia enloqueciera. Y ella se soltó más y más. Le encantaba sentir el poder que le confería montarlo desde arriba, él era un potro salvaje, difícil de domar. Lo cabalgó como una experta amazona, cuando en realidad su práctica se limitaba a una sola vez. La naturaleza poseía fuerzas ancestrales, sabiduría innata que se desbordó cuando él, no contento con amasar sus senos, subió para apoderarse de la tersura de sus labios y de la tibieza de su lengua.

Ambos sintieron que estaban a punto de terminar, se abrazaron con fuerza.

—Quémame en tu dulce infierno, mujer. Móntame, más rápido, más rápido —le exigió apoderándose de sus posaderas, apretándolas, empujándola.

Sus palabras la catapultaron a la cúspide. Se sacudió sobre su montura hasta que pequeñas convulsiones la hicieron erizarse entera, de la cabeza a los dedos de los pies. Gritó a punto de quedar completamente saciada. Edgar le atrapó la boca para beber sus gemidos, sus gritos, su pasión. Se movieron enloquecidos, de modo frenético, hasta que él no pudo contenerse más. Con un gruñido se vació hasta la última gota, asegurándole con cada movimiento cuán satisfecho se sentía.

Laetitia lo abrazó también con mucha fuerza cuando terminaron. Besó sus mejillas, sus labios. Nunca había experimentado algo así.

—¿Qué demonios me has hecho? Oh, Edgar. —Acunó su cara para mirarlo a los ojos. Ambos jadeaban.

—¿Qué su-ce-de? Pare-ce que vas a decir algo más, pero no te deci-des. —Hablaban entrecortado, casi sin aliento.

—Yo sí estoy celosa, tremendamente celosa de todas las mujeres que pasaron por tu vida —soltó sin poder ocultarlo.

—No tienes por qué estarlo. Soy un hombre fiel, tal vez creas que soy un idiota, pero este idiota jamás te engañará con otra mujer.

—No considero que seas un idiota. —Lo besó de nuevo.

—Oh, condenación, dije que no íbamos a tener hijos en uno o dos años y quizás me coma mis palabras. Me derramé en tu interior y fue una cantidad que quizás te haga trillizos.

—Presumido. —Besó sus hoyuelos.

—Pero no tendremos tan mala suerte.

—¿Mala suerte? —Trató de levantarse y él no se lo permitió, siguió abrazándola, sin dejarla bajarse de su cuerpo.

—Ves, soy un imbécil, no quise decirlo así. Pretendo que nos conozcamos más antes de aventurarnos en la paternidad.

—Me gusta conocerte, quiero saber todo de ti. Seremos cuidadosos la próxima vez.

Se acurrucaron en la cama hasta que encontraron la posición perfecta, estaban un poco exhaustos por los acontecimientos, sobre todo por el final de la velada. El baile había sido un éxito. No importaba cómo, pero ellos terminaron en la misma cama, sin ropa y abriendo sus corazones más de lo que lo hicieron en los meses que llevaban casados.

—Cada sobresalto valió la pena, esposa mía. Te tengo aquí en mi lecho y te quedarás para siempre.

Capítulo 10

Laetitia abrió los ojos y lo primero que vio fue la maraña de pelo castaño de Normanby enmarcando su rostro recostado en la almohada. Sus pestañas y sus cejas, del tono exacto del cabello, en contraste con su tez, le daban un aire desenfadado. Descansaba feliz y eso le reconfortó el corazón.

Ninguno dijo la frase: «te amo», pero se brindaron afecto, compañerismo, esperanza. Se aferró a la esperanza y la pasión. No quería reflexionar sobre el efecto devastador y arrebatador que el marqués tenía en la intimidad. Se sentía complacida, exhausta, llena.

Con Thomas experimentó juegos previos, siempre motivados por el deseo y la sensación de lo prohibido. Se escondían para besarse, acariciarse. Su primer orgasmo lo tuvo a la sombra de un árbol, mientras él colaba sus dedos por debajo de su vestido; pero se podía calificar de tímido, contenido, pudoroso, en comparación con el huracán que desataba Normanby en su cuerpo. La única vez que llegó hasta el final con John, que realmente la hizo suya, fue cuando consumaron el matrimonio en aquella posada donde después la abandonó. Estaba tan asustada en la cama y él se veía tan inseguro.

Sería la última vez que pensaría en cómo le fue con su primer amor, si es que el canalla merecía tal denominación. Y si se atrevió a meditar sobre ese asunto, fue porque se tomaba en serio su intimidad. Todo cambió tras la hermosa noche que compartió con su esposo, no volvería a mirarlo igual.

La segunda oportunidad de amar que le ofrecía la vida parecía cercana y llena de promesas. Su corazón latía más rápido de lo habitual, sentía mariposas en el estómago. «¡Oh, Edgar!», pensó ilusionada.

En medio de sus suspiros, recordó que Tobias estaría esperándola para su paseo matinal, trató de huir sin hacer ruido. Igual quería escapar, no sabía cómo mirar a Normanby de frente tras los momentos ardientes que compartieron, sobre todo por los desacuerdos y los cabos que aún seguían sin atarse. También porque ella se comportó de un modo tan desinhibido, que cuando él abriera sus ojos verdes, se iba a ruborizar.

Trató de abandonar la cama, pero el varón, que no dejaba de sorprenderla, la sostuvo por la cintura justo antes de que se pudiese escabullir.

—¿Adónde vas tan temprano? —preguntó con la voz adormilada, lo que provocó que el estómago de Laetitia se encogiese de golpe. Como predijo, se ruborizó ante su mirada y su sonrisa seductora. Nuevas y desconocidas sensaciones la recorrían, y todas se debían al cúmulo de emociones que él le hacía sentir.

—Tengo que sacar a Tobias al jardín, ya estará desesperado. Está acostumbrado a...

—¿El perro?

—Sí, mi perro —le recordó. Era importante que supiese que nada la separaría de su amada mascota. Edgar tendría que ceder.

—¿No puede ocuparse alguien más?

Unos discretos toques en la puerta que unían las habitaciones los previno. Al escuchar la voz de Eloise se tranquilizó. Por suerte era su doncella. No estaba lista para que los demás sirvientes la sorprendieran allí, ni siquiera tenía con qué cubrirse. El vestido de la noche continuaba desperdigado por algún sitio de la habitación.

El marqués abandonó el lecho, y Laetitia advirtió que ya llevaba puesto el pantalón de su ropa interior, mientras ella continuaba desnuda. Se preguntó por qué no fue más pudorosa. Él sí tuvo tiempo para vestir parcialmente su desnudez antes de rendirse al sueño.

Él se abrigó el torso con una larga bata y descorrió el cerrojo que, hasta ese instante, limitaba el paso entre los dormitorios. La doncella se introdujo más ruborizada que la marquesa, llevando en las manos otro camisón y una bata para su señora.

Laetitia se dejó colocar ambos y, de pronto, se le hizo raro, que su perro no entrara a darle los buenos días como cada mañana.

—¿Y Tobias? —preguntó cuando estuvo presentable.

—En la cocina desayunando. Ya le di su paseo matinal. Está feliz. Todos lo llenan de mimos. Dicen que jamás han visto a un perro en Normanby House. Bueno, todos a excepción del señor Barnes que lo observa con cara de venado asustado. Sabe que no es santo de la devoción de Tobias —se corrigió Eloise, pero detuvo su elocuencia al percibir que el marqués la observaba con los brazos cruzados—. Con su permiso, milord.

Normanby trató de sonreír para corresponder a su cortesía, pero la alusión al can fue todo lo que retuvo.

Eloise no tardó en despedirse y ellos volvieron a estar solos. No tocaron asuntos espinosos, ambos temían que se rompiera la magia: ni la permanencia de Tobias, ni el origen de los diamantes que seguían sobre la mesa donde los dejó Laetitia, ni tantos otros asuntos delicados.

Se quedaron un par de horas en la habitación, desayunaron juntos y después volvieron a prodigarse caricias en ese paraíso terrenal en que se convirtió aquel dormitorio. Dentro, embriagados por el calor de la chimenea y el de sus cuerpos, parecía que estaban de acuerdo en todo y que el futuro auguraba muchos años de paz.

—Mi ayuda de cámara no tardará en venir para prepararme, debo salir a atender mis negocios —le compartió.

—Aprovecharé para tomar un baño y después ponerme al día con el ama de llaves.

—¿Preferirías pasar la Navidad en Londres con la familia o solo nosotros en Latchmore Tower?

Ella sonrió al saber que no sería excluida de las futuras decisiones hogareñas.

—¿Qué te haría feliz, esposo mío?

—Adoro estar con mis parientes y ellos se quedarán en Londres. Pero, también me gustaría conocer más a los tuyos.

—Los míos viajarán a Kent. Somos una familia numerosa y mis padres aman reunir a todos sus hijos en torno a la chimenea, para compartir ese tiempo exclusivo donde estemos solo nosotros.

—Una hermosa tradición. Pero será difícil elegir entre los Percy o los míos sin herir

susceptibilidades. Es nuestra primera Navidad y no tuvimos una luna de miel, podríamos convertir lo que queda de diciembre en una. Tú y yo al calor de una de nuestras tantas chimeneas.

—Ya me has convencido. —No podía asegurar que era amor, ni que se estaba enamorando, era muy pronto. Pero la sensación agradable que la envolvía al estar en su compañía era reconfortante.

Se despidió dejándole un beso en el aire, y caminó hacia la puerta de unión, cuando la abrió un perrito impaciente irrumpió en la habitación entre jadeos y otros sonidos desesperados. Reclamó de inmediato la atención de su dueña. Pero, cuando vio a Normanby, se quedó quieto, en modo atención. No reaccionó como solía comportarse frente al mayordomo, con gruñidos precedidos de erizar el pelo del lomo, sino que mostró curiosidad. Se le acercó para olfatearlo.

—Oh, mira. Le agradas —apreció ella tranquila, así Edgar dejaría sus protestas en contra del perro.

—Aleja a ese monstruo de mí —gruñó dando dos pasos hacia atrás y ella lo contempló extrañada.

—Ven, Toby —ordenó serena, pero Tobias insistió en investigar al nuevo ser humano que se añadió a la familia—. Tobias, aquí. —Laetitia se acercó para levantarlo en brazos porque su interés por Normanby era tan acuciante que no obedecía a su ama—. ¿Por qué huyes, Edgar? Ni que hubieses visto un lobero irlandés muy furioso.

—El lugar de un perro es el patio, no los aposentos. —Alzó los dedos y se los llevó a la cabeza, como si alguna de las palabras pronunciadas le afectara o le causara un gran disgusto.

—Siempre está muy limpio. Si temes que ensucie o destruya algún mueble no tienes de qué preocuparte. Lo tengo muy bien entrenado.

—Esos animales son erráticos, no se puede confiar en ellos. Sácalo de mi dormitorio, por favor —agregó con frialdad, alejándose de ambos.

—Pero si es diminuto, por muy errático que se volviera, que repito, no lo es. ¿Cuánto desorden podría causar? Tan menudo y manso que el hombre que lo criaba lo descartó de la camada. La cocinera de mi madre es de Yorkshire, lo recogió porque entre los suyos no tenía cabida, muy pequeño para cazar ratones en los molinos. Lo trajo a casa con la esperanza de que al menos asustara a los roedores de la cocina. Pero cabía en mis dos manos juntas, así que lo cuidé y hoy es mi compañero fiel. ¿Sabes que se parece a Huddersfield Ben?

—No sé de qué me estás hablando. —Su cuerpo lucía rígido, evitaba mirar al perro.

—Un terrier con cierto parecido a este que participaba en exposiciones desde 1865, definitivamente Tobias es más bonito. ¿No lo crees? Mira su carita. —La última frase la dijo con una voz extraña, entre tierna y graciosa, que le brotaba sin querer cada vez que sus ojos hacían contacto con los del perrito—. Dice la cocinera que quizás son familia, pero Toby es tres veces más chico. —Se lo acercó con la esperanza de que lo aceptara y el can continuó mostrando su efusión.

—No me gusta —dijo con repulsión—. Son impredecibles y pueden causar daño. ¿Parezco el tipo de persona que iría a un sitio atestado de perros? Evito ir de cacería, aunque soy un magnífico tirador. No soporto a todos esos sabuesos rodeándome. —Se estremeció, como si una sensación incómoda lo hubiese recorrido al solo imaginarse en el escenario descrito—. Prefiero

un buen cuadrilátero de boxeo, la esgrima. El perro tiene que irse. Odio tener que imponértelo, pero no hay otra salida.

—Entonces tendrás que echarme también, Toby y yo somos muy unidos. Jamás lo abandonaría. —Lo miró desafiante, convencida de que no se atrevería a tanto.

—No te pido que lo abandones. Solo que lo devuelvas a la casa de tus padres. Seguramente, alguna de tus hermanas estará encantada de cuidarlo.

—Estás hablando de mi perro —chilló.

—No tenemos que hacer una discusión de esto —agregó con severidad—. Tampoco chillar como una muchachita.

—¿Muchachita? Soy una mujer adulta de veintidós años, tal vez te resulte un incordio porque excedes el límite de la madurez. A tus treinta y cinco no parece tener mucha flexibilidad. Ni siquiera para bajar tus murallas y darte cuenta de que un cachorro juguetón puede darle mucha chispa y risas a nuestra vida.

—¿Insinúas que soy un viejo «inflexible»?

—¿Tratas de recalcar que soy una chiquilla malcriada y caprichosa por insistir en conservar a mi perro?

—Una dama casada debe pensar en procrear, ser madre, cuidar su hogar u otros intereses, no lo sé. ¿Qué te llama la atención? ¿La cultura, los libros, la música, obras de caridad, algo más maduro? No domesticar fierecillas que estarán tirando sus pelos sobre mis alfombras persas. —También la observó de modo desafiante—. Nunca ha habido perros en Normanby House, no empezaremos ahora a quebrar reglas de años.

—¡Qué rígido y ceñudo, su señoría! —replicó—. Ya no se ve tan seductor. Toby no es un objeto para desecharlo porque a «mi nuevo esposo» no le parece buena idea tenerlo, puesto que tiene alfombras persas que mantener impolutas.

—Hay ciertas concesiones que hacer cuando decidimos formar una pareja. Entiendo que lo adores. —Hizo un gesto de sopor, como si Laetitia se comportara de modo caprichoso—. Pero ¿podrías comprender lo fastidioso que sería para mí vivir con un perro? Debemos llegar a un acuerdo razonable. No quiero imponerme, pero no acepto que esa bola de pelos se pasee tan campante por la casa, y menos en nuestras habitaciones.

—Te has convertido en sapo demasiado pronto, Edgar —protestó—. Y es una pena. Había comenzado a creer todas esas cosas buenas que dicen sobre ti. Toby y yo nos retiraremos a la privacidad de nuestros aposentos. Estamos muy enfadados. Cerraré herméticamente la puerta para que la «bestia feroz» —enfaticó con sarcasmo— no cause un estropicio en tu dormitorio, ni en el resto de la casa. Lo mantendré muy lejos de tus posesiones y tus espacios.

—He dicho que el perro se irá, y estoy tratando de negociar contigo. —Edgar cada minuto se alejaba más de Laetitia, o más bien de Toby, como si tuviese una enfermedad contagiosa—. De verdad, no soporto esos animales. Si, por ejemplo, tú odiaras a los ratones y yo fuese aficionado a criarlos. ¿Los soportarías?

—Puedes usar todo tu arsenal de razonamiento manipulador, no funcionará —atacó dejando de lado la dulzura que compartieron la noche anterior—. Si tú tuvieses un ratón de mascota, sería difícil para mí, pero no te ordenaría sacrificarlo.

—No te estoy «ordenando» nada y menos «sacrificarlo». —Se llevó una mano a la sien, ofuscado—. Tienes talento para responder acertadamente y dejarme como el villano de la discusión.

—Es que eres el villano.

—Amor, sé comprensiva. Solo te solicito de forma civilizada que no me lo impongas.

Tan turbados estaban ambos que ninguno reparó en la cariñosa forma en que él se refirió a ella: «amor», como si fuesen un matrimonio de años acostumbrados a discutir.

—No me parecías tan civilizado cuando dijiste: «El perro tiene que irse. Odio tener que imponértelo, pero no hay otra salida». —Enarcó una ceja y él tuvo que tragarse sus palabras.

—Sí, eso dije. Mas no fue mi intención. Agrrr. —La mano que tenía sobre la palpitante sien, la dejó caer pesadamente, a lo largo de su cuerpo—. Quizás la situación se salió algo de control. Hablaremos cuando ambos estemos sosegados, tengo que atender un asunto urgente. Amor, ¿estamos bien? No vamos a distanciarnos por el perro, ¿o sí? —cuestionó con incredulidad por la importancia que le daba su esposa al animal.

Entonces ella reparó en el apodo cariñoso, sin embargo, no bajó la guardia. No contaba como un «te amo» o «estoy enamorado», si no se declaraban antes sus sentimientos. Casi la ablanda, pero la razón de su incomodidad era de peso. Edgar pretendía convencerla de echar a su pedacito de cielo lejos de su vida.

Con la nariz elevada, Laetitia se fue con Tobias en brazos y dio un portazo antes de desaparecer para dejar muy clara su molestia.

Capítulo 11

Negociar con Laetitia por el perro iba a ser muy difícil. Dos cosas le quedaron muy esclarecidas. Ella adoraba a ese animal e iba a pelear con ahínco para que el bendito cuadrúpedo se paseara a sus anchas por todo Normanby House. Entendía que otros amasen a los canes, pero él no podía, ni aunque se lo propusiera. Casarse con una dama que los trataba como parte de la familia le estaba suponiendo un conflicto interior mayor de lo imaginado. Era evidente que ella no podía desprenderse del vínculo que tenía con Tobias, pero él era incapaz de compartir el espacio con perro alguno por difícil que le resultara entenderlo a su esposa.

Quiso quedarse y arreglar ese asunto de una vez, pero Laetitia tenía razón en algo, las amenazas de John Thomas no debían tomarse a la ligera y mientras no implementara medidas resolutorias, estaban en peligro de quedar en boca de todos.

Hizo lo que tenía que hacer, lo que correspondía a un caballero cuando otro ofendía a su cónyuge. La noche anterior no lo desafió delante de ella, porque no deseaba dar un espectáculo en su morada. Menos atormentarla con otra preocupación más, una que la haría sentir terriblemente culpable si todo salía mal.

Después citó a Kilian, necesitaba hablarlo con alguien de su entera confianza y Norfolk no era la mejor opción. Iba a oponerse, a tomar el mando para buscar una solución y eso solo lo convertiría en un hazmerreír. No podía permitir que su hermano mayor resolviese por él un asunto donde se ponía a prueba su hombría.

Aguardó en White's la llegada de su primo. Cuando por fin lo vio arribar ya había bebido más de lo habitual, tomando en cuenta que no era su costumbre. El vizconde Sadice se aproximó a la mesa con su lento andar por su cojera, resultado de un duelo que le costó la movilidad de la rodilla.

Kilian Everstone, vizconde Sadice, ladeó la cabeza ante la botella y el contenido faltante.

—Has empezado muy temprano hoy, Edgar. ¿Qué hora es? ¿No tuviste suficiente con lo que bebiste en el magnífico baile que ofreciste anoche?

—Siéntate y deja de sermonearme.

—¿Algún problema para que me cites con tanto misterio en White's? Si te apremiaba verme podrías haberme visitado en mi casa.

—No, necesitaba un sitio más discreto.

—¿Y crees que el club para caballeros más célebre de Londres lo es?

—No deseaba implicar a Isabelle en nuestros asuntos —se refirió a la esposa de su primo—. Y menos que el tema que deseo tratar contigo llegue a los oídos de Laetitia.

—Habla, me asustas —exhortó acomodando su rubia cabellera, que intentó salirse de su impecable peinado.

—Alguna vez te batiste en un duelo y no me pediste que fuese tu segundo —comenzó por las ramas.

—No sé por qué lo sacas a colación, pero no lo hice porque sé que te opones por completo a ese tipo de prácticas. No tuve opción, me retaron y respondí.

—Te habría apoyado, aunque estuviese en contra. Eres mi primo, casi mi hermano y nos hemos solapado demasiadas cuestiones desde niños como para haber tenido la confianza de recurrir a mí. Sin embargo, no te dejaré fuera. Seré más considerado.

—¿De qué demonios estás hablando? —Entrecerró los ojos, preocupado.

—Serás mi segundo.

—¿Para qué, Edgar? —Jamás pensó que su primo le pediría algo así.

—Desafié a John Thomas a un duelo, hace apenas unas horas.

—¿Qué hiciste qué?

—Indagué por él, no quería irrumpir en su casa ni alarmar a su esposa. Lo encontré en un club de boxeo en donde me contaron que se afilió recientemente. En fin, mañana al amanecer en Hyde Park. Su hermano será su segundo. He dejado tal privilegio para ti. Perdóname por implicarte en algo que, no me parece justo. Eres padre y está Isabelle. Me degollará vivo si llega a enterarse. Pero no tendrás que tomar mi lugar, estoy decidido a darle su merecido a ese canalla.

—Dime que ha elegido los puños, no importa que esté practicando. No tiene un gancho poderoso, será una victoria rotunda y tú eres bueno. La temporada anterior Peasly le dio una paliza digna del mejor cuadrilátero. Es pan comido. Tú has boxeado toda tu vida. ¿En qué no te has preparado?

—Él ha elegido la espada. Sabe que soy excelente tirador y no quiso arriesgarse.

—¿Y cree que te derrotará? ¿Cuál es su trayectoria en la esgrima?

—No lo sé, no somos del mismo círculo.

—Tal vez Peasly, quien compartió cursos con él, logre iluminarnos al respecto.

—No, deseo discreción. No preocuparé a la familia. No saldrá de nosotros.

—Pero, Normanby... Ese hombre llevará a su hermano y no sabemos a quién más o de cuáles tretas se valga. Somos una familia poderosa, tenemos a Peasly y a Norfolk de nuestro bando. El barón es bueno con el arma que sea. Tu hermano es un purista de las leyes y la etiqueta, pero letal en cualquier disciplina. Yo querría tenerlo de mi lado.

—Y no lo tuviste cuando fuiste retado a duelo, también elijo la discreción.

—En mi caso fue diferente, yo me sentía merecedor de cada impropiedad que se arrojó sobre mi nombre. No podía lastimar al hermano de mi esposa. Estaba decidido a ofrecer una reparación.

—No involucres a la familia. ¿Puedo contar contigo?

—De acuerdo —aceptó a regañadientes—. Siempre puedes contar conmigo.

Tras hacer los ajustes pertinentes en lo legal, para dejar protegida a su esposa si sus expectativas fallaban, regresó a su hogar para la hora del almuerzo. Los murmullos acerca de lo bonito, juguetón y cariñoso que era Tobias llegaron a sus oídos como música de fondo. Al

parecer todos estaban encantados con el nuevo habitante.

—¿Dónde está mi esposa? —le preguntó al mayordomo al contemplar al personal listo para servir la comida.

—Oh, milady comunicó que tomará los alimentos en sus habitaciones. Se siente indispuesta. —Fue conciso.

—¿Indispuesta? —masculló—. ¿O tiene un invitado que no fue convocado ante mi presencia?

—Milord, lo lamento muchísimo —se disculpó el sirviente de más jerarquía al entender a lo que se refería.

—Incluso usted, Barnes, solapó a esa bola de pelos.

—Quedo sin palabras, milord. No tengo excusas.

—Pueden comenzar a servir.

El apetito casi se le extinguió, hubiese deseado tenerla allí. Como cuando desafió el orden impuesto y escandalizó a Barnes al no ocupar su puesto en la mesa. Y decidió que a la derecha de su esposo estaba mejor. Terminó pronto, con lo poco que pudo bajar por su garganta. Subió a sus aposentos, no podían seguir así. No si al amanecer del día siguiente cabía la posibilidad de que no volviese a respirar nunca más.

Al llegar frente a la puerta frontal de las habitaciones de la marquesa, vio a un lacayo salir con una bandeja de servicio. Con una seña le pidió que levantara la cubierta. Los alimentos reposaban intactos sobre los platos. Con un ademán le indicó al criado que prosiguiera con sus funciones.

Acarició la puerta y después reposó la frente sobre su dureza.

—¿Qué demonios haré contigo, Laetitia? —susurró apoyado aún en la madera que mágicamente cedió, provocando que cayera hacia adelante. Estuvo a punto de estrellarse contra su esposa, pero pudo recuperar el equilibrio. Sus bocas casi se rozan.

—¿Qué demonios harás con quién? —indagó ella. Por muy bajo que habló Edgar pudo escucharlo.

—Maldición, sigues siendo mi esposa, aunque me cierres las puertas en las narices o te niegues a sentarte a mi mesa —murmuró asiéndola por la cintura y pegándola a su cuerpo. Sus labios estaban a milímetros de tocarse.

Edgar la pegó por completo a su torso y la arrastró hacia afuera. De un portón cerró la habitación. No quería que el perro asomara el hocico y la discrepancia acerca de su permanencia volviera a desatar el caos sobre sus cabezas. Laetitia no oponía resistencia, por el contrario, parecía que había consultado sus problemas a la almohada durante el resto de la mañana. Aparentaba haberlo extrañado, tanto como él a ella.

La marquesa acortó la distancia y buscó los labios de su esposo con desesperación, incapaz de seguir peleando, ambos necesitaban una tregua. Él la alzó por debajo de las posaderas, al tiempo que ella tomó impulso y saltó para treparse a sus caderas. Lo asió con fuerza con sus piernas. Los brazos se enroscaron alrededor del cuello. Sin despegar las bocas se encerraron en el dormitorio del marqués y se perdieron en las demandas de sus cuerpos, sin poder razonar en nada más allá de sus necesidades.

Se despojaron con desespero de todo aquello que les impedía volver sus cuerpos uno solo. Chaqueta y chaleco fuera, camisa completamente desabotonada. Botas hessianas al otro extremo del salón. Corbata desatada sobre los pectorales. El vestido de diario se resistió, pero ambos lo hicieron a un lado; al igual que el miriñaque, el corsé, las finas medias, los calzones y los zapatos.

Cuando estuvieron así, se separaron solo lo necesario para contemplarse y embriagarse de la imagen del otro, esa que quedaría en sus mentes para siempre.

Un arrebatador marqués con el rudo torso descubierto, una línea de escaso vello se perdía hacia el sur, donde su pantalón permanecía ligeramente desabotonado.

Una tímida —solo en apariencia— rosa inglesa, apenas cubierta por el delicado camión de algodón de batista y encaje, con nada más debajo, prometía una ardiente pasión. Sin ser consciente, Edgar se mordió el labio inferior, y después, ansioso, se lo chupó. Ella atraída por su sensualidad, no pudo resistirse y buscó el contacto con la boca masculina, la que tantas negativas y reproches le lanzó esa mañana. No dudó en devorarla.

Los besos del hombre vagaron por el cuello, el escote y después apartó ligeramente la tela para sumergirse en la intimidad de su mujer. La adoró como algo prohibido, secreto, dulce y adictivo. Rozó, mordió y jugó con el botón, para después enterrar su cálida lengua en la tibia cavidad. Ella gimió cuando sintió la caliente y húmeda invasión. Los embates fueron desenfrenados, hasta que la mujer gritó al liberarse en la boca de su amado. Y sin siquiera recuperarse de los cortos espasmos que la sacudían, lo sintió acomodarse sobre su cuerpo, y posicionarse en la entrada. El marqués llevaba el pantalón apenas por debajo de sus caderas, pero fue suficiente. No hubo tiempo para quitarlo por completo. Ella gimió exigiendo más.

—Oh, Edgar...

—Mía —gruñó enterrándose hasta la empuñadura de una sola estocada y justo en ese momento, sintió que el interior de ella vibró.

Laetitia volvió a perderse en un éxtasis aún más poderoso. Estaba embelesada, poseída, ebria en un mar de placer. Su gallardo amante era un dios en la cama, y ella una aprendiz que asimilaba cada lección con vehemencia.

—Más, enloquécame más. Quiero todo de ti —susurró apenas audible, superada por las palpitaciones que recorrían su cuerpo.

Edgar no pudo contenerse, salió lo suficiente para enterrarse con más fuerza y más profundo, si se podía. Adoró cada trozo de piel, la sedujo con pasión, y la embistió hasta que ambos gritaron al unísono cuando tocaron el cielo al mismo tiempo.

Estaban tan agitados que se quedaron así unos segundos, hasta que él tuvo la fuerza para girar con ella en los brazos y dejarla desfallecida sobre su cuerpo.

—Es-po-so mío —intentó decir, pero le faltaba el aliento y el resto de sus palabras no encontraron el camino para salir.

—Descansa —murmuró besándola en la frente.

También estaba cansado, pero no pudo dormirse, se contentó con disfrutar cada instante. El sonido de su respiración entrecortada, su hermosa cabellera cobriza desparramada y la tibieza de su suave piel.

Cuando Laetitia volvió de su letargo, la noche había comenzado a caer.

—Edgar, ¿cuánto tiempo llevamos así?

—El necesario.

—¿También dormiste?

—No, preciosa, fue más gratificante velar tu sueño. —No podía revelarle que en algunas horas lucharía por su vida.

¿Cómo confesar que, aunque sucedió antes de conocerla, el canalla que jugó con sus sentimientos y que comprometió su honor iba a pagar el precio? Que el sinvergüenza que se atrevió a alzarle la voz en la casa de ambos, amedrentarla y amenazarla pronto recibiría su merecido.

Era su esposa, y ningún hombre iba a salir indemne si osaba lastimarla.

—Voy a necesitar dejar alguna de mis batas aquí, siempre termino en una situación en la que tienes más ropas que yo —alegó cariñosa tratando de incorporarse.

—Quizás sería más fácil si la puerta entre nuestras habitaciones siempre estuviese abierta. O si —reflexionó en voz alta—, compartiésemos una sola de hoy en adelante. No deseo seguir durmiendo sin compañía. Te quiero aquí en mi lecho todas las noches.

—Eso sería fantástico —murmuró, aprobando su propuesta. «Sería fantástico», si no hubiese un pequeño inconveniente de cuatro patas, que él aún no aprobaba. Pero no pudo pronunciar en voz alta el resto de sus reflexiones al respecto.

—Ve por una bata, pediré que nos traigan la cena aquí en el dormitorio.

—¿Así? ¿Qué pensarán el personal de servicio?

—¿Que estamos enamorados? —respondió con otra pregunta, que podía significar todo o nada, pero ninguno quiso ahondar más en sus sentimientos.

Ella se limitó a flotar en una nube, satisfecha por el trato afectuoso de su esposo. Él se permitió sonreír por verla casi feliz, y se prometió que arrasaría con su enemigo, porque pretendía regresar a su lado, a disfrutar de sus besos, sus caricias y de su inigualable compañía.

—Me encantaría cenar aquí contigo, a solas, sin tantas formalidades —agregó emocionada. Su estómago gruñó, había recuperado el apetito. Edgar también, arrasaría con una mesa bien abastecida.

—Helado, de postre quiero helado. Algo que me enfríe por completo. Hay mucho calor en nuestra habitación —jugó, era evidente que no se refería a la chimenea.

Laetitia sintió cómo se encendieron sus mejillas. Necesitaba refrescarse.

—¿Tienen helado? —preguntó deseando meter una cucharada en su boca de una vez, saltándose el resto de la cena.

—Jamás nos falta el hielo. La cocinera conoce varias formas de preparar deliciosos helados y aún no me decido cuál es mi favorito. Adoro lamerlos.

La miró tras la frase, y ella se ruborizó por completo, recordó el énfasis que puso el marqués al probar cada delicado trozo de su piel. No importaba lo que él dijera, ese hombre la trastocaba.

La atracción entre ambos se disparó a niveles insospechados. Él jugaba seduciéndola, sin siquiera darse cuenta de que lo estaba haciendo. Y la marquesa no podía sentirse más cautivada por el encanto del hombre, por la forma en que la trataba, por las palabras traviesas que salían de su boca.

Capítulo 12

Laetitia se levantó aún en camión, sin nada debajo. Entre risitas se escurrió corriendo para levantar del suelo el vestido, el corsé y sus demás pertenencias con el propósito de llevarlos a su habitación, buscar una bata y adecentarse para recibir los alimentos en el dormitorio de Edgar.

Él curvó los labios en un gesto pícaro y varonil que la derritió entera. Ese hombre tenía una sonrisa irresistible, y era suyo, completamente suyo. La felicidad latió de modo incontrolable dentro de su pecho.

A su paso notó que los diamantes seguían en el mismo sitio que los dejó la noche anterior y aquello casi borra de golpe su optimismo, casi la hace caer de bruces de la nube donde flotaba junto a él.

—¿Por qué siguen ahí? —preguntó tratando de sonar cautelosa.

—Di órdenes de no guardarlos. Son tuyos.

—No los quiero.

—Véndelos, entiérralos, regálalos, deséchalos. He dicho que no los tocaré hasta que decidas qué hacer con ellos.

—Ahora no —pospuso titubeante.

No podía iniciar otra discusión, ni lidiar con la ansiedad de decidir al respecto. Tenía preguntas de las que quería mantenerse distante. Más cuando él seguía mirándola como si no existiera otra mujer en la faz de la tierra y ella había decidido creerlo. Después negociarían, harían acuerdos, concesiones y aclararían en qué no estaban dispuestos a ceder. Pero discutir era lo último que esperaba.

Sin dilatarse, Laetitia abrió la puerta de su dormitorio y entró en él con su pesada carga en las manos, con los vuelos de la falda casi a la altura del cuello. No pudo percatarse de que la alfombra fue recorrida por cuatro patitas muy diligentes y ágiles.

—Ahí está tu perro otra vez —soltó Edgar dando un salto de la cama, antes de que Tobias terminara encima de su pecho y prodigándole lametones en el rostro, su completa intención.

Alarmada por las consecuencias de su descuido, Laetitia dejó la carga sobre su cama y volvió a tiempo con una bata de seda blanca puesta que alcanzó en el camino, al rescate de su perrito. Ya había quedado esclarecido que a Edgar no le agradaban los canes, tenía que evitar a toda costa que Toby terminara en el establo o en otro sitio de la casa que no fuesen sus aposentos.

—¿Qué significa esta invasión? —persistió Edgar.

—Significa que tenía las manos ocupadas y la mente en otras cosas, no vi a Tobias correr hacia ti. ¿No puedes quererlo un poquito? —Ya tenía a la mascota en sus brazos—. Se ve que le agradas, él nota quien me hace dichosa y se vuelve merecedor de sus atenciones. Solo quería darte un mimo y has huido de modo exagerado.

—Sus colmillos son peligrosos y casi me los puso en el rostro —agregó apartándose más, y

entonces Laetitia percibió que más que repulsión su actitud demostraba temor, uno que trataba de disimular con aversión, pero en esa ocasión no tuvo éxito. Le pareció serio el asunto e intentó sensibilizarse con él.

—¡Oh, por Dios! Te comportas como un niño, Edgar. Es solo un faldero. ¿Le tienes miedo?

—Por supuesto que no —negó obstinado.

—Con su tamaño no te mataría. Lo más grave que podría causar sería una desfiguración. Algo así como arrancarte la nariz, lastimarte un ojo o, lo menos serio, causarte una mordedura que sanaría en algunas semanas. —Trató de razonar, pero quizás no eligió los ejemplos más acertados.

—No estás ayudando. —Se notaba tenso y la palidez de su rostro se acentuó con rapidez ante el asombro de su esposa.

—Vamos, eres más rápido que Toby. Si se te lanza a la yugular podrías espantarlo como a una mosca de un manotazo. —No quiso ser tan explícita, pero también estaba nerviosa debido a la reacción de Edgar.

—Basta. El perro tiene que irse.

—Es un supuesto, no creo que lo haga —se quejó—. No ha atacado a nadie jamás, ni siquiera a Barnes, quien no le agrada.

—Has dicho que no crees que ataque. No afirmas que es manso.

—Es que es un perro, estoy casi segura de que no te mordería. No es agresivo. Vamos, confío en él, pero... —La actitud del caballero la estaba haciendo dudar.

Cuando Laetitia entendió que la gravedad del asunto radicaba en el miedo irracional de su esposo hacia Tobias, o lo que representaba Tobias, sí temió que, por más que argumentara o debatiera, no iba a convencerlo de que su perro era inofensivo.

Besó en la cabeza al pequeñito para que no se sintiera ofendido, pero conmovida por el estado de Edgar, dejó a su mascota en el dormitorio contiguo y cerró la puerta.

—Incluso saber que está ahí, separado por una sola pared me causa escalofríos —reconoció Edgar al fin.

—No es repulsión, desprecio o asco —advirtió—. ¿Le tienes miedo a los perros? —se atrevió a preguntar aunque supuso que era un tema sensible que sacaría un demonio dormido en su esposo. Un trauma que evitaba mencionar y que ella le estaba obligando a aceptar.

—Basta. No insistas. No me presiones.

—¿Por qué? —Fue lo único que ella preguntó. Tal vez no era oportuno; pero su cachorro era la criatura que había decidido cuidar, rescatar, amar hasta el último de sus días. Le prometió sin palabras que jamás iba a abandonarlo y existía un vínculo invisible entre ambos. Toby lo sabía, que podría contar con Laetitia para siempre.

Por otro lado estaba Edgar, un hombretón de treinta y cinco años, seguro de sí mismo, de cuyo valor nadie dudaba, y a quien percibía reducido por un animal al que el marqués superaba con creces en fuerza y tamaño.

—No hay perros en la casa, ni en ninguna propiedad de mi familia directa desde que tenía cuatro años.

—¿Qué ocurrió cuando tenías cuatro años?

—Annalise tiene la delicadeza de alejar a Lila de mí desde que mi tía le recomendó no aproximármela. Los perros son populares, casi todos poseen más de uno. Es embarazoso visitar a ciertos amigos con mis exigencias, pero algunos saben y me evitan el encuentro indeseado. Ante otros es más fácil fingir que los detesto, que me causan repulsión, pero la verdad es que si me tocan con sus hocicos húmedos y fríos me paralizan... —No pudo continuar.

Edgar se levantó las perneras de los pantalones hasta las rodillas, para dejar al descubierto cicatrices. No hizo falta más explicación. Eran mordidas. Y no era difícil imaginar de qué animal.

—Lo siento, no lo sabía —agregó Laetitia arrepentida por juzgarlo al principio. Todo lo que pudo pensar fue «cuatro años». Le tomó la mano y se la apretó, Edgar se aferró a su agarre.

Ella miró hacia la puerta entre sus dormitorios y tuvo en la mente la imagen de la carita tierna de Tobias, lleno de pelos lacios plateados y color champán, tal como sus patas y en contraste con su lomo negro azulado. Era su refugio, su pedacito de cielo en la tierra. Y del otro lado, sujetándola aún, estaba el hombre con quien empezaba una vida.

¿El trauma de Edgar significaba que tenía que escoger? El corazón le dolió muchísimo.

Capítulo 13

Dos horas más tarde, Laetitia estaba encerrada en su salón privado con un vestido de diario muy abrigado. Edgar abandonó la casa. Ninguno de los dos cenó.

Hizo llamar al ama de llaves para preguntar en primer lugar por la ubicación del saloncito de la marquesa y la señora la condujo con amabilidad.

—Me alegra que le agrade, milady —le dijo, esperando que agregara algo sobre sus funciones. Desde el arribo de lady Normanby no recibió ninguna instrucción. Ante el silencio de la dama, prosiguió—: Su señoría nos pidió que cambiemos cualquier detalle en la decoración que no le agrade.

—Todo es perfecto, gracias. Mañana a primera hora la convocaré para tratar los asuntos pendientes, por lo pronto siga con el orden habitual. Nada me molesta.

Entonces, Laetitia reflexionó sobre sus responsabilidades. Esa mañana aplazó la reunión con el ama de llaves por enésima vez para recorrer la mansión. Ni siquiera reparó en la disposición de la estancia en la que se encontraba. Solo en el enorme sofá color crema con tapicería capitoné, con altas tallas de palisandro con motivos florales donde estaba sentada. «Es bonito», pensó. Todo en su nueva vida le gustaba, tan distinta a una semana anterior donde la incertidumbre la rondaba. No quería que acabase, pero cómo le haría para que Toby se quedara.

En sus brazos estrechaba a Tobias, el que estaba muy cómodo y seguro. Laetitia no dejaba de pensar en lo sucedido durante el encuentro entre su esposo y su perro.

«¿Cómo le explico a Edgar que, aunque deseo fervientemente luchar por este matrimonio, porque nos podamos acoplar, conocer, entender, no puedo traicionar a Tobias?», pensó. Lo aferró más contra su pecho.

El mayordomo llamó a la puerta, dos toques antes de anunciarse. Lo hizo pasar y lo miró sin soltar al perrito que empezó a erizarse.

—¿Qué desea? —Tuvo que preguntar porque aquel no se atrevía a despegar los labios—. ¿Alguien ha arribado? ¿Tiene algo que informarme?

—Sí, su excelencia, el duque de Norfolk. Ya lo he instalado en el salón de recibir.

—¿El marqués no ha regresado? —preguntó sin entender la razón de la visita de su cuñado, anoche en la fiesta fue educado, pero no le dedicó demasiado tiempo a ella.

—Desea verla a usted.

—En ese caso no le hagamos esperar —expresó intrigada.

—Milady, perdone mi indiscreción —agregó dubitativo.

—¿Su indiscreción? —Pero, si ese hombre era en extremo callado y prudente. Ni siquiera soltó la lengua para explicarle con detalles a Normanby que en Latchmore Tower había un can paseándose a sus anchas y durmiendo en los aposentos de la marquesa.

—No me desagrada su perro —reveló Barnes—. Supe lo sucedido esta tarde, como mayordomo estoy al tanto de más información de la que me gustaría. Sobre todo, cuando mis

amos se niegan a probar bocado en casi todo el día. No deseo que se vaya.

—¿A quién se refiere? ¿A mí? —preguntó asustada. ¿Edgar estaría pensando mandarla de vuelta al campo, solo porque no podía tolerar a Tobias?

—Me refiero a Tobias.

—Lamento que mi perro se comporte de ese modo con usted —añadió suspirando de alivio.

—Cuando lo vi la primera vez me sorprendió. Llevo años sirviendo a lord Normanby y jamás un perro ha vivido en sus propiedades. Me alarmé mucho, aunque trataba de disimularlo. Quizás él percibía mi aprehensión. No supe cómo ponerla al corriente. Comprendí que el marqués desconocía que Tobias estaba en Latchmore Tower, por el contenido de sus cartas. No quise entrometerme. Perdóneme, milady. Quizás en el fondo esperaba que Tobias se quedara.

—¿Por eso lo miraba con ojos asustadizos?

—Sé lo que ocurre cuando su señoría se enfrenta a un perro. Me habría gustado que funcionara, por lord Normanby, para que esté mejor. También por usted, se ve que le tiene mucho afecto a Tobias. Fui yo quien puso al tanto a su excelencia, espero que su señoría no se indisponga contra mí por tales libertades.

—Acérquese. Quizás Toby y usted no tuvieron un buen comienzo. Tobias, no es educado gruñirle al señor Barnes. Es nuestro amigo.

El perro estuvo receloso, pero cuando la pulcra mano de Barnes le acarició detrás de la oreja dejó de emitir sonidos de inconformidad, se fue relajando. Y cuando el mayordomo sacó de su bolsillo una diminuta y apetitosa galleta para ofrecérsela, la tomó con recelo. Tras probarla pidió una más y Barnes venía listo para complacerlo.

—La cocinera y yo estuvimos hablando de Tobias, fui su burla desde que el perro llegó, por la forma en que reacciona cada vez que me ve, tomando en cuenta que con el resto del personal es muy juguetón. Me recomendó ofrecerle comida. Dice que es el modo más rápido de ganarse la aprobación de un can.

—Tal vez debió probarlo antes —convino estudiando a Barnes, después de todo no parecía tan estirado, era solo en su apariencia—. No hagamos esperar más al duque.

Cuando Laetitia llegó a la sala de recibir visitas, con Toby en brazos, Norfolk se puso de pie hasta que ella se sentó en el amplio sofá, de estilo similar al de su salón privado, frente al que ocupaba el duque.

—¿Sabe que fui yo quien la escogió para Edgar? —inquirió tras los saludos y cortesías habituales.

—Mi padre me puso al corriente. No es halagador, pero supongo que es la costumbre.

—Veo que su perro le importa —afirmó sin quitarle la vista de encima—. ¿Está muy apegada a su mascota?

—Nunca lo alejaré de mí.

Norfolk exhaló afectado, no solía dejar entrever sus emociones. Se veía cansado, entonces Laetitia recordó que tenía cinco niñas a quienes educar, y además era un buen hermano mayor. Era el patriarca de su familia compuesta por las pequeñas, Normanby, la tía Marybeth, el vizconde Sadice, su esposa e hijos.

—Espero que conocer la historia de su animadversión por los perros le ayude a resolver el dilema que ahora aqueja su matrimonio. Porque me gustaría que funcione, y no me refiero a un acuerdo donde usted le dé herederos y ambos se conformen con aparentar cierto afecto en ocasiones sociales. Cuando la elegí lo hice por razones muy bien pensadas. Usted no es una mansa paloma... Dio tantos dolores de cabeza a mi amigo Clarence que supuse que aportaría sabor a la atribulada vida de mi hermano.

Laetitia suspiró absorta, no era precisamente un cumplido.

—Oh, su excelencia, no sé qué agregar al respecto.

—Edgar es un hombre que tiene mucho que ofrecer. Pero por varias razones que tendrá que ir descubriendo, comenzó a convertirse en un caracol, ese animalito que vive dentro de un caparazón. Necesitaba a alguien lo suficientemente desafiante para sacarlo a la luz del sol, para que lo hiciese sonreír de nuevo. La oferta inicial de su padre no fue dirigida a mi hermano. ¿Se acuerda esa vez que Clarence la llevó a mi casa para que tuviésemos un breve encuentro?

—Lo recuerdo como si fuese ayer, conocí a sus pequeñas y hermosas niñas.

—Ellas aún la mencionan. Las más grandecitas me comentaron que usted les dijo que el espíritu de su muñeca Mildred volvería del más allá para amedrentarlas si la seguían fastidiando.

—Oh —soltó una risita culpable—. Solo me referí a su espíritu, pero fue una broma para que dejasen de hacer tanto alboroto y de pelearse por la muñeca. Cualquier otra solución habría sido más lenta. Ahora lo pensarán dos veces antes de pelear. Pero, estoy dispuesta a retractarme en presencia de las niñas si es necesario.

—No hace falta. Ya tuvimos una seria y esclarecedora charla al respecto. Como sea, su belleza y su ingenio, milady, me permitieron descubrir que usted sería una añadidura ejemplar para mi casa. Pudo haber sido mi esposa de no ser muy joven para mí, tomando en cuenta mis expectativas. Además, no tengo intenciones de casarme.

—¿Mi padre insistió demasiado?

—Era la propuesta preliminar de Clarence. Estuve tentado a aceptarla cuando supe lo que hizo con las niñas. Sería un inmenso alivio tener alguien con la energía, el buen humor y la disposición de hacer más felices sus vidas. Sin embargo, tras hablar brevemente con usted, y darme cuenta de la chispa que posee y que haría revivir a un muerto, no pude acapararla. Mi obligación como hermano mayor me instó a pensar primero en Edgar, él necesitaba más que yo encontrar el amor y la dicha. Yo tengo a mis hijas. Él... ahora solo la tiene a usted, estimada cuñada.

—Aprecio su desprendimiento y fraternidad. Me sonroja su revelación, excelencia, y con todo respeto le agradezco su buen tino. Edgar se ha robado una gran parte de mi corazón, le quiero. Le juro que le quiero... —Dos lágrimas resbalaron por sus mejillas y se conmovió. No entendía por qué se confesaba con aquel duque frío y duro como un bloque de hielo. Ni siquiera a Edgar le reveló tal sentimiento, y para ella misma era la primera vez que lo admitía.

—Trabajaremos juntos, seré su aliado y créame que me necesita.

—¿Será mi aliado? —¿Podía ese duque hermético y aparentemente insensible ser aliado en asuntos del corazón? Entonces lo entendió, Norfolk poseía una grieta en su coraza de indiferencia: su familia. Era como un gran padre protector y haría lo que fuera por los suyos.

—No solo estoy aquí porque Barnes me puso al tanto de lo ocurrido. Edgar no regresará a dormir esta noche, acudió en la tarde a mi hogar hecho un manojo de nervios. Me pidió que la cuidara mientras tanto, que necesitaba algo de tiempo.

—¿Edgar se fue? —Sintió que iba a desvanecerse—. ¿A dónde? No puede irse solo porque no tolera la presencia de Tobias, precisamos hablar al respecto. Un matrimonio debe superar ese tipo de obstáculos. ¿Se ha ido? —repitió—. ¿Tiene idea de cuándo regresará? ¿Barnes lo sabía? ¿Por eso ha tratado de ayudar? —Bajó los párpados sintiendo un torbellino en la cabeza y los ojos pesados, se contuvo para no llorar. ¿Por qué cuando encontraba al hombre adecuado, este tenía un conflicto tan delicado con Tobias, a quien ella no podía rechazar?

—Edgar tuvo un cachorro.

—¿Él fue dueño de un perro? —No lo podía creer, sería por eso. ¿Su propio can fue desleal y le clavó los colmillos en las piernas tras un arranque de furia? ¿Y ahora no confiaba en ningún otro?

—Era un niño de cuatro años. Su padre se lo regaló y estaba muy emocionado. Cada mañana lo paseaba con su progenitor. Y solían caminar por la parte oriental de sus tierras, cercana a donde terminaba la propiedad y empezaba la del vecino. Era la arboleda más hermosa de la región, sobre todo en primavera. Yo también solía acompañarlos —reveló Norfolk uno de los recuerdos más dolorosos de su infancia.

—Supongo que usted tenía seis —intervino y él asintió. Seguían tratándose con la formalidad pertinente a pesar del reciente parentesco. Norfolk no cruzaba ciertos límites, incluso con la familia.

—Los tres canes del vecino traspasaron los lindes de nuestras tierras y se adentraron. Recelosos, atacaron al cachorro. Mi padraastro no pudo actuar a tiempo. Edgar se abalanzó con valentía para proteger a su mascota y los perros furiosos lo atacaron a él. —Hizo una pausa, tomó aire. Ella inspiró con fuerza—. Edgar trató de defenderlo a toda costa. El asedio se alargó durante un par de minutos, que parecieron una eternidad, hasta que su padre logró liberarlo. Pero las mordeduras nos alcanzaron a los tres. Al marqués y a mí en los brazos. A Edgar en las piernas. Fue el que más daño sufrió. Estuvo un tiempo sin poder caminar, hasta que poco a poco se recuperó.

—Imagino que el perrito falleció, debió ser duro perderlo.

—No murió. Mi hermano lo abrazó con todas sus fuerzas y el cachorro recibió apenas rasguños. Logró salvarle la vida. Pero su padre, estaba tan ofuscado que se lo entregó a un buen hombre a cambio de que le prodigara cuidados y una vida feliz. Nunca más hubo perros en nuestras propiedades. Todos fueron entregados a nuevos dueños. Principalmente porque Edgar los veía y reaccionaba de un modo... —No pudo calificarlo.

—Edgar se comportó como un héroe y usted también.

—Pero el alma de él no ha sanado. Eran unos loberos irlandeses entrenados para abatir lobos en el norte, donde su dueño tenía otra propiedad, siempre viajaban con él. No debían estar ahí, pero eran revoltosos y provocadores, de continuo en busca de peleas. Tan grandes como unos osos y con colmillos muy afilados, para mi pequeño hermano fue una experiencia de terror.

—Oh. —Recordó la broma que le hizo a Edgar al mencionar que «ni que Tobias fuera un lobero irlandés», justo la misma raza. Entendió que para Edgar fue horrorosa tal comparación.

—¿Y su alma, su excelencia? ¿Ya sanó? —preguntó mirando de Toby al duque, quien extendió la mano y acarició en la cabeza al peludo, el que se mostró curioso ante la breve atención de su excelencia.

—Yo pude superarlo. Mis heridas no fueron tan graves, tampoco lloré durante semanas o meses como él. Edgar no soportó que lo separaran de ese cachorro después que se enfrentó a los perros furiosos para salvarlo.

—Pobre Edgar.

—Sé que no es un capricho oponerse a su esposo con tal de conservar al perro, pero para Edgar tampoco es un acto de desdén e imposición. Espero que haga buen uso de mi información.

Cuando el duque se fue, corrió hacia los aposentos de su esposo, las mucamas ya habían compuesto la habitación, todo estaba ordenado. Revisó para averiguar si había un faltante de importancia. Pero, ¿cómo saberlo?, apenas comenzaba a familiarizarse con sus pertenencias. Lo que sí notó fue que los diamantes ya no estaban donde los dejó abandonados sobre la mesa octagonal, tampoco en el sitio donde los descubrió la primera vez, el guardarropa. ¿Qué podía significar eso?

Capítulo 14

Un escueto equipaje aguardaba en su carruaje, con el indeciso ayuda de cámara, que no desconocía el destino, y menos la razón por la que su señoría salió huyendo de Normanby House tras el arribo de su esposa. Su boca estuvo sellada como de costumbre, hasta ese momento. Pero tuvo que hacer el comentario.

—Milord, no creo que pueda hacer mucho con las pocas pertenencias que empacó a toda prisa y con total... —No terminó la frase, pero parecía que iba a decir: «con total secretismo o con total misterio». Se refería al bulto que yacía a los pies de ambos, envuelto en una especie de paño y que no era suficiente para contener ni siquiera dos atuendos.

Normanby enarcó una ceja, perdiendo la paciencia ante las conjeturas del hombre, llamado Jacques, quien muchas veces actuaba como su conciencia, si aquello era necesario. Se consideraba bastante sensato. Aunque quizás ahora, no lo era.

—No te traje para que me vistas, solo ten paciencia. A falta de secretario necesito de alguien que se ocupe de mis asuntos esta noche y lo que resta de mañana. Gracias a Dios eres idóneo para cualquier recado que se te encargue.

—Y me honra su confianza. Me hace sentirme algo así como su mano derecha.

—Sí, eres mi mano derecha. Viene siendo hora de que te busque remplazo como *valet*, y te ocupes del puesto de secretario de manera formal. Pero, no me hallaría con alguien más metiendo las narices en mis asuntos privados.

—Puedo con ambas funciones. No me molesta. —Sonrió mostrándose orgulloso y satisfecho.

—Entonces es justo que te pague por las dos. Y se hará de modo retroactivo.

El rostro de Jacques se iluminó.

—Siempre estoy dispuesto para lo que haga falta. Tal y como tiempo atrás en sus escapadas con cierta señorita que no me atrevo a nombrar ni siquiera con el pensamiento. Sin embargo, considero que su esposa no merece que le sea desleal. Ha sido muy amable con todos. El personal la adora —se atrevió a decir.

—No es lo que piensas, ahora soy un hombre casado. ¿Cómo se te ocurre creer que huyo de mi hogar porque estoy en correrías?

—Milord, perdone mi indiscreción.

—Me dejarán en un sitio y después, acudirás a la dirección que hay en este papel —dijo entregándole una pequeña nota y una caja envuelta en un trozo de seda—. Harás lo que ahí se te indica. No lo abras hasta que hayas llegado. Y basta ya de preguntas.

El hombre entendió que el marqués deseaba silencio, a diferencia de la mayoría de las veces en las que conversaba sobre diversos temas. Siguió aguardando sin directrices dentro de un carruaje en movimiento que debía llevarlos a alguna parte. ¿La estación del ferrocarril? ¿Determinada posada o casa de campo a una distancia corta de Londres para hacer el viaje más ameno en carruaje?

Entonces la dirección fue revelada, atravesaron un portón que en la entrada tenía tallado en

letras grandes: Fountain House.

—Cuando termines con mi encargo vuelves aquí con el carruaje, Jacques. Pasaremos la noche en este sitio.

—¿No necesita que le ayude con el equipaje? ¿O que lo haga el cochero?

Por toda respuesta solo recibió una mirada impaciente, el marqués trató de hacerse cargo. Sin embargo, Jacques se adelantó para ayudarlo, dejando al descubierto el contenido del maltrecho equipaje cuando la envoltura del lienzo se aflojó.

—Por el Altísimo, milord... Esto es... Son...

—Basta de lamentaciones —acometió acomodando el enorme paño y lo que guardaba en su interior.

—No haga una locura, milord.

—Es tarde para arrepentimientos.

Cuando Normanby se apeó del carruaje con su carga en brazos, a su espalda vio una gran fuente dándole la bienvenida y entendió el origen del nombre del lugar. La discreta, pero confortable propiedad a las afueras de Londres pertenecía al barón Peasly, quien salió a recibirlo.

El marqués dejó su carga en el suelo, y el metal de las empuñaduras de dos espadas relucieron cuando fueron acariciadas por la luz de los astros nocturnos.

Peasly traía dos completamente desenvainadas, una en cada mano, y, sin perder tiempo, arrojó la de su derecha al recién llegado, quien la atrapó en el aire.

—Gracias por ofrecer tu casa, espero no causarte problemas con Annalise —murmuró preocupado, pero convencido de seguir adelante.

—Ella no sabe los motivos que me trajeron aquí. La mantendré lejos de este asunto. ¿Una de esas usarás mañana? —preguntó señalando las armas envueltas. El interpelado asintió—. Llévemolas adentro, ahora usaremos las mías.

—Kilian insistió en involucrarte —lamentó Normanby negando—. ¿Aún no llega?

—El tío de mi esposa no debe tardar en arribar. Y no lo culpes, tiene razón. Si deseas practicar antes del duelo, es mejor que lo hagas con alguien con pasos más firmes que los suyos. Solo pretende ayudar.

—Lo sé. Pero no quiero darte molestias innecesarias ni sacarte de la calidez de tu hogar en una noche tan fría.

—Ahora somos familia, Normanby. Sé cuánto Annalise te aprecia. Créeme que si te negara mi ayuda, ella sería la primera en reclamarme.

—Eres un buen hombre, Peasly.

Dos caballos llegaron a trote, era el aludido y un segundo acompañante. Cuando Edgar los vio acercarse y desmontar, reconoció a Emery Osborne, marqués de Bloodworth, lord Oso, mejor amigo de Kilian y cuñado de Peasly.

Al final, sus pretensiones de mantener el asunto en la más absoluta discreción parecían desvanecerse. Más personas cercanas a él terminaron quedando involucradas. Odió causar tantas contrariedades.

—Normanby, ¿listo para patear el abominable trasero de Thomas? Ese infeliz no está contento con terminar en cama tras la paliza que le dio Jacob —gruñó por lo bajo lord Oso—. No soy partidario de los duelos, en cuanto Kilian me puso al tanto he venido con una sola intención. Es necesario negociar para que ese canalla te ofrezca una disculpa.

—No hay disculpa que pueda reparar el daño. Si pretendo seguir respirando necesito una satisfacción, o en su defecto pegarle un susto de muerte a ese infeliz antes de que su boca floja termine por ocasionarme más disgustos.

—Si insistes, me tienes de tu lado. Desconozco el motivo de la falta en tu contra, pero ese imbécil ha tentado demasiado a su suerte. No puede seguir agravando a personas decentes y continuar paseando a sus anchas en total impunidad.

—Lord Oso, es un honor tenerlo en mis filas —agradeció Edgar, usando el sobrenombre de Bloodworth.

—Kilian me dijo que Jacob sería tu compañero de práctica, y no pude permitirlo —llamó a Peasly por su nombre—. Soy más hábil con la espada que él, es mi deber ayudarte. Eres familia de Jacob, también la mía. Es un hermano para mí.

—Oso, eso de que eres más hábil que yo, está por probarse. Que me hayas ganado esa vez que nos batimos amistosamente, solo significa que has practicado más, durante los últimos meses. Pero no opaca mi potencial —se defendió Peasly.

—He practicado más, por lo tanto, estoy al mando. —Oso y Peasly se retaron con las miradas, pero antes de que el segundo replicara, continuó lanzando sus rugidos cautelosos hacia otro de los asistentes—: Además, Normanby, considero que debes reconsiderar quién será tu padrino. Sabes que muchas veces los duelos se salen de control y los segundos terminan involucrados librando su propia batalla. Kilian tendría que responder con la espada y no puedo permitirlo.

—Oso, no te invité a la sesión de entrenamiento para que intentes destituirme —protestó el vizconde acercándose a ambos con su andar pausado debido a su bastón—. Te cité por tu experiencia en la esgrima. Y ahora no solo intentas pasar por encima de Peasly, también me quitarás el honor de ser el segundo de mi primo. He hecho los arreglos con el hermano de Thomas, su padrino y convoqué al doctor Emerson, para que cumpla con su función de ser necesario. No me dejarás fuera. El honor de mi familia está en juego.

—Hace algún tiempo —continuó lord Oso poniendo una mano sobre el hombro de su amigo de modo fraternal—, no pude apoyarte en el duelo que te dejó la pierna lesionada. Me sinceraré una sola vez, y espero que lo aprecies, no soy aficionado al drama, menos al sentimentalismo. Eras mi amigo en aquel entonces, al igual que tu contraparte, y entendí que tú causaste la ofensa. Fue difícil dividirme en dos. Sin embargo, con el tiempo comprendí tus motivos. Te ofrezco una reparación en ofrenda a nuestra amistad. Seré el segundo en tu nombre, eres bueno con las armas, pero la agilidad hoy no es tu mejor aliada. Permíteme tomar tu lugar por si la situación en el campo de honor se sale de control. Si el duelo fuese con pistolas, no haría tal ofrecimiento...

—Oh, Kilian. Creo que lord Oso tiene razón. Nadie tendría que batirse por mi causa, pero no puedo controlar lo que ocurra en el lugar acordado. Quizás sea necesaria tu intervención y no sería equitativo dada tu condición —atacó Normanby.

—¡Por Dios me siento ofendido! —profirió Kilian.

—Solo busco protegerte —negoció el primo.

—¡No soy un inválido! —renegó dolido por como los cuatro caballeros lo observaban, fue uno de los hombres más temerarios con una espada y todavía era un excelente tirador.

—Por supuesto que no y no deseo tener que comprobar tu valía en ningún campo de combate. Pero te prefiero vivo y por tal razón te destituyo, aunque contravenga cualquier norma preestablecida —decidió Normanby en voz alta para evitar dilatar más la práctica.

—¿Y tú cómo te atreves? —Se dirigió Kilian a su amigo.

—He explicado mis motivos —agregó Oso y trató de bromear con el propósito de aligerar el ambiente—. Esperaba un abrazo a cambio, Kilian, y no este arrebató de proporciones insanas para un caballero.

—Gracias, lord Oso, por su ofrecimiento —intervino Normanby intentando apaciguar el ambiente.

El vizconde inhaló profundo, como si intentara acomodar sus ideas. Cuando lo hizo, volvió a abrir la boca para manifestar su punto de vista. La respuesta tomó por sorpresa a los presentes.

—Me conmueve que desees dar tu vida por mí, Oso, amigo... —La fraternidad entre ellos creció con los años, aunque ninguno fuera el tipo de hombres dispuestos a hablar de sus sentimientos.

—Buen Dios, bésense ya, parecen dos tórtolos —se burló Peasly, quien era el más joven de los cuatro, y no perdía la oportunidad de bromear a costas de Oso. Bastantes veces tuvo que sortear la ironía con que lo trataba aquel, sus guasas pasadas de tono y su desparpajo. Era justo que pagara el precio.

Normanby tuvo que soltar una amplia carcajada ante la cara de Peasly, quien trataba de no estallar en una risa explosiva. Sadice estaba muy serio, pero Oso parecía que iba a reventar de la incomodidad, ante el comentario agudo donde se cuestionaba su hombría.

—Deja de florear con la palabra, es hora de sacar las armas o mañana nuestro amigo podría lamentarlo. —Oso retó a Peasly—. Ocupémonos del asunto de Normanby, después te daré tu merecido, mozalbete —se burló con cierta acidez y Peasly ya no pudo aguantar más la risa—. Te recuerdo que apenas has desenvainado tu espada, y eso no te da mucha ventaja frente a los más experimentados. —Igual usó su sarcasmo para referirse a que su interlocutor tenía menos experiencia en las artes amatorias que ellos, por su juventud y sus recientes nupcias.

—Oh, por el Creador, no hablen de esos temas. Peasly está casado con mi sobrina —protestó Kilian cuando la acidez de los comentarios pasaba al terreno favorito de lord Oso.

Dejaron de hablar y ya estaban ocupados en practicar. Con maestría y fiereza los marqueses se batieron, mientras trataban de perfeccionar los movimientos que llevarían a Normanby a la victoria. Peasly igual tuvo oportunidad de probar su valía, y pese a tener menos experiencia demostró estar a la altura de las circunstancias.

Esa noche los caballeros durmieron en Fountain House y al día siguiente partieron antes del amanecer para llegar a tiempo al sitio pactado en los remotos senderos de Hyde Park. Normanby y Sadice fueron detrás en el carruaje del marqués. Peasly y Oso cabalgaron delante en sus monturas.

El repiquetear de los cascos de los caballos atravesó la quietud de los parajes más recónditos de Hyde Park. Los dos jinetes llegaron primero. Seguido se escucharon las pesadas ruedas del carruaje que traía a Normanby, quien se apeó con el entrecejo fruncido y pisó con fuerza el pasto crujiente, por la escarcha en que se convirtió el rocío. Por fortuna no cayó nieve la noche anterior, pero hacía un frío intenso. Alzó el cuello de su abrigo para tratar de cubrirse las orejas.

Los cuatro caballeros se aproximaron y revisaron sus relojes en busca de la hora. Aún faltaban diez minutos. Un caballo a trote ligero se acercó, todos se miraron asombrados, estaban seguros de que Thomas acudiría con su séquito de simpatizantes, o al menos con su padrino. El doctor Emerson se les acercó y los saludó con un ademán, listo para desmontar con maletín en mano.

El oponente aún no llegaba, hasta que a la hora exacta tres caballos se vislumbraron en el horizonte.

—Pensé que iba a quedarme sin mi satisfacción —expresó Normanby apretando sus puños contemplándolos a lo lejos—. Ya estaba imaginando que el canalla iba a reportarse enfermo, cuando en realidad había huido como un cobarde para perderse en el brandy.

—Tu honor debe ser reparado. Si Thomas hubiese huido como un cobarde, lo habrías podido sacar arrastrado desde debajo de las piedras donde estuviese escondido para que te ofreciera una reparación a tu honor. Te habría ayudado con gusto —lo apoyó Peasly. Oso y Sadice intercambiaron miradas, incluso ellos desconocían el trasfondo de la ofensa, a diferencia del barón que parecía más informado.

Normanby solo asintió con seriedad, sin dar más detalles, deseaba que no se hablara más del insulto provocado por el canalla.

Pronto los destellos del amanecer dejaron entrever la identidad del contrincante que cabalgaba con la frente erguida hacia ellos. Iba seguido por su hermano, heredero al condado de Leeds, su padre, y detrás pudieron ver un carruaje del que se bajó su médico.

Los padrinos se acercaron para hacer los ajustes, el conde de Leeds quiso protestar al ver que Bloodworth era quien sustituía a Sadice, pero no opinó al respecto porque no querían dilatar la pelea. Si continuaban tardando aclararía por completo y quizás algún intruso pudiese tener conocimiento de lo que sucedía y alertar a las autoridades. Necesitaban proceder con el más absoluto secretismo.

—Viene usted con las espaldas bien cubiertas, milord —lo retó Thomas—. Tengo particular interés en que su esposa quede viuda, así que he cambiado de parecer. El duelo ya no durará hasta que uno de los dos termine incapacitado para levantarse o caiga a tierra. Será a muerte.

—Por Dios, Thomas —lo reprendió su padre entre dientes. Confiaba en su destreza, pero el marqués era más experimentado. No quería arriesgarse a perderlo.

—No tengo problemas con ello —se adelantó Normanby. No era partidario de arrebatar una vida, ni tan estúpido para lidiar con las consecuencias morales y legales de tal desenlace, lo que arruinaría el futuro que deseaba compartir al lado de Laetitia. Pero en ese momento, lo único que tenía en la cabeza eran las palabras irrespetuosas que el maldito lanzó contra su esposa y la absoluta necesidad de darle un escarmiento.

—Las negociaciones han terminado —intervino Sadice, robándole el turno de la palabra a

Oso, que intentó defender su posición con una ceja enarcada. Todos estaban muy exaltados—. Quise hacerlos entrar en razón a ambos para que fuese a primera sangre y ninguno aceptó, especialmente usted, Thomas. Ahora ajústese a lo pactado. Será hasta que uno de los dos esté incapacitado para seguir peleando.

—Usted no puede reclamar. Es el primero que contrarió las negociaciones. Quedó claro al retirarse como segundo. Y supongo que tendrá motivos que no lo dejan muy bien parado o que lo hacen trastabillar. —Lanzó una mirada despectiva hacia su pierna lesionada.

Todos vieron a Kilian apretar su bastón, a punto de hacer justicia por su propia mano y golpear con aquel al petulante.

—El alba cerrará las bocas de todos —recordó Oso encolerizado por la insolencia de Thomas, tan joven y desatinado. ¿A cuántos caballeros pretendía agraviar? Negó mordaz—. Si alguien está en desacuerdo con que yo sea el segundo de lord Normanby que hable ahora, pero si me siento ofendido tras su declaración no me quedaré de brazos cruzados, también puedo exigir una satisfacción. Haremos esta disputa interminable.

—Procedamos a lo pactado y ya no se hable más —aceptó el heredero de Leeds, también negando y evidentemente molesto por la actitud de su hermano. Se veía que había sido arrastrado a aquella insana locura para salvaguardar la reputación de los suyos.

Cada participante recibió una espada de la mano de su segundo, los que midieron y establecieron la distancia del perímetro y lo delimitaron con pañuelos blancos sobre el pasto. Normanby y Thomas con los gestos adustos se colocaron uno frente a otro, impacientes por desenvainar. Mientras el primogénito de Leeds y Oso se posicionaron, con espadas en mano, en los laterales y hacia el centro, a una distancia prudente para mediar como árbitros, jueces o contrapartes de la contienda según el desenlace.

Alguien contó, los médicos estaban listos para ser requeridos de ser necesario.

Un frío helado se apoderó del ambiente, todos lo sintieron y un cuervo graznó justo cuando arremetieron a la carga.

Capítulo 15

En medio de una pesadilla Laetitia fue sacudida bruscamente. Cuando abrió los ojos dio gracias porque solo fuese un sueño, entonces escuchó el ulular de un búho y la piel se le erizó por completo. ¿No estaba soñando? Pero se descubrió en su cama y lanzó una plegaria de alivio al cielo. Entonces vio a Eloise, ella la había arrancado de los crueles brazos de Morfeo. Su reacción primera fue agradecerle por rescatarla de la pesadilla, pero entonces se dio cuenta de que aún no clareaba por completo y entendió que no traía buenas noticias. No recordaba cuándo se quedó dormida, entre la angustia de desconocer el paradero de Normanby y esperarlo.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó alarmada dando un salto y buscando ella misma su bata de seda. Tobias también estaba despierto, abrió los ojos desde que Eloise entró a los aposentos—. ¿El marqués no llegó a dormir?

—Creo que es mejor que se ponga algo más que eso —propuso negando ante la pregunta y buscando un vestido sobrio de mañana, sin muchos adornos.

—Habla, por el amor de Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Es Normanby? ¿Tuvo un accidente en carruaje? ¿Mis padres? ¿Ha llegado un mensaje de mis padres?

—Tranquilícese se lo ruego, o me pondré más nerviosa y no podré hablar. —Ambas luchaban con el vestido hasta que quedó puesto. Después Eloise trató de hacer algo con el cabello de la marquesa, le había tejido una trenza la noche anterior, pero se despeinó por completo—. No es sobre sus padres, creo que no. No sé, en realidad, afuera de la habitación está Barnes, él...

Laetitia no perdió tiempo y caminó lo más rápido posible hacia la puerta, sin importarle que su pelo estuviera suelto y encrespado como una melena salvaje. Cerró tras ella y dejó a Tobias adentro para poder concentrarse en lo que la sacó del cálido lecho esa fría mañana. El servicio apenas estaría despertando o preparándose para su larga jornada de labores, la casa estaba muy silenciosa.

—Milady, tiene visitas, aunque no sé si pueda llamarle propiamente visitas —informó Barnes, con los párpados levemente hinchados y su uniforme sin la elegancia que solía vestir siempre, como si hubiese sido sacado antes de tiempo también de su cama.

—¿Quién? ¿Quién ha venido a esta hora? ¿Y por qué considera que es apropiado despertarme para recibirlo? ¿Sucedo algo malo, Barnes? Por favor, hable.

—Un carruaje llegó con tres damas insistiendo en verla. Traté de disuadirlas por la hora inapropiada, pero dicen que es de vital importancia. —Hizo énfasis en la palabra «vital», como si supiera de qué se trataba, y no se aventurase a repetir lo escuchado en voz alta.

Bajó las escaleras saltando los escalones de dos en dos, con el corazón desbocado, sin siquiera terminar de oír. Aquel tuvo que correr para alcanzarla y guiarla al salón de recibir, donde tres damas con los semblantes afligidos estaban sentadas en un amplio sofá, una al lado de la otra.

Al verla entrar se pusieron de pie al mismo tiempo.

—Lamento profundamente despertarte así, pero estoy muy preocupada por Edgar, también

por mi tío —soltó Annalise y dos lágrimas ya corrían por sus mejillas.

La tía de la anterior, Isabelle, la vizcondesa Sadice, le apretó la mano a su sobrina en señal de apoyo; sin embargo, su rostro reflejaba idéntica angustia.

Las tres lucían hermosos vestidos de diario, pero sin peinados elaborados ni joyas, como si hubiesen abandonado sus residencias con mucha prisa tras una noticia alarmante.

—¿Qué las ha traído a mi puerta a estas horas? —Las palabras de Laetitia salieron atropelladas, la angustia la devoraba viva. Era un hecho sin precedentes, dos damas de su familia y la marquesa de Bloodworth estaban ahí mientras amanecía y sin invitación—. ¿Qué sucede con Edgar y lord Sadice?

—Oso no durmió anoche en la casa y las razones de su ausencia fueron poco verosímiles —continuó la marquesa de Bloodworth con la explicación—. Es un experto en sonar convincente, incluso cuando desea jugar una broma pesada, pero tartamudeó y eso nunca sucede. Así que me di a la tarea de investigar, y encontré la nota de Sadice convocándolo para verse en White's desde donde partirían hacia Fountain House y de ahí al destino final. Di vueltas en la cama con el papel en la mano hasta que decidí que Belle debía conocer en lo que estaban metidos nuestros esposos. Me sorprendí al comprobar que Annalise durmió en Sadice House.

—Jacob me insistió para que durmiese allí y no me quedara sola. Mi suegra está visitando a unas amistades en Bath —añadió Annalise—. Supuestamente, mi tío y él tienen un asunto importante del qué ocuparse. Un breve viaje de negocios, así lo llamaron—. Tenemos una propiedad a las afueras de Londres, Fountain House —aclaró Annalise casi temblando.

Tantas cosas pasaron por la mente de Laetitia, solo sabía que su esposo no llegó a dormir, que estaban disgustados por ciertas desavenencias que aún no podían conciliar de modo civilizado y que faltaban los diamantes. Esos que la señorita Astor casi incinera con la mirada. Pero, si su esposo le estaba siendo infiel, por qué acudirían tres damas respetables a sacarla de su cama justo cuando amanecía. ¿Cómo lo sabían? ¿Y qué tenía que ver Sadice con aquel *affaire*?

—Nos esperan cuatro hijos en casa, y Kilian juega a los duelos por honor. Desconozco de lo que seré capaz en cuanto lo tenga frente a mí. —Isabelle negó visiblemente afectada.

—¿Un duelo? ¿De qué están hablando? Edgar y lord Sadice no se estarán batiendo y a punto de lastimarse, son familia. —Laetitia sintió que el corazón se le apretaba.

—No es entre ellos. Son parte del mismo bando —aclaró Rose—. El papel hablaba de un duelo.

—Se reunieron en Fountain House para practicar. Creemos que están involucrados los cuatro —argumentó Annalise.

—Díganme de una vez en qué se enredó mi esposo. —Se iba a volver loca si no lo aclaraban.

—Normanby se batirá a duelo, si no es que acontece ya —especificó Isabelle— Nuestros esposos lo acompañaron. Rose, ¿esa nota refería el lugar específico del encuentro?

Laetitia estaba más pálida si se podía.

—Por favor, más espacio. —Laetitia tuvo que sentarse de golpe en la butaca más cercana. Rose corrió hasta ella temiendo que se desvanecería por la impresión.

Annalise se soltó a llorar e Isabelle la instó para que mantuviese la calma.

—El carruaje está listo, podemos partir ahora e impedirlo —propuso Rose—. Entendí por el texto que irían a pernoctar en Fountain House y que el duelo sería al amanecer, en algún paraje olvidado de la mano de Dios, en lo más intrincado de Hyde Park.

—Hemos acudido aquí no solo para alertarte, también porque deseamos detenerlo y pensamos que, tal vez, escuchaste algo, o alguien del servicio pueda darnos alguna razón —musitó Annalise.

—No, no sé nada. De haberlo sabido estaría en Hyde Park ahora mismo disuadiendo a mi esposo. Aunque es lo último que se espera de una dama, involucrarse en asuntos que solo competen a los caballeros. —La voz de Laetitia sonaba monótona, como si sus palabras no estuvieran enlazadas a las emociones que aquella noticia debía provocarle, pero su rostro reflejaba la turbación y el miedo. Se llevó la mano al corazón. «Oh, Edgar. Piadoso Dios, protégelo», pensó.

—Podemos intentar encontrarlos. A estas alturas lo último que me importa es lo que se espera para una dama —expuso Rose solidarizándose con las demás, confiando en que Oso no se metería en problemas. Él detestaba los duelos, que personas importantes para él estuviesen involucrados en uno, seguramente era la razón por la que los acompañaba.

—Sí, tenemos que evitarlo —sostuvo Laetitia, poniéndose de pie y comenzando a trenzarse el cabello—. Iré por una capa. Tampoco me importa que todo Londres se escandalice por nuestro comportamiento. Moriría si Thomas le causa una herida mortal a mi esposo.

—¿Cómo sabes que se está batiendo con el segundo hijo del conde de Leeds? —preguntó impresionada Rose, deteniéndola antes de que saliese a buscar la prenda mencionada. Esa parte de la información también estaba en la nota, pero no se atrevió a revelarla, para no inquietarla más.

—Porque tal vez sea mi culpa —confesó y las lágrimas bañaron su rostro.

—No tienes que explicar nada más, no estamos aquí para juzgarte —pronunció Rose conmovida—. Vamos, querida, ve por tu capa y un abrigo también. Afuera está helando. Hay que darse prisa y llegar a tiempo para darles una lección a esos caballeros de ánimos enardecidos. Los duelos son ilegales, así que si alguno se atreve a condenarnos por pisar un terreno de hombres, tendrán que escucharme. Soy testigo fehaciente del daño irreparable que causa esa forma tan bárbara de resolver los problemas, mi esposo también y no debería olvidarlo.

El sonido de cascos de caballos y ruedas de un carruaje sobre la entrada principal hizo que todas se asustaran. El mayordomo ya estaba de camino al recibidor y ellas sin importarles protocolo alguno lo siguieron. Se escandalizaron cuando vieron a Kilian avanzando escaleras arriba con su bastón. El rostro no podía estar más serio, ni siquiera mostró sorpresa por ver a las mujeres ahí. De ellas nada les sorprendía, menos de Belle que lo desafiaba con la mirada y los brazos cruzados.

—Hablaremos en casa —le susurró a su mujer, tratando de que su comentario pasase desapercibido para las demás, por suerte estaban concentradas en encontrarse con sus propios esposos. Los vizcondes tenían un acuerdo de total sinceridad. Sadice no sabía cómo se ganaría el perdón de su amada por mentir y asegurar que estaban en un «viaje de negocios». Una mentira piadosa para no preocuparla le costaría muy caro.

Jacob fue el siguiente en atravesar la puerta del recibidor, tras encargar al mozo de cuadra los tres caballos en los que llegaron Oso, Kilian y él. Annalise solo negó al verlo, estaba muy

decepcionada. Apenas se habían casado pocos meses atrás y ya le causaba un disgusto. El barón inspiró con fuerza, arrepentido por ocultarle la verdad.

Y mientras el joven matrimonio compartía unas palabras, Laetitia y Rose salieron a investigar por qué sus esposos aún no entraban.

Lord Oso estaba de pie fuera del carruaje, con la portezuela abierta y procedió a ayudar a bajar a Normanby, quien era asistido por el doctor Emerson, conocido de varios en Londres. Un joven médico que trabajaba en el hospital St George y que también atendía a la alta nobleza gracias a su eficacia por sus acertados tratamientos.

Laetitia palideció al contemplar la ropa de Edgar ensangrentada. Por todos los cielos que ella misma iba a buscar a Thomas y darle su merecido.

Rose se quedó de piedra cuando su marido desfiló por su lado sosteniendo a Normanby, quien tenía un brazo por encima de los fuertes hombros de Oso. Ajustarían cuentas en otro momento, en ese instante lo único que importaba era que el herido fuese atendido.

Cuando los ojos de Edgar y los de Laetitia se encontraron, no hicieron falta las palabras. Él parecía un cachorro malherido, pero no por sus lesiones en sí, estaba mortificado por haberle omitido la decisión tomada que lo llevó a tal desenlace. Todos hicieron silencio cuando los marqueses de Normanby intercambiaron miradas. Él intentó bajar los párpados, arrepentido, sobre todo por causarle tal zozobra. Ella impidió que agachase el rostro, le puso una mano en la mejilla para que sus pupilas continuaran en contacto.

—Oh, Edgar, ¿cómo te sientes? ¿Cómo puedo ayudarte? ¿Recibiste un disparo? ¿De dónde viene la sangre?

—Su señoría necesita recostarse, milady —intervino el doctor—. Déjeme continuar atendiéndolo y yo mismo le daré un reporte detallado.

—Pero, ¿qué tan grave es? —Le angustiaba si sus lesiones iban a tener consecuencias fatales. Todos sabían que muchos duelistas fallecían posteriormente a causa de complicaciones en heridas que al inicio parecían inofensivas. Sobre todo, si eran ocasionadas por armas de fuego.

Edgar exhaló con fuerza y prometió algo que no estaba en sus manos, pero sí en su resolución:

—No voy a morirme, te juro que no.

Ella, conmovida, ya no pudo aguantar más el maremoto que causaban sus emociones en sus adentros y se inclinó para abrazarlo, sin importar que su vestido terminara manchado de sangre.

—Espero que no, porque no sabría cómo perdonarte.

—He salvado tu honor.

—Oh, Edgar, mi buen Edgar. ¿De qué me sirve el honor si no te tengo? No necesito un mártir, anhelo a un hombre de carne y hueso a mi lado, a ti.

Tal vez era el momento de confesarle que su corazón le daba señales muy claras del sentimiento que se estaba forjando en su interior. Pero no pudo, menos en presencia de otros, cuando le revelara el afecto que se enraizaba en su pecho, sería a solas.

Edgar trató de rodearla con el brazo libre, pero no pudo cumplir su cometido. El antebrazo tenía un corte profundo, que para su fortuna no llegó hasta el hueso. El dolor se lo dejó

inmovilizado.

—Ven conmigo, querida. —Rose la separó con dulzura y la abrazó para que Laetitia buscara un poco de sosiego. Normanby seguía sangrando, el torniquete practicado por el médico ya debía ser remplazado por puntadas—. Permite que Oso lo conduzca a sus habitaciones. No hay tiempo que perder. Allá te reunirás con él.

En segundos, todos estaban dentro de la casa. Los caballeros aguardaban en el salón principal por las noticias de Emerson. Y sus esposas los observaban con los gestos serios sin atreverse a reclamarles, aún.

Barnes ya había tomado medidas, y los sirvientes empezaron con sus labores de inmediato. Trajeron un servicio de té para que lo degustaran mientras esperaban noticias.

—Redactaré una nota para que un mensajero se lo haga llegar a mi abuela y a Norfolk —informó Annalise, quien no pretendía quedarse de brazos cruzados.

—No notifiques a mi madre, solo le causaremos angustia. Esperemos hasta que Edgar se esté recuperando —previno lord Sadice—. Y Norfolk, por el Altísimo, será duro tener que lidiar ahora con él.

—Marybeth también tiene derecho a saber, Kilian. Debieron pensar en las consecuencias antes de juntarse como paladines de la justicia y provocar esto —arguyó Isabelle—. En cuanto a Norfolk, tendrás que lidiar con su humor. Es el hermano de Edgar, va a enterarse lo quieran o no.

—Amor, todos los aquí presentes únicamente apoyamos a mi primo —se defendió el vizconde—. Él se metió solo en este embrollo. Y es muy extraño porque no es una persona de carácter belicoso. La ofensa debe ser considerable para que reaccionara de un modo contrario a su proceder.

—No puedo estar aquí sin hacer algo —se lamentó Oso—. No es necesario que redactes esas cartas, Annalise. Iré en persona a dar los avisos. La vizcondesa viuda Sadice agradecerá recibir las noticias de un amigo, y no de un sirviente. Supongo que su excelencia también.

—Te acompaño —propuso Peasly y Oso aceptó. Era apropiado, el barón era de la familia.

—Yo me quedaré, subiré a ver cómo está mi primo —convino Sadice—. Si hay que tomar alguna decisión de importancia debe haber alguien de la familia en casa. Las mujeres podrán acompañar a lady Normanby, la pobre se ve destrozada. —No quiso agregar que no solo era el dolor de ver el sufrimiento físico de su esposo lo que la tenía tan angustiada, era evidente que se sentía culpable. Y Edgar lo confirmó al mencionar que el honor de la dama fue restaurado.

Todos estuvieron de acuerdo, pero Rose fue la única que lo pronunció en voz alta.

—Me parece buena idea —musitó la marquesa y recordó la inquietud de Laetitia en el baile. El matrimonio Normanby estaba atravesando por un conflicto que esperaba que se resolviera pronto.

Capítulo 16

Laetitia estuvo presente cuando el doctor limpió y cosió las heridas, la más profunda iba desde el hombro izquierdo hasta la mitad del antebrazo, la otra se localizaba en la parte inferior del mismo brazo. Les tranquilizaba saber que Emerson tenía una amplia reputación y sus procedimientos quirúrgicos daban buenos resultados.

Edgar se negó a usar cloroformo o éter, estaba decidido a aguantar el dolor. Así que el médico le ofreció un poco de láudano para que el procedimiento no fuese tan insoportable. Pero, tras la última puntada se notaba muy extenuado.

Laetitia tragó en seco cuando Edgar se quedó profundamente dormido después del procedimiento. La mejilla izquierda lucía inflamada, y su piel se veía más pálida que de costumbre. Temió que hubiese perdido mucha sangre.

Respiró hondo para no llorar. Sabía que existían dos causas muy importantes de muerte, posteriores a un duelo, que no incluían caer peleando en el campo de honor. Una era la fiebre producida por la contaminación de la lesión y la otra desangrarse. Y esos cortes, se veían extensos, profundos, peligrosos...

—Quédate con él mientras hablo con el doctor Emerson y pago sus honorarios —propuso Sadice.

—El médico me prometió un reporte. ¿Puede darlo aquí, doctor Emerson? No quiero separarme de mi esposo. Muchos pacientes se complican tras una intervención, ¿hay riesgo de que la herida se contamine?

—Tomé medidas para que no ocurra. Tras presenciar una operación practicada por el doctor Lister en la Universidad de Glasgow hace cuatro años, uso una solución de ácido carbólico con mis instrumentos, mis manos, los apósitos y las heridas para impedir que las lesiones se llenen de gérmenes y se llagen. Su protocolo es lo más novedoso y está dando resultados. Lo que sigue es mantener la herida limpia, suministrar al paciente los medicamentos a las horas convenidas y procurar que tome dos veces al día un caldo reconstituyente que ahora mismo le indicaré a la cocinera. Milady, me quedará esta noche para su tranquilidad. Solo iré a mi casa por insumos. Por lo pronto, el pronóstico es delicado, a pesar de mis extremos cuidados. No puedo prometerle más, hasta que veamos cómo evoluciona.

Entendió que se refería al supuesto de la contaminación, sin embargo, le quedaba el segundo.

—¿La sangre que perdió puede ser mortal?

—Podría asegurar que no, pero requiere reposo y alimentarse.

—¿Qué pasará con su brazo? ¿Se recuperará del todo? —Era una pregunta lógica, la lesión era considerable.

—Ahora me preocupa más que no haya complicaciones que comprometan su vida. Después veremos los efectos a largo o mediano plazo. Pero tiene razón, milady, podrían quedar secuelas.

Ella suspiró abrazándose a su cuerpo, de su rostro no se borró la angustia.

—Enseguida estoy con usted, lady Normanby —le aseguró Sadice solidario, dispuesto a acompañar al médico al piso inferior—. No está sola, querida prima. Lucharemos, Edgar se levantará de esa cama.

—Dime Laetitia, por favor, primo —propuso desanimada—. No soporto la etiqueta en estas circunstancias.

—Por supuesto, igual llámame Kilian. ¿Deseas que tus padres sean avisados?

—No por ahora. Están lejos y no puedo causarles una angustia sin saber cuál es el pronóstico exacto. Gracias, Kilian, por no dejar a Edgar solo en esta penosa situación.

—¿Oh? —exclamó asombrado por el agradecimiento—. Me conmueves, no he recibido más que reproches por haberlo secundado. Es reconfortante que alguien aprecie el riesgo corrido por lealtad a mi primo.

—No estoy feliz por la conducta de Edgar. Preferiría mil veces que no hubiese acudido a Hyde Park con intenciones de... —Le dio vergüenza admitirlo, pero continuó—: Con intención de reparar mi honor. De igual modo, reconozco que Edgar fue muy tolerante. Thomas se ha ganado a pulso el desprecio.

—Volveré contigo, en cuanto me ocupe de Emerson, querida prima. ¿Deseas que envíe a Isabelle a hacerte compañía? ¿O a otra de las mujeres?

—Más tarde, ahora necesito estar unos minutos a solas con él.

Cuando Sadice y el doctor los dejaron en la habitación, se sentó con cuidado en el borde de la cama, no quería despertarlo. Tomó entre sus manos la de Edgar, la del brazo sano, y la sujetó sin presionar demasiado, buscando su calor, pero estaba helado. Parecía que el fuego de la chimenea no era suficiente. Lo abrigó un poco más, y le frotó la piel para hacerlo entrar en calor. Estaba tan rendido que nada lo despertó.

—¿Por qué hiciste esa tontería, mi noble Edgar? No te lo pedí... —Las lágrimas cayeron por sus mejillas—. Puedo vivir con el peso del escrutinio social sobre mis espaldas, pero no sin ti.

Lloró, tratando de no hacer ruido, y todos los recuerdos hermosos de la intimidad que compartieron juntos se colaron en su mente. También, cada una de las veces que despertó a su lado. Entendió que verlo así, con los ojos adormilados, tras una noche de pasión, le daba a su vida una sensación cálida, de estar en el lugar correcto, de calor de hogar. Se limpió una lágrima y siguió recordando, le llegó la remembranza de ese momento incómodo al inicio del baile cuando Thomas apareció con su esposa y ella los recibió sola, sola y humillada. Entonces Edgar surgió de la nada, la rodeó con su brazo, devolviéndole la confianza.

¿Se estaba enamorando? Por el amor de Dios, en ese momento, con sus sentimientos a flor de piel, sintió que hizo lo correcto cuando dio el sí en el altar. Tal vez las circunstancias que la llevaron a la ceremonia no fueron las usuales, pero no le iba a soltar la mano al marqués. Iba a luchar, luchar por sacarlo de esa cama, y también por ser merecedora de su amor. Iba a enamorarlo, Edgar tenía que vivir y ella lo haría el hombre más feliz sobre la tierra.

Un ruido la sacó de sus reflexiones, la tía Marybeth entró hecha un mar de lágrimas

precedida de Norfolk, con el rostro más frío que le había visto jamás.

El duque llegó como si fuese la máxima autoridad, revisó el estado de su hermano, que seguía dormido por los calmantes. Inspeccionó las habitaciones y la comodidad en la que tenían a Edgar. Interrogó a los presentes y lanzó miradas a regañadientes a Kilian por permitirlo, o por permitirlo sin ponerlo al corriente.

—Así que Edgar retó a Thomas a un duelo, y el hijo del conde eligió las espadas. —Negó—. Muchos cabos sueltos. Espero que alguien tenga la bondad de explicarme los detalles. Mi hermano en un duelo. Jamás creí oír algo así, no solo incumplió la ley, sino que se ha puesto en riesgo. Edgar, justo Edgar que es la sensatez hecha persona.

Laetitia sintió la gélida mirada sobre sí, su cuñado sabía... Su excelencia sabía y aunque no se atrevió a culparla en voz alta, quizás le recriminaba en silencio. Ella trató de mantenerse fuerte y no sentirse amedrentada por la presencia intimidante del duque.

—Mi niña, tiembles más que un gorrión —la reconfortó Marybeth—. También estoy conmovida, pero debemos mantenernos sólidas como rocas y con la mente despejada para brindarle a Edgar la ayuda oportuna que necesita. Dios es generoso, mi sobrino es el alma más buena que conozco. Sé que el Creador desearía tenerlo a su lado, pero aún no es su tiempo. Tiene mucho que hacer todavía en este mundo.

—No quería que esto pasara, si me hubiese dicho lo habría disuadido. ¿Por qué Edgar no me confesó que tenía pensado desafiar a Thomas? —se lamentó Laetitia.

—Nadie deseó este desenlace, a nosotros dos también nos dejó fuera de la toma de tales decisiones —aportó el duque con la intención de aplacar su sentimiento de culpa, veía por donde venía. Sin embargo, Laetitia no lo interpretó así, la seriedad de su cuñado y la escasa benevolencia en su rostro acrecentó su culpabilidad.

Todos buscaron acomodo para velar el sueño de Normanby.

Abajo los demás también se quedaron en la mansión. Nadie se atrevió a irse, todos se acomodaron en la sala de recibir por el resto de la tarde.

Hacia la noche los marqueses de Bloodworth se retiraron con la promesa de volver al siguiente día. Pero la familia pernoctaría ahí.

—Descansa, Laetitia —le propuso afectuosa Marybeth, la joven no se había movido del lado de su esposo. El doctor regresó hacía unas horas y vigilaba al paciente de tanto en tanto. Le ofrecieron un dormitorio para acomodarse—. Duerme, recuéstate en tus aposentos. Yo velaré el sueño de Edgar, si ocurre algo avisaré al doctor, y a ti, por supuesto. —El médico se retiró a dormir unas horas, no había descansado.

—Seré yo quien velaré el sueño de Edgar, duerman las dos. —Más que un ofrecimiento pareció una orden la que dio el duque. Pero, ninguna de las mujeres se movió del lado del enfermo. Así que cada uno buscó donde acomodarse de nuevo y se quedaron ahí.

Los Peasley ocuparon una de las habitaciones de invitados, al igual que los Sadice, pero Kilian no pudo conciliar el sueño. Bajó al salón del marqués y ahí se quedó a solas y a oscuras en el sillón favorito de su primo, mientras el temor a perderlo lo paralizaba por completo.

Únicamente hasta ese momento se permitió sentirlo.

Pero no disfrutó del silencio mucho tiempo, Norfolk no tardó en reunirse con él y pedir explicaciones. Quiso saber todo lo ocurrido en el campo de honor.

Capítulo 17

Las ojeras en el rostro de la marquesa eran pronunciadas. Tenía los brazos cruzados sobre su regazo, mientras permanecía sentada en la butaca que se ubicaba justo al lado de la cama. Edgar seguía dormido, era muy temprano. El doctor lo visitó en varias ocasiones durante la madrugada.

—Laetitia debes descansar, pequeña —le insistió la tía Marybeth.

—Usted también.

—No puedo, en ausencia de su madre tengo la responsabilidad no solo de velar por Kilian, Desmond y Edgar han pasado a ser mis hijos también. Son los tres pilares de la familia, y responsables de que varios retoños sean nuestro futuro. Pronto Edgar y tú también tendrán niños, y la felicidad de todos nosotros será mayor. Mi querido sobrino merece tener decendencia y disfrutar de las alegrías que brinda ser padre.

—Espero que sí y que sea pronto —soltó en una exhalación y sin pensarlo llevó la mano a su vientre, con la esperanza de albergar nueva vida.

Marybeth suspiró, era la confirmación de que la pareja estaba intentando tener hijos. Quiso sonreír al pensar en las criaturas que tendrían a futuro, pero no pudo. El temor de una complicación en la salud de Edgar no le permitía sosegar sus nervios.

—La familia ha salido victoriosa de muchas batallas, esta no será la excepción. Ya lo verás, pequeña —le susurró y poniéndose de pie se acercó a Laetitia. Le puso una mano sobre el hombro y fue suficiente para que la joven se volviese hacia ella, quien no solo le inspiraba confianza, también parecía estar envuelta por un halo maternal, recostó su cabeza a Marybeth y se permitió sollozar—. Oh, querida, llora, llora si lo necesitas; pero jamás pierdas la fe.

—Es mi cul-pa —confesó con la voz entrecortada—. Y usted, está aquí diciéndome esas palabras tan dulces, confiando en que merezco sus atenciones; pero la verdad es que soy la única responsable del estado de Edgar. Oh, mi buen Edgar no lo merece, no merecía casarse con una mujer como yo.

Marybeth se inclinó aún más para abrazarla, mientras le susurraba que dejase de pronunciar esas palabras:

—No, no, Letty. No lo permito. Estoy segura de que no ves con claridad.

—Cuando él se recupere, regresaré con mis padres o me iré lejos, lejos donde mis acciones no causen otra desgracia similar.

Laetitia dedicó una mirada lánguida a Edgar, se iría lejos en ese mismo instante si su corazón no estuviese echando raíces y aferrándose a ese hombre que luchaba por su vida.

—Pero, ¿por qué dices esas cosas? ¿Por Thomas y la canallada que te hizo? Mi niña, tú solo creíste en el amor y luchaste con valor por tus sentimientos.

—No fue valor, fue ingenuidad, estupidez. No debí confiar en él jamás. —Los ojos estaban muy abiertos, mientras refutaba la afirmación de Marybeth, ¿cómo lo sabía?

No podía disimular su perplejidad. Pensó que era un secreto que solo su familia, Edgar y

Norfolk conocían... También Peasly y Annalise. ¡Si seguía diseminándose estaría acabada! «La dama de conducta liviana que llevó a su esposo a la muerte en un duelo prohibido», imaginó los titulares y palideció.

Marybeth notó cuán afectada estaba por sus revelaciones.

—Desde que su madre partió, tomé a Edgar y Desmond bajo mi seno. El duque es más difícil de encauzar, tiene un carácter complicado; pero gracias a Dios me estima y me escucha. Sin embargo, es más reservado. En cambio, Edgar y yo somos muy unidos, casi cómplices. Es mejor que lo sepas, no quiero terminar convirtiéndome en la tía entrometida.

—Jamás pensaría algo así de usted, Dios no lo permita.

—No eres culpable de lo ocurrido, Letty. Thomas es un cobarde, si te hizo promesas jamás debió faltar a su palabra. Y reitero, fuiste valiente al luchar por amor. Yo me casé con el anterior vizconde Sadice, y aunque tuvimos decendencia jamás compartimos amor, menos pasión. No culparía a nadie que se rebele contra esa posición tan deprimente que nos toca vivir a las mujeres: casarse tomando en cuenta estatus y fortuna, pero no amor. A Edgar le simpatizas, si también te agrada intenta ser sincera con él. Si sientes que puedes construir un buen matrimonio lucha por ese sentimiento. Pero, de ser lo contrario, solo te pido que seas honesta y no le rompas el corazón. Mi sobrino ha defendido tu reputación en ese campo de honor porque está dispuesto a apostar por ti, por la familia que ambos ya representan.

Laetitia seguía perpleja, jamás una dama de sociedad de edad similar a la de su madre o Marybeth le habló de esa manera. Se refugió de nuevo en los brazos de la vizcondesa viuda y la apretó con fuerzas. Enterró aún más la cabeza en el suave hueco del hombro de la señora, y respiró hondo antes de separarse y mirarla a los ojos.

—Gracias por su bondad. Ahora Edgar es mi esposo, lo voy a cuidar. —Ni siquiera con su progenitora se sintió tan comprendida. No obstante, aquel gesto magnánimo de Marybeth alimentó su alma, pero no logró que desapareciese del todo su culpa.

Un revuelo en los pisos inferiores las hizo separarse, contemplaron a la par en dirección a Edgar y se percataron de que seguía dormido y respirando pausado. Se miraron con gestos interrogantes.

—Revisaré qué está ocurriendo, por favor, querida tía, no se separe de su lado —añadió con dulzura y recibió un tierno asentimiento de la dama, que acudió a la silla más cercana a su sobrino.

Cuando Laetitia arribó a los pies de la escalera las voces se escuchaban aún más elevadas, no tardó en descubrir que venían del salón de recibir. En su paso a este encontró a las damas de la familia que habían pernoctado allí —Isabelle y Annalise— reunidas junto a Rose, que arribó temprano.

—¿Qué es todo este alboroto? —preguntó sin intenciones de detenerse, debía averiguar qué ocurría en su casa. Durante la convalecencia de su esposo le correspondía hacerse cargo de la propiedad.

—Quédate con nosotras, Laetitia —exhortó Annalise—. Los hombres se están ocupando del inconveniente.

—¿Inconveniente? —Su esposo estaba en una cama tras batirse a duelo con Thomas, ¿qué inconveniente podía ser mayor que ese?

Laetitia no pudo evitar llegar hasta el sitio donde los caballeros discutían a viva voz con el conde de Leeds, su heredero lo escoltaba, pero a diferencia del progenitor aguardaba en silencio, con el rostro también enardecido. No estaba a gusto con aquella situación, como ninguno.

—¿Dónde está mi hijo? —preguntó Leeds con las mejillas tan rojas y tan exaltado que parecía que en cualquier instante iba a colapsar.

—No sabemos de qué está hablando —contestó Kilian con voz firme, pero sin alzarla como su interlocutor—. ¿Por qué deberíamos tener idea de lo que hace ese canalla?

—Por Dios, no hay otro que tenga razones para detestarlo más que lord Normanby —respondió Leeds.

—¿Está acusando a mi primo de algo? —cuestionó Kilian con la mirada afilada.

A su lado, como guardaespaldas infranqueable, estaba lord Oso, quien fue convocado muy temprano por un asunto de suma relevancia. Los refuerzos de Kilian disuadían al conde de Leeds de irrumpir en la mansión y escudriñar cada rincón. Norfolk recostado a una columna, observaba el arrebató de Leeds desde su fría indiferencia. Su primo le pidió permitirle ocuparse de la situación, y decidió concederle el derecho.

—Normanby ha tramado algo contra mi hijo, debe responder —insistió el recién llegado.

Laetitia observaba todo con ojos asombrados, ella pasó la noche junto a su esposo y aquel no se movió de la cama. ¿Qué reclamaba el caballero?

—Leeds, no sea estúpido. Ya me ha hecho blasfemar frente a una dama —se lamentó dirigiendo una fugaz mirada en dirección de la marquesa—. Mi primo languidece en una cama, ¿cómo se le ocurre pensar que podría ponerse de pie para cometer el acto del que usted le acusa?

—Entonces quién es el responsable. —Lanzó una mirada acusatoria a cada uno—. Mi hijo también se recupera de sus heridas y requiere atención médica. Si prescinde de la asistencia de su doctor de cabecera podría peligrar su vida —continuó reclamando el conde.

—En ese caso se lo habrá ganado a pulso. Le recuerdo que su hijo —enfaticó— se portó como un cerdo inescrupuloso durante el duelo —bajó la voz en la última palabra.

Gracias a Dios el previsor mayordomo alejó a todos los sirvientes del área donde se desarrollaba el conflicto. Pero más valía extremar precauciones. Aunque fueran exponentes importantes de la aristocracia, también debían atenerse al rigor de las normas. Si las autoridades descubrían que participaron en un duelo, terminarían en la cárcel.

—Normanby defiende lo indefendible —masculló lanzando una mirada despectiva hacia Laetitia—. Si desposas a una... —Su ofensa fue acallada a tiempo, lord Oso, le tapó la boca con su gruesa palma y estuvo a punto de apretarle las mejillas con los dedos hasta que gritara su perdón.

Laetitia se llevó una mano al corazón asustada por el rápido movimiento, notó la tensión alrededor y entrecerró los ojos, casi segura de que lord Oso magullaría tanto al conde que no iba a poder retirarse marchando sobre sus pies.

Kilian negaba lleno de fastidio. Solo Norfolk seguía contemplando la escena con una calma glacial que le hacía lucir más hermético que de costumbre.

Parecía que la boca de lord Oso iba a abrirse para emitir un rugido que borrara a Leeds de la faz de la tierra, pero no lo hizo, solo miró de modo amenazante al perpetrador. Estaba en Normanby House como refuerzo y la familia —Sadice, Norfolk— tenían el asunto bajo control.

Kilian, como portavoz, bufó ante la aburrida tarea que quedó en sus manos. Después exhaló con fuerza, superado por el hastío que le provocaba el conde. No obstante, no quitaba el rabillo del ojo del primogénito del agresor, por si decidía salir en defensa del padre, más allá de su actitud inconforme.

—Normanby fue un caballero al retar a duelo a Thomas, yo lo habría azotado en la plaza pública por su desfachatez. Su condición y su falta de honor no exigía un trato tan condescendiente. Estamos al tanto de cada una de las ofensas cometidas por su hijo, y eso de que ignora en qué otro sitio buscar me da vueltas en la cabeza. Sabe que Thomas no solo ha intentado ensuciar la reputación de mi primo, quizás quien pretende darle un escarmiento es otro caballero. Y espero, que se lo dé de una vez por todas. Si usted no educó bien a su hijo, no venga a reclamar a puertas ajenas por su pésima labor como padre.

Leeds miró a su heredero, esperando que abriese la boca para defenderlo, pero el joven parecía más sensato que el conde, negó avergonzado. Como si supiera que su progenitor había fallado secundando todos los caprichos del hermano menor, quien era responsable de los dolores de cabeza de ambos en ese momento.

—¿No harás nada, Peter?

—Padre, es hora de irnos —comentó el interpelado.

—¡Todos son unos i...! —trató de ofenderlos Leeds, pero Oso ya lo sostenía por las solapas, alzando al conde varios centímetros del lustroso suelo de mármol.

—¿Dónde deseas que deje esta cosa, Kilian? —bufó Oso poco interesado.

Lord Leeds se indignó por las palabras del marqués. Estuvo a punto de quitarse un guante y arrojárselo en señal de otorgarle una cita en el campo de honor, para que se retractara de sus ofensivas palabras. Pero en un acto cabal de supervivencia, se aconsejó a sí mismo que retar a aquel gigante, de conocida habilidad en las armas, era un suicidio.

—Estoy dispuesto a marcharme —alegó recapacitando y Oso lo dejó apoyar los pies en el suelo, pero sin soltarlo. Entonces, el hombre cometió la insensatez de volver a la carga—: Ya que ustedes desconocen la implicación de Normanby en el desafortunado evento donde mi pobre hijo ha sido agraviado, dejaré el asunto en manos de las autoridades. Quienquiera que sea el culpable tendrá que aparecer y responder por sus fechorías.

—Implicar a las autoridades en este asunto es una completa idiotez, Leeds. —Todos miraron en dirección de la voz indiferente y pausada que advertía al conde sobre sus intenciones. La voz pertenecía a Norfolk, y lo que más asombro causó fue el lenguaje utilizado. El duque era correcto en el uso de la palabra y las normas—. Las autoridades llegarán al fondo de los acontecimientos, y ni usted se salvará de verse implicado en el terrible e ilegal duelo. No olvide que su heredero fue el segundo y que hay un noble herido de gravedad. ¿Quién responderá ante la ley por sus lesiones si la autoridad investiga y lo descubre? —alargó la frase con cierta ironía—. Se quedaría sin ninguno de sus hijos, uno en la cárcel y el otro desangrándose, quién demonios sabe dónde.

Laetitia tragó en seco, la conversación entre los caballeros era más ruda de lo que en el

pasado tuvo que presenciar, verlos en esas tesituras le hacía replantearse la opinión que tenía de cada uno. De lord Oso no dudaba nada, la fama le precedía y su rostro duro no dejaba espacio para cuestionamientos. Sin embargo, el resto aún le sorprendía, sobre todo su excelencia que parecía tan recto e incapaz de contradecir regla alguna; más las de la etiqueta.

—¿Y qué pretende? ¿Qué me cruce de brazos mientras la vida de mi hijo corre peligro?

—Aguante como un hombre —contestó el duque—. Su hijo se metió con las personas equivocadas, ahora atégase a las consecuencias. No puede seguir protegiéndolo como si fuese un mocoso. Debió enseñarle, cuando podía controlarlo, a elegir bien a sus enemigos.

—¿Está dándome la razón? ¿Las personas equivocadas? —Supuso Leeds que el duque se refería al cuarteto que tenía delante, quitando a la dama, por supuesto, quien se veía horrorizada.

—Lord Oso, deje la basura en el pórtico. Solo así tendremos la fortuna de que los buitres nos libren de su pestilencia —sugirió Norfolk.

—Será un placer, excelencia —convino con desgano el marqués, arrastrando a Leeds por las solapas en dirección hacia la salida.

La cara de Peter mostraba que se sentía ofendido, pero que entendía que su progenitor estaba recibiendo su merecido.

—Si lo libera, lord Oso, yo mismo conduciré a mi padre lejos de aquí. Está cegado por el cariño paternal —expuso el joven heredero.

Oso lo miró dubitativo, después añadió:

—No. Su padre no escarmentará si no experimenta tal humillación en carne propia. Quítese del medio, milord. Sé que no tiene la culpa de estar emparentado con Thomas.

Capítulo 18

Cuando los familiares de Thomas se fueron, Laetitia vio a Peasly salir de atrás de una columna, donde permaneció oculto para acudir como refuerzo, solo de ser necesario. Ella lo interrogó con la mirada, pero él no se sintió aludido.

A la dama le preocupaba demasiado como la reclamación del conde de Leeds podía perjudicar a Edgar, más en su estado físico.

—¿Quién secuestró a John Thomas? —pidió explicaciones que no fueron dadas. Los caballeros no se deshicieron en los argumentos esperados ante su rostro inquisitivo.

Norfolk no se quedó para ahondar en aclaraciones, subió con su hermano. Lord Oso se rascó la nuca y decidió que a la familia le correspondía profundizar en el tema, así que se disculpó con ella por mantener la boca cerrada. Lord Peasly trató de ser condescendiente, pero no aportó más que comprensión. Fue Kilian quien continuó frente a ella, con expresión dubitativa.

—Te diré que yo no lo tengo cautivo y, por supuesto, Edgar tampoco.

—Lo último me queda muy claro, mi esposo está en una cama —alegó ella.

—No puedo ofrecer más información al respecto. Pero si te sirve de alivio, es mejor que ese malnacido desaparezca. El duelo fue un desastre, hay cierto reglamento que mantener en el campo de honor. Thomas pisoteó todas las normas. Concordamos que nos regiríamos por el Código Irlandés de Duelo. El susodicho contravino cada uno de los veintiséis apartados del compendio. No sé si por desconocimiento o rebeldía, asumo que la segunda debido a su actitud arrogante y pependciera.

—¿Qué sucedió en ese duelo? ¿Por qué Edgar terminó tan herido? ¿Fue un combate a muerte?

Kilian negó.

—Los padrinos decidimos que sería hasta que una de las partes fuese incapaz de seguir batiéndose o hasta que uno de los médicos eligiera ponerle fin a la contienda. Pero, Thomas abrió la boca para ofender a Edgar, a ti... Uno de los principios implícitos en todo duelo entre caballeros es no insultar a la contraparte o comportarse de manera poco honorable. Pese a la pésima conducta del hijo de Leeds, Edgar no perdió la calma, es un excelente espadachín y no tardó en hacer volar por los aires las armas de su oponente.

—¿Ninguno estaba herido en ese momento?

Kilian negó, dándole la razón.

—Thomas tenía solo rasguños en el rostro y la ropa. Sin embargo, las espadas larga y corta que ambos podían portar no fueron suficientes para el infeliz, parecía que estaba decidido a llevar el duelo a las últimas consecuencias. Pudo retirarse humillado en el combate, pero con la dignidad intacta. Mas no. Sin tener con qué defenderse mostró toda su vileza antes de aceptar su derrota. Llevaba una daga de contrabando, oculta bajo su chaqueta. Y cuando Edgar le dio la espalda, ofreciéndole la oportunidad de retirarse con mínimos daños lo atacó sin piedad.

—¡Oh! —exclamó Laetitia asustada—. Gracias a Dios la daga rasgó su brazo y no una

parte vital.

—Porque Edgar presintió el ataque y pudo repeler las consecuencias mortales. Los segundos, Oso y el hermano de Thomas, terminaron enzarzados en una pelea de espadas también. Por suerte, ninguno resultó lastimado, Oso lo desarmó con un ágil movimiento. Todo se salió de control. Las amenazas de ese sinvergüenza fueron lanzadas al aire, pretendía hundirnos... Hundirte... Es mejor que no aparezca.

—¡Maldito canalla arrogante y vengativo! —soltó encolerizada, pero solo hasta que Kilian la miró a los ojos trató de controlarse, no era el comportamiento esperado para una dama. Carraspeó, decidida a no mostrar arrepentimiento por sus palabras.

—Te has quedado corta.

—Entiendo que su desaparición es conveniente.

—Thomas amenazó con revelar los motivos del duelo, lo que sería funesto para usted, Normanby y nuestras familias.

—Lo sé. Pero tampoco deseo que Edgar se vea afectado por mi causa. Si ese malnacido fallece o sigue desaparecido, vendrá la policía.

—El conde exagera para proteger a su hijo. Sus heridas no le provocarán la muerte, Edgar sí está delicado.

—Pero si descubren que fue raptado, mi esposo terminará tras las rejas y al final, el escándalo que ha tratado de contener nos arrasará por completo. Si alguien tiene que hundirse soy yo, no voy a permitir que Edgar o algún miembro de su familia pague por mis errores. Además, no puedo consentir que se transgreda la ley en mi nombre.

—Laetitia, lo hecho, hecho está —zanjó el tema en discusión con un gesto grave que ella no pudo refutar.

Ellos lo tenían, esa frase era la prueba. Su escasa felicidad, la que casi toca con la punta de los dedos se desvanecía... Pronto iban a terminar en un mar de problemas, problemas que comprometerían no solo reputaciones, también la libertad e, incluso, tal vez la vida.

—Supongo que, quien sea que lo tenga prisionero, no lo soltará y Thomas nos arrastrará hasta el infierno.

—Suficientes explicaciones, ve con las mujeres. Descansa, por favor. —No quiso evidenciarla en voz alta, pero sus pronunciadas ojeras en contraste con su palidez delataban su fatiga.

Tratando de asimilar lo ocurrido, fue hasta donde estaban las damas sentadas en torno a una mesa de té. De un momento a otro, el mayordomo le preguntó discretamente si servía un refrigerio para los «invitados» y ella asintió sin siquiera pensarlo.

Ellas tenían los rostros muy serios, preocupados. Se miraban las unas a las otras sin hablar. Pero, poco a poco, se mostraron comprensivas, como hermanas que en silencio ofrecen un apoyo total. Con Edgar no solo ganó un marido ejemplar, él era querido por buenas personas.

Aunque odiaba a Thomas con todas sus fuerzas, la acusación de Leeds era muy fuerte. Rapto... Con la finalidad de silenciarlo. ¿Lo matarían? Se estremeció, después recordó los cortes en el brazo de su esposo y el temor que la invadía de una complicación que agravara su estado. Ya no quiso pensar más en Thomas, como dijeron los hombres, se ganó a pulso lo que le estaba

ocurriendo. La ofendió de la peor manera que un varón podía. Primero mancillándola con juramentos vanos, después amenazando con divulgar su deshonor.

Edgar y esos caballeros de rostros adustos la defendieron, solo a ellos debía su preocupación y lealtad.

Los hombres seguían encerrados en otra área de la casa, debatiendo sus asuntos. El té humeante llegó, también unos emparedados.

—Por favor, sírvales algo de comer a los caballeros —le pidió a Barnes, quien asintió con solemnidad—. Y suba otro servicio para la tía de mi esposo y su excelencia, están con el marqués.

Tras retirarse el mayordomo, Laetitia comenzó a servir el té. La situación por la que pasaba era muy angustiante, pero saber que aquel grupo estaba dispuesto a todo por Edgar y ella, la hizo albergar un sentimiento de seguridad que desde el día anterior creyó haber perdido.

—Me alegra saber que lady Abbott ofreció quedarse con tus hijos, Isabelle —le dijo Annalise.

—Lady Abbott siempre a mi rescate, le tengo mucho afecto a esa buena mujer —expuso la vizcondesa.

—Aunque en la casa están el ama de llaves, las niñeras y Price —dijo Rose para referirse al antiguo mayordomo de su familia, quien dejó de serlo cuando, tras años de dedicación, siendo como un padre para Oso, ocupó el lugar que le correspondía en la familia—, preferí hablar con mi amiga la duquesa de Weimar. Llevó a mis pequeños a su hogar, así se distraerán con los suyos. Deseo que estén en otro sitio, apartados de este tormento, más en estas fechas. No sea que al conde de Leeds se le ocurra buscar en nuestra casa a John Thomas. Esta noche nos quedaremos aquí, a pesar de que estamos cerca, no nos moveremos de Normanby House.

—Mi prima y su esposo los cuidarán muy bien. Angelina adora a tus hijos —agregó Isabelle sobre la duquesa—. Espero que lady Abbott se las arregle con los míos más las cinco pequeñas de Norfolk. Las llevamos a nuestro hogar para que estuviesen juntos todos los primos. Ella es impresionante con las criaturas, tiene la mezcla perfecta entre dulzura y firmeza para educarlos, pero no sé si nueve pequeños le hagan perder la paciencia.

—Pobre lady Abbott, nueve criaturas a su cuidado —comentó Rose.

—Mi madre está de viaje —justificó Isabelle. Sí, parecía una carga pesada para Abbott.

—También la mía, y mi hermana viajó a sus tierras para Navidad. Pero, mi prima Grace está en la ciudad. Es discreta y muy amorosa con los niños. Le escribiré para que vaya en auxilio de lady Abbott, creo que ahora es ella la que necesita ser rescatada. Y a mi prima le vendrá bien distraerse un poco de su... —No terminó la frase, y nadie le pidió que lo hiciera. Había un tema delicado sobre el matrimonio de Grace que entendían que debía manejarse con suma discreción—. En fin, lady Abbott también tiene las niñeras de Norfolk más las tuyas, Isabelle. No imagino cómo estará tu guardería con tantos niños —opinó.

—Me tranquiliza que todos los pequeños estén en buenas manos ahora que sus padres están aquí. Nada más de ver la forma en que irrumpió ese loco de lord Leeds —dijo Annalise.

—Cuántas molestias estamos dando a todos —lamentó Laetitia y suspiró al final.

—No son molestias, querida. Es familia de parte de Norfolk, los Peasley y los Sadice. Y de

la nuestra, es amistad —dijo Rose para referirse a su esposo y ella.

—Y lo agradezco con creces. Iré a ver a Edgar. Gracias a todas, gracias por estar aquí.

Y aunque agradecía profundamente la presencia de cada una, todavía su vida era un caos. Ni siquiera la solidez del vínculo que los unía, y que les hacía permanecer en Normanby House, brindándoles soporte, lograba sacarla del conflicto en que se habían metido. Un conflicto que solo veía crecer.

Capítulo 19

Cuando subió a la habitación, se cruzó en la entrada con Norfolk, quien la miró a los ojos brevemente y se hizo a un lado para dejarla pasar.

—Es bueno que estés con él —susurró apesadumbrado. El frío duque se permitía mostrar su abatimiento. Algo inusual. Alzó una mano y agregó como si aceptara perder la batalla—. Yo no puedo pasar por esto otra vez.

Sus palabras la pusieron en alerta y corrió al interior de la habitación a la velocidad que sus piernas permitían. Notó que Marybeth tenía las manos entrelazadas y parecía murmurar sus plegarias a Dios.

Edgar tiritaba, su frente brillaba perlada de sudor. El doctor Emerson estaba a la cabecera tratando de aplicarle compresas de agua en los pliegues de las extremidades superiores. Puso la última sobre la frente.

—¿Fiebre? —preguntó Laetitia, y la tía Marybeth asintió. El médico no podía desprenderse de sus intentos por bajarla.

Era lo que temía, sabía que la fiebre era una pésima señal de que todo estaba a punto de terminar en caos. Se llevó una mano a la boca para acallar un grito que amenazaba con abandonar su garganta.

Sobre la cama estaba el hombre que su padre le consiguió como esposo, con el que acudió al altar, siendo él un completo desconocido, de quien renegó cuando le informaron que unirían sus vidas para siempre. Y, contrario a sus sentimientos de meses atrás, la sola idea de que él dejase de respirar, y por ende de existir, la paralizaba por completo.

Corrió a su lado y se arrodilló para quedar a la altura de su cara, le tocó las mejillas y su mano percibió el ardiente calor.

—Quema —musitó acongojada—. Doctor, haga todo lo que está a su alcance para salvarlo. —Era un ruego.

—Le froté alcohol con ortiga y abeto en piernas y brazos, le di de beber una infusión concentrada de verbena, y medicamentos que ya debieron haberlo hecho reaccionar, pero no han dado resultados. Su temperatura no desciende, y a ese paso me temo que será fatal.

—No sea usted tan pesimista, doctor Emerson —renegó Marybeth.

—Soy directo, milady —esclareció el galeno.

El médico se veía desesperado. Las sábanas cálidas que tapaban al marqués fueron retiradas, así como el exceso de ropa. Solo un camisón cubría el cuerpo tembloroso del marqués.

—Los diamantes, no, los diamantes. Ella... Ella —deliró Edgar. Laetitia tragó en seco golpeada por esas palabras que él pronunciaba sin total conciencia. Le pareció imprudente escucharlas, no era justo aprovecharse de una situación así para enterarse de lo que subyacía en las profundidades de la mente de su esposo.

—Pobre, está delirando —ratificó Marybeth, quien no tenía idea sobre qué versaba su

atropellada frase.

Pero Laetitia temía que estaba relacionado con esas joyas que lució la noche del baile y que desaparecieron misteriosamente. Trató de no prestar oídos a lo que un momento vulnerable articulaba. No iba a culparlo, lo importante era su vida, «su vida» y detener a toda costa el calor que le quemaba la mano.

—¡Debe hacer más, doctor, no podemos perderlo! —exigió Laetitia mirando a Emerson a los ojos. Ya no era una súplica, era una orden. El médico negó, el mismo deseaba poner fin a la crisis del paciente antes de que convulsionara.

—Agua fría, una tina llena —decidió sobre la marcha—. Por Dios si estuviese nevando sería más fácil conseguirla a la temperatura que la necesito. —Se lamentó el doctor, la nieve hubiese enfriado la tina con rapidez—. Hielo habría sido una solución rápida, pero no hay tiempo de comprarlo.

—Tenemos hielo —atajó Laetitia. Gracias a Dios la cocinera era una experta en preparar helados, y el hielo jamás faltaba.

—Me encargo de que lo traigan de una bendita vez. —Una voz masculina, llena de urgencia, acudió en auxilio. Era Norfolk, al final no había salido huyendo como Laetitia pensó al inicio. Volvió y desde la puerta observaba angustiado.

El doctor, con la ayuda de Laetitia, comenzó a despojar a Edgar de la prenda que cubría su desnudez. Marybeth contemplaba la escena congelada, no podía moverse ante la idea de perderlo. Tenía las manos en el pecho, la angustia la estaba devorando desde sus entrañas. Ese muchacho que vio crecer y que tanto adoraba. Su cómplice, el más noble y cariñoso, se le escapaba como agua entre sus dedos.

—Tía, ayúdenos, por el amor de Dios —la exhortó Laetitia con tal de que reaccionara—. No podemos esperar por el ayuda de cámara. Busque unos paños y alguna ropa para secarlo y vestirlo cuando salga de la tina.

—Por el Altísimo, sí, hija mía, consigo todo. —No sabía qué hacer con sus manos, pero hizo su mayor esfuerzo, esculcando en el guardarropa. Ya tenía los lienzos de secar, y buscó alguna ropa interior para cubrir la desnudez del enfermo, cuando fuera de vuelta al lecho. Desnudez que no le importaba en absoluto, tuvo a Edgar en sus brazos justo cuando vino a este mundo. No iba a ofuscarse por ello, lo único que le importaba en ese momento era la vida de su amado sobrino.

El ayuda de cámara no tardó en llegar, al igual que unos lacayos con el agua, incluso vio a Peasly y a lord Oso cargando cubetas con el preciado líquido hasta que la tina quedó rebosante. Iban y venían como si intentaran apagar un fuego descomunal, todos con las mangas hasta los codos, a la par de los criados.

Barnes y Jacques trajeron las dos últimas cubetas, llenas de trozos de hielo, que fueron cortados a golpes de hacha de un bloque, a prisa, y los sumergieron en la bañera.

Cuando todos se retiraron, a excepción del ayuda de cámara y la familia inmediata, Norfolk y Emerson metieron a Normanby en el agua extremadamente fría, lo que lo hizo temblar cada segundo más. Sus labios cambiaron su coloración al morado. Solo Kilian se quedó en la habitación con el resto de la familia, con el rostro apesadumbrado buscó cómo sentirse útil también.

—Ya podemos sacarlo —ordenó el doctor alzando al paciente que chorreaba agua por los cuatro costados. Norfolk lo ayudó a extraer al hermano por completo.

Marybeth aguardaba con el paño y lo cubrió *ipso facto*, mientras frotaba sus brazos para que dejase de temblar.

—No lo seque por completo, milady —le pidió el doctor—. La humedad lo mantendrá fresco.

—¡Se va a congelar! —replicó Marybeth en un chillido, ya se había movilizadopor entero y estaba presta ayudando en lo que fuese necesario, tal como lo hacía Laetitia. Edgar parecía una criatura indefensa. El lienzo le cubría parcialmente la espalda, y tuvieron el cuidado de tapar sus partes privadas.

—Esa es la idea —resaltó el doctor, y ante la cara de horror de la vizcondesa viuda, aclaró —: No literalmente. A la cama no. No lo devuelvan ahí. Jacques, aproveche para poner sábanas limpias. Vamos a sentarlo en una silla —aconsejó el médico y Kilian les acercó una—. Esperemos que la temperatura no vuelva a subir de golpe o tendremos que volver a sumergirlo.

—Por Dios, no. Ya ha tenido demasiado —suplicó Marybeth.

—Lae-ti-tia. —Un murmullo entrecortado detuvo la discusión. Todos centraron la atención en Edgar que seguía temblando con los ojos abiertos, mirando en dirección a su esposa que estaba sentada a sus pies, con estos empapados sobre su regazo, acunándolos con afecto.

—Edgar —pronunció en una exhalación. Varias personas suspiraron en la estancia—. Quédate con nosotros, no vuelvas a cerrar los ojos, te lo imploro —pidió con la voz inundada de alivio y esperanza a la vez.

—Ten-go frío, ten-go mu-cho frío —protestó apenas audible el marqués.

—Lo sé. Es una crueldad, cielo mío, lo que hemos hecho contigo, pero era necesario. La fiebre ha bajado —agregó con dulzura, con la palma de los pies helados en contacto con sus manos, tratando de secarlos y calentarlos a la vez

—Abrá-za-me, a-brá-zame —continuó tiritando.

—Por supuesto —prometió con lágrimas en los ojos—. Jacques, un paño limpio para secar al marqués.

—Es mejor que continúe fresco —intervino el doctor con seriedad, sin salir de su papel. Era el único que no se conmovió, su mente trabajaba en cómo salvar al paciente y cómo volver a tiempo con los otros que dejó al cuidado de sus ayudantes.

—Por favor, estimado doctor, no sea tan duro. Solo un minuto —rogó Marybeth con ganas de abrazarlo ella también. Después dirigió sus ruegos al cielo—: Gracias, Dios mío. Oh, mi querido Edgar.

Laetitia ya estaba de pie, rodeando con sus brazos a su esposo. Le depositó un beso en la frente y agradeció que no estuviera ardiendo como minutos atrás.

—Voy a cuidarte, no me moveré de tu lado, voy a cuidarte.

—Bébala toda. Por favor, milord —interrumpió el doctor entregándole una taza con infusión de sauce—. Debe tomar tres tazas al día.

Laetitia le dio la bebida a sorbitos, mientras Jacques lo secó y vistió, solo con la ropa

interior —el médico prohibió por lo pronto la bata de lana—. Emerson tomó la botella de tintura a base de brandy y verbena, para ponerle compresas impregnadas en la solución bajo las rodillas, las axilas, los pliegues de los brazos y la frente. De ese modo quedó por fin instalado en su cama.

—Por favor, salgan todos. Limitaremos las visitas hasta que esté recuperado. Nadie podrá entrar con la ropa de calle. Lady Normanby y vizcondesa viuda de Sadice, pueden quedarse. Les explicaré cómo seguir los protocolos.

Con meticulosidad el doctor procedió a lavar con solución de ácido carbólico la herida, revisó las costuras y la dejó descubierta.

—Se ve tan limpia, ¿qué habrá salido mal? —preguntó Laetitia.

—Los gérmenes son muy pequeños, no apreciables a simple vista —explicó el doctor.

—¿Eso le ha sucedido?

—No puedo aseverarlo. El camino a la recuperación a veces es sinuoso. No quitaré el dedo del renglón. Me dedicaré en persona al caso del marqués.

Laetitia suspiró, suplicando al cielo para que el mal trago quedara en el pasado muy pronto.

—Tengo hambre —comunicó Edgar para asombro de todos.

Marybeth agradeció en voz alta, convencida de que era buena señal.

—Tu comida estará pronto contigo.

Un lacayo no tardó en subir un caldo sustancioso, que se cocinó a fuego lento con cordero y hierbas verdes brillantes, de la receta del doctor. Le ayudaría no solo a suplir la pérdida de sangre, sino a recuperarse con mayor prontitud.

Kilian y Norfolk bajaron con los demás que estaban desesperados por noticias prometedoras. Y, antes de hacerlo, obligaron a Marybeth a retirarse a una de las habitaciones a descansar. Incluso el médico le exigió a la dama que lo hiciera, y le ofreció un sobre de una infusión especial, preparado por él mismo que contenía lavanda, melisa y tila para que tuviera un sueño reparador.

Solo el doctor quedó vigilante de la fiebre del marqués, mientras la diligente esposa lo alimentaba a cucharadas para que el caldo lo fortaleciera.

—Esta es la última —le dijo ella asombrada. Momentos atrás deliraba. Después temblaba con los labios morados, y gracias al cielo y a la eficiencia del doctor familiar estaba ahí, devorando hasta la última gota.

—¿Es todo? Estoy famélico. Que me sirvan otro más, por favor. ¿Cuánto llevo sin probar bocado? —Y, además, exigiendo un segundo tazón. Pero el médico lo previno de ir poco a poco. No solo por la digestión, sino por temor a que la temperatura del alimento le hiciera subir la fiebre otra vez.

El silencio de la habitación solo era interrumpido por los esfuerzos de dos lacayos y Jacques que vaciaron la tina de agua y volvieron a dejar todo en orden, siguiendo las especificaciones del médico.

Esos minutos llenos de paz fueron una bendición.

Dos horas más tarde, y tras darle a beber otra taza de la infusión para la fiebre, el doctor comunicó que marcharía a visitar a sus pacientes ingresados en St George y que volvería antes de

la hora de dormir.

Laetitia soltó la mano de Edgar tras besarla y contemplarlo con un cariño que él agradeció con una mirada. Abandonó el borde de la cama, y alisando su desaliñado vestido, reconoció la labor de Emerson.

—Gracias, doctor. Perdón si mis palabras en algún punto son muy enfáticas...

—No tiene que pedirlo, no esperaba menos de una amorosa esposa. Usted ha cuidado y defendido a su marido con más fervor y diligencia que damas que llevan años de casada.

Laetitia bajó los ojos a punto de sonrojarse, el médico sacó a relucir «el amor», palabra que entre ella y Edgar aún no había sido revelada. Con el rabillo del ojo husmeó fugazmente en dirección de su esposo. A pesar de la debilidad y el dolor de su brazo, Edgar pareció sonreír con la mirada. Se veía orgulloso por el elogio del doctor hacia el afecto que su marquesa le prodigaba.

Tal vez eran dos necios, por no revelar a viva voz sus sentimientos, quizás preferían ser cautelosos. Sufrieron tanto en el pasado que ninguno quería dar un paso en falso. Debían cerciorarse de amar hasta la médula. Necesitaban constatar que su cuento de hadas prometía tener un final feliz, sin importar las adversidades que los estaban sacudiendo en el presente.

Quizás debían reconocer que desde que se unieron no solo se hacían compañía, cambiaron de un modo abrupto. No había otra persona con la que Laetitia quisiera compartir más aquella Navidad, ni el año venidero, ni con quien tumbarse frente a la chimenea, mientras solo conversaban de tantas cosas que necesitaba decirle o escuchar de sus labios.

Con él quería experimentarlo todo, todo lo que no se atrevió a soñar cuando se sintió engañada y sin derecho a merecer una segunda oportunidad. Sus ojos soñadores, su cabellera revuelta y su enorme cuerpo cálido era todo lo que deseaba presenciar cada amanecer. Edgar era su refugio, su remanso de paz, su paraíso en la tierra.

Unos toques en la puerta interrumpieron sus reflexiones, dio la orden de que siguieran. Era Barnes. El mayordomo con actitud reservada le pidió que se acercara al umbral. No quería que el marqués escuchara el aviso que traía.

Salió ante la insistencia y el rostro pálido de Barnes.

—¿Qué sucede? —preguntó convencida de que muchas cosas ya habían ocurrido, y que una buena noticia era todo lo que necesitaba.

—Las autoridades están abajo con algunas demandas.

—¿Qué es lo que quieren?

—No lo sé a ciencia cierta, pero son cinco sujetos armados. —Se alzó de hombros—. Su excelencia se está haciendo cargo; sin embargo, exigen ver al dueño de la casa.

—Ni por todos los cielos advierta a mi esposo.

—Jamás lo haría. Solo cumplo con mi deber de informarle a usted.

—Gracias a Dios tenemos una orden de lores poderosos que podrán persuadirlos de retirarse —soltó Laetitia aliviada, convencida de que se ocuparían—. Son convincentes —agregó, en la mañana los vio en plena acción cuando sacaron al conde de Leeds.

Barnes carraspeó apenado.

—Su excelencia insistió para que los caballeros y las damas se marchasen a descansar, justo media hora antes del arribo de la policía. Cuando la condición del marqués se estabilizó, les dijo que podían aprovechar la mejoría para regresar con sus hijos. En la casa solo están la vizcondesa viuda durmiendo y...

—No la moleste, ella no ha podido descansar —interrumpió y se llevó la mano al pecho.

—Los Peasly también se quedaron, mencionaron que como aún no tienen hijos no se moverían de aquí hasta la completa recuperación de su señoría.

—Pídale a lord Peasly que se reúna con nosotros abajo cuanto antes. Intente que su esposa no lo escuche, no queremos perturbarla, también necesita descansar, más en su estado. —Hizo alusión a su gravidez.

—Como ordene, milady.

—Bajaré a ver qué desean.

Se metió los dedos entre sus despeinados rizos, y volvió a trenzar el cabello. Su vestido hacía rato se había secado, pero su atuendo dejaba qué desear. Sin embargo, no le importaba, Edgar estaba tranquilo, hasta sonreía con la mirada a pesar del dolor y, sobre todo, la fiebre no había regresado. Como fuese, era la marquesa, y en ausencia de su marqués las autoridades la tendrían que escuchar.

Capítulo 20

La imagen que estaba teniendo de Norfolk jamás la había presenciado. El severo duque lo parecía aún más que de costumbre, su mandíbula apretada y su tolerancia a punto de colapsar. Miraba a los policías desde su altura ducal, la que no se molestaba en disimular; al contrario, le sacaba todo el partido posible en esa situación.

—¿Así que tienen órdenes expresas de registrar la mansión? —masculló, se notaba que llevaba un tiempo deliberando con ellos al respecto.

—Su excelencia, entendemos que lord Normanby es su hermano, pero es a él a quien necesitamos ver —comunicó con solemnidad el de mayor jerarquía—. El mayordomo subió en su búsqueda y aún sigue sin aparecer.

—Entonces se sentirán honrados, un duque, y no cualquier duque, sino el favorito de la reina los está recibiendo justo en el vestíbulo. Es toda una novedad que podrán compartir con sus próximas generaciones.

—No nos está recibiendo, en el sentido estricto de la palabra. —Carraspeó uno de menor rango para hacer referencia a que el aristócrata más bien obstruía el paso al resto de la mansión—. ¿Nos dejará entrar, milord?

—Es su excelencia —lo corrigió el jefe apretando los dientes—. Y sí, tenemos órdenes de examinar cada rincón. Se presume que el hijo de un honorable conde ha desaparecido.

—¿Y por qué supone que se encuentra en esta propiedad?

—Una acusación —respondió el interpelado—. Si no tienen nada que temer, el malentendido será resuelto y el atormentado padre tendrá que buscar en otro sitio.

—Uhm. —Hizo un gesto vago. Solo se dirigía al superior—. Soy un duque y no hablaré con nadie que no sea de un rango acorde a mi posición.

—Eso será difícil, excelencia, ya que usted ha recalcado que no solo es un duque, sino el favorito de la reina. Salvo que viniese un príncipe o su majestad en persona, lo que parece poco probable ¿quién más podría superarlo?

—Insolente. —Su mirada era tan afilada que casi cercena al hombre y a sus secuaces—. Por favor, esfúmese de esta casa. La sola presunción de que tal humillante acusación pudiese ser cierta es una ofensa contra el buen nombre de mi hermano y mi familia.

—He venido a ver al marqués de Normanby, no me iré hasta que converse con él —insistió el infeliz.

—Mi esposo está en cama, enfermo con unas fiebres, deje de importunar. —Laetitia dio la cara, tratando de emular la apostura de su cuñado. Sabía que era cuestión de tiempo para que las autoridades regresaran mejor equipadas. La fiereza con que Norfolk defendía el vestíbulo era digna de admirar. Parecía que resguardaba un bastión, una muralla o una fortaleza cercana al mar, punto de acceso a un reino. Era tan feroz como un león defendiendo a su manada—. Si tanto desea verlo tendrá que esperar a que se recupere. Aquí no entra o tendrá que pasar por encima de mi autoridad. ¿Le disparará a una dama? —Enarcó una ceja totalmente a la ofensiva.

La intransigencia de Norfolk solo podía indicar que el hombre que buscaban estaba escondido ahí, bajo el techo de Normanby House. Si lograban su cometido de esculcar los innumerables y amplios rincones aún desconocidos para Laetitia, podría resultar peligroso para todos.

«¿Por qué Peasly no aparece?», se preguntó para sus adentros, mientras su leonino cuñado y ella unían fuerzas para repeler a la autoridad.

—¡Ni siquiera se le ocurra responderle a la marquesa! —rugió Norfolk con una voz que parecía de un ser proveniente del inframundo—. ¡Lárguese o no vivirá para contarlo!

Laetitia tragó y trató de mantenerse inquebrantable. Su cuñado jamás alzó la voz de esa forma delante de ella, completamente gobernado por la ira. Ni siquiera cuando creyó escucharlo hablar alto, se asemejaba a ese sonido salido del infierno.

—Somos cinco hombres armados y usted está solo con una dama, excelencia. ¿Los lacayos saldrán a atacarnos con la cubertería de plata?

La risa mordaz de Norfolk hizo que el hombre se envalentonara más, pero sus cuatro secuaces se veían azorados, como si un escalofrío les recorriese la espina dorsal y sus instintos les previnieran que debían correr en ese mismo instante y dejar al imprudente jefe a solas. La paga no justificaba que se enfrentaran a un duque que podría hacer el resto de sus vidas miserables.

—¡Malditos incautos! —rugió Norfolk—. No tienen suficiente valor para retarme. Claudicarán antes de utilizar una de esas desvencijadas armas en contra mía.

Un movimiento que ella no previó, terminó con la bravura del infeliz. Norfolk tenía al hombre atrapado por el cuello con una sola mano y apretó hasta que las rodillas del policía flaquearon.

Los cuatro guardias alzaron sus armas en dirección al duque, pero temblaban. Laetitia estaba aterrada, si perdían el control y disparaban, su cuñado o ella misma terminarían heridos. Poco a poco, los individuos bajaron sus armas en gesto de total sumisión ante el poderío del malhumorado aristócrata.

Como sacudiéndose a un insecto fastidioso, Norfolk llevó a su presa hasta la puerta y lo lanzó fuera de la entrada principal.

—¡Largo! —Señaló a la salida, y los cinco no tardaron en huir despavoridos.

Tres segundos transcurrieron sin que ninguno se atreviera a decir nada. Laetitia trataba de recuperarse del susto, Norfolk de sosegar sus ánimos. Un suspiro profundo los hizo voltear al mismo tiempo y descubrieron al aterrado mayordomo, con uno de los finos jarrones de porcelana china del recibidor en sus manos. Laetitia sacudió la cabeza, preguntándose ¿qué tan grave sería el daño que Barnes iba a causar a los oponentes con el adorno? Hubiese sido más efectivo el pedestal al que finalmente devolvió el florero. Al menos, agradeció para sus adentros la lealtad del sirviente, que pese a su temor, no salió corriendo.

Peasly salió de la sala contigua.

—Por fin, Peasly. ¿No pudo tardar más? Casi nos asesinan —soltó Laetitia en un exabrupto.

—Estuve oculto todo el tiempo, pero vi que tenían la situación bajo control. Vendría en refuerzo de ser necesario —contestó, eran viejos amigos, por eso se permitió hablarle de esa

manera.

—¿De ser necesario? —continuó la dama sorprendida por la noción de gravedad que tenía el barón al evaluar una situación como aquella.

—El asunto no se salió de mis manos —recalcó Norfolk como si leyera el pensamiento de su cuñada, pero sacando a relucir lo opuesto a su juicio de lo acontecido.

—Estábamos a punto de ser agujereados, excelencia —alegó ella. Aún seguía sin tratar al duque de un modo más íntimo, la mayoría en la familia se dirigía a Norfolk por el título. Solo Edgar le llamaba por su nombre. Kilian y Marybeth lo hacían en contadas ocasiones. Jamás en las formales.

El mayordomo no quería contradecir a su excelencia, pero asentía con efusión ante cada frase emitida por la marquesa. Nadie cabal llamaría «situación controlada» a lo que acababa de presenciar, hasta él pudo recibir un disparo mal dirigido.

—Si me veían aquí iba a ser contraproducente, atarían cabos y... —explicó Peasly, pero no concluyó.

—¿Cabos? —Laetitia entrecerró los ojos y miró de un caballero al otro—. Por favor, estimado Barnes, y único cuerdo aquí aparte de mí, déjenos a solas.

—Por supuesto, milady, pasaré el cerrojo y con su permiso iré a la cocina a tomar una taza de tilo a ver si logro calmar mis nervios —dijo el mayordomo.

—Mejor sírvase un brandy, se lo merece —concedió la marquesa y el hombre agradeció con la expresión antes de marcharse.

—¿Por qué y sobre qué atarían cabos? ¿Qué tiene que ver usted con la desaparición de Thomas? —inquirió con los brazos cruzados. Normanby estaba en cama, recuperándose de haber defendido el honor de ella. Le correspondía protegerlo. Y, aunque esos dos caballeros quisieran dejarla fuera, alegando que era asunto de hombres, ella quería saber.

—Thomas está en Fountain House, una de mis propiedades —aclaró Peasly.

—¡Oh! —exclamó ella convencida de que aquellos hombres conformaban una especie de clan que clamaba justicia por su propia mano—. El sitio donde pasaron la noche previa al duelo. ¿Es la guarida que usan para sus reuniones?

—¿Noooo? —contestó Peasly, pero sonó de modo interrogante. Quizás también se lo preguntaba a sí mismo.

—No quería que las autoridades lo vieran aquí y lo relacionaran con el grupo de lores, o sería sospechoso y revisarían también sus propiedades, como quizás registren la de todos los implicados. Leeds vio aquí a su excelencia, Sadice y lord Bloodworth y seguro los reportó a la policía —continuó sacando conclusiones en voz alta.

—Sí, logré esconderme de Leeds esa vez para que no se le ocurriera buscar en mis propiedades, aunque pocos conocen de su existencia.

—¿Usted también secuestró a Thomas, Peasly?

—No.

—Por supuesto, ninguno lo admitirá —continuó sospechando de todos, sin creerle a ninguno, pero ya no le importaba quién lo hizo—. ¿Cómo le haremos para deshacernos del

inconveniente? Porque no quiero a mi esposo tras las rejas.

—¿Cómo haremos? ¿En plural? —preguntó Norfolk que por un instante solo los escuchaba, no entendía a su cuñada—. Usted, milady, no tiene que preocuparse por resolver nada. Es más, Edgar deseará colgarme cuando se entere de que no solo conoce del asunto, sino que presencié más de la cuenta. Personalmente, soy el único que me haré cargo del «inconveniente». —Usó sus palabras para referirse a Thomas, a ella le gustaron.

—Sugiero que lo subamos en un barco rumbo a América y que le obliguemos a escribir una carta despidiéndose de sus seres queridos —se atrevió a plantear Laetitia—. Podría empezar así como: «Apreciada esposa, nos vemos de nuevo en casa. Asuntos ineludibles me hicieron partir a toda prisa...».

—No es mala idea subirlo a un barco rumbo a otra parte, tardaría mucho en regresar para cumplir sus amenazas de arruinar la reputación de lady Normanby —convino Peasly.

Laetitia se sintió incómoda con la mención de su desventura y por consiguiente, la mancha que siempre la perseguiría ensuciando su reputación, y poniéndola en riesgo de terminar siendo un número más de aquellos repudiados socialmente.

—No mandaremos a Thomas a ningún sitio. Tardaría mucho en regresar y aclarar que se encuentra con vida. La duda resultaría funesta para todos nosotros —explicó Norfolk—. Seríamos sospechosos de algo peor que una desaparición. Ni siquiera la reina me dejará delinquir impunemente, al menos no de manera pública. Otra cosa sería si pudiésemos mantenerlo bajo el agua, lo que por lo visto ya es imposible. Leeds se desgañitará acusándonos.

Laetitia sintió un pálpito de temor al escuchar tal confesión: «al menos no de manera pública», ¿de lo contrario su majestad lo solaparía? ¿De verdad, era el favorito de la reina? La anterior esposa de Norfolk fue prima de la reina, y esta la quería mucho. ¿Quién sabía, qué más había hecho su excelencia para ganarse los favores de la Corona?

—Si Thomas no está escondido en Normanby House, ¿por qué no dejó a las autoridades entrar? ¿Solo por soberbia? —cuestionó a su cuñado, quien exhaló y le dirigió su mirada glacial, la que estaba de vuelta y era mejor que su rostro lleno de ira.

—Leeds no es tan tonto para agregar los detalles sobre el duelo a la desaparición de su hijo. Si descubren la enorme herida de mi hermano, no sería descabellado que sacaran conclusiones. Si sospechan que se batieron, podrían considerarlo sospechoso del secuestro de Thomas. Pretendo proteger a Edgar para que no termine en la cárcel, de donde también lo quiere ver fuera usted.

—Oh, entonces la soberbia es bienvenida, excelencia. Le doy permiso para volver a desplegarla en mi propiedad.

—Muchacha, usted tiene agallas —le dijo Norfolk enarcando una ceja, tras un leve movimiento de cabeza a la derecha.

—Lady Normanby, su excelencia —le recordó la etiqueta a la que él se apegaba con tanta exigencia.

—Uhm, lady Normanby. No me equivoqué en sugerirle a mi hermano que usted era una perfecta rosa inglesa.

—¿Aún lo cree? —preguntó conmovida. ¿Después de tantos sinsabores seguía creyendo

aquello?

—Sabía que nos daría dolores de cabeza. Así que, si insistí en ese matrimonio, no puedo arrepentirme ahora. Además, la vi procurar por todos los medios que la fiebre abandonara el cuerpo de mi hermano, incluso si tenía que obligar al médico a cerrar con sus propias manos las puertas del infierno. Yo no fui tan insistente, no pude salvar a mi esposa cuando Emerson trató de mantenerla con vida, ella simplemente dejó de luchar y yo... Ojalá hubiese tenido su temple. —Él había bajado la guardia para mostrar otra de sus capas, no solo era frío. Podía ponerse de malhumor, e incluso atacar como un fiero león, pero también se sentía vulnerable por no haber luchado más por su duquesa.

—No se culpe, excelencia. Supe por Edgar lo ocurrido. No importa cuánto le hubiese insistido o le hubiese ordenado al doctor... Él no pudo hacer más por la duquesa y estoy segura de que también vivirá con esa impotencia adentro para siempre.

Él solo asintió y volvió a encerrarse en su máscara tan fría como el hielo.

—Dudo que Normanby no sea recibido en el paraíso —opinó Peasly muy interesado en esa faceta del duque, pero al ver la mirada seria de sus interlocutores hizo silencio de inmediato. Todos querían a Edgar en la Tierra.

—Peasly, cierra tras de mí las puertas de Normanby House. Nadie entra, nadie sale. Así vengan con toda la artillería de Londres, la puerta no se abre hasta mi regreso. Dejaré hombres apostados afuera. Me ocuparé del «inconveniente». No te preocupes por Fountain House, ya no se encuentra ahí. Mis guardias ya recibieron la orden de trasladarlo. Está resguardado, y hasta que me cerciore de que mantendrá la boca cerrada o hasta que Edgar esté en pie y lo suficientemente fuerte para callarlo de modo irreversible, seguirá prisionero.

Laetitia alargó su silencio, pero las palabras de su cuñado la desconcertaron aún más. No solo por lo que entendió que era capaz de hacer aquel, sino por la alusión a lo que Edgar también era capaz de llevar a cabo.

Capítulo 21

Para Laetitia fue difícil dormir la noche anterior. Luchó enredada con el insomnio. No quiso abandonar a su esposo, por si la fiebre le subía otra vez. Pero, hacia la madrugada, el sueño la venció debido al cansancio.

Amaneció en el amplio sofá desde donde tenía una vista parcial de la cama de Edgar, y ahí estaba él completamente dormido. Notó un pequeño bulto peludo debajo del lecho, entrecerró los ojos y descubrió que era Tobias. Quizás el marqués y él no simpatizaban, pero el perro tenía un gran corazón, y movido por la angustia de su dueña, también decidió vigilar al enfermo.

Se puso de pie, bostezó despacio y se acercó a Edgar para constatar su temperatura. Al comprobar que no había contrariedad aparente, se encaminó a su cuarto para adecentarse. Eloise ya la esperaba y le pidió que le preparase un baño sin importar la hora, necesitaba sumergirse en agua caliente para que sus músculos se desentumieran. Tobias la siguió, dando brinquitos y reclamando su atención. Lo abrazó y le dedicó en voz baja algunas palabras tiernas y se disculpó por estar tan distante de él. Estuvo bien atendido, la doncella se ocupó de todas las necesidades del can.

Tras desayunar en sus aposentos y ponerse un vestido rosa de lana que la mantendría caliente el resto del día, regresó a las habitaciones de Edgar por la puerta principal.

La tía Marybeth estaba saliendo, le sonrió con dulzura y compartieron un saludo. Ella traspasó el umbral y al adentrarse vio a Edgar despierto y de mejor humor que el día anterior. No solo eso, estaba sentado recostado al respaldo de la cama. Era tan gratificante esa escena. Llevaba una bata de seda del mismo color de sus ojos. El médico también estaba ahí, preparando ungüentos y las vendas que usaría.

El marqués la invitó, con una palmadita sobre el lecho, a aproximarse.

Laetitia no tardó en sentarse en el borde de la cama junto a él, mientras el doctor continuaba afanoso trabajando en lo suyo.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella en voz queda. Se pasó las manos por el cabello, que por suerte ya no lucía desaliñado como ayer. De pronto, le importó sentirse bonita para él.

—No voy a morirme —musitó Edgar con firmeza—. Si una complicación de la herida te ha tenido en vilo, borra la angustia de tu hermoso rostro. No quiero irme aún de este mundo, tengo mucho que conquistar. —Estiró el brazo sano para acariciarle la mejilla.

—Oh, Edgar. —No quiso aseverarle que solo el tiempo lo diría. Necesitaba que continuase teniendo esa determinación—. No vuelvas a batirte en un duelo por mí. No tendría sosiego si te perdiera.

—Eres mi esposa, mi familia, lo repetiría sin dudar.

—Es que no lo entiendo —protestó dulcemente. De inmediato, como si pensara en voz alta, la valentía del marqués para defender su honor hizo que una reflexión se colara en su mente—. Puedes desafiar a un hombre enorme como Thomas, reducirlo y darle una lección. Pero ante el diminuto Tobias te paralizas. —Se llevó una mano a la boca al terminar la frase. Como si algo se activara en su cerebro y sintiese que era más serio de lo que parecía, y que, tal vez no debió

sacarlo a relucir, menos con el médico aún en la habitación.

—Yo... —Él tampoco podía hablar—. Sé que es difícil de entender. De igual modo...

—Milord —interrumpió Emerson apenado de entrometerse en un tema tan personal. Laetitia y Edgar se lo agradecieron. Ninguno quería seguir hablando de la aversión de Edgar a los canes—. Voy a revisar el vendaje, es hora de cambiarlo.

Laetitia guardó silencio mientras el médico lo curó. Después, trató de disculparse.

—Lo siento. No debí... —Bajó la cabeza apenada. Era un marqués, y lo dejó en evidencias frente a otro hombre.

—No te disculpes. Quizás tienes razón. He sufrido mucho tiempo por lo que me ocurrió en el pasado, cuando esos perros me mordieron —confesó tomándole con delicadeza la barbilla para que lo mirara de nuevo a los ojos y tras conseguirlo suspiró profundo.

Emerson carraspeó. Sin querer quedó en medio de una conversación privada. Era usual en su profesión. Pensó que era el destino, él más que nadie entendía al marqués.

—Si me permite, milord, me gustaría contar mi experiencia —expuso el médico.

—Hable —consintió Edgar con tono formal.

—Hace tiempo tuve un problema similar, no con un perro, con un... —Sacudió la cabeza, aún era un tema sensible, no pudo terminar—. No viene al caso. Lo que debe saber es que no lo resolví hasta que lo enfrenté. Un paso a la vez, con paciencia. Como bien dice la marquesa, está en la mente, y se ve más grande de lo que en realidad es. —Exhaló con pesar recordando sus propias luchas—. Si pudo darle un escarmiento al señor Thomas, con todas las trampas y tretas rastreras utilizadas, usted puede derrotar a un ejército. —Le guiñó el ojo para darle ánimos y ofrecerle su apoyo—. Ahora los dejaré a solas, mi labor aquí ha terminado por hoy. Siga las indicaciones del tratamiento médico. —Se despidió.

La pareja se miró con ternura cuando el galeno se fue. Laetitia tomó la mano de Edgar y la acarició.

—Tobias no va a morderte, de tener esos deseos lo habría hecho anoche. Y veo que salvo la herida del duelo, no tienes ninguna otra lesión.

—¿Anoche? —Fue todo lo que retuvo.

—Toby estaba preocupado por ti. No sé cómo se escapó, pero te veló el sueño. Durmió debajo de tu cama.

—Oh, por Dios, no lo sueltes así. Habla despacio. ¿Me veló el sueño? —Eso conmovió a Normanby, pero seguía receloso—. Tal vez es hora de intentar superarlo —opinó al fin, haciendo un gran esfuerzo.

—¿Estás hablando de...? ¿Aceptarás a Tobias? —El rostro se le iluminó.

—Adoras al perro y esa bola de pulgas te adora a ti. —Esto último lo dijo con cierto sarcasmo—. Y no me mordió mientras estaba indefenso, creo que le daré un voto de confianza.

—Toby no tiene pulgas —rezongó, pero lo hizo con una sonrisa.

—No te prometo tener éxito, sin embargo, quiero estar feliz a tu lado y sé que no te sentirás plena si la pequeña mota de pelos no tiene cabida en tu día a día. Me batí en duelo por ti.

—No quise confrontarte ni sacar a relucir lo de Thomas... Menos compararlo con la situación con Toby.

—Quiero superarlo, necesito liberarme de esta cadena que me ata desde hace tanto tiempo. Tampoco me deja ser feliz a mí. Tú amas a los perros, Annalise y varios a mi alrededor también. ¿Qué haré si mi hijo, mi futuro hijo, me pide uno? ¿Con qué moral le sostendré la mirada y le diré que enfrente sus miedos si yo no logro vencer mis demonios?

Él iba a intentarlo, y era lo único que importaba. Lo abrazó de manera intempestiva y sorprendiéndolo le robó un ardiente beso al que Edgar se entregó lleno de pasión. Con el brazo sano la asió por la cintura y devoró la boca de su mujer hasta la saciedad. Cuando al fin se separaron y pudieron recobrar el aliento, ella reveló:

—Lo lograremos.

—De haber sabido que me besarías con tanta entrega, habría aceptado al cuadrúpedo enano desde hace tiempo —bromeó. Ella se sentía tan tibia y dulce entre sus brazos.

—Deja de ponerle mote a Toby, es solo Tobias a secas.

—¡No! —Entonces fue él quien protestó.

—¡Cómo que no! —discutió tal afrenta, pero entre risas, su marqués estaba muy juguetón y a ella le encantaba ver esa parte jovial de él.

—No es Tobias a secas, es Tobias Payne, mascota oficial del marquesado de Normanby —anunció con solemnidad, sorprendiéndola todavía más.

—No juegues así, pensé que... Sabes que me encanta, ahora los tres seremos la familia que debimos ser desde el principio. En cuanto el médico dé su autorización lo traeré a verte y...

—Pequeña, yo... —Exhaló con fuerza, le encantaba verla tan animada, pero debía ser sincero—. He sufrido ese temor a los perros por muchísimos años, no creas que será sencillo. Tomará tiempo y quizás, de hecho, más que quizás... Mi intención es que pueda tolerarlo, permitir que nade libremente en casa, que viva con nosotros. Pero no me pidas la luna. No esperes que lo tome en mis brazos, lo deje subir a la cama o le prodigue los mismos cariños que tú le brindas. Tengo un respeto inmenso por esos animales...

—Entiendo, seré paciente y aceptaré tus límites. Lo que propones ya es ganancia.

Volvieron a besarse llegando a un acuerdo, aunque ella estaba convencida de que podría extender esos límites y lograr más.

El aviso de una visita a media mañana la hizo dejar a Edgar descansando. Mientras le comunicaban que habían llegado con la intención de verla, se preguntó con ironía, si tras su arribo a Londres, envió tarjetas indicando que estaba lista para aceptar o recibir invitaciones. Por supuesto que no las mandó. Pero dio ese baile donde casi toda la aristocracia se hizo presente. Quizás era suficiente incentivo para quienes llamaban a su puerta sin ser requeridos. Sin embargo, en cuanto supo los nombres de las recién llegadas sintió un escalofrío recorrerle la espina dorsal.

Se pasó las manos por el pelo, así como por los pliegues de su amplia falda, que debió estar lisa, pero que se arrugó un poco por recostarse junto a Edgar. En esos días turbulentos la etiqueta

con que fue educada pasó a un segundo plano, tenía cosas más importantes de qué ocuparse con su esposo convaleciente.

«¿Qué hace ella aquí? ¿Acaso no tiene vergüenza?», pensó en una de las visitantes en particular, dudando de si mandarle con el mayordomo una excusa para no recibirla. No obstante, que las dos hubiesen llegado juntas era muy extraño, así que la curiosidad triunfó, y se dignó a bajar.

La señora Thomas, una mujer de edad similar a la de Laetitia, y la señorita Astor, de belleza sutil, pero con cierto encanto que parecía ser su mayor atractivo.

Lo primero que notó Laetitia fueron los diamantes sobre el escote y las orejas de Corinne Astor. Algo se sacudió en su interior al percibirlos y trató por todos los medios de disimular. Su primera reacción fue la determinada decisión de tomarlos con su mano derecha y arrancárselos con fuerza, pero respiró hondo y trató de enfriar su mente. Si la mujer pretendía incomodarla lo logró en el acto, a pesar de ello, Laetitia no estaba dispuesta a darle el gusto de ver su rostro surcado por el resquemor. No tuvo dudas de que eran las joyas que ella lució en el baile. Las estudió lo suficiente como para tener plena seguridad. Aguardó...

Tras los saludos usuales, la señorita Astor se mostró sorprendida.

—¿A qué debo la visita? —preguntó Laetitia, que en cada momento se mostró seria y a la defensiva. La mujer que amó Edgar y la esposa de John no arribaron juntas por casualidad, menos para tomar el té.

—Creo que ha habido una confusión —comenzó Corinne—. No pedimos verla, milady. — Su ironía era tan insoportable, nada en su proceder era al azar, todo parecía calculado—. Ni siquiera sabía que continuaba en Londres, la última vez que hablé con Edgar... —refirió como si fueran amigos cercanos, pero hizo una pausa, para estudiar la reacción de Laetitia.

La marquesa aguantó como un titán su molestia, pero no pudo evitar ladear la cabeza ante el atrevimiento. La familiaridad con que pronunció el nombre parecía indecente e irrespetuosa, más en su presencia.

—Continúe... —La instó Laetitia entrecerrando los ojos. Corinne abrió las cartas muy rápido, deseaba escuchar sus argumentos.

—Mi estimado Edgar comentó al azar la última vez que hablamos, que usted no se quedaría en Londres después del baile... En realidad, no estamos aquí para visitarla, deseamos conversar con él. Mi querida amiga está muy preocupada por la desaparición del señor Thomas. Supo que la última persona que lo vio fue Edgar. Solo deseamos informes para llegar al fondo de tal engorroso asunto, y que ella encuentre la paz.

—Oh. —Estudió con calma Laetitia cada palabra—. Hermosos diamantes —se le escapó. Ya no podía seguir ocultando la perplejidad que le causaba verlos brillando en el cuello de la mujer.

—Un regalo muy especial —recalcó la interpelada con una amplia sonrisa.

—No sabía que usted era amiga de la señora Thomas. —Carraspeó. La señorita Astor seguía sonriendo. La señora Thomas se veía angustiada, no la culparía en su situación, no solo estaba casada con un sinvergüenza, sino que temía por la vida de aquel.

—Los ingleses son un poco... —Astor se reservó el comentario—. Como hermanas de la

misma tierra debemos unir fuerzas para no ser devoradas por la aristocracia londinense. Perdona alguna referencia que le resulte ofensiva, no es personal. Seguro conoce que el juicio de la aristocracia es bastante inclemente.

—No discutiré esos detalles. Puede asociarse con quien desee y viceversa —añadió para referirse a la señora Thomas que no pronunció una palabra, además de las usadas durante el saludo.

—En realidad, ambas somos de Nueva York, nuestras familias se conocen desde antes que nacióramos. Es una fortuna contar con Corinne en esta situación tan lamentable, aquí del otro lado del mar. Más con mi familia tan lejos. —La esposa de Thomas se puso de pie y las lágrimas que contuvo hasta ese momento resbalaron por sus mejillas.

—Señora, si ha venido con el propósito de tener una entrevista con mi esposo, lamento no poder complacerla. Se encuentra indispuesto. Pero le daré su mensaje. En cuanto él pueda, intentará comunicarse con usted. ¿Está de acuerdo? —Le dio pena la pobre mujer.

—Le suplico que hable con su señoría para que diga de una vez dónde ocultan a Thomas. Mi suegro afirma que... —insistió a punto de lanzar una acusación.

—Señora —la detuvo a tiempo Laetitia antes de que la insinuación fuese pronunciada en voz alta y los oídos de la señorita Astor captaran cada palabra, aunque era probable que estuviera enterada de los pormenores. El poder que da la información era valioso. La previno saber que supiese tanto de sus vidas presentes y pasadas. Pero, no se dio el lujo de sentir temor—. Hablaré con él. Ahora le pido amablemente que se retire de mi propiedad, a usted también señorita Astor.

La mirada de Laetitia se clavó en los ojos de esta última, quien llevó sus dedos al collar y jugó tirando un poco de los diamantes, con un mohín en los labios que no le importó disimular.

El mayordomo apareció a tiempo. Laetitia casi le aplaudió, estuvo a punto de tocar la campana para indicarle que llevase a las invitadas —de agrado no— a la salida. Pero notó la turbación en su rostro, algo era más importante que lidiar con las visitantes inesperadas. Pidió disculpas un momento y se alejó para escuchar el aviso de Barnes.

Cuando el hombre soltó angustiado hasta la última palabra, apretó los puños para no gritar su frustración.

De nuevo las autoridades, pero esa vez con refuerzos y con el propósito de revolver la mansión desde sus cimientos. Le pidió a Barnes que enviara un mensajero con urgencia a Primrose Palace, la residencia de Londres del duque de Norfolk. Y que, detuviese a los guardias hasta que ella pudiese estar frente a ellos.

Miró en dirección de las mujeres con la firme intención de deshacerse de ellas.

—Señora, señorita, tengo ocupaciones ineludibles. No puedo continuar atendiéndolas. Es hora de retirarse, yo misma las conduciré a la salida. —No le importó romper la etiqueta, con el brazo les indicó por donde debían escabullirse para abandonar el salón.

En el recibidor les señaló con firmeza la puerta principal, con el propósito de que se fueran sin mirar atrás. El cielo y la tierra se le unieron, no solo ellas estaban ahí contemplando anonadadas a los guardias, si no que, inevitablemente, presenciaron la insistencia de las autoridades. El fracaso de la noche anterior no los disuadió. En ese instante, no estaba ningún caballero de la familia para ayudarla con la tarea sinuosa de echarlos.

Las mujeres ávidas de información no se movieron de su sitio por más que Laetitia quiso sacarlas, casi a regañadientes.

—No se retiren, deben revisar de inmediato. —La señora Thomas instó a los guardias, observando con gesto acusador a Laetitia. La señorita Astor vigilaba en silencio con mirada perspicaz y los brazos cruzados.

Si entraban y descubrían la herida de Edgar, los rumores de un supuesto duelo se esparcirían, con las consecuencias devastadoras para todos, incluyendo a Thomas, donde quiera que estuviese... La sociedad de Norfolk, Sadice, Peasly y Bloodworth no iba a matarlo, ¿o sí? Respiró hondo, ¿qué debía hacer? Era una realidad que Thomas no se encontraba en la propiedad, salvo que permaneciese escondido en algún recoveco que aún no había esculcado, pero su cuñado le aseguró que no estaba allí.

«Norfolk, por Dios, apresúrate», suplicó con el pensamiento; mientras ponía en marcha una idea para resolver el dilema que acontecía en su recibidor.

Los guardias, la esposa nerviosa de Thomas, los diamantes titilando sobre el pecho de la señorita Astor y llenándola de interrogantes de cómo llegaron a su poder.

Un nuevo policía apareció para unirse a los otros. Traía un sobre cerrado en una de sus manos y se lo entregó al de más jerarquía.

—Hora de retirarnos —comunicó a los demás—. Ya no es necesario que revisemos la propiedad, el señor Thomas ha aparecido. Se encuentra en su casa, procederemos a interrogarlo.

—Nos habríamos ahorrado este espectáculo de haber creído en mi palabra y la de su excelencia el duque de Norfolk —arremetió Laetitia—. Desde ayer mantenemos con firmeza que estaban buscando en el sitio equivocado. Pero escucharán de nosotros, haremos llegar una queja a sus superiores. Ahora sí, tengan la decencia de largarse todos. —Lo último lo agregó sin una gota de amabilidad, en un tono de voz firme y elevado. Su mirada fue implacable con la señorita Astor.

La señora Thomas vio a Laetitia a los ojos y sin siquiera despedirse corrió para reunirse con su esposo. Los guardias comenzaron a dispersarse, pero la señorita Astor aún permanecía de pie con los brazos cruzados.

Laetitia no tuvo tiempo ni siquiera de suspirar de alivio por librarse de la pretensión de las autoridades, aún le quedaba un tema que resolver, los malditos diamantes. Pero no le daría el gusto de indagar, todavía confiaba en su esposo y aunque, le angustiaba la situación, no tiraría por la borda los avances de su relación. Hablaría en primer lugar con él y rogaba porque fuese convincente, no aceptaría titubeos ni engaños.

Con una mirada que comunicaba más que mil palabras le indicó con un gesto a la señorita Astor que se marchara, pero aquella no se movió.

—Ya no hay guardias, exijo ver a Edgar. Sé de su condición de salud. La señora Thomas me hizo partícipe, no sabe cuándo mantener la boca cerrada. Podría causarle un problema con la ley hasta a su propio marido.

—No juzgo a la señora Thomas, estaba desesperada por encontrar a su esposo. Temía lo peor, quizás. Por favor, Barnes —dijo volviéndose al mayordomo—. La visita me ha dejado exhausta, deshágase de ella.

—¡Oh, cómo se atreve! —exclamó ofendida la señorita Astor por la forma en que se refirió a ella—. La señora Thomas fue muy explícita al contarme los motivos de la enemistad de su esposo con Edgar. Usted va a recibirme en un salón muy discreto de esta mansión para que hablemos al respecto o se atenderá a las consecuencias. No soporto muy bien los desplantes, saca a relucir mi lado más cruel.

—Entiendo —dijo aplacando su ira, comprendió la amenaza implícita—. Sígame a mi salón personal.

—¿Desea que les lleve un té o algún refrigerio, milady? —preguntó Barnes dudoso sobre si debía ser cortés con aquella insistente y altanera mujer.

—No, la señorita Astor será muy breve.

Cuando se instalaron en la soledad de la estancia privada de la marquesa, no invitó a Astor a tomar asiento. La etiqueta aprendida se extinguió por completo delante de aquella.

—Hable, y no se extienda —ordenó Laetitia dispuesta a no dejarse pisotear en su propia casa por la altivez de la mujer—. Su presencia me está dando dolor de cabeza. No es un secreto que deseo que se vaya cuanto antes.

—No pretendo ser marquesa, no la envidio. Ni sus riquezas, ni sus obligaciones. Tengo todo lo que necesito y la libertad de la que usted jamás gozará. No me molesta que esté casado. —Volvió a acariciar los diamantes como si tratase de insinuar algo—. Edgar debió decepcionarse tras descubrir que usted tenía un turbio pasado. Como sea, ya tiene la esposa que tanto quiso para cumplir un papel que encuentro absurdo y muy limitante. Jamás me supeditaré a los designios de un marido.

—Entiendo sus elecciones de vida, pero tampoco la envidio. Aplaudo a las mujeres en su posición, sobre todo a las que son un ejemplo de dirección y poderío en esta sociedad dominada por hombres. Pero lo aplaudo cuando hay integridad, y no confunden el poder con pisotear a otros. Será la reina de su imperio, de lo que sea que venda, exporte, cree o comercie. No me interesa. Pero en Normanby House, la soberana soy yo, así que deje de lanzar sus amenazas y tenga la decencia de irse.

—Siempre obtengo lo que quiero. Reconozco que me asusté ante la idea de quedar atrapada en un matrimonio, con obligaciones sociales, como la esposa de... Un marido siempre está por encima de su mujer y yo no puedo estar debajo de nadie. Así que la situación es perfecta —continuó haciendo caso omiso a la invitación de Laetitia de irse—. Usted se refugia en el campo, donde estará más a gusto que sufriendo las consecuencias que traería el ostracismo social. Podrá visitar a las familias de los alrededores, guardará el secreto de su pésima reputación. Es un pequeño sacrificio y seguirá siendo la marquesa, podrá engendrar los herederos que desee. No obstante, Londres será mi territorio hasta que me aburra de Edgar y decida volver a Norteamérica.

—El sacrificio es enorme, no se me da bien compartir.

«¡Qué descarada! Quiere a Edgar, pero sin las responsabilidades que yo tendré que asumir. ¿Por eso los diamantes cuelgan de su cuello? ¿Edgar pretende tener como amante a esta mujer?», pensó desconcertada. Pero minutos antes, su amado esposo prometió enfrentarse a su terror más enraizado con tal de hacerla feliz. «No, Edgar me quiere a mí», se sentía segura, la forma en que la miraba, como si se perdiera en sus ojos...

—Los ingleses y sus normas. ¿Su reputación o su orgullo? Espero que no haya sido tan tonta de enamorarse de su esposo. Fue una boda arreglada. Él accedió porque no podía sacarme de su corazón, acababa de proponerme matrimonio y yo titubeé. Pero es y seguirá siendo mío. Si se enamoró sufrirá mucho, pequeña. Edgar es demasiado hombre para una damita ingenua que se dejó engañar por un libertino como el hijo del conde.

—¡Fuera de mi casa! Basta ya de amenazas.

—Si no se marcha al campo, abriré la boca descuidadamente ante la persona conveniente y todos sabrán de sus amoríos y escapadas con Thomas antes de convertirse en marquesa. No solo usted quedará arruinada, también Edgar y el resto de la familia de ambos. ¿Todavía le parece muy grande el sacrificio? Tiene que irse mañana mismo.

—¿Está segura de amarlo? También lo dañará a él.

—Póngame a prueba.

—Edgar se halla herido. ¿Cómo voy a dejarlo en su condición?

—¿Corre peligro su vida?

—Va evolucionando. Es todo lo que le diré.

—Necesito verlo cuanto antes.

—Sobre mi cadáver subirá las escaleras hasta mis aposentos —masculló para no gritar. Laetitia estuvo a punto de tirar todo por la borda, la señorita Astor lo percibió en sus ojos y decidió no seguir presionando.

—Le daré de plazo hasta que esté recuperado o hasta que vuelva a ponerse en pie. Después alegue lo que sea y abandónelo. Si le cuenta acerca de nuestro trato, mi boca no volverá a estar cerrada.

—No hay trato alguno entre nosotras... —protestó.

—No le estoy dando alternativas.

La angustia casi la paraliza. Laetitia quería gritar, desafiar a su oponente, luchar; pero el arma que usaba la señorita Astor era muy poderosa. La sociedad repudiaría a sus hermanos. Su padre sufriría el escarnio social por tener una hija indecente. Edgar sería visto como un cornudo, aunque en realidad lo ocurrido con Thomas fuera previo a conocerlo. La alta nobleza era despiadada, pero la señorita Astor, lo era todavía más.

Capítulo 22

Los días transcurrieron de prisa, Edgar estaba mejor y, aunque aún no podía mover la mano como antes del duelo, se esforzaba por lograrlo, haciendo los ejercicios que el médico le recomendó con la muñeca, el codo y los dedos.

El chocolate caliente en sus tazas aromatizaba la estancia, al igual que las galletas. Durante la mañana recibieron visitas, los familiares de Edgar, así como los marqueses de Bloodworth, que por ser muy cercanos a Annalise, eran parte de la familia también. Los asistentes celebraron la mejoría del marqués. Pero a esa hora de la tarde, cuando la noche comenzaba a caer, ya todos se habían marchado.

Estaban sentados sobre una alfombra, durante la tarde de Navidad, en el salón que tenía la chimenea más grande. El fuego crepitaba y ellos se prodigaban caricias. No habían dormido juntos desde la noche previo al accidente, primero porque el doctor le pidió que limitara el contacto físico para que la recuperación fuese más rápida. Segundo porque ella estaba esquivada, como si se sintiese culpable por algo que aún no se atrevía a revelar. Pero Edgar no cesaba de buscarla. Estaba decidido a conquistarla otra vez, para que se rindiera entre sus brazos.

Tomó el cuidado de dar la orden al mayordomo de no ser interrumpidos y se cercioró de cerrar el salón cuando quedaron a solas. Quería seducirla a toda costa. Compartir ese tiempo disfrutando de los cuidados de Laetitia, acrecentaba su anhelo de volver a poseerla.

Durante los días de contención, tuvo que redirigir sus deseos. Hablaron más que nunca. Se contaron cómo fue la niñez de ambos, la relación con sus padres, los recuerdos más bellos y los más tristes. Se conocían cada día más. Ya no eran dos extraños que se casaron por cumplir con un acuerdo.

Pese al avance, se sentía que la felicidad no era total. Había armonía, una dulce armonía... Sin embargo, le daba la impresión de que ella guardaba un secreto, uno que le robaba el sueño. La vio luchar contra el insomnio en las noches pasadas. Sospechaba que una amenaza la acechaba, podía sentirlo. Esa misma mañana Laetitia recibió una carta. ¿Su contenido la tenía tan pensativa? Incluso trató de interrogar a Barnes sobre el remitente, pero parecía que durante su convalecencia el mayordomo se alió de un modo inexplicable con la marquesa, porque negó conocer el origen de la misiva.

—Esa carta que recibiste... —Comenzó a interrogarla.

—¿A qué te refieres? —Trató de disimular, pero fue pésimo su intento.

—¿Quién te la escribió?

—Venía sin firma. —Fue sincera, sin embargo, calló que conocía el remitente. Era el quinto escrito de ese estilo que recibía en los últimos días. Y era muy breve, recordó su contenido exacto.

Lady Normanby:

Es de mi conocimiento la casi completa recuperación de Edgar. Su tiempo, milady, en Normanby

House, ha llegado a su final.

—¿Y qué decía? Desde que la recibiste estás distraída, como si algo te preocupase. —Fue directo al grano, la miró inquisitivo, no iba a permitir que absolutamente nada la perturbara. Y tenían algunos enemigos que no aceptaban que el matrimonio estuviese dando resultado.

Por ejemplo, Thomas paseándose por todo Londres con el poder que le confería conocer del tropiezo de la marquesa de Normanby. A Edgar no lo dejaba respirar con tranquilidad.

—Hay algo que deseo preguntarte —dijo ella arrodillándose y pasándole las manos alrededor del cuello para quedar a la altura de sus ojos.

—¿Tiene que ver con la carta?

—Algo así... —Parpadeó muy suave, pero después tomó aire abruptamente como si necesitara valor—. ¿Qué pasó con los diamantes que usé la noche del baile? —No había que dar muchas explicaciones, fue el único baile que compartieron juntos.

—No era correcto que los usaras. —La rodeó por la cintura y la miró directo a las pupilas. Con la voz algo quebrada, por tener que tocar ese tema, continuó—: Fue un regalo para la señorita Astor cuando le propuse matrimonio, uno que rechazó.

—¿Y decidiste entregárselos de vuelta? —Lucía nerviosa.

—No —negó y la sinceridad se reflejaba en su rostro.

—Ella los tiene —soltó con total transparencia. Fue valiente, por una parte, temía rebelar ese dato y que aquello moviese algo que permaneció dormido en el alma de su esposo—. ¿Lo sabías? ¿O tienes idea de cómo los diamantes huyeron de nuestra casa y terminaron en su cuello?

—Noooo. —Reforzó su negativa con el movimiento de la cabeza, mientras se hacía la misma pregunta. ¿Cómo ocurrió aquello? La asió más fuerte por la cintura—. Pero voy a averiguarlo.

Laetitia tembló, y él pudo percibirlo.

—No es necesario, no lo hagas por mí. —Temió que esas indagaciones terminaran en una reconciliación. Como sea, la señorita Astor fue su gran amor.

Él entrecerró los ojos y estudió el gesto de su esposa.

—¿Dudas de mis sentimientos?

—No, es solo que...

Él ya estaba de rodillas también, sin soltarla, y clavándole la mirada.

—Te amo —confesó sin titubear—. Esposa mía, te amo... ¿Cómo podría ser diferente? Quizás no fui determinante al respecto, pero te amo, como un loco, te amo. Tus besos son medicina para mi corazón... Yo estaba perdido, casi como la tierra muerta en la que ya no crece ni la mala hierba. Nada me encendía, me revivía o me inspiraba para sentir la alegría de vivir. Y cuando te conocí, reconozco que no fue amor a primera vista... Mujer, me enardeciste por completo, eras tan irritante... Tu altivez, tus palabras desafiantes. Eras un reto gigantesco. Pero justo eso volvió a despertarme... Y te fuiste colando lentamente por cada grieta de mi coraza enmohecida, como la luz o el agua que nada puede detener. Ya no concibo mi vida sin ti.

—Oh —musitó sin aliento, embriagada por la verde mirada de aquel hombre, que estaba

junto a ella desnudando el alma.

—También te amo, Edgar. Tanto que temo que este amor me asfixie, que me deje sin poder respirar. —Lo apretó con toda su fuerza. Y él contribuyó al abrazo en respuesta.

Se quedaron así, estrechándose como si temieran una despedida, un final, un mañana sin el otro.

—No, mi cielo. Todo lo contrario, pretendo insuflarte vida, la misma vida que me has devuelto a mí. El pasado no importa, ni Thomas, menos Corinne... Ahora es nuestro tiempo, nuestro momento... Los demás tendrán que aguantarse.

Las manos de Edgar acunaron el rostro de su amada y la acercó para posar sus labios sobre los suyos, pretendía hacerlo con suma ternura, pero el deseo contenido le jugó una broma, y no pudo controlarse... Ella respondió con idéntico apetito y terminaron desperdigados sobre la alfombra.

De la boca, el hombre viajó hasta el cuello, prodigándole lametones a su paso, que terminaron cubriéndole el escote. Sus manos lucharon con el restrictivo corsé para liberar los pechos palpitantes, necesitados de su cariño. Y, aunque le costaba mover los dedos de la mano afectada, se enfrentó al desafío con éxito. No se iba a conformar con amarla a medio desnudar. La despojó de todas las prendas hasta dejarla acostada encima de los encajes de su vestido. El resplandor de las llamas brillaba sobre la piel blanquísima de su mujer, volviéndola más deseable.

Conquistó cada tramo de la sedosa y perfumada piel con sus besos, y llegó hasta el sitio responsable de su sed intensa. Hundió la lengua en la húmeda entrada y acarició cada recoveco, de modo sediento, hambriento, hasta que ella olvidó todas las angustias que consumían su alma y se entregó al cúmulo de sensaciones que la abstrajeron del plano terrenal. Suaves y dulces espasmos sacudieron la intimidad de su esposa, y él bebió con desespero su liberación.

—Oh, Edgar, tómate —suplicó anhelante y él sonrió ante la dulce promesa de aquellas palabras.

El solo recuerdo de cómo se sentía enterrarse entre sus piernas, acrecentó su deseo. Apresurado se liberó de toda la ropa, para no hacerla esperar. Quería sentirla a plenitud, sin nada de tela estorbando. Cuando ella acarició la longitud masculina con la intención de guiarla a su interior, él tembló. La suave piel de su palma contra su hombría lo hizo crecer todavía más.

Apoyó el peso de su cuerpo sobre los codos para no aplastarla, y un ramalazo de dolor castigó el sitio de su herida. Un quejido abandonó su garganta y ella le acarició una mejilla.

—¿Estás bien, mi amor?

—Estaré bien —dijo tratando de ignorar la punzada y recargando casi todo su peso en el brazo sano.

La urgencia era desbordante, lo tenía cegado, no podía pensar en otra cosa que en el calor de la intimidad femenina, incinerando su miembro, comprimiéndolo para extraer su simiente, consumiéndolo. La penetró de una sola estocada y su mente viajó hacia un sitio paradisíaco.

—¡Aaaah! —gritó colmado de placer.

Comenzó a impulsarse con las caderas, y ella permaneció receptiva. Por un momento, Edgar olvidó que debía cuidar su herida y volvió a apoyarse en el brazo lastimado. La

incomodidad se reflejó en su rostro, decidió ignorarla. Pero su esposa no se lo permitió, lo obligó a girar sin que sus cuerpos se despegaran y ella quedó encima, desde donde él tenía una vista privilegiada de sus pechos, subiendo y bajando al ritmo de la cabalgada.

Ella puso las manos sobre los pectorales del marqués y se impulsó todavía más rápido, tal y como su cuerpo le exigía tomarlo, hasta que los dos se liberaron al unísono con un grito de saciedad. Se dejó caer derrotada sobre el torso de su esposo, quien la rodeó con el brazo sano y la besó con ternura en la frente.

—Te amo —le susurró él con la voz entrecortada.

—También te amo.

Tobias permanecía arriba de una mullida butaca en la habitación de Laetitia. El matrimonio estaba sobre la cama, somnoliento, tras la acalorada tarde junto a la chimenea. El perrito los miraba tranquilo con sus ojazos negros. Edgar y él no se acercaban el uno al otro, pero ya podían compartir el espacio, siempre que estuviesen a un par de metros.

Era un primer paso maravilloso para Laetitia, ella misma le enseñó al perro a no acercarse al marqués. Este último había puesto la regla, con la intención de ir recortando la distancia con el pasar de los días. Lo que más conmovió al marqués, fue que el can se echó cada noche debajo de su cama hasta su recuperación. Y, poco a poco, dejó de sentir terror por saberlo tan cerca.

—Dormiré como nunca —aseguró él con un bostezo—. Espero que tú también, lo que sea que te agobia, déjalo en mis manos. ¿Lo prometes?

—Edgar, ¿qué pasó con Thomas después del duelo? ¿Por qué la policía vino a buscarlo a nuestra casa?

—¿Eso es lo que no te deja dormir? —remoloneó, pero lo hizo para evitar dar detalles. No podía atormentarla más, Thomas debía quedar en el pasado y dejarlos vivir en paz.

—Tu hermano se ocupó de todo, pero no fue muy explícito. Justo cuando las autoridades llegaron por segunda vez, Thomas apareció.

Él respiró muy hondo. No quería hablar del tema, pero tampoco conseguía tener secretos con Laetitia. No serían de esos matrimonios donde el hombre tiene el poder y la mujer recibe la información a cuentagotas.

—Durante el duelo, Thomas no solo hizo trampa, también habló de más. Amenazó con hundirme, hundirnos... Advirtió que contaría todo lo ocurrido entre él y tú para arruinar nuestra reputación.

—Eso me dijo tu primo. Thomas es errático, ya no sabe qué hacer con su vida. ¿Pero qué sucedió más tarde? ¿Tú lo secuestraste?

—¿Te parece que estaba en condiciones de someterlo, después de que me hirió a traición, cuando yo ya había sido declarado vencedor? Norfolk, y solo Norfolk, tomó la decisión de ocultarlo. Mi hermano jamás permitirá que nuestro honor sea pisoteado. Lo recluyó hasta que me recuperara y decidiera el método más idóneo para cerrarle la boca.

—¡Oh! ¡¿Norfolk?! —exclamó y Tobias levantó la cabeza e hizo un sonidito, con la intención de correr a los brazos de su dueña. Laetitia le recordó la regla, lo apremió para que

continuase en su lugar, pero aquel protestando con cortos ladridos, se echó de nuevo bajo la cama del lado de su amada. Edgar no puso reparos, mientras no pretendiese dormir con ellos. De cierto modo, se acostumbró a escuchar la respiración del perro, dormitando debajo del lecho. Y lejos de atormentarlo, comenzó a serle familiar—. Jamás lo creí de Norfolk, o tal vez sí. —Recordó el temor que le infundió cuando sacó a las autoridades.

—Norfolk le permitió irse, pero dejó el asunto amarrado. Si habla... —No puedo terminar.

—Lo que sea lo tendrá bien merecido, solo espero que tu hermano o tú no terminen afectados por la estupidez de Thomas. Bastante ya ha arruinado nuestras vidas.

Abrazados y susurrándose cuanto se querían se quedaron dormidos...

A la mañana siguiente, sin abrir los ojos lo primero que hizo fue extender la mano para acariciar a su esposa. Pero su almohada estaba vacía. Tampoco sintió al perro merodear sobre la alfombra persa, supuso que como cada mañana lo había sacado a pasear. El clima estaba particularmente frío, pero eso no detenía ni desanimaba a Tobias y a Laetitia de sus paseos matutinos.

Entonces, algo inusual llamó su atención: un sobre blanco. «¿Será la carta que le llegó a Laetitia?», se preguntó. Sabía que husmear era inapropiado, pero su curiosidad era grande. Primero porque ella no le reveló acerca de su contenido. Segundo porque el origen de quien la escribió era incierto —y eso era muy sospechoso—. Y tercero, porque ella seguía preocupada. Se sentía responsable de protegerla, de calmar sus angustias, de resolverlas. Quizás no dejó ese asunto en sus manos para no cargarlo con sus problemas.

«Cómo sea. No me iré al infierno por leer esa carta. Si fuese privada la habría escondido», pensó. Tomó en sus dedos el sobre y lo acercó para leer, pero le sorprendió ver escrito un nombre, su nombre... La carta estaba dirigida a él.

La abrió sin dudar.

Amor mío:

Cuando leas estas letras que te escribo convencida del gran amor que sentimos, estaré lejos. Un asunto de importancia me ha llevado a realizar un viaje, uno que será primordial para la plena felicidad de los dos. Estoy embarazada. Seremos padres. Un hijo crece en mi vientre y no puedo traerlo a este mundo con tantas amenazas sobre nuestro apellido. Siempre tendremos el riesgo de que Thomas o alguien más abra la boca para dañarnos y con ello a toda nuestra descendencia. Confía en mí y en mi poder de resolución. Ya hiciste demasiado al defender mi honor en ese duelo. Ahora es mi turno de demostrar mi valía, no batiéndome con una espada, sino con astucia, como solo las mujeres podemos hacerlo. No le digas a nadie el motivo real de mi partida. Escúdate en la simple excusa de que he regresado a nuestras tierras para descansar previo a la temporada.

Te amo y no lo dudes ni un segundo.

Tu amada

Edgar sintió la ira y el desasosiego recorrerlo entero. Esas letras significaban que ella recibió una amenaza, y él no estuvo ahí para cuidarla. La carta de la que se negó a dar una explicación se trataba de eso. No tuvo dudas. Pero ¿por qué tomó decisiones sin consultarlo?

¿Por qué, ignorándolo por completo? ¿Pensó que no lo necesitaba para deshacerse de sus enemigos?

¡Y estaba embarazada! ¡Por el amor de Dios! Se llevó la mano a la cabeza, revolvió su cabellera despeinada, pero no pudo siquiera sonreír por la maravillosa noticia de que sería padre. No, si desconocía a qué se enfrentaban su esposa y su hijo.

Si la carta con la amenaza estaba oculta en algún sitio de la habitación daría con ella. Como un ogro enardecido, comenzó a arrasar con todo. Vació los cajones, esculcó en los baúles, revisó en el guardarropa. Estaba fuera de control.

—¡Demonios! —gritó cuando sintió un desgarró en la herida, sacudido por el dolor.

Su ayuda de cámara y el mayordomo acudieron ante el ruido que estaba causando. Ninguno supo darle otras razones sobre la marquesa, más que partió a la finca del emblema familiar, como decía en la nota de despedida, en compañía de su doncella y su perro. Pero él no creía que la solución que buscaba Laetitia se encontrara en Hampshire, menos en Latchmore Tower.

Aún en bata, salió profiriendo maldiciones hasta el salón de uso personal de la marquesa para revisar su secreter. Sin embargo, tampoco dio con la correspondencia.

Capítulo 23

Latchmore Tower, Hampshire, enero de 1869

Laetitia no podía creer lo rápido que el pez mordió el anzuelo. Estaba en el amplio salón de recibir, cuando le notificaron que un visitante, sin previa invitación, llamó a su puerta. Lucía como una reina con ese hermoso vestido que le obsequió Edgar, sobre su cuello brillaban las joyas del marquesado que databan de tiempos antiguos y eran prueba fehaciente del poderío del título. Su amplia falda roja de volantes dorados estaba desplegada sobre el enorme sofá de damasco granate. En la cabeza llevaba una tiara, repleta de zafiros que resaltaban en contraste con sus bucles cobrizos.

John Thomas apareció gallardo ante sus ojos. Por primera vez, desde que lo conoció, no tomó la iniciativa para comenzar la conversación. Permaneció de pie con el rostro atormentado. Ella no le ofreció sentarse, ni siquiera para que descansara del viaje que hizo desde Londres.

Se miraron largo rato, en el rostro de Laetitia había reproche, desprecio, venganza... En la cara de él desfilaba el arrepentimiento, la rendición, la zozobra... Todo rastro de la arrogancia del varón, de su petulancia había desaparecido.

Desde su posición, ella se sintió poderosa. ¿Cuántas lágrimas se desbordaron de sus ojos por culpa de él? ¿Cuántos dolores de cabeza causó a sus padres, arriesgando todo por un amor que no supo valorarla, protegerla y darle el lugar que le prometió?

John estiró la mano en dirección a Laetitia pero el brazo se quedó extendido, nadie lo tomó. Dos lágrimas brillaban en sus iris, unas que trataba de retener con los escasos trazos de la dignidad que aún le quedaban.

—Habla, si te has atrevido a perturbar mi retiro y llamar a la puerta de mi casa, poniéndome en una situación arriesgada otra vez. Habla —lo exhortó.

Él puso una rodilla en el suelo sin dejar de mirarla a los ojos.

—Supe que te has retirado al campo por incompatibilidad con el marqués.

—Quizás no te informaron bien de los motivos. Te aseguro que esa no es la razón. Mi esposo y yo somos bastante compatibles.

—Te conformas con ese hombre insípido. No mientas, sé que aún me amas... Lo nuestro es verdadero, se forjó a fuego lento, nadie podrá sacarte de mi corazón, y nadie me borrará del tuyo. Eres el amor de mi vida. Mi promesa sigue en pie. Divórciate, deja que el marqués se regodee en su miseria. Total, tiene fama por acumular rechazos.

—Se te olvida que estás casado —insinuó ese importante detalle que estaba pasando por alto.

—Es una bobalicona aburrida que no enciende mi cama, menos mi corazón. No puedo deshacerme de ella hasta que no herede la fortuna de su padre, pero la he mandado a Norteamérica donde no podrá molestar. Y conseguiré que ahí se quede para siempre.

—Oh, John, John... ¿Y qué te hace pensar que yo aceptaré semejante trato?

—Porque me amas... No podemos escoger de quien enamorarnos, solo surge, se da... Es el destino, aunque quizás deseabas más de mí, no puedes luchar contra tus sentimientos. Sé que soy un canalla, pero te quiero. Estoy aquí de rodillas para suplicar tu perdón. Mi amor, no vas a alejarme toda la vida y hacernos tanto daño. Duele, tu ausencia es devastadora. No podré soportarlo mucho tiempo más.

—¿Por eso atacaste por la espalda a mi esposo? —reclamó con firmeza—. Como no pudiste acabarlo en el duelo, se te hizo fácil valerte de tus trampas.

—En el amor y la guerra todo se vale.

—¿Pensaste que siendo viuda correría a tus brazos?

—No puedes olvidarme, lo sé.

—Es verdad que te quise, y odio arrepentirme de los hechos del pasado porque al final son enseñanzas para la vida. Pero me arrepiento, Dios es testigo de cuánto. Me arrepiento de ser tan ingenua, de haber estado ciega y proyectar en ti, cualidades que ni en otra vida, tendrás. John, si tuviese el poder de borrar algo de mi existencia, sería mi historia contigo. Debí ser más firme en mis juicios y valorarme lo suficiente como para no caer en tus tretas y aspirar a algo mejor. Pero, Dios es muy justo, me ha dado una segunda oportunidad, y qué oportunidad. Normanby es el hombre en que debí posar mis ojos por primera vez...

—Solo te conformas. No quieres correr de mi mano para evitar un escándalo, para no causar pesar y vergüenza a tu familia.

—¡Te equivocas, idiota! —lo ofendió sin poder contenerse más ante tanto descaro—. Ahora el ciego eres tú. Normanby es el hombre que amo, es el dueño de mi corazón.

—Estás mintiendo para lastimarme. —En realidad, no podía creerlo.

—No, he sanado, me he curado de una enfermedad que amenazó con destrozarme el alma: el efecto que causabas en mí. Deberías hacer lo mismo, madurar de una vez y componer tu vida. Valorar a la persona que tienes a tu lado, porque ella es una buena mujer, una que no merece haber sido emparejada con un canalla como tú.

—No sabes lo que dices, no la conoces.

La señora Thomas salió de detrás de un biombo colocado a propósito en el salón donde se había ocultado para escuchar la verdad de los labios de su esposo. La mujer estaba pálida y Laetitia se puso de pie de inmediato para sostenerla. Se apoyó del brazo de la marquesa con lágrimas en los ojos, lamentando su matrimonio y no poder separarse de inmediato y para siempre del infeliz que tenía por marido.

—¿Qué demonios haces aquí?! —preguntó muy enfadado John, poniéndose de pie.

Laetitia abrió mucho los ojos y no dejó de sujetar a la señora Thomas, la que casi se caía de la fuerte impresión.

—¿Cómo te atreves a reclamarle en ese tono?! —lo desafió Laetitia—. Tu esposa descubre lo vil y mentiroso que eres, y en vez de postrarte a sus pies para pedir perdón, ¡¿la atacas?!

—Cuando buscas las espinas, las encuentras. Louise jamás debió caer tan bajo. Una señora, «mi señora» no se alía con el enemigo para tenderle una sucia trampa a su marido. Es hora de volver a Londres, ¡vamos! —le ordenó a la mujer que aún no salía del trance.

—Solo regresaré contigo a Londres si mañana mismo tomamos un barco y nos vamos a Norteamérica —susurró temblorosa la señora Thomas.

Aquello sería la solución perfecta para Edgar y Laetitia. Louise se llevaba a John y dejaba de ser una amenaza latente. Pero no pudo quedarse de brazos cruzados y ser cómplice de tal atropello. Se sensibilizó ante el futuro horrible que le depararía a la señora Thomas casada con ese malnacido. John merecía caer y Louise disfrutar de una segunda oportunidad como la que tenía Laetitia.

—No, no lo hagas, Louise. Thomas no merece perdón —le dijo Laetitia muy preocupada—. Divórciate ahora que puedes, no esperes a heredar la fortuna de tu padre y quedar en manos de este bueno para nada. Ya escuchaste los planes que tiene.

—Tomaré medidas para protegerme, no puedo enfrentarme a un divorcio. Del otro lado del mar la alta sociedad es tan crítica como la de Londres. Mis padres no podrían soportarlo.

—Puedes volver a casarte. —No podía entender que se resignara tras los calificativos tan horribles que usó para referirse a su esposa.

—Estoy embarazada —reveló Louise con las lágrimas cayendo desparramadas por su rostro.

—Te ofrezco mi apoyo, aunque estés divorciada y con un hijo en brazos, Normanby y yo no te cerraremos las puertas, al contrario. Te lo garantizo. Mi solidaridad es para todas las víctimas de esta escoria. ¡Maldito seas, John! —Lo miró con odio.

—Y te lo agradezco —musitó Louise—. Te agradezco buscarme, hacerte mi amiga y aceptar ayudarme para desenmascarar a John. Pero yo no puedo enfrentar un divorcio, menos ahora que seré madre.

Laetitia negó al observar el gesto acusatorio con que John fustigó a su esposa, después la tomó del brazo y le exigió marcharse de allí con él.

—No tienes que seguirlo —insistió Laetitia.

—Iré por mi equipaje.

—Si te vas con él —opinó desesperanzada, ella también necesitaba que Louise se lo llevase lejos—, hazlo que pague. Ahora estás en una posición privilegiada, no vuelvas a dejar que te pisotee. Él necesita tu herencia, tú no lo necesitas. Crees que él te hace falta, pero será el peor ejemplo de padre que podrá tener tu criatura.

Laetitia recordó cómo llegaron a ese punto.

Tras ser amenazada por la señorita Astor, la marquesa se negó a cumplir con sus demandas, y recordando que Louise la conocía de tiempo atrás, buscó un acercamiento con ella. Fue difícil convencerla de sus nobles intenciones, pues la señorita Astor no dio buenas referencias de su persona. Pero la necesitaba de aliada, para poder contraatacar. Louise fue sensata y escuchó la versión de Laetitia, entendió que también se beneficiaría de esa unión. Tenía una duda que la estaba aniquilando en vida, y además, su único anhelo era volver a Norteamérica de la mano de su esposo.

Así que le pidió a Laetitia que le escribiese una nota a John y lo citara en algún sitio, con la intención de verificar su respuesta ante tal tentación. Ella se negó rotundamente, un escrito de su puño y letra sería una prueba irrefutable en su contra y jamás haría algo semejante que pudiese

herir a Edgar. Ni siquiera para ayudar a aquella mujer que se veía tan perdida.

Pero la única forma de obtener de Louise lo que deseaba, era colaborarle para desenmascarar a John. Laetitia le informó que partiría a Hampshire un día después de Navidad, que lo mencionara delante de su esposo y que si picaba el anzuelo, ella le ayudaría a desenmascararlo, pero sin dar falsas impresiones.

Fue así como a los dos días de estar en Latchmore Tower llegó la señora Thomas, quien se ausentó de su morada en Londres en la casa de sus suegros, alegando la necesidad repentina de volver a su tierra, por motivos de enfermedad de sus padres, rogando que John se reuniese con ella más tarde. Pero John usó el tiempo de ventaja para correr tras su antiguo amor.

Y ahora los tres estaban mirándose los rostros, en medio de aquel desastre. Louise siempre tuvo un propósito, demostrarle a John que no era tan ingenua como él creía, y obligarlo a marchar lejos de Londres, donde la amenaza de su enamorada de toda la vida era una sombra que, según ella, no permitía que su matrimonio prosperara.

Laetitia se despidió rogando que la mujer lograra su objetivo, ahora tenía armas poderosas en sus manos para doblegarlo. Si alejaba a John de Londres, ella también podría descansar del peso de su amenaza, y una parte de su plan para disfrutar de la plena felicidad con Edgar habría sido logrado.

Rogó por Louise cuando el matrimonio abandonó la propiedad.

Capítulo 24

Normanby House, Londres, febrero de 1869

Edgar agradeció al cielo por las noticias, otra carta de Laetitia. Enero fue un mes de una amplia correspondencia entre los esposos.

Recapituló lo ocurrido durante la ausencia de su amada. En cuanto desapareció, mandó un telegrama para cerciorarse de que era cierto que estaba en Latchmore Tower, con la intención de reunirse con ella de inmediato.

Mientras aguardaba la respuesta, intentó revolver Normanby House decidido a encontrar la carta con las amenazas y la identidad del remitente. No dio con ninguna evidencia. Temió que se trataba de Thomas, y corrió a enfrentarlo, pero era como si a él y a su esposa se los hubiese tragado la tierra. Leeds juró y perjuró que regresaron a Norteamérica, no le creyó nada.

Un telegrama llegó a su casa con la confirmación deseada y le devolvió la vida al cuerpo. Preparó su viaje sin más tardanza, quiso tomar el próximo tren para reunirse con su esposa y entender sus motivos, sus preocupaciones y contra quien luchaba. Una fuerte nevada se lo impidió. Las líneas ferroviarias quedaron inhabilitadas. Se sintió desesperado.

El servicio postal no cesó. Y gracias a las cartas compartidas pudo respirar más tranquilo, antes de tomar un caballo y enfrentarse a las inclemencias del clima.

Ella estaba bien. Le seguía jurando en cada línea que lo amaba con todo su corazón. Y, aunque a Edgar, le costaba entender la razón implícita en su huida, decidió que en cuanto los caminos mejoraran él partiría a Hampshire. Gracias a Dios, en enero el Parlamento no tuvo sesiones.

Y, cuando las vías fueron transitables, una carta de ella lo previno de hacer el viaje en vano. Su madre enfermó y Laetitia necesitó ir con urgencia a Kent. Lo confortó saber que en tierra de los suyos estaría protegida, y tratando de contener su impaciencia, le dio el espacio que pedía para acompañar a la duquesa en su recuperación.

Continuó esperando, soñando con el momento en que volviese a tenerla en sus brazos. El corazón le palpitaba anhelando el encuentro más que nada en el mundo.

No obstante, cuando su paciencia se hizo trizas, envió un telegrama comunicándole a Laetitia que se reuniría con ella en la finca familiar de los Clarence. A punto de partir, recibió el anuncio de su regreso, justo para el inicio de la temporada. ¡Un mes sin verse!

Y el día del reencuentro tan ansiado por ambos llegó.

Ya no importaba su frustración durante ese mes extrañándola tanto, ella vendría y él revolucionó la mansión para recibirla. Hizo que el ama de llaves se cerciorase de que los jarrones se llenaran de flores, que los pisos fuesen encerados y que los aposentos de la marquesa quedaran perfumados y cómodos, así como que las doncellas lucieran sus delantales y cofias más blancas e impolutas. A Barnes también lo enloqueció, los lacayos debían usar las mejores libreas, las de color negro con hilos de oro que dejaban para ocasiones especiales.

A pesar del furor de sirvientes apresurados cumpliendo sus demandas por toda la mansión,

estos reían a escondidas de su señor. Notaban su arrebató. Se veía tan ansioso, sonriendo nervioso, tan enamorado...

En medio de su torbellino, Barnes dejó por un instante sus tareas para anunciarle la llegada de un carruaje.

—¿Es ella? —Ardía en deseos de abrazarla.

—No, milord. El tren aún no arriba a la estación ferroviaria. Es muy temprano.

—Despacha a quien sea. Recibiré a mi esposa solo, no deseo a nadie importunando. No estoy para atender visitas, ni seguir ningún protocolo...

—Como ordene, milord —contestó con un movimiento de cabeza.

—No es nadie de la familia, ¿verdad? —De pronto tuvo un brote de conciencia, no podía echar a sus parientes.

—No, es la señorita Astor.

Edgar entornó los ojos, desde que Laetitia marchó a Hampshire tuvo que frenar varios intentos de Corinne de retomar la conversación que quedó esclarecida en el baile. No le dijo a Barnes qué hacer al respecto, se dirigió en persona a la entrada.

Corinne continuaba en el interior de su carruaje, a la espera de las noticias de su doncella sobre si podía ser recibida. El marqués le pasó a la mujer por el lado, tan veloz como una flecha, dejándola sin palabras. Y, en breve, ya estaba a los pies del vehículo que tenía la portezuela abierta.

La señorita Astor tuvo intención de apearse y extendió la mano, esperando que él la ayudara a descender, pero no le devolvieron la atención.

—No te molestes en bajar, no puedo recibirte —dijo Edgar cortante con las manos cruzadas detrás de su espalda.

—Lamento ser inoportuna...

Él notó que los diamantes que le dio en el pasado brillaban en su cuello.

—No tienes vergüenza.

—¿Cómo? ¿Por qué? —simuló confusión.

Justo tras la partida de Laetitia trató de resolver el misterio y lo que encontró no le gustó nada.

—Dejé la caja de los diamantes en manos del joyero con una indicación precisa. Sacar las piedras de sus engastes, fundir el metal y crear nuevas joyas. Venderlas y devolverme el dinero de los materiales. Él podría lucrar con la hechura, me daba igual.

—Solo querías que desaparecieran. No volver a tropezarte con estas joyas que mandaste a hacer para mí. Me siento indignada, qué poco duró tu amor.

—¿Pretendías que me regodeara en el sufrimiento y la humillación? No tengo vocación de mártir. Deseo que mi esposa no te vea luciéndolos otra vez, mientras le siembras dudas sobre mi afecto. ¡Lo exijo!

—La pobre marquesa. De algún modo descubrió que retornaron a mí y se volvió loca de celos. Son la prueba de nuestra tormentosa pasión.

—Eres tan falsa. —Él, agotado por tener que lidiar con la visitante, se refregó los ojos. Sopesó la idea de arrebatarlas, pero era un caballero—. Cuando entregué a Jacques las joyas para que las llevara con una nota con indicaciones al joyero, no debí pedirle que fuera el mismo que las diseñó.

—El hombre se sumó a mi indignación, por tus intenciones de darles a las piezas una nueva vida. Es su obra de mayor orgullo. En cuanto el joyero me contó acerca de tu encargo, decidí resguardarlas de su cruel destino.

—No, te apropiaste de las prendas justificando que fuiste víctima de un robo y que eres la dueña legítima de los diamantes. Patético. —Ya había ajustado cuentas con el joyero, jamás volvería a diseñar prenda alguna para él—. Ambos se aliaron y me despojaron de los diamantes. No te mando a la policía porque no quiero un escándalo. —Un asunto de esa índole en los periódicos a quien más lastimaría sería a su esposa.

—El joyero las diseñó pensando en mí, siguiendo tus indicaciones. Me pertenecen.

—Puedes hacer lo que desees con las alhajas, con tal de que las apartes de mi vista para siempre, lo mismo con tu persona. Pero si te veo lucirlas delante de mi esposa, te obligaré a quitártelas y...

—Como has cambiado, Edgar, mi dulce Edgar —lo interrumpió—. Ya no queda nada de tu ternura. No para mí.

—¿Qué deseas, mujer? Porque has sido bastante insistente. Parece que Londres se ha vuelto un pañuelo. Donde quiera que vaya, apareces, y tus visitas a mi propiedad son constantes.

—Y en ninguna de esas ocasiones te portaste amable, como solías ser. Y en cada intento de visitas te excusas para no recibirme. Te desconozco. Jamás fui tan humillada. No es suficiente para ti mi penitencia, te extraño...

—Soy un hombre casado...

—¿Y eso qué tan limitante puede ser para nosotros que somos dueños de nuestros destinos? Juraste amarme, estoy dudando del amor que decías sentir, Edgar. Un amor puro no se extingue ante la menor contrariedad.

—Mi esposa arribará esta mañana... El peor recibimiento sería encontrarte en nuestro hogar, ensombreciendo un momento que solo nos pertenece a los dos.

El rostro de Corinne quedó perplejo, como si fuese lo último que esperase escuchar.

—¿Es por lo que no me recibes? Concertemos una cita en otro lugar, otro día.

—No, es la última vez que te daré una explicación de por qué no puedo recibirte. Ni siquiera quedamos como amigos, así que tu presencia no es requerida. Para mí siempre serás una decepción, entiendo tus ansias de libertad, pero no tu obsesión de poseerme en tus términos. Respeto tu elección, tú respetas la mía. Y sí, te amé, sin embargo, ya es pasado. Ahora estoy profundamente enamorado de mi esposa, la venero, la considero. Viviré para cuidarla y hacerla feliz, nos complementamos de un modo que tú no quisiste.

—Claro, la esposa sumisa era lo que deseabas y ya la tienes —agregó con desdén.

—¿Sumisa? Laetitia es todo menos sumisa. Ella no se siente aniquilada por mi presencia en su vida, ni me pone condiciones absurdas que no estoy dispuesto a cumplir. Y eso no la hace menos dueña de sus decisiones. Si la conocieras mejor podrías entender lo fuerte y lo

determinada que es.

—Es una avechilla insignificante que transitará por este mundo sin dejar huella de su paso, y por tu vida también. Solo te atrae su juventud. Cuando te canses de la novedad en tu cama, buscarás aventuras más apasionantes. Pero si es tu elección, ojalá que sepas vivir con las consecuencias que ella traerá consigo.

—¿Me estás amenazando?! —la desafió incómodo.

—¿Sabes por qué huyó tu esposa al campo? Me pregunto qué tan leales son tus sirvientes que no te han puesto al corriente. John Thomas la visitó en Latchmore Tower, ellos sí que no renuncian a su primer amor, a diferencia de ti que has elegido libremente perpetuar las astas sobre tu cabeza.

—¿De qué demonios estás hablando?! ¿Cómo puedes acusarla de semejante embuste?

Corinne lo ignoró hecha una furia, con un ademán le indicó a la doncella que regresara a la cabina del carruaje y acto seguido dio la orden al cochero de poner los caballos en movimiento.

Cuando la americana desapareció por la entrada principal, no pasaron tres minutos y ya aparecían los corceles que traían a Laetitia de la estación.

Aquel imprevisto hizo que el recibimiento de la marquesa no fuera como Edgar lo planeó. Barnes corrió avisando a los criados para que tomaran sus puestos. El marqués aún seguía de pie, afuera, con una maraña de pensamientos a causa del encuentro con Corinne y su última revelación. Su mandíbula estaba tensa y mil interrogantes surcaban su frente.

Las cartas, las cartas eran promesas de amor. ¿Podría Laetitia mentirle? Solo si fuese la reina del engaño.

El cochero detuvo a los caballos y un lacayo acudió a abrir la portezuela, Laetitia sonrió al asomarse y encontrar a su esposo ahí aguardándola. Barnes corría apurando a los sirvientes para que se enfilaran y conservaran la elegancia de sus portes.

A Leticia le pareció ver al mayordomo, lanzándole una mirada ilusionada a su doncella, y lo más sorprendente fue, que ella le correspondió.

—Oh, Eloise. ¿Tú y Barnes? —le sonrió y aquella le devolvió la sonrisa, ruborizándose—. Pero creí que lo odiabas.

—Solo hasta que comprendí que no detestaba a Toby, y que no era un espía al servicio del marqués. En realidad, no es tan estirado.

—Me doy cuenta de que no. Hay que ver los esfuerzos que hace el pobre para disimular la emoción que siente por verte otra vez.

—¿Da su aprobación, milady?

—¿Me lo preguntas en serio? No tengo derecho a negarme, te corresponde elegir con libertad a quien deseas a tu lado. Pero si es algo que quieres oír, te confieso que me hace feliz esta noticia. Barnes me agrada. Solo necesitaba conocerlo más.

Las sonrisas cómplices entre Laetitia y Eloise desaparecieron, cada una tenía a alguien más en quien centrar su atención.

Cuando las miradas del marqués y su esposa se cruzaron, todo lo demás quedó lejos... Solo existían ellos dos.

Mientras Eloise conducía a Tobias y los lacayos bajaban el equipaje, Edgar decidió confiar en su esposa. No era la primera vez que Corinne esparcía veneno. ¿Por qué le creería por encima de cada acto de sinceridad que compartió con Laetitia?

La tomó en brazos, enterrando la zozobra en el fondo de su corazón, nada podría arruinar el reencuentro.

—¿Tu brazo? -Se preocupó ella.

—¿Me oyes quejar?

Tras estamparle un beso en los labios, que sonrojó a los presentes, la subió hasta el refugio de sus habitaciones. Y el tiempo que estuvieron separados y demás sinsabores se borraron... Era como si se hubiesen visto ayer, la complicidad y la chispa estaban intactas. Corinne mentía, seguro que mentía...

Sobre la cama que permaneció vacía durante ese mes, continuaron besándose. Ella le desató la corbata con desespero y él comenzó a tratar de liberarla de su restrictivo vestido.

Laetitia temblaba de emoción, justo como la última vez que la hizo suya, y él podía percibirlo. La atracción era palpable, el cariño era legítimo. Algo así no se podría disimular. La urgencia con que ella saqueó su boca y gimió bajo el asedio de sus labios revelaba que ambos compartían la misma pasión.

—Nunca, en lo que te queda de vida me hagas algo así de nuevo —la exhortó. No quería volver a despertar una mañana y encontrar el lecho vacío—. Menos esperando un hijo. Nuestro hijo. —Posó la mano en su vientre con la mirada enamorada, suspiró pensando en las sonrisas que le robaría su futura criatura.

—Fue por una buena razón —justificó entre beso y beso—. Más ahora que seremos padres. Mi instinto protector se activó por completo.

—No importan las razones, lo que sea lo resolveremos juntos. El hijo es de ambos, lo protegeremos ambos.

—Intenté cerrar la boca de Thomas para siempre... No sé si haya dado resultados, pero al menos... —Comenzó a explicar. Tenía que contarle todo, entre ellos no podía haber secretos.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Edgar sintió que se paralizaba y que una daga se le clavaba en el corazón—. ¡Habla de una maldita vez! —Jamás se advirtió tan poseído por la furia.

—Claro que te lo contaré, pero solo si te diriges a mí apropiadamente, como el caballero con que me casé, sin gritar —lo regañó muy indignada.

Edgar apretó los puños y respiró hondo, es que no podía creerlo. Primero Corinne lanzó la acusación. Segundo, él decidió confiar en su esposa sin siquiera pedir explicaciones. Tercero, Laetitia mencionó aquel nombre: Thomas.

—Habla —murmuró, sintiendo la bilis subiendo por su garganta.

Ella le contó todo lo acontecido con Thomas y Louise sin omitir nada, sin mentiras de por medio, aunque quizás fuera difícil de digerir para Edgar.

—Oh, por Dios, Letty. ¿Cómo pudiste?

—No esperaba esta respuesta de tu parte. —Se quejó exigiendo más comprensión—. Solo quise que las amenazas dejaran de respirarnos en la nuca. Soy responsable de vivir bajo el asedio

constante de que alguien abra la boca y arruine mi reputación, y arrastre la tuya y la de nuestra familia. Me corresponde salvarnos.

Edgar se llevó las manos a la cabeza y estuvo a punto de estallar, pero se contuvo.

—Eres más desafiante de lo que temí. ¿Por qué infiernos te expusiste así? ¡Estrangularé a Thomas! ¿Qué habría sucedido si él te hubiese sometido por la fuerza? Te arriesgaste, arriesgaste a nuestro hijo.

—Estamos bien, los dos estamos bien —chilló.

—¿Y si alguien los vio y todo termina en un irreversible escándalo? Una sombra se cerniría sobre la criatura, los malintencionados dudarían de su legitimidad. La volatilidad de un rumor puede volver héroe al villano, o convertir en villano a la víctima. Un rumor es un arma peligrosa y llena de espinas, incluso en los labios más inocentes. ¿No lo has aprendido ya?

—Su esposa estuvo presente en toda ocasión —se defendió.

—Es lo único que me da un poco de alivio, espero que si esto se sale de control testifique a nuestro favor.

—Louise no es mala persona, he podido comprobarlo. —Cruzó los brazos y arrugó el entrecejo—. Jamás haría algo tonto que nos pusiese en riesgo.

—Corinne lo sabe, alguien lo sabe. No solo no resolviste el problema, sino que agregaste otro. La señorita Astor es vengativa y aún no acepta que no regresaré a sus brazos.

—Lo sé. También me lo dejó claro. Por eso he luchado con uñas y dientes por librarme de su asedio y del de Thomas. Tu Corinne me amenazó con contarlo todo si no me marchaba al campo para dejarla convertirse en tu amante.

—¿Que hizo qué? —Edgar no lo dudaba, aquella mujer aprovechó cada segundo de la ausencia de su esposa para intentar arreglar las desavenencias con él. Sus esfuerzos cobraban sentido—. ¿La carta era de ella? —Laetitia asintió, Edgar negó mortificado—. ¿Y decidiste irte? ¿Dejarle el camino libre? ¡Y no, no es mi Corinne! Hace mucho que dejó de serlo, te he dado pruebas de mi fidelidad. Pero tú has cavado nuestra tumba. —Estaba horrorizado.

—Solo intenté ganar tiempo para librarme de las amenazas de Thomas y de la señorita Astor.

—¿Y no se te ocurre pensar que quizás Corinne y la esposa de Thomas te tendieron la trampa? A ambas le vendría muy bien verte condenada al ostracismo social.

—No, no. Louise no es malvada. Te lo aseguro. Él fue un auténtico villano con ella, y está embarazada. Respondo por su integridad. También es una víctima de Thomas. Quizás cometió una indiscreción y por eso Corinne supo lo sucedido, pero está tergiversando lo ocurrido a su favor.

—Da igual, Londres escuchará lo que desee oír, el rumor más sórdido que alimente su curiosidad. Si Corinne divulga lo ocurrido, contraatacaremos, buscaremos el modo de revertirlo, afrontaremos unidos lo que se nos venga encima. Y por Dios que quien nos ataque pagará las consecuencias.

—Louise no es mala, quizás cayó en la trampa de la señorita Astor. No tiene a nadie más en Londres. Sabes que los condes de Leeds alcahuetean a Thomas.

—Pobre mujer, escuchar de boca del esposo que sigue amando a otra. Lo lamento por ella y aprecio que desees ayudarla. Pero no era la forma apropiada, dejándome en Londres como un inepto que no puede arreglar sus problemas. ¿Eso crees de mí? Me negaste la posibilidad de salvarnos, de cuidarte.

—Por supuesto que no, pero no esperes que cada vez que necesite solucionar un conflicto acuda a ti, como si no pudiese valerme por mí misma.

—Cuando el problema es grave y nos atañe a los dos, sí espero que recurras a mí y me consultes.

—¿Por qué? ¿Por qué eres hombre y yo soy mujer?

—No es una lucha de poder, lo espero porque soy tu esposo, tu compañero, tu amigo y si no confiamos el uno en el otro cuando necesitamos ayuda, ¿para qué sirve estar juntos? ¿Cómo crees que me sentía cuando me preguntaban por tu ausencia? Hasta que no llegó el telegrama de confirmación, no estuve seguro de tu destino. Dudé.

—Tenía que viajar sola. Si corrías a Latchmore Tower, Thomas no se hubiese atrevido a ir. También necesitaba distraer a la señorita Astor, ganar tiempo. Por favor, entiéndelo... —Iba a dar otro argumento, pero él no la dejó continuar. Lo notó exhausto.

—Debo ocuparme de ti. Transgrediste todo límite cabal tratando de resolver nuestros problemas por tu cuenta. Mereces ser reprendida —dijo entrecerrando los ojos. Laetitia era capaz de lanzarse a la boca del lobo si creía que era necesario, debía cuidarla de sus propios instintos.

—¿Reprenderme? —Se notaba preocupada ante las palabras de su esposo, no esperaba esa respuesta. Creyó que la felicitaría por su arrojo y su valentía. Diferentes puntos de vista que la hicieron respirar sofocada—. ¿Tienes derecho a hacer algo así?

—Soy tu marido, cuando nos casamos juraste obedecerme e hiciste todo lo contrario al exponerte al peligro que corres junto a ese canalla.

—Pues alguien debería volver a redactar esos juramentos de la ceremonia nupcial, son muy poco justos para la mujer. —Titubeó con el posible castigo en mente—. ¿Cómo me reprenderás?

—Creo que por ser la hija de un duque fuiste demasiado mimada, a tu padre le faltó firmeza para educarte. —Lucía muy serio.

Laetitia se llevó una mano a la mejilla.

—Te equivocas. La violencia nunca me aclara las ideas, me hace cometer más locuras. No es muy inteligente que me reprendas. Cuando mi padre descubrió mi boda con John, sí que me castigó con severidad, me golpeó en el rostro. Y te aseguro que no surtió efecto, me escapé para consumir nuestro matrimonio y que papá ya no lo pudiese deshacer. Por favor, sé razonable, no me reprendas. —¿A eso se refería Edgar? ¿Iba a lastimarla? Estaba a punto de dejar de admirarlo.

Él negó todavía más molesto. La tomó por la barbilla y miró su dulce rostro.

—¿El duque se atrevió a pegarte? —Como respuesta ella asintió—. Tendré que hablar con mi suegro, nadie lastima a mi mujer. No voy a golpearlo, por Dios, ¿cómo se te ocurre tal cosa? —La abrazó contra su pecho.

—Te ves muy enfadado. Cuando mi padre hablaba en ese tono, no auguraba nada bueno... Papá no es de los que golpean, conmigo perdió los estribos... Pero jamás podré olvidarlo.

—Su excelencia perdió los estribos porque Thomas fue demasiado lejos, te engañó y te hizo creer que estaban casados para llevarte a la cama y tú caíste en su ardid —reveló con dolor—. Pero no debió pegarte.

—No, nosotros nos casamos. Fue real, mi padre se valió de algún argumento gracias a su poder ducal para salirse con la suya y anular ese... —alegó separándose y mirándolo a los ojos. Edgar negó y ella no terminó la frase.

—Fue una boda falsa. Tus padres no te lo revelaron para no hacerte sentir peor. Considero que es mejor la verdad por dolorosa que sea, no puedo seguir ocultándolo. Clarence me lo confesó cuando lo encaré para que revelara toda la verdad.

—¿Una mentira? ¿Y yo desafié a mi padre, corrí a sus brazos, me en...? ¡Oh, por Dios! —El odio que sentía por Thomas llegó a cifras inimaginables. Se entregó a él sin estar casada—. Repréndeme entonces, no puede ser que yo haya sido tan ingenua. —Estaba pasmada.

—Ven —exigió y la abrigó de nuevo con su cuerpo—. Me gusta que no seas frágil, ni vulnerable y que las experiencias pasadas te hayan vuelto más fuerte, pero debes parar. Después de tu revelación acerca de lo que fuiste a hacer a Latchmore Tower me dejas preocupado. Mujer, ahora eres mi esposa. Los asuntos que conciernan a nuestra reputación debemos tratarlos entre los dos —sugirió y aunque intentó de que su tono fuese autoritario, con ella era difícil que su voz sonara con la potencia deseada.

—¿Como decidimos entre los dos que tomarías una espada y correrías a batirte en un duelo, aunque existiese el riesgo de perderte para siempre? —lo desafió con ironía.

Ella no se doblegaba ante nada ni nadie. El mohín que hizo con la boca lo provocaba en exceso, y tras un mes sin sentirla bajo su cuerpo, la necesidad de tenerla se volvía una obsesión. Su pelirroja, su esposa rebelde y retadora... Su poder sobre los actos de Laetitia era nulo, ella tenía una cabeza repleta de ideas que no dudaba en llevarlas a cabo cuando le apetecía.

Pero él creía en su lealtad. Otro marido tal vez sospechara de una infidelidad tras la acusación de Corinne, más cuando Laetitia aseguró que se reunió con Thomas. Pero él no, confiaba ciegamente en la honestidad de las palabras de su esposa.

—No era necesario que te arriesgaras —aconsejó bajando el tono de voz—. Norfolk y yo nos ocupamos de cerrar la boca de Thomas, tanto es así que no has oído rumor alguno de la experiencia que tuvieron previo a nuestro matrimonio. Cuando mi hermano lo liberó dejó ese cabo bien amarrado. No hacía falta que hicieras más.

—¿Cómo? —preguntó interesándose en las herramientas desplegadas por su cuñado.

—No puedo dar más razones al respecto.

Ella se cruzó de brazos, evidentemente molesta.

—Exiges que no haya secretos, pero mantienes los tuyos. Como sea, habrá amarrado la boca de Thomas con respecto a divulgar mi tropiezo, mas no para intentar recuperarme. Porque cuando llegó a Latchmore Tower continuó insistiendo en...

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —Recordó esa parte de la revelación, el infeliz tenía la boca cerrada, pero no cejaba en su deseo de volver a conquistarla—. ¡Voy a matar a ese imbécil!

—Eso nos metería en problemas, y tú no eres agresivo, Edgar.

—Bésame, bésame ahora o saldré a degollar a ese canalla, aunque eso nos arruine para

siempre.

—¿Me estás chantajeando? ¿Eso se vale?

—Bésame —exigió con la voz ronca tumbándola suavemente sobre el lecho y colocándose encima.

Apoyó su peso sobre el brazo dañado para no aplastarla, y antes de que emitiera un quejido de dolor, ella se adelantó:

—Cuidado con tu brazo —repitió, angustiada por la antigua herida.

—He mejorado mucho, ya no me duele. —Volvió a calmarla al respecto.

—¿Ya no te duele? —Su alivio se apreciaba en su rostro.

Los labios de Edgar fueron al encuentro de los de su amada y ella no pudo resistirse.

Capítulo 25

La temporada inició arrasando con las expectativas de la alta sociedad, en esa ocasión, les correspondió a los duques de Weimar abrir las puertas de su increíble propiedad en el corazón de Londres, para recibir a las familias más distinguidas.

Era un baile de disfraces, uno exuberante, como ningún otro que se hubiese presenciado en las temporadas anteriores. Los duques no lo hicieron con la intención de recordar su riqueza y su poderío, pero seguramente habían derrochado una fortuna.

Los ornatos evocaban al paraíso. Estatuas de arcángeles custodiaban la entrada, los músicos vestían túnicas blancas y doradas coronas de laureles. Una impresionante araña pendía con el dulce tintinear ocasional de las gotas de cristal.

Se rumoreaba que algunos miembros importantes de la realeza habían confirmado su asistencia, pero sus identidades todavía eran un misterio para Laetitia.

¿Estaría feliz la reina Victoria con semejante despliegue de poder e irreverencia? Más por el disfraz elegido por el anfitrión, esperaba que no hiriese susceptibilidades. Esa noche, en su hogar decidió que no sería súbdito de nadie.

El enigmático Weimar, uno de los duques más jóvenes de la aristocracia, pero que estaba ya en sus treinta y un años, eligió personificar a Zeus. Y se disfrazó tal cual él creía que debía lucir la máxima autoridad del Olimpo. Sin embargo, cabía mencionar que era una imagen que haría reconsiderar la fe a seguir por muchas de las damas presentes.

Su esposa fue menos atrevida al elegir cómo vestirse. No optó por un personaje del panteón griego. Decidió esa noche ser la reina de las hadas y lucía tan hermosa que más de uno debía volverse para contemplarla. Angelina Ayers, duquesa de Weimar, era una mujer de extraordinaria belleza y con un ángel encantador.

Laetitia entendió, por qué esa dama fue la primera que despertó los sentimientos de Edgar, años atrás. Agradeció al cielo que ya estaba prendada de su duque. Se murmuraba que el amor de la pareja surgió desde la más tierna edad, que estaban predestinados. Y comprobando lo bien que se veían juntos, solo podía aspirar a alcanzar una complicidad semejante. ¡Cómo miraba su excelencia a la duquesa! ¡Por el Altísimo! No quedaba dudas, para ese hombre enamorado su corazón tenía nombre de mujer.

Pero cuando vio a sus mejores amigos acercarse, ahí sí creyó que Su Majestad pondría reparos al baile. Lady Bloodworth lucía magnánima con un vestido blanco en tonos nacarados, y corona de unicornio, asemejándola a tan hermoso y mítico animal. Nada reprochable. Pero su esposo, ese era el responsable de los problemas, se acercó a estrechar a «Zeus» en un abrazo fraterno... Eso, por sí solo, no habría puesto reparos para nadie, pero lord Oso iba disfrazado del Príncipe del Infierno, uno muy tentador. Las damas más pudorosas se sonrojaron al observarlo.

Mientras, sus esposas, Angelina y Rose, ajenas al despliegue de sensualidad y arrebatos que ofrecían Weimar y Oso, conversaban de temas triviales dejando a esos dos varones campar a sus anchas.

Laetitia sonrió, y miró con amor al espécimen que la llevaba del brazo. Se sentía la más

afortunada del mundo. Normanby era diferente a todo hombre que hubiese conocido en el pasado y, por suerte, era su esposo. Ellos habían planeado combinar entre sí, disfraces menos ostentosos, pero que gritaban al mundo que estaban enamorados: iban de Romeo y Julieta. La pasión desbordante en sus ojos era auténtica, un elemento que disfraz alguno podría igualar.

—¿Estás bien, mi amor? —preguntó él, mirándola con ojos enamorados.

—¿Por qué no habría de estarlo, mi Romeo?

—No sé si la elección de nuestros disfraces es acertada.

—¿Por qué no? Dos jóvenes que se aman.

—Con un trágico final. Por Dios quiero una vida larga a tu lado, deseo muchos hijos... —No pudo evitar sonreír y ella le acarició la mejilla con la mano enguantada—. Sigo creyendo que algo te sucede. Te noto ansiosa.

—Estoy bien. —Se abrazaron fugazmente y no tardaron en soltarse, los demás invitados demandaron su presencia.

En breve, Laetitia estaba rodeada del selecto grupo de damas, que la hizo sentirse acogida. Era el privilegio obtenido por ser familia de Annalise e Isabelle, quienes la querían cada día más. A parte de las ya mencionadas, y de Angelina, Rose, también estaban a su lado la hermana y la prima de esta última, Daisy y Grace, respectivamente. Y para finalizar, las acompañaba la cuñada de Belle, la condesa de Allard, dueña de la propiedad donde su padre le comunicó que iba a desposar a Normanby. Elizabeth era una dama muy respetada por su sentido de justicia y decencia. Su esposo era uno de los pilares más destacados en el Parlamento por su honorabilidad y su entereza.

No podía creer que esas damas que siempre admiró formaban parte de su círculo cercano y que la trataban como a una más de ellas. Diciembre fue un mes clave donde las circunstancias vividas las acercó y se afianzó cada vez el vínculo.

—Es increíble que estés aquí a tus siete meses de embarazo y tan liviana como si no llevaras el peso y las dolencias de la gravedad. ¿Cómo te has sentido? —le preguntó con sutileza Rose a Annalise.

—Me siento tan ligera como una flor. Esta criatura será una niña o un niño muy bien portado, no me aqueja ningún síntoma. —Sonrió—. Además, con mi disfraz ni se nota la enorme colina que tengo por panza. Jamás me perdería esta fiesta, incluso bailaré.

—No seas tan atrevida, trata de descansar lo más que puedas. Cuando nazca el bebé olvidarás lo que es dormir una noche completa —le aconsejó Isabelle.

Todas sonrieron y le aseguraron que así sería, excepto Laetitia que aún no tenía experiencia en la maternidad. Todavía no les decía de su embarazo, estaba aguardando el momento, uno que fuese muy especial.

Grace, la condesa de Worcester, dejó de sonreír y se le apagó el rostro. Con disimulo, se excusó para dirigirse a la mesa de las bebidas. Y tras marchar, todas compartieron miradas compasivas, como si sintieran pena por la situación de la prima de Rose, que tras años de matrimonio no tenía hijos.

—No creo que sea su problema —la defendió Rose—. Su marido es tan viejo que ya no podrá engendrar. Me duele en el alma no poder ayudarla. No debí sacar el tema a relucir.

—Qué apenada me siento —se lamentó Annalise.

—No es tu culpa —insistió la marquesa de Bloodworth—. Iré a hablar con ella.

Todas suspiraron cuando Rose las dejó en busca de Grace, Daisy también la acompañó.

Laetitia se apartó un poco y miró con preocupación por donde se perdieron Grace y sus dos primas, y después suspiró. No era el mejor momento para comunicarles de su embarazo, la pobre condesa de Worcester se sentiría peor. Podía esperar. De todos modos, aún no se le notaba y sus síntomas eran bastante ligeros. Siempre que no pusieran debajo de su nariz ciertos alimentos que le provocaban náuseas, como el salmón.

De pronto, sintió un empujoncito en el hombro y un golpe en la mano, cuando se dio cuenta tenía un papel doblado dentro de la palma. Buscó el responsable, pero había mucha gente. Con un pretexto se alejó un poco más hacia el fondo del salón, y a solas tras una columna leyó el contenido de la nota.

«Alguien tiene mucho valor para mostrarse en el baile de los duques de Weimar con todo Londres observando. Regresa al campo mañana, o tu cuento de hadas terminará como el cotilleo más escandaloso de la temporada».

Una amenaza, no venía firmada, pero no era necesario. Tenía hasta el día siguiente para poner un pretexto y desaparecer. Guardó la misiva y, con la mirada, trató de buscar a Edgar entre los invitados. Lo encontró con sus amigos, desbordante de felicidad. Juntos habían desafiado tanto. ¿Debía alertarlo? Él casi perdió los estribos cuando ella intentó detener por su cuenta a Thomas.

Alguien la tocó por la espalda y dio un brinco.

—¿Qué te sucede? Parece que huyes de un fantasma —le comentó Isabelle, quien miró hacia donde se encontraba su esposo. Kilian iba disfrazado de pirata, con su bastón camuflado de espada, y conversaba con Edgar.

La tomó de la mano y le dio un suave apretón.

—Mi plan está a punto de comenzar —susurró convencida de que no tenía otra opción.

—No vas a caer, es absurdo que alguien se empeñe en derribarte. Las mujeres debemos ser solidarias entre nosotras y no devorarnos unas a otras como aves de rapiña.

—Explícaselo a ella. Creo que aún no se ha dado cuenta.

—Y, en cuanto a Thomas, ¿no ha vuelto a molestarlos?

—No. Tampoco he visto de nuevo a la señora Thomas, después de que nos ayudamos mutuamente. Dice Edgar que Leeds asegura que se fueron a América. Espero de corazón que el canalla esté muy lejos. Pero, me preocupa cómo ella está enfrentando la situación. Sé por comentarios que los Leeds y su primogénito siguen en Londres. Es una suerte no haber coincidido en ninguno de los eventos en los que he asistido.

—Al menos en nuestro círculo íntimo no lo encontrarás. Nuestros esposos han sido tajantes, después del modo tan poco honorable en que se comportó en el duelo, ninguno desea abrirle las puertas de nuestras casas ni a él ni a su familia. Estarás bien, somos tus aliadas.

—Me gustaría que la pobre Louise tuviese igual apoyo, no se dejó ayudar por Edgar y por mí.

Suspiraron pensando en la señora Thomas.

En cambio, Laetitia se sentía contenida. Formar parte de ese grupo de damas, no solo le aportaba apoyo en una sociedad tan complicada como a la que pertenecían, sino que era secundada hasta en las ocurrencias más descabelladas, sin sentirse juzgada. El soporte que le brindaban era un cálido refugio, un sitio donde se sentía sostenida aún en las dificultades más apremiantes, como las amenazas sufridas, tan difíciles de sobrellevar por las connotaciones morales que tenían.

Primero Annalise supo en qué atolladero estaba metida Laetitia, después Isabelle no tardó en averiguarlo. Que Annalise tuviese conocimiento, dio entrada para que Rose ofreciera todo su apoyo. Eran inseparables. De igual modo, que Isabelle estuviese al tanto, abrió la posibilidad para que Elizabeth brindara su auxilio. Y a su vez, Angelina terminó involucrada en esa red de ayuda.

Laetitia le mostró a Isabelle el texto y aquella solo negó. Era la última persona que se le ocurriría juzgarla, al contrario. Sabía que fue atacada por Corinne, quien continuaba hostigándola con sus textos llenos de amenazas. A la mujer ya no le importaba que Edgar la ignorase por completo, estaba decidida a separarlos, aunque la relación que perdieron ya no tuviese arreglo.

—Mañana es el día del ultimátum, si hoy no rehago mi equipaje y regreso a esconderme con la cola entre las piernas a Latchmore Tower, ha prometido hundirme —recordó en voz alta Laetitia.

—Es hora —las alertó Elizabeth, acercándoseles.

—No quería hacerte cómplice —confesó con sinceridad Laetitia, aunque agradecía la ayuda de la condesa.

—No me importa lo que tenga contra ti, pero nadie toca a una de las nuestras.

Las rosas inglesas podían volverse muy peligrosas si uno de los suyos era acorralado, Corinne estaba por vivirlo en carne propia.

—Voy a hablar con ella. No toleraré más sus amenazas... —blandió Laetitia.

—¿Necesitas que alguna de nosotras vaya contigo? —preguntó Isabelle, sintiendo que le correspondía.

—No, esto debo resolverlo sola.

Laetitia recorrió el salón hasta que encontró a la señorita Astor, conversaba con un joven señor procedente de su tierra natal. No era la primera vez que lo veía, se codeaba con varios aristócratas. No se acordaba del nombre exacto, pero retuvo que era un prominente banquero. Aunque no habían sido presentados, su rostro le resultaba familiar. Era alguien que no pasaba desapercibido, una cara difícil de olvidar.

Corinne y ella no tardaron en hacer contacto visual, y aquella abandonó a su interlocutor para quedar frente a frente a Laetitia. Volvía a lucir los diamantes en contraste con su atuendo.

—¿Necesita algo, milady? —preguntó Corinne con frialdad, acariciando el collar, como si una guerra no estuviese a punto de desatarse entre ellas.

Laetitia elevó una plegaria al cielo. Pidió que sus padres —quienes estaban ahí con sus hermanas debutantes—, no se percataran de los motivos de su agobio. Menos de las joyas que le elogiaron una vez, las que ahora estaban en posesión de otra mujer.

—Si yo caigo, tú caes —pronunció Laetitia en voz baja, pero con firmeza.

—¿Perdón? —preguntó extrañada la americana, el tono de su oponente era desafiante.

—Disimule, si parece vulnerable, nadie creerá que nuestra charla es trivial. Si mira hacia esa esquina verá que mi estimada lady Abbott, conocida por su moral intachable y su lengua amistosa, se ha enterado de alguno de sus díscolos comportamientos y está a punto de alertar a sus protectores. Solo espera una señal de mi parte.

—¿A qué te refieres? —masculló, tratando de simular su impotencia.

—La condesa de Huntingdon también es una dama muy apegada a la moral y las buenas costumbres.

—¿Qué puede saber usted? —Sonrió, como si no la creyese capaz de descubrir todo lo que había ocultado bajo la alfombra—. Son amenazas sin fundamento.

—Alguien como usted tiene la posibilidad de estar al frente de quienes buscan el progreso para las mujeres que llevamos siglos bajando la cabeza. Podría hacer más que mover como fichas de ajedrez a los que están en una posición económica inferior. ¿Cómo desea pasar a la historia?

—Pasaré a la historia como aquella mujer que dirigió sus negocios, su patrimonio y que no necesitó de un hombre para regir su destino.

—No se trata solo de alcanzar el poder y demostrar que se tiene. ¿Qué hace por las que vienen detrás? Tiene el alcance, pero no sabe aprovecharlo.

—¿Qué puede aportar la hija de un duque que ha sido educada en el campo? Lo único que la diferencia de las aldeanas de los alrededores de su finca familiar es el linaje. No creo que la instrucción recibida de una institutriz, le sirva para algo más que hacer un buen matrimonio y cumplir con los deberes de esposa.

—No sé de qué modo impacte, pero sé que me voy a esforzar, haré que cada día cuente. Protegeré a mi familia, a mi esposo. La enseñanza que me dio mi institutriz me dio las herramientas suficientes para saber dónde y cómo investigar. Usted no quería a Edgar, solo se aferró a él cuando supo que alguien más recogió los pedazos de su corazón, cuando se percató que dejó de ser un alfil en su tablero de ajedrez. ¿Su ego sufrió un daño irreparable al conocer que él pudo librarse del cariño que le tenía y rehacer su vida?

—No quiero hablar de Edgar en este momento. Y se equivoca, no es mi propósito perjudicarla, para mí no es nada, no es nadie. Usted solo es un daño colateral. Una insignificante mariposita de campo que cayó por error en la telaraña. Es a Edgar al que no perdono y a quien deseo ver arrastrarse. Me prometió el cielo y la tierra, y después me olvidó... Creí que era todo para ese hombre, pero su juramento no permaneció en el tiempo...

—¿Está segura?

—¿Qué quiere decir? —Tanteó—. ¿Él le ha revelado que aún...?

—Por Dios no, gracias al cielo ya se liberó de los hilos de su telaraña. —Utilizó su metáfora—. Sé de la apuesta... Supe del juego con su acaudalado amigo.

El rostro de Corinne se transformó, cada vez le era más difícil disimular y mantener la compostura.

—No tengo nada más que hablar. Quítese de mi camino.

La señorita Astor simuló terminar una amena conversación con Laetitia y recorrió el salón de baile a lo largo, hasta perderse por una puerta, rumbo a la terraza. Pero la marquesa no estaba lista para quedarse con la palabra en la boca. Sonrió forzada con la intención de evitar una escena. Acto seguido rodeó el salón y terminó saliendo por la misma puerta.

Capítulo 26

Afuera hacía frío y no había tomado nada para protegerse, pero no se detuvo. Buscó a Corinne con la vista y la encontró a los pies de la fuente de la propiedad. No iba a permitir que se escabullera y se saliera con la suya, el acoso de Corinne debía terminar esa misma noche.

Cuando la americana percibió que la había seguido se mostró furiosa como una fiera enfrentada.

—¿No tuvo suficiente?! —protestó en voz alta la señorita Astor, ya sin tener que contenerse, pues estaban solas.

—Volvamos a la apuesta con su acaudalado amigo. Quien consiguiese más rápido la mano de un aristócrata perteneciente a una de las familias más respetadas de Londres se proclamaría vencedor —continuó Laetitia justo por donde se quedaron, sin alzar la voz—. A su amigo le fue más difícil ganar, apuntaba muy alto. A pesar de tener una gran fortuna, las rosas inglesas que le interesaron debían casarse con títulos, no solo con arcas rebosantes de oro.

—No sé de qué está hablando. —Trató de darse la vuelta y dejar de escucharla, pero las palabras a continuación le hicieron quedarse.

—Jamás le diré a Edgar la razón por la que se acercó a él, eso lo decepcionaría todavía más.

—No se atreva a... —No podría soportar el desprecio del marqués si él conocía la verdad—. No jugué con sus sentimientos, tal vez solo al inicio, pero es cierto que me enamoré... De lo contrario no estaría hoy —recalcó y no pudo terminar. Ahogó un suspiro. Entrecerró los ojos, dispuesta a aniquilar a Laetitia con la mirada—. ¿Quién le dio esa información? —Ya no valía la pena seguir ocultándolo.

—¿La araña se dejó cautivar por la presa? —indagó sarcástica.

—No llevé la apuesta hasta el final. Nadie ganó. Me prendé de Edgar y no acepté ser su marquesa. Quizás me cegó la soberbia, tal vez debí casarme después de todo, pero no vine a Londres a buscar un esposo. Solo entretenimiento, conexiones, buenos negocios. No esperaba enamorarme. —Mostró arrepentimiento.

—No lo sé, señorita Astor, su modo de amar no me convence. Cuando se ama no se lastima, no se posee, no se engaña. Lady Abbott está al corriente de sus fechorías, lo que deja su moral más arruinada que la mía. Añadí más detalles, como los nombres de los corazones destrozados a su paso, al otro lado del mar. Recuerde cómo sonreía la dama mientras hablaba con los Huntingdon. Le repito, ella solo espera mi señal para clavar su aguijón. No es una araña, es una abeja, una muy afanosa. Y si usted y yo no llegamos a un acuerdo, le daré a Abbott lo que está aguardando.

—¿Fue Louise? Solo pudo ser la ingenua de Louise. ¿Cómo la consideré mi amiga todos estos años? —Su rostro casi no podía disimular su frustración.

—Usted jamás fue su amiga. No se engañe. Una amiga verdadera no la habría traicionado. Ella descubrió que Thomas le fue infiel con quien quería como una hermana —atacó y el rostro de Corinne se desfiguró al constatar los alcances de la información que poseía la marquesa. Estaba enterada de cada mancha de su vida.

—Miente. —Trató de negarlo, ni siquiera Louise lo sabía. ¿O se equivocaba? Solo fue una aventura de una noche, Louise era aburrida y su esposo resultó ser más divertido, amante del peligro. No tenía intención de repetir, fue un momento de debilidad, estaba vulnerable por el rechazo de Edgar.

—Louise, gracias a Dios, o a la intervención de un alma caritativa, por fin abrió los ojos y decidió abandonar el tablero de ajedrez donde era una pieza más. O, mejor dicho, su telaraña.

—Imagino la procedencia de la caridad.

—Solidaridad, más bien. Aunque ella lo descubrió sola. Únicamente le sostuve la mano, cuando transitaba por el abrupto descubrimiento para que no se desmoronara.

—Está a punto de dejar de ser daño colateral y convertirse en el objetivo. No me he mantenido en mi posición por ser blanda. Le aseguro que no me quiere de enemiga.

—Pierde el tiempo hablando conmigo. Debería seguir en el baile, vigilando los movimientos de lady Abbott, ella comunica fielmente lo que sea. ¿Entonces, le doy la indicación de desatar su lengua a sus anchas?

Corinne miró en dirección a la puerta por donde se escabulló, entrecerró los ojos y se tragó una maldición.

—Me cobraré cada afrenta —lanzó una amenaza, pero más bien sonó como un lamento ahogado.

—Mejor salga corriendo a hacer su equipaje y parta en el barco más próximo. Los Huntingdon son discretos, y no querrán que la alta nobleza conozca que recibieron con los brazos abiertos a una señorita de costumbres tan relajadas. Un dato interesante, dicen que lady Abbott es la fuente de un pasquín de no tan buena reputación, uno que todos leen para mantenerse informados sobre los cotilleos más jugosos. Fea costumbre la de interesarse por la vida ajena, pero más horrible es despreciar a una criatura que no pidió venir al mundo. —Dio la última estocada.

—¿Qué insinúa? No sabe nada. —Se aterró—. Y si me dice que su fuente es Louise no voy a creerle. Nadie puede afirmarlo —repitió.

—Poseo una fuente confiable, y fue tan impactante esta última información que no me he atrevido a repetirla frente a lady Abbott, por respeto a la criatura. Pero déjeme en paz, a mí y a mi familia o abriré la boca y ya veremos quién termina más destrozada. Podemos olvidar aquí y ahora ofensas y demandas. Usted disfruta la vida que planeó libremente y yo la que no elegí, pero que ahora me tiene completamente fascinada. Un pacto de silencio.

—Es fácil proponerlo, pero ya le contó a lady Abbott que... —Su rostro estaba desencajado.

—Y ella ha jurado no revelar nada, salvo que yo le pida lo contrario. Es obediente y leal, de un modo alarmante —exageró deliberadamente.

—¿Cómo puedo confiar en su palabra?

—Porque usted me guarda un secreto, uno que podría hundirme. Podemos olvidar que nos conocemos, y cualquier dato que afecte a la otra. Yo estoy dispuesta. ¿Quiere la paz o la guerra?

Corinne llena de ira se arrancó el collar, los aretes, el anillo y trató de ofrecérselos a Laetitia que negó por completo. Tampoco deseaba aquellas joyas, las que terminaron sobre la superficie

lisa del borde de la fuente.

—Haga con esos diamantes lo que desee...

—Tampoco los quiero.

Laetitia decidió que era mejor abandonarlos y con un manotazo dejó que se hundieran en las aguas oscuras donde se reflejaba la negrura de la noche. Sin pensar más en el destino de esos diamantes, regresó al calor del interior de la propiedad, antes de que los labios se le pusieran morados.

Con el rostro serio contempló como la señorita Astor abandonó el baile.

Se acercó a lady Abbott con discreción para darle a entender que todo había terminado, pero ella seguía conversando con sus interlocutores.

Con una mano en el pecho, horrorizada, la dama guardaba la información que solo debía susurrar a los condes de Huntingdon, si la marquesa de Normanby le hacía «la señal». Los condes, protectores de la señorita Astor en Londres, se alarmarían al escuchar el asunto del que, recientemente, Abbott tuvo conocimiento y que la tenía con los nervios destrozados. Lady Abbott era muy fácil de impresionar, aunque bien que callaba cualquier afrenta a la moral si era cometida por uno de aquellos que cobijó bajo su ala; como los Weimar, los Allard, los Bloodworth y demás parejas de su círculo cercano: sus protegidos.

Laetitia no hizo la señal, ni la haría. Cerca de lady Abbott y los condes de Huntingdon, pudo escuchar lo que conversaban.

—¿Todo bien, lady Abbott? —preguntó la condesa—. Parece que deseaba comentarnos algo de importancia.

—Nada de qué preocuparse. Lamento dar la impresión equivocada. Pensar en las parejas que formaré esta temporada obnubila mi juicio.

—Debe tomarlo con más calma —sugirió el conde.

—Sí, por supuesto, milord. Al menos Normanby ya no será una preocupación para mí. Ha hecho un estupendo matrimonio.

Lady Abbott buscó una excusa y se despidió de los condes de Huntingdon. Se retiró jurando silencio absoluto sobre lo conocido, al parecer Laetitia había puesto remedio a lo que pasaba bajo las narices de los condes de Huntingdon con total impunidad. No tardó en alcanzarla.

—¿Todo bien, milady? —le preguntó Abbott preocupada a Laetitia, con los ojos muy abiertos, aún espantada.

—Estupendo, agradezco su intervención.

—No estoy conforme. Las malas conductas deben ser reprendidas... —Hizo un alto y pareció reflexionar en esas ocasiones donde su mano dura para medir con la estricta regla de la moral, se volvió suave. ¿A cuántas de esas damas que tanto quería y que logró casar con estupendos partidos no solapó? Carraspeó—. Bueno, las malas conductas no justificadas conforme a mi criterio.

Laetitia se preguntó a qué criterio se refería, pero consideró prudente no averiguar en ese instante. Trataría de saberlo en cuanto se reuniese con Belle y Elizabeth, quienes fueron el nexo con lady Abbott para que su plan se llevara a cabo.

Lady Abbott se despidió y buscó la compañía de Marybeth, tenían un asunto qué tratar. Discutir sobre un duque que necesitaba un heredero y que a las dos les interesaba ver casado esa temporada.

Cuando por fin, Laetitia se reunió en un saloncito discreto, donde no llegaban los demás invitados, con Belle y Elizabeth, no se guardó su curiosidad.

—¿A qué se habrá referido lady Abbott, al decir que no aprobaba las malas conductas que no estaban justificadas conforme a su criterio?

—Supongo que será el criterio del corazón —explicó Elizabeth—. Mi tía cuida a los que quiere y los defiende si actúan movidos por el amor, siempre y cuando no afecten a terceros.

—La conoces bien. La dama es peculiar. Aprendería que alguna de mis tías fuera tan apegada a mí como ella lo es contigo. Jamás me secundarían en nada semejante. Por suerte, mi madre es cercana a mí y también Marybeth —consideró Laetitia, pero no podía implicarlas. Bastante sufrió su madre por la parte que conocía de la historia. Y con Marybeth, aunque la adoraba, y fue comprensiva al saber de su pasado, no podía involucrarla más sin sentir vergüenza—. ¿Qué tanto le informaste a tu tía sobre la señorita Astor? —indagó—. La vi muy afectada. No sé si guardar ese secreto sea muy difícil para ella. Quizás nos excedimos y no debimos hacerla cómplice.

—Te sorprendería todo lo que mi tía guarda —aclaró Elizabeth—. Pero no te preocupes, no le di información que no fuese indispensable para el plan. Sabíamos que la señorita Astor no iba a cruzar todo límite de la prudencia. Solo le dije que cierta señorita estaba a punto de meter en problemas al honorable marqués de Normanby, haciéndolo caer en tentación. Y el marqués es uno de los favoritos de mi tía. Estuvo en un sinvivir mientras trató de encontrarle una esposa. No permitiría que uno de los matrimonios que más regocijo le han dado navegue en la zozobra.

—Pero no le has dicho que Thomas... Ni toda la historia secreta de la apuesta o la criatura de... —Se alarmó.

—No era necesario, mi tía sacó sus propias conclusiones —reveló Elizabeth—. Piensa que la señorita Astor tentaba a Normanby con la finalidad de hacerlo pecar y romper sus votos matrimoniales. Solo eso.

—Abbott estaba lista para sacar toda su artillería contra quien pretendiese corromper al impecable Normanby —bromeó Isabelle y en su voz se notó el profundo cariño y la enorme confianza que le tenía a la tía de su cuñada.

—No me gustó lo que hice, amedrentar a otra persona —se lamentó Laetitia.

—No te dejó alternativa. Pero ha funcionado, se ha ido del baile y sin siquiera despedirse de los anfitriones —dijo Belle—. Aunque no creo que a mi prima Angelina le importe.

—Me pregunto cómo Rose supo de la apuesta de la señorita Astor con ese amigo acaudalado, cuya identidad desconecemos —refirió Laetitia. Lo relativo a las aventuras amorosas al otro lado del mar, fue un dato preciso aportado por Louise. Al igual que el de la criatura que Corinne dio en adopción. Se lo reveló a cambio de ayudarla a desenmascarar a Thomas. Después de todo, no era tan ingenua como suponía la señorita Astor, y sí sabía algunos de los secretos vergonzosos de su supuesta amiga.

—Rose asegura que no puede revelar el nombre de su fuente —manifestó Belle.

—Quien sea me hizo un enorme favor, ojalá algún día pueda agradecerse en persona.

—¿Y ahora sí podemos relajarnos y disfrutar del baile? —preguntó Isabelle que ya extrañaba a Kilian.

—Buscaré a mi esposo, necesito mirarlo a los ojos y contarle lo ocurrido —confesó Laetitia y llenó sus pulmones de aire.

—¿Cómo lo tomará? —preguntó Elizabeth.

Laetitia negó, no lo sabía. Edgar fue enfático la última vez que intercambiaron opiniones al respecto y ella lo había vuelto a hacer. Por todos los cielos. ¿Acaso debía dejar de intentar arreglar sus vidas sin tomarlo en cuenta?

¿En cambio, era aceptable que él tuviese secretos? ¿Norfolk le cerró la boca a Thomas, Edgar lo sabía y no compartió la información con ella? Entendía que el duque era su hermano y una persona muy hermética, pero al final fue quien lo ayudó a solucionar un gran problema del matrimonio. Ella se sentía en idéntica situación, sus amigas la secundaron para despachar a la señorita Astor.

Caminó hasta su Romeo que la recibió con una media sonrisa.

—De pronto, desapareciste entre tantos invitados. Me muero por bailar contigo —le susurró Normanby y la habría besado y abrazado lleno de amor, de no haber estado rodeados por sus amigos y el resto de Londres.

—Esperaba que me lo pidieras. Estabas tardando —comentó, pero las palabras que en realidad deseaba decir quedaron atoradas.

El resto de la noche bailaron como nunca, Laetitia sintió que se había librado de un peso enorme y aunque quería decírselo decidió que el baile no era el sitio más apropiado.

Cuando llegaron al hogar y él comenzó a quitarle el vestido y hacerle el amor de esa forma que solía enloquecerla, tampoco pudo enfriar la habitación. Si despegaba sus labios de los de Edgar y le contaba lo ocurrido terminarían disgustados. No se pondrían de acuerdo y no tenía voluntad para separarse de su piel. Solo quería perderse bajo el fuego abrasador de su cuerpo hasta ser sacudida por los suaves espasmos de la liberación. Así que no lo detuvo, no habló. Se perdió en sus brazos hasta que agotados, ambos quedaron exhaustos y fueron vencidos por el sueño.

Edgar abrió los ojos y su esposa estaba entre sus brazos. La espalda femenina protegida por su pecho. La mayoría de las mañanas, ella corría para sacar a Tobias a su paseo matinal, pero no esa. Como si algo le pesara y no pudiera despegarse de él.

Le acarició un mechón del cabello, inspiró el aroma de su nuca y depositó un tierno beso ahí, donde la piel era más sedosa.

—¿No vas a sacar al perro? —tanteó.

—Hace frío —remoloneó ella, parecía que no podía abandonar el calor de la piel de su esposo—. Y nos acostamos tan tarde...

—Otras mañanas, incluso nevando te has negado a dejarlo sin su paseo matinal. Vamos, no

seas perezosa. El día es de quien madruga. Voy a acompañarlos.

—¿Vendrás con nosotros? —Parecía asombrada. Era la primera vez que se ofrecía.

—No tomaré la correa en mi mano, ni lo llevaré en brazos —observó con ironía—. Pero disfrutaré caminar a su lado. Tobias es increíblemente obediente, ¿cómo lo logras? Ha aprendido a mantener cierta distancia entre nosotros de un modo que me intriga. Podría caminar un paso hacia él y el bendito perro retrocedería exactamente un paso.

—No puedo contarte mi secreto. —Soltó unas dulces carcajadas—. Pero voy a felicitarte.

—¿Por qué? —Ahora era él quien sonaba intrigado.

—«Bendito perro» suena mejor que «bola de pelos», «saco de pulgas» y demás impropiedades que usaste en el pasado en contra de Tobias.

—Ahora es parte de mi familia —se defendió y ella lo sermoneó con la mirada, pero la sonrisa no se le borraba de los labios—. ¿Me contarás cuál es tu método de entrenamiento?

—Uhm —caviló—. Debo pensarlo.

—Es un arma muy peligrosa adiestrar a un animal con tanta eficacia. Solo espero que no lo lledes a cabo con humanos —bromeó, enarcando una ceja.

Cerró el cerco de sus brazos, dejándola atrapada dentro, donde ella giró y se entregaron a las ardientes llamas de la pasión. Con tanto deseo y devoción, ambos comprendieron que estaban atados para siempre con ese lazo invisible y poderoso que los catapultaba a la cima del más grande amor. Jadearon al unísono, con los dedos entrelazados, sorprendidos por la fuerza con que sus corazones latían, amenazando con escapar de sus pechos.

—Te amo —le susurró Edgar casi sin aliento, cuando tras los embates de sus cuerpos se vació en el interior de su amada—. Te amo mucho, pequeña mía. ¿Cómo fui tan ciego para no encontrarte antes? ¿Y tú, cielo, tardaste tanto en dar conmigo? ¿Por qué la vida no me permitió conocerte años atrás? ¿Por qué tuvimos que sufrir de forma despiadada, si la felicidad solo íbamos a hallarla estando juntos?

—No lo sé, amor mío —soltó tratando de recuperar el ritmo pausado de su respiración—. Te quiero, Edgar, y estás conmigo ahora. No me importaría volver a recorrer todo este camino de espinas si al final la recompensa eres tú. No quiero ver otro rostro en tu almohada por el resto de mis mañanas... Te amo tanto que duele, que me enciende, que me hace sentir viva. Haría lo que sea por ti, enfrentaría a mi peor enemigo por defenderte, por verte reír...

—Mi marquesa valiente. No, no puedo permitir que odies, menos que tengas la necesidad de pelear. Déjame a nuestros enemigos. Tú solo disfruta de nuestra estupenda vida. —La besó en la frente, tanto quería protegerla. Anhelaba que los sueños de esa mujer se cumplieran y hacerla sonreír.

Después de holgazanear sobre las sábanas, se levantaron para el paseo matinal con Tobias.

La vida siguió su curso y no se detuvo hasta la entrada triunfal de la primavera. Ella guardó silencio sobre la razón por la que Corinne regresó de manera abrupta a su hogar, y era un pequeño tormento, que recordaba en pocas ocasiones. Quizás él también omitió por qué Thomas no regresó con sus amenazas sobre atormentarlos con exponer su reputación. Pero ambos sabían, aunque se negaban a debatirlo, que era un asunto que debían tratar...

Solo se dejaron llevar por todo lo bueno que les estaba regalando Dios.

Capítulo 27

Londres, 21 de marzo de 1869

La primavera hizo su arribo, apenas las primulas, las primeras en florecer en esa temporada, abrían sus pétalos. Las temperaturas comenzaban a permitir actividades a la intemperie usando abrigos más ligeros. El verdor se iba apoderando poco a poco de los escenarios. Salir juntos a disfrutar cobró un significado importante. Los marqueses de Normanby iban a mostrarse frente todos a la luz del día.

En un faetón, con la capota baja, Normanby tomó las riendas de los caballos, ante las risas de su esposa que estaba orgullosa de sus dotes para conducir. Ella llevaba a Tobias acunado en sus brazos, y el perrito observaba todo con ojos curiosos. Primero recorrerían el paseo de Rotten Row y saludarían con un movimiento de cabeza a los conocidos, pero el destino final era Hyde Park, a los pies del Serpentine. Toda la nobleza tenía cita para ver el espectáculo, cisnes y patos arribaban y navegaban con elegancia.

Carpas blancas se levantaban, había mesas, sillas, aperitivos y champán.

Cuando llegaron, comprobaron que fueron los últimos en unirse. Los duques de Weimar, los condes de Allard, los condes de Pembroke y los marqueses de Bloodworth ocupaban una mesa. Contigua a esta, estaban los vizcondes Sadice, con la madre de la vizcondesa, Marybeth, lady Abbott y el duque de Norfolk. Los barones Peasly se quedaron en casa, el avanzado embarazo de Annalise le exigía descanso.

Saludaron a los presentes, quienes los recibieron con alegría. Sonrieron al ver a los hijos de los matrimonios jugando entre sí, cercanos al agua; mientras los ojos de sus padres y de las eficientes niñeras los vigilaban.

—Oh, el cortejo de los cisnes ha comenzado —comentó Normanby, apreciando a una pareja de las aves, tan blancas como la nieve, danzar sobre el lago. El sonido que producían se asemejaba a trompetas y provocaban carcajadas en los niños. Los pequeños hacían una fiesta y señalaban al contemplar los elegantes movimientos de cuellos, cabezas y alas.

—Cisnes en Londres, señal de buen augurio, tendremos prosperidad. Si los cisnes llegan todo estará bien —opinó Norfolk muy serio, era lo que afirmaba la Corona, a quienes pertenecían los animales. Palmeó con afecto el hombro de su hermano. Era raro esas muestras en él, si acontecía era signo de que estaba feliz.

—¿Su excelencia, le gustan los cisnes? —preguntó lady Abbott y tuvo toda la atención del interpelado, porque en realidad, esas aves le parecían fascinantes—. ¿Sabe que tienen una sola pareja durante su existencia y que la lloran el resto de sus días cuando la pierden? —El duque asintió por toda respuesta—. Por suerte, los cisnes no tienen un título a su cargo y la obligación de engendrar herederos.

Normanby carraspeó al entender la pulla lanzada con total alevosía por lady Abbott en contra de su hermano, el que no se dignó a responder y solo entrecerró los ojos. De haber tenido poderes en la mirada, habría petrificado a la dama por su atrevimiento. Pobre Norfolk, la viuda estaba centrada en él, y sabía cuán insistente era cuando decidía «ayudar» a un caballero a encontrar esposa.

—La soledad no es buena compañía para quien todavía puede disfrutar de las mieles del amor —aportó Marybeth y la madre de Isabelle apoyó con un gesto el comentario. Parecía que estaban afilando sus uñas para clavarlas en un filete: el filete era Norfolk, el único en edad que quedaba por casar, pues el hermano de Isabelle aún era muy joven.

Lady Abbott volvió a abrir la boca para lanzar otra indirecta, Norfolk estaba perdido, no tenía escapatoria. Incluso, Marybeth que consentía a sus sobrinos y era incapaz de presionar o exigirles algo para lo que no estaban preparados, se alió a la tía de la condesa de Allard.

—¿Paseamos a Tobias? —le preguntó Edgar a Laetitia—. ¿Nos acompañas, hermano? —ofreció para librarlo de la encerrona de la casamentera y sus cómplices.

—¿Norfolk guiando a un diminuto perro faldero? —bromeó Kilian, para quien no pasaban desapercibidas las intenciones de Abbott. Ningún otro caballero se habría atrevido a tal guasa, solo Edgar y Kilian podían permitirse tal cercanía—. ¿No le hará mella a tu estatus, querido primo?

Los hombres se rieron por lo bajo, disimulando, tratando de tragarse las carcajadas para que no brotaran. Ninguno quería la represalia de su excelencia como premio a su osadía.

—Vamos, escoltemos a lady Normanby mientras pasea a Tobias. La caballerosidad ante todo —alegó para dejar a Abbott con la palabra en la boca y cerrar la de su primo—. Le encargo a mis hijas, tía.

Se pusieron de pie, y tal como anunciaron, siguieron de cerca a Laetitia que conducía a Tobias de la correa. Pero cuando llegaron a un área despejada de caminantes, la marquesa se alejó un poco, soltó al perro y lo dejó explorar. Ella reía de las peripecias del animal, quien tras olfatear un trébol comenzó a estornudar.

Ellos, mientras conversaban, miraban de tanto en tanto hacia la marquesa y su can.

—Creo que si estás decidido a no casarte de nuevo, deberías decirlo alto y claro solo una vez delante de lady Abbott. Así sofocarás sus esfuerzos por buscar una candidata —aconsejó Normanby.

—¿Crees que no lo hice? —protestó Norfolk con el gesto tan frío como el hielo, estaba cansado de la presión social. No era solo lady Abbott, todo Londres se sentía en el derecho de exigirle nuevas nupcias y la búsqueda de un hijo varón—. Delante de la dama pronuncié con todas sus letras que no necesito un heredero, estoy preparando a mi primo, siguiente en la línea de sucesión. El muchacho está aterrado por la responsabilidad, tiene otros planes: viajar a América. El ducado de Norfolk supone un reto mayor, pero es su legado de sangre. Si yo no tengo un hijo a él le corresponde. Por lo pronto está estudiando en Cambridge, es inteligente, educado, hará un buen papel cuando llegue el momento. Espero que falte bastante. —Exhaló con fuerza.

—¿No te preocupan tus hijas?

—Para un hombre de mi posición, no es un inconveniente. Las niñas tienen sus dotes aseguradas y fortunas considerables a sus nombres, desligadas del título. Mi sucesor también recibirá un ducado rico y poderoso. Todos saldrán ganando. Pero, por favor, no insistas en hablar de mi deceso, me pondrás los pelos de punta. Ahora estoy vivo, me siento tan fuerte como un roble y me encantaría envejecer y rodearme de nietos. Teniendo cinco hijas, supongo que los nietos serán tantos que me sentiré dichoso de echar raíces. Mi legado prevalecerá con ellos, sean

mujeres u hombres, me da igual.

—Pero ninguno tendrá tu apellido, ninguno será duque de Norfolk... —presionó sin darse cuenta Normanby y se arrepintió en el acto.

—Resultará un alivio para ellos. Podrán viajar y disfrutar todo lo que mi sucesor no podrá hacer cuando herede la responsabilidad del título.

Permanecían tan sumergidos en la conversación que les pasó desapercibido que ya no estaban solos. El ruido de un gruñido los alertó, pero el sonido era más potente del que podía provenir de la pequeña figura de Tobias. En contrapunto, pudieron distinguir, casi apagados por el ruido más fuerte, los cortos y agudos ladridos del perro de la marquesa.

Ambos miraron a su derecha a tiempo para ver a un fiero lobero irlandés acorralar a Tobias. Su gruñido denotaba peligro, su ladrido era atronador, retumbaba como proveniente del inframundo.

—¿Qué pretendes? Aleja a tu perro de inmediato o terminará por hacerle daño a Toby —defendió encolerizada Laetitia, tratando de rescatar a su mascota; aunque el riesgo de terminar mordida fuera una enorme posibilidad.

—Saludos, marquesa —masculló el aludido con frivolidad.

—¡Thomas! ¡Sácalo de aquí! ¡Ahora! —gritó Laetitia con violencia al darse cuenta del riesgo que corrían.

Normanby sintió las piernas pesadas. De pronto, sus pies parecían echar raíces. Tenía cuatro años.

Todos estaban azorados por el comportamiento de John Thomas. No sabían qué hacía ahí; ni qué pretendía, amenazándolos con ese lobero irlandés fuera de control, al que azuzaba con total alevosía.

Ni siquiera cuando la gente comenzó a aglomerarse alrededor del altercado, el hijo del conde de Leeds dejó de comportarse como un patán. Su padre también resultó ser uno de los espectadores, con la mano en la frente, no podía disimular su desconcierto.

—No es agresivo —se justificó John riendo, parecía un payaso. Nadie le creía—. Tu perro lo está provocando —siseó dándole más largo a la correa del lobero, que parecía kilométrica.

—Thomas, es Toby. ¿Vas a dejar que lo dañe? Detén a tu perro —exigió Laetitia entre asombrada, decepcionada y furiosa, cada vez más, si era posible; sin poder entender el nivel de vileza del hombre al que un día llamó erróneamente «amor». Tobias siempre fue cariñoso con John, a pesar de que aquel era un lobo disfrazado con piel de cordero. ¿Cómo podía ser tan desalmado? ¿De dónde sacó a ese animal? No recordaba su afición a ninguna especie en particular, menos para que lo estuviese paseando como si nada en Hyde Park. Ese no era el Thomas que conocía. Aquel encuentro era premeditado.

Normanby apretó los puños y arrancó las pesadas raíces que sembraban sus pies a la tierra. ¡Tenía que salvarla! ¡A su hijo! ¡Ese animal los destrozaría! Ya caminaba hacia ellos, cada vez más rápido, con Norfolk detrás.

Ella no lo pensó dos veces y se lanzó a proteger a su perro. Con la determinación de alzarlo en brazos, dobló el talle. Pero antes de que sus dedos siquiera lo rozaran, Norfolk la atrapó alejándola del daño que pudiese sufrir.

—No, Norfolk, no —protestó.

—Tranquila, mujer, tranquila. —Suavizó su voz para calmarla sin quitar los ojos de Edgar —. Piensa en la criatura —le susurró.

—¿Sabe que estoy esperando? —Habían decidido esperar antes de dar la noticia a familiares.

—Es mi hermano, solo a mí me lo ha dicho.

—Necesita ayuda. —Se refería a su esposo, que parecía decidido a defender a Tobias, como defendió a su cachorro muchos años atrás.

—No, confía. Él puede, él puede —le susurró el duque.

Acto seguido, Normanby se interpuso ante el enorme cuerpo de Norfolk que continuaba arrastrando a Laetitia. La marquesa ahogó un lamento que le raspó la garganta, al imaginar la colisión de titanes que tendría su esposo. En dos patas el animal mediría aproximadamente dos metros.

El lobero era feroz, descomunadamente feroz. Frente a Normanby estaba el recuerdo de un trauma que no había erradicado del todo. Aún se hallaba en medio de su proceso de sanación. Un metro entre él y Toby era el nuevo logro, y lo mantenían siempre. El perrito estaba adiestrado a mantener esa distancia de manera exacta.

Y en un parpadeo, el mayor temor de la marquesa —que luchaba para apoyar a su amado y rescatar a su mascota— se hizo realidad.

El cuerpo de Edgar fue la muralla entre la diminuta y belicosa anatomía de Toby que refunfuñaba —más como un gato que como un cánido— y su atacante.

—¡Milord, todo Londres verá que no es nada! —gritó enardecido Thomas, sintiéndose poderoso—. Laetitia comprenderá que está casada con un pusilánime, cobarde... Un niño indefenso. —Su sonrisa era maliciosa—. ¿Listo para orinarse encima?

Ese era su propósito, avergonzarlo, humillarlo, dejarlo en ridículo, no solo frente a ella. Lo más selecto de la nobleza estaba presente. Cada vez eran más los que se juntaban, con los ojos asombrados, para presenciar lo que al siguiente día ocuparía buena parte de las páginas de los diarios de mayor circulación.

Por supuesto que a Thomas no le importaba asumir las consecuencias del desafío, su reputación también sería enlodada; pero ya le daba igual. Su vida era un infierno, la perdió a ella por una herencia que no fue suficiente nunca para llenar el vacío de su único y gran amor. Su reputación en ese instante era un asunto secundario. Además, pensaba que el espectáculo que daría Normanby, empequeñecería su acto de maldad y rebeldía contra las normas sociales.

Edgar ignoró sus insultos y se concentró en salvar a Tobias, si ese lobero enorme y agresivo lo hería —o peor aún, lo mataba—, Laetitia sufriría un golpe contundente. Sería una pérdida irreparable. Era tan grande el amor por su perro. Además, no iba a permitir tal crueldad, era una lucha desigual. Una fiera enorme, acostumbrada a neutralizar a lobos, osos, venados; contra un faldero que cuando mucho podría aniquilar a un roedor —y ni eso—, Toby jamás tuvo éxito para cazar ratones, era demasiado noble con otras especies.

Normanby observó a su enemigo. El lobero en cuatro patas casi le llegaba al pecho, el pelaje abundante y gris tormenta lo hacía parecer letal, así como su mirada salvaje. Sus enormes

colmillos lucían tan filosos como puntas de lanza, eran la promesa de una mordedura profunda y dolorosa, no tendrían piedad al desgarrar la carne. Un sudor frío recorrió la piel que recubría su espina dorsal, era la señal del miedo. Los músculos de sus piernas estaban listos para correr, pero él se dio la orden de resistir y quedarse. Lo hizo en el pasado, lo haría de nuevo. Si un niño de cuatro años pudo enfrentar aquella terrorífica experiencia, él podía. Ahora estaba más alto, más fuerte, más sabio. Apretó los puños con determinación y miró a Thomas a los ojos.

—¡Tú eres el cobarde, maldito infeliz! No solo atacas por la espalda, también te refugias en la ferocidad de este animal porque no tienes valor para enfrentarme cara a cara. Solo quedarás como un bufón. Si quieres dar un espectáculo, adelante. Te retaría a duelo por esta ofensa — omitió «otra vez», porque no quería sentenciarse con sus palabras—, pero no tienes honor. No mereces tal trato.

Recordó la voz de mando que solía usar Laetitia para entrenar a Tobias, no dudó en usarla. Tenía fe en que le ayudaría también.

—¡Tobias, basta! —calló primero a su perro. Era importante que dejara de responder a las provocaciones del otro, pues alimentaba más el instinto de atacar. La obediencia del can fue inmediata.

A pesar de que Thomas estaba lleno de veneno, su autoridad era débil. Tensaba la cadena provocando a su animal, incitándolo a morder. Y después, cuando los ánimos estaban más exacerbados, lo soltó tras dar la orden:

—¡Acábalo!

Tobias no entendía el peligro y no salió huyendo. Se sentía tan mortífero como un dragón, pero su amo le ordenó no moverse y por eso no respondió a la amenaza del lobero. Afincó sus cuatro patitas a la tierra y aguardó valiente la ofensiva. El perro más grande se lanzó directo al cuello del faldero.

Normanby apretó los dientes y sacó fuerza de las entrañas para arrojarse contra el lobero, antes de que sus demoledoras mandíbulas trituraran a Tobias. Lo apretó por la garganta con un gancho aprendido en boxeo. Necesitaba que el oxígeno se redujera, era la única forma de cortar la concentración del enorme perro de su objetivo: Toby. Sintió cómo su cuerpo se sacudía por la potencia del can, pero no lo soltó. Rodaron por el suelo. Algunas dentelladas se clavaron en su torso. Sin embargo, gracias a la fuerza que ejercía y a la espesura de su chaqueta y su abrigo, los colmillos no se enterraron en su carne.

—¡Quieto! ¡Quieto! —ordenó con voz firme y segura.

El perro terminó desmayándose sobre el pasto.

Cuando Edgar pudo incorporarse con la respiración agitada, vio que los espectadores observaban entre atónitos y horrorizados. ¡Normanby dominó a la indomable criatura sin ayuda de nadie más, sin usar un arma! Eso se leía en sus expresiones, más de uno no habría podido mostrar tanto valor.

Weimar, Oso, Allard y Sadice con Tobias en brazos, ya estaban ahí. Estuvieron a punto de intervenir, pero Norfolk dio la orden de que nadie intercediera. Él mismo se habría sumado a la contienda si su hermano no hubiese podido contener al perro. Lo defendería con su vida; pero confiaba en Normanby y sabía que esa victoria le devolvería la seguridad.

Ninguno de los presentes se movía, era tal el silencio que lo único destacable eran los

graznidos de los cisnes, el canto de algunas aves o el relincho de un corcel. Pero nadie se atrevía a hablar. Menos, el avergonzado conde de Leeds que pasó de modo brusco la palma de la mano por su rostro. Como si comprendiera que fue demasiado laxo con John, y ya era tarde para corregirlo.

Normanby difirió por completo, se le notaba en el rostro. Entrecerró los ojos en dirección a Thomas, que con la expresión enfurecida se acercó para darle una patada a su perro, que respiraba cada vez más profundo, con los ojos entreabiertos, como saliendo de un trance.

—¡Levántate, estúpido! ¡Ataca! —ofendió sin más al lobero desmadejado. Los espectadores sintieron piedad por el perro, que minutos antes fue el origen del terror en sus miradas.

—Oso, ¿puedes llevar al lobero a mi establo? —dijo Edgar con firmeza—. Voy a rehabilitarlo. Solo es una víctima en manos de un sinvergüenza. Este animal no merece tener un perro bajo su cuidado. —Señaló a Thomas.

El ejemplar era costoso y pertenecía a Leeds, quien se enfureció más por la pérdida; pero convino con Normanby, estaría mejor lejos de Thomas.

—Puede llevarlo, milord. Me pertenece. Doy mi autorización, ahora es suyo —masculló Leeds con la vergüenza coloreándole la cara de rojo. En sus manos apretaba la fusta de su caballo, se contenía para no arrastrar a su hijo de las orejas y darle una lección pública.

Entre Oso y Allard, quienes estaban acostumbrados a las labores de fuerza, por sus antiguos desempeños como *strokes* cuando eran remeros de sus respectivas universidades, se llevaron al perro a un carruaje para cumplir con la tarea encomendada.

—Al menos usted es sensato, milord —dijo Normanby dirigiéndose a Leeds.

—Tome al lobero como ofrenda de paz, como parte de las disculpas públicas que hoy le pido por la ofensa causada por mi hijo.

—Se lo agradezco, milord, pero no es suficiente. —No quedaría satisfecho. Los asistentes no se movían, ardían en deseos de presenciar el final de la disputa.

Edgar se dirigió a su primo Kilian y le pidió con el gesto el bastón, este accedió a entregárselo. Con paso firme, Normanby caminó hasta Thomas que abrió desmesuradamente los ojos previendo la intención del marqués.

—¿Qué demonios pretendes?! —John gritó estupefacto. Normanby era un caballero, ¿por qué no actuaba como tal?

—Azotarte por tu baja calaña, darte un escarmiento público por atacar a mi esposa amenazando a su perro, golpearte por intentar humillarme frente a toda esta gente, castigarte por casi matar a mi mascota —siseó entre dientes, tuteándolo también. Enfurecido, pero sin perder el control.

—¡No puedes! ¡No te rebajarías a un comportamiento impropio para un caballero!

—Te equivocas. ¡Puedo! —El Código Irlandés de Duelo lo indicaba para seres despreciables que no entienden de honor. Y Edgar se registraría por sus lineamientos en esa ocasión.

Kilian, Weimar y Norfolk se acercaron para no permitirle al canalla escapar, debía pagar por sus insultos. Había caído tan bajo que no merecía un trato más digno. Los caballeros que circundaban el claro se cruzaron de brazos y afilaron sus miradas, ninguno alzó la voz para

oponerse a la justicia reclamada por el marqués. Incluso las damas aguardaron con ansias por el momento en que Normanby cobrara la ofensa. Tampoco hizo nada el conde de Leeds, que transpiraba lamentándose por la pésima reputación que desde ese día atormentaría a su familia.

Edgar blandió el bastón y golpeó con furia sobre la espalda de Thomas, no una, dos, tres veces. Aquel, desconcertado, no se atrevió a responder con violencia, ni siquiera para defenderse. Seguía pasmado.

—¡Pídele perdón a la marquesa de Normanby y a los presentes por ensombrecer la apacible mañana que disfrutábamos para recibir a la primavera! —El público se sintió aludido. Se convencieron de que eran merecedores de esas disculpas y menos aún se atrevieron a juzgar la crudeza del aristócrata para reclamar justicia—. ¡Ahora! —Otro golpe.

Thomas cayó de rodillas.

—Milady... Lo siento. Discúlpennos todos —soltó con los dientes apretados. No lo sentía y era evidente, lo único que deseaba era escapar del bochornoso momento.

Edgar se le acercó y lo agarró por el desarreglado cuello de la camisa. Se inclinó para hacerle una pregunta que nadie más escuchara.

—¿Cómo supiste? —masculló, se refería a su miedo a los perros.

—Corinne —susurró, temiendo otro bastonazo. Kilian los observaba casi seguro de tener que cambiar su amado bastón por uno nuevo.

—Ya no es un obstáculo para mí. Si vuelves a acercarte a mi familia, te golpearé con más furia.

El padre tomó al hijo del brazo y enfurecido lo sacó a rastras del lugar, mientras le recriminaba su conducta.

—No importa si te arrodillas y suplicas clemencia, Thomas. Yo no te perdonaré. Condenaste mi apellido a tal lamentable humillación. Seremos la burla de toda Inglaterra. Te irás a América. No deseo verte más.

—¿Padre? —rogó—. He vuelto de Norteamérica, no puedo volver. —Nadie lo sabía aún, pero pronto llegaría el rumor. Louise se llenó de valor, los trámites para divorciarse de John habían iniciado. El progenitor de la joven señora conoció de las canalladas de su yerno, y brindó total apoyo a su hija, sin importarle el juicio de la sociedad.

—Camina, no tienes redención. Entonces, marcharás a Dublín con nuestros primos.

Laetitia, por fin, pudo zafarse del agarre de Norfolk, que cumplió con su tarea de mantenerla segura hasta el final. Le reclamó con la mirada por aprisionarla, aunque su intención hubiese sido muy loable: protegerla. Pero durante esos minutos, padeció angustiada por Tobias primero, después por su esposo. Sin poder soltarse por más que luchase.

—Espero que no me guarde rencor, milady. Pero si usted sufría un rasguño, mi hermano no solo hubiese azotado a ese canalla con un bastón... —No fue necesaria más explicación.

—Él pudo. —Fue todo lo que dijo. No expresó que ella misma hubiese detenido al lobero de ser inevitable para salvar a Toby o a Edgar. Y que tampoco le hubiese temblado la mano para azotar al malnacido con el bastón. No fue necesario decirlo con todas sus letras. En la mirada de Norfolk se leía, que la consideraba capaz de eso y más—. Usted sabía, excelencia, que Edgar vencería. Gracias por dejarlo ganar. Ha derrotado a los demonios que lo atormentaban, ahora será

imparable.

—Siempre lo fue, solo necesitaba creérselo. Jamás dudé de mi hermano.

Laetitia corrió hasta su esposo, se alzó de puntillas y atrapó el rostro varonil salpicado de sudor entre sus manos. Moría por besarlo, pero se aguantó para observarlo a detalle.

—¿Te mordió? —Comenzó a deslizar sus dedos por los jirones de la tela de su abrigo. Encontró rasguños, rastros de sangre, nada profundo. Lo habría desnudado ahí mismo para cerciorarse de que ninguna herida fuese de cuidado, pero él la detuvo.

Tomó las manos temblorosas de la mujer y las besó con ternura.

—Tranquila, amor. Solo tengo rasguños.

—Bendito sea Dios. Te quiero mucho, Edgar. Te amo tanto.

—También yo, te adoro. Eres mi vida entera.

—No necesitas palabras para expresarlo, casi la pierdes por mí, por Toby.

—Tal vez mañana me dolerá todo el cuerpo, como si un carruaje me hubiese atropellado. Ese maldito perro pesa igual que un toro.

—No creo que lo mismo que un toro, pero sí se ve muy pesado y, sobre todo, fiero. Y lo has llevado a vivir a nuestro hogar. Apenas toleras a Toby, ¿cómo lidiarás con el monstruo? No creo que pueda domesticarlo, menos enseñarlo a mantener un metro de distancia.

La enlazó por la cintura y la alzó más para estrecharla con fuerza. El miedo a perderlos, a su hijo o a ella, si el perro los lastimaba, fue mayor que cualquier temor que arrastrara por años. La besó con desesperación, y después negó.

—Eso de que «apenas tolero a Toby» es cuestionable, le salvé la vida. Tendrá que reconocerme como el líder de la manada. Ese perro y yo ahora tenemos historia. He sangrado por él, no solo pretendo ganarme su respeto, espero recibir su cariño incondicional.

—Ese ya lo tienes.

—Y lo de la distancia ya no será necesario. He luchado con un lobero irlandés, yo... —Suspiró—. Me siento invencible.

Kilian soltó al perrito y caminó para recuperar su bastón. Los presentes comenzaron a dispersarse. Lo sucedido se comentaría en diversos círculos sociales durante semanas. Pero, todos admiraron a Normanby por el arrojo que mostró. Defendió a su esposa, le salvó la vida al falderito, rescató al lobero de los tratos inhumanos del hijo del conde de Leeds y le dio una lección de miedo a ese hombre que ya había salido indemne en varias ocasiones de sus fechorías en Londres. Thomas tenía una larga lista de ofensas en su haber. Así que nadie alzó la voz en su defensa.

Normanby cargó a Tobias que reclamaba atención y los tres se abrazaron. Los lametazos del perro fueron repartidos a partes iguales para la pareja.

—¿No temes que ese monstruo lastime a Toby ahora que vivirá en nuestra casa? —preguntó Laetitia.

—Si le llamas «monstruo» se comportará como uno. Recuerda como me reprendías cuando le decía «saco de pulgas» a Toby.

—De acuerdo, tienes razón. —Hizo un mohín, uno que Edgar besó—. ¿Cómo le llamaremos? Leeds no nos dio su nombre.

—Juntos buscaremos uno adecuado, creo que el viejo jefe de cuadras podrá ayudarnos a amansarlo. Siempre ha querido que tengamos un perro en la propiedad, desde que... Por respeto a mi pasado, se ha quedado con las ganas.

Volvieron a besarse con el amor recorriendo sus venas, incendiando sus cuerpos, dominando sus ideas y palpitando en sus corazones.

—Gracias por salvar a Tobias. Eres su héroe.

Él sonrió y casi llegó a sonrojarse. Se sentía tan bien ser el héroe en esos momentos; sobre todo, por la causa defendida y por el obstáculo que logró vencer.

—No te preocupes por Toby, tomaré medidas para que el acercamiento entre los perros sea paulatino y seguro.

—Hay algo que preciso compartirte ahora. No puedo aguardar un segundo más. —La percibió agitada, nerviosa, pero no se debía solo a lo que acababan de vivir—. La razón por la que la señorita Astor dejó Inglaterra y, por ende, cesaron sus amenazas tiene que ver conmigo. Cuando viajé a Latchmore Tower fue para ganar tiempo, hice averiguaciones para poder comprar su silencio y resultó que en su pasado guardaba secretos más sórdidos que haber sido timada por un canalla, como lo fui yo cuando caí en la trampa de la boda falsa y me entregué a Thomas —soltó de manera atropellada, quedándose sin aire. Necesitaba que nada empañara la absoluta confianza que sentía por su esposo—. Ella...

—¿Que hiciste qué? —inquirió sorprendido—. ¿Por eso se desapareció de la noche a la mañana? Mujer, eres temeraria. ¿Cómo lo conseguiste? ¿Por qué guardaste silencio al respecto?

—Ella tiene una gran cantidad de secretos bajo el tapete, los que no desea que salgan a la luz. Le ofrecí un trato. Si guarda silencio, lo hago también. Y, mis contactos en Londres pesan más que los suyos. Yo...

—Suficiente, ya no más. No voy a juzgarte, pero no dejas de sorprenderme. Ya entendí que no te quedarás cruzada de brazos mientras los problemas nos acechan. Esto tiene que parar. Debemos contarnos todo a partir de ahora. Thomas quería humillarme, escarbó y dio con mi historia sobre el miedo a los perros. Fue Corinne, me alegra que te hayas encargado de ella. —Terminó por reconocer—. El malnacido quería usar otra forma de venganza porque arruinar tu reputación estaba fuera de su alcance.

—¿Me contarás al fin cómo Norfolk obligó a Thomas a guardar silencio sobre nuestra indiscreción?

—Lo liberó aquella vez que lo tuvo cautivo, tras el duelo, porque ofreció silencio si Thomas y los suyos también callaban el daño que causó a tu reputación. Se portó despreciable en el duelo, no solo me atacó por la espalda, su comportamiento fue indecoroso, sin honor. La revelación entre caballeros de tal afrenta habría causado que las grandes familias hubiesen cerrado las puertas de sus casas para él, su hermano y su padre. Parecía un trato justo, pero fue más bien uno desesperado. Las autoridades estaban a punto de entrar a nuestro hogar y soltarlo fue la forma más rápida de librarnos de ellas.

—Suenas suficiente, pero no hasta hoy. No sé si a Thomas le siga importando su honor después de su penosa puesta en escena. Desde ahora su reputación estará tan arruinada que no

levantará cabeza.

—Leeds tenía deudas. Mi hermano las compró todas cuando entendió que nuestra reputación dependía de su silencio. Le debe una suma enorme a Desmond, una que no podrá saldar. Incluso la casa de Londres es propiedad de Norfolk. Pagan renta por usarla. Su esperanza es que el suegro de Thomas les ayude a liquidar sus deudas, pero no ha sucedido.

—Si esa deuda se cubre volveremos a estar en riesgo.

—Hasta ahora no lo han convencido. El hombre no es tan ingenuo como para dejar tal suma en sus manos. Mi hermano le escribió, le advirtió que Thomas es un canalla y le ofreció su apoyo para emparejar a Louise con un caballero de honor si algún día se divorcian. Solo les queda la finca familiar, pero no pueden echarla andar con las arcas vacías. Mi hermano es un estratega en el mundo de los negocios y la política, alguien muy previsor. Desde que nos casamos, Norfolk comenzó a comprar las deudas de Leeds. Sabía que tarde o temprano valdría la pena mantenerlo con la boca cerrada.

—¿Su excelencia se tomó tales molestias por nosotros?

—Es su forma de demostrar que su familia le importa. Él es así.

—Regresemos a casa —suplicó enterrando la cara en el pecho de Edgar. Se sentía agotada, tanto física como anímicamente.

—Vamos, los demás entenderán que necesitamos retirarnos temprano.

—Te amo, Edgar. —Alzó el rostro para mirarlo a los ojos—. Por favor, por favor, no necesito un salvador. Te lo agradezco muchísimo, pero no vuelvas a arriesgarte así, yo tenía la situación controlada. No podría vivir sin ti. Estaba lista para decirle a Balar: ¡Alto! ¡Detente! Y lo habría dicho con tal seguridad que él no hubiera tenido otra opción que obedecer.

—¿Balar? ¿Pretendes llamar así al perro?

—Es el nombre de un demonio irlandés. Tiene cara de...

—No, no. —Reforzó la negativa con un movimiento de cabeza—. Si le pones ese nombre empezamos con el pie izquierdo. Debemos elegir bien, uno que convine con una personalidad más sosegada, es hacia allá a donde nos dirigimos.

—¿Y qué insinúas? ¿Qué lo llamemos Santo, Ángel, Manso, Dulce palomita?

—No, por supuesto que no. Lo pensaremos cuando lo conozcamos mejor. ¿No te parece?

—No me dejas otra opción. No nos dejas otra opción —rectificó incluyendo a Tobias que hizo un tierno sonido que los obligó a sonreír.

—Tú te llamas Laetitia que significa «alegría, felicidad» —jugó recordándole una de las primeras conversaciones que sostuvieron—, y tienes un genio considerable —explicó arrugando el entrecejo, dudando de su supuesto—. Dime que me equivoco, ¿tu nombre no te inspira para ser más feliz?

—Cuando me conociste era bastante desdichada. Lo que me hizo ser feliz no fue mi nombre, fue darme cuenta de que la dicha estaba en mis manos, que no bastaban las buenas intenciones para tocar el cielo con la punta de los dedos. Tuve que ser más selectiva a la hora de entregar mi corazón.

—Pero te casaste conmigo porque tu padre no te dio otra opción. —A fuerzas quería ganar,

solo para no dar su brazo a torcer. Seguía creyendo que un buen nombre era importante.

—Quizás, pero enamorarme de ti fue mi completa decisión. Y lo hice poco a poco, cuando fui conociendo la nobleza de tu alma. Eres un buen hombre, Edgar, gracias por elegirme también.

—En mi caso no fue una elección consciente... Caí rendido, no tuve escapatoria. Me fui enamorando, pero cuando sentí esa emoción reverberando en mi pecho, fue mi decisión aferrarme a ella, atarme a ti, desear con toda mi existencia hacerte feliz por encima de cualquier reminiscencia del pasado, que amenazara con enturbiar nuestro presente, nuestro matrimonio. Eres mi esposa, mi familia, mi amor. Te adoro, tú me rescataste del abismo que amenazaba con tragarme. Me convenciste con tu perseverancia de que la dicha la tenía delante de mis ojos y que solo de mí dependía entregarme a ella por completo.

—No todo será un sendero de pétalos de rosas, habrá obstáculos...

—Y ya sabemos que juntos podremos vencerlos. Unidos, como un matrimonio que se ama, como una familia. Quiero tener este hijo contigo y todos los que desees darme.

Ella inhaló conmovida, también quería tener a su criatura en sus brazos, verlo crecer.

—No te prometo una descendencia tan larga como la que tienen mis padres, porque deseo hacer con mi vida algo más que procrear. Pero si Dios me bendice, podremos tener tres o cuatro y después buscaremos la forma de cuidarnos. Hay tantos planes que tengo para nuestro futuro.

—Yo tengo un propósito importante para nuestro futuro inmediato. —Se acercó a su oído y le describió con detalle cómo la amaría en cuanto llegaran a casa y se encerrarán en la habitación.

—Es usted muy pícaro, su señoría. —Le regaló una mirada seductora—. ¿Cómo se atreve a susurrar esas obscenidades delante de una inocente criatura? —bromeó refiriéndose a Toby.

—Por eso te hablé al oído. Toby tendrá que dormir hoy en la habitación del otro lado.

—Mejor le pedimos a Eloise que se ocupe de él. Tomemos un baño, déjame cuidar tus heridas. Demos gracias por tenernos y pidamos al cielo que sea para siempre.

Se abrazaron con amor, un inmenso amor.

Epílogo

Londres, 1 de abril de 1869

Al arribar a Primrose Palace, Laetitia admiró la propiedad.

—Oh, por Dios, el hogar de tu hermano jamás deja de sorprenderme. Si Normanby House ya me parece enorme, juro que aquí sí podría perderme —alegó Laetitia al bajar del carruaje en la residencia londinense de Norfolk.

—No seas modesta, tu padre tiene un ducado. —Edgar enarcó una ceja—. Creciste rodeada de lujos y propiedades de estilo similar.

—No es solo modestia. Mi padre lo tiene, pero Norfolk es el duque de los duques. —Hizo un guiño cómplice.

—No hagamos esperar a «su excelencia» —añadió con sarcasmo—. No abre las puertas de su residencia desde que enviudó. Es todo un acontecimiento. —Le imprimió un toque ceremonial a su argumento—. Quizás el hermético y huraño aristócrata se está ablandando.

—Uhm —protestó ella—. No se considera «abrir las puertas» si los invitados son solo damas muy cercanas, su primo y su hermano. Más bien ha accedido a las demandas de Marybeth para que sus hijas tengan un día especial.

—Pronto el nuestro estará corriendo con sus primos. —Le acarició la panza que seguía tan plana como antes de engendrar vida.

—Espero que se parezca a ti, que herede tus ojos, tus hoyuelos. Un pequeño Edgar a quien llenar de tanto cariño. Serás un padre amoroso.

—Mi hermano tenía razón, no importa si será varón o mujercita, desde que me diste la noticia, los días se me hacen eternos. Anhele tenerlo en mis brazos, conocer si heredará tu color de cabello o mi mirada. Lo único que pido al cielo es que nazca con salud y que tú, esposa mía, no tengas un parto complicado. —La acercó más, rodeándola en un abrazo protector.

—Todo estará bien, tanto que querremos repetir —susurró para tranquilizarlo.

—¿Les decimos a los demás? Se pondrán eufóricos de alegría —Normanby no podía aguardar, estaba tan feliz que ya deseaba que familiares y amigos compartieran su enorme dicha.

—No, aún no. Hasta que rebasemos los cuatro meses daremos la noticia. Es lo más recomendable. Tendremos la seguridad de que está bien arraigado en mi vientre.

—El médico ha dicho que el embarazo va perfecto —insistió. Jamás guardó por tanto tiempo un secreto de Marybeth y su primo, pero si les decía no podrían ocultarlo de Isabelle y Annalise, y esta de Jacob, y este de los Bloodworth. Sería un secreto a voces. Decidieron que salvo Norfolk, los demás lo sabrían al mismo tiempo.

—Además, hoy es el Día de los Inocentes, pensarán que estamos bromeando.

El mayordomo los recibió con su acostumbrada pomposidad. Como iban acompañados de Tobias, miró de reojo desde su inconmensurable altura al diminuto cuadrúpedo que caminaba con orgullo al lado de sus amos. Como sirviente antiguo de la familia, ver llegar al marqués de Normanby con correa en mano, de cuyo extremo estaba atado un perro, era un acontecimiento

que jamás esperó presenciar.

Los condujo hasta un salón que reflejaba el lujo y la elegancia de la propiedad, una de las más fascinantes de Londres. Los ornatos más sofisticados decoraban la estancia. Cortinas de seda y terciopelo de colores pasteles vestían los amplios ventanales blancos que ofrecían unas vistas increíbles hacia el jardín de un lado, y del otro hacia el invernadero que estaba adosado a la casa.

En mayo cuando las peonías y las rosas abrieran sus pétalos sería todo un espectáculo. Por lo pronto, las primulas, a las que el palacio debía su nombre, sumergían el ambiente en un colorido que dejaba sin aliento.

En el aire se podía oler los suaves aromas de las maderas: palisandro, caoba, nogal; mezclados con el olor de los arreglos de rosas de invernadero que decoraban los floreros y las confituras de jugosas fresas que reposaban sobre las mesas.

Algunas de las damas estaban sentadas en los dos enormes y mullidos sofás que destacaban como piezas centrales. Entre estos, una mesa con un servicio de té completo aguardaba. Las otras concurrentes estaban dispersas por el salón, contemplando a las niñeras que cuidaban a sus hijos.

—Agradezco que hayan accedido a mi invitación —comunicó Marybeth, quien tomó el papel de anfitriona, a pedido de su sobrino Norfolk. Las fiestas del té eran su especialidad, y esta era para las criaturas del selecto grupo que afianzó los lazos durante el paso del tiempo, ya fuera por vínculos familiares, enlaces matrimoniales o amistades tan sólidas como rocas.

—Ha sido una idea estupenda, milady —contestó Elizabeth, quien estaba sentada al lado de Angelina, Rose y Daisy. Las cuatro compartieron miradas llenas de afecto hacia sus pequeños.

Laetitia se acomodó al lado de Isabelle. Annalise seguía en casa aguardando el nacimiento de su primer hijo, ya faltaba menos para sostener a su bebé en brazos. El nacimiento sería en Londres, pues el 4 de abril su esposo remaría en el Támesis, dispuesto a defender el título de Oxford en la regata entre las magnas universidades. Todos asistirían a apoyar a Jacob Peasly.

—Espero que ya estés tranquila —le dijo Belle a Laetitia tomándole la mano—. ¿Hablaste con Edgar? ¿Le contaste cómo se libraron de las amenazas de la señorita Astor?

—Sí. —Miró en dirección al aludido, que conversaba con Kilian, los únicos caballeros que asistieron. Se solidarizaron con el duque para no dejarlo solo entre tantas mujeres y niños. Lady Abbott venía con toda la artillería lista para convencer a Norfolk de que debía tomar una esposa—. Y siento un alivio inmenso. Ya no hay secretos entre nosotros.

—Me alegro muchísimo. —Le palmeó el dorso de la mano, sonriente.

La anfitriona comenzó a servir el té para las damas, los pequeños disfrutaban de igual deleite en unas mesas más bajas dispuestas cercanas al amplio ventanal.

Cuando tocó el turno de ofrecerle unos emparedados de salmón, Laetitia no pudo disimular con el gesto. Las náuseas que le provocaban el olor, ni qué decir del sabor. Ella amaba el salmón, pero fue lo primero que repelió su cuerpo.

—No, gracias. Prefiero los *scones*. —Trató de rechazar el ofrecimiento de modo educado, pero a ninguna le pasó inadvertido su esfuerzo.

—¿Tienes ascos? —preguntó Marybeth, mientras su rostro se iluminaba—. ¿Has consultado al doctor Emerson? ¿Cabe la posibilidad de que estés...?

Marybeth era discreta, pero la emoción ante la probabilidad de que Edgar fuese padre la

conmocionó por completo, y olvidó toda prudencia.

—Está confirmado —comenzó Laetitia, pero no dio más detalles.

Lady Abbott, desconfiada, porque ese particular día ya le habían hecho varias bromas no la dejó terminar.

—Oh, querida, Normanby y tú han llegado listos a jugarnos una broma. —Rio convencida de su supuesto.

—Le dije a Normanby que esperáramos antes de dar la noticia. Además, nadie nos creería por lo que se celebra este día. El doctor Emerson reafirmó que parece ser que estoy esperando un hijo, he tenido tres faltas. —Sus mejillas se pusieron tan rojas como la mermelada de fresa de los pasteles que reposaban en frente.

—En cambio yo sí te creo, tienes cara de futura mamá primeriza —chilló Marybeth muy contenta. Sin necesitar más seguridad, saltó de su asiento en dirección a su sobrino para felicitarlo.

—¡Oh, por Dios! —largó lady Abbott al comprender que era verdad—. También debo felicitar al futuro padre. ¡Normanby será padre! ¿Puede ir mejor esta temporada?

Las damas de más edad fueron al encuentro del marqués, y sin darle tiempo a dar la noticia, pusieron al tanto a Sadice.

Las que se quedaron en los amplios sofás degustando el té, felicitaron con afecto a Laetitia. Cuando los ánimos de la feliz noticia se aplacaron, continuaron departiendo sobre las últimas novedades.

—¿Cómo te las arreglas sin el mayordomo y tu doncella personal? —preguntó Isabelle. Barnes y Eloise se casaron en una boda discreta hacía dos días.

—El ama de llaves y el segundo mayordomo se encargan de que la propiedad no los eche en falta —contestó Laetitia—. Ahora serán señor y señora Barnes. —Sonrió—. Merecían una luna de miel decente, y Edgar insistió en darles el regalo. Casi tenemos que obligar a Barnes para aceptar, estaba muy conmovido. Eloise está acostumbrada a mis muestras de afecto.

—Dios los colme de bendiciones, son buenas personas —agregó Isabelle.

—¿Se enteraron? Aparecieron unos diamantes en el fondo de la fuente de los Weimar y no les pertenecen a los duques —intervino Rose sacándolas del tema, Angelina a su lado asintió para darle veracidad a su comentario.

—¿Unos diamantes? —Laetitia casi se atraganta con su propia saliva.

—¿Cuánto tiempo llevarían allí? —se preguntó en voz alta Angelina—. No saben de la cantidad de teorías que hemos desarrollado al respecto. La fuente se limpia regularmente.

—¿Cómo se dieron cuenta? —preguntó Daisy, la hermana de Rose.

—Por el brillo que se reflejaba en la superficie del agua cuando los rayos del sol iluminaban la fuente —respondió la dueña de Weimar House, con el rostro surcado por la curiosidad ante tal hallazgo.

—¿Pertenece a los antepasados de tu esposo? —indagó Elizabeth.

—Tienen el sello de una famosa joyería, y todo parece indicar que son de reciente elaboración. No solo están a la moda, casi no tienen evidencias del paso del tiempo —continuó

Angelina.

—Entonces alguien los dejó allí tras la última velada. Qué extraño —opinó Daisy.

—Yo las lancé a la fuente. Tuve un desacuerdo con la señorita Astor y... Discúlpame, Angelina —contó Laetitia a grandes rasgos lo que podía revelar sobre esa historia, tomando en cuenta lo que ellas ya sabían.

—Nosotros no podemos quedarnos con esas joyas. Sería como robar, más ahora conociendo el origen. ¿Hay alguna posibilidad de...? —Por discreción no terminó su propuesta de regresarlas a la última persona que pagó por ellas.

—Hablaré con Edgar al respecto.

—¿Puedo enviarlas a tu casa? —preguntó la duquesa.

El rostro de Laetitia se descompuso, ni por todo el oro del mundo quería volver a tener esos diamantes en su poder. Las damas lo notaron.

—Como saben, tengo una biblioteca donde enseñamos a leer a niños que no pueden permitirse una educación —comentó Isabelle—. A veces llegan con frío, con el estómago vacío. Y...

La seriedad desfiló por el rostro de las elegantes damas, aunque vivían en la opulencia para ninguna pasaba desapercibido que muchos en todo el reino sufrían penurias. Rose posó su mano en la de Isabelle, para ella era siempre más importante ayudar que llenarse de joyas y vestidos lujosos. Sabían, aunque la vizcondesa era discreta, que se despojaba a continuo de sus bienes para dar desayuno y abrigo a muchos de los niños y los jóvenes que acudían con el sueño de aprender a leer y a escribir. Les enseñaba a aspirar a un futuro mejor, y a su vez, los dotaba de conocimientos. También disfrutaban de las aventuras que se relataban en las páginas de los libros.

—Si Laetitia da esos diamantes, yo ofrezco un juego a la altura hecho de perlas y zafiros. Podríamos establecer una fecha, convocar a otras damas de la sociedad. Ayudemos a tus niños, Isabelle —propuso Rose.

—Cuenten también conmigo —opinó Angelina.

—Estoy con ustedes —alegó Daisy, de hecho ya colaboraba con Isabelle desde que había iniciado. Ambas compartían el amor por la lectura.

—Yo no me quedaré atrás. A Evander —dijo para referirse a su esposo, hermano de Isabelle—, le encantará la idea.

—Sin mi hermano —apuntó Belle—, mi proyecto no sería lo que hoy es. Anna seguro también se sumará, y Marybeth, lady Abbott.

—Lograremos el éxito, un rotundo éxito —apoyó Laetitia—. Tengo muchas ideas que compartir para que lo recaudado se multiplique. Iré a hablar ahora mismo con Edgar, creo que también se unirá a nosotras. La idea será de su agrado.

—Antes acompáñame —le pidió Rose—. ¿Recuerdas cuando me preguntaste la identidad de quien me contó los secretos de la señorita Astor?

—Sí —contestó interesada.

—¿Alguien ha visto a Grace? —preguntó de pronto Rose por su prima—. Llegamos casi a

la par, y hace buen rato que no la encuentro. Este proyecto la fascinará por completo, tiene un corazón bondadoso por los niños.

—Pregúntale a lady Abbott, la vi hablando con ella —contestó Daisy.

Laetitia y Rose se pusieron de pie y al compás de sus enormes faldas caminaron para buscar a la prima de la segunda.

—Ella no quería decirte, menos desea tu agradecimiento; pero me ha liberado de mantenerlo en el más absoluto secretismo. Solo no podrá revelar la fuente de cómo accedió a tan delicada información.

—¿Fue Grace? Entiendo que no desea agradecimiento; sin embargo, me ha hecho un favor enorme y me gustaría retribuirle con creces.

—Lo sé, por eso decidimos ella y yo que te lo diríamos; pero no la encuentro desde hace rato. ¿Se habrá marchado? —Miró hacia las mesas donde se divertían los niños—. No veo a la hija mayor de Norfolk, ¿será que la ha acompañado al invernadero o a otra área de la casa? Desde que Grace nos ayudó a cuidar de las hijas del duque, durante esos días terribles en que Normanby estuvo herido y todos estábamos acuartelados como en época de guerra, se encariñó con las criaturas de su excelencia. Grace no tiene hijos y con ese esposo tan... —No quiso decir viejo y malvado, se calló por prudencia—. Como sea, ha estrechado sus relaciones con las pequeñas. Creo que les hace bien a todas, a las niñas que extrañan a su madre y a mi prima que sufre en silencio porque los años no perdonan y al parecer no podrá tener la dicha de la maternidad.

—Eso no es justo. ¿Por qué la obligaron a casarse con un hombre mayor? —A Laetitia se le rompió el corazón en solidaridad con la condesa de Worcester—. No solo ha tenido que renunciar a la maternidad, también a la posibilidad de enamorarse. Porque... —No pudo continuar—. Perdóname por ser tan indiscreta. No debí.

—No te calles, no delante de mí. Mis hermanos y yo estamos del lado de Grace, no descansaremos hasta que ese matrimonio sea anulado. Mi prima tiene derecho a ser feliz.

—¿Y han encontrado un motivo lo suficientemente poderoso para conseguir la anulación?

—Estamos trabajando en ello, el problema es que mi tío nos pone la tarea algo difícil. —Se refirió a Ferdinand Peasly, padre de Grace.

—Cuenta con mi apoyo y el de Edgar, Grace nos ha brindado una ayuda invaluable. Haremos todo lo que esté en nuestro alcance para que ella también sea feliz.

—Gracias, querida Letty. Sé que podemos contar con ustedes. Ahora volvamos con las demás, Grace aparecerá cuando tenga que ser.

La visita a Primrose House fue entretenida. Una ventana al futuro de cómo serían sus vidas con la llegada del primer hijo y de los que le seguían.

Sentados sobre la alfombra persa de la habitación, hacían planes para cuando el primogénito llegara. La chimenea estaba encendida, pero con un fuego muy tenue, la noche primaveral tenía una temperatura agradable. A los pies de ambos, robándose buena parte de la alfombra estaba el lobero irlandés, y encima de este, manteniendo un gran equilibrio reposaba

Toby.

Los perros dormían desperdigados en la alcoba casi todas las noches, o en el dormitorio contiguo —donde tenían cómodas camas—, o afuera de los aposentos. Intentaron que el lobero viajara a las tierras del emblema familiar, para que tuviese más espacio y cuidara a los animales de pastoreo; pero bastaron unos días para enamorarse también de él. Y decidieron que solo iría a Hampshire cuando pudiesen ir todos juntos, al finalizar la temporada.

—Es hermoso Niall, me gusta su nombre y más su significado —comentó Edgar—. Hiciste una buena elección. Tobias tendrá guardián y compañero. Me hubiese encantado llevarlo a casa de Norfolk hoy, pero los pequeños aún le temen. Habrá que trabajar en eso. Lo adorarán con el tiempo.

—Parece mentira que días atrás Niall quería devorar a Tobias y a nosotros como segundo bocado, y ahora deja que se le trepe en el lomo. Pensé que sería más difícil reeducarlo —analizó en voz alta la marquesa.

—No sé cómo lo logras —reflexionó Edgar y le acarició el brazo a lo largo—, has convencido a un enorme lobero de que tú y solo tú eres la jefa de esta manada. Me sorprende su obediencia y la confianza con la que se echa a tus pies.

—Quizás nunca se sintió en un verdadero hogar. Niall se siente protegido con nosotros. Y, por supuesto, que el líder de la manada eres tú. Jamás te quitaría tal privilegio. —Soltó una risa coqueta, preludio de la noche de pasión que tendrían.

—Mientes, pero haré como que te creo. Jugaré a que tengo el control.

—Uhm, lo tienes. Ellos te aman y me sorprende lo bien que se llevan contigo. Me gustaría añadir un nuevo perro a la familia antes de que nazca nuestro bebé. ¿De qué raza era el que tuviste de niño? Ese que lloraste tanto, cuando tu padre te lo quitó. ¿No te gustaría reencontrarte con un cachorro de esa raza? ¿O quizás rescatar a alguno ya adulto, que no tenga una buena vida? Podría tener una segunda oportunidad como Niall.

—Es muy difícil. —Exhaló con nostalgia—. Siempre me pregunté por qué aquellos loberos irlandeses atacaron a mi cachorro y por consiguiente a mí. Esos perros cuidaban el ganado del vecino. ¿Sabes de qué los protegían?

—¿Lobos? —respondió con otra pregunta, era a lo que se dedicaban principalmente esa raza.

—De hecho, esos perros viajaban con el amo y llegaban en épocas específicas del año. —Otro suspiro—. Los entrenaron para cuidar al ganado de depredadores, aunque ya casi no había lobos por la zona. Salvo uno...

—¿Qué quieres decir?

—Mi cachorro era un lobo.

—Pero Norfolk me dijo que era un perrito.

—Quizá no lo recuerda con exactitud, lo bloqueó o no quiso reconocerlo. Lo trajeron de Escocia, quedó huérfano cuando cazaron a su madre. Mi padre creyó que Norfolk y yo podríamos criarlo. Se lamentó por tal idea toda su vida. No sabía que al intentar rescatarlo, provocaría que esos perros nos atacaran a ambos. Ellos solo obedecían a su instinto.

—Pobre lobezno, supongo que no habrá entendido por qué lo separaron de ti. Pero tú, mi

amado Edgar, fuiste su héroe con cuatro años. Eso nadie podrá quitártelo jamás. —Le tomó la mano y la puso con delicadeza sobre su pecho, justo encima del corazón—. Como tampoco podrán sacarte nunca de mi alma. Me siento tan orgullosa del hombre que me ama.

—En eso último te equivocas, permíteme corregirte.

Ella lo miró inusitada, sabía que jugaba, después de todo era el Día de los Inocentes.

—Ahora me dirás que ya no me quieres... ¿Y te reirás de mí si pongo cara de cachorro malherido? He mejorado en mi juicio. Puedo ver lo que sientes por mí. —Aunque estaba convencida de que jugaba, tembló. No le gustaba que bromeara con algo tan delicado.

—No te amo así como lo estás diciendo, hasta me ofendes al pronunciarlo —sentenció muy serio.

Ella enarcó una ceja, si él se reía después de aquellas palabras tan feas iba a darle una lección.

—¿Disfrutas de portarte así como un desalmado? —Remató su frase regañona con un mohín de disgusto.

—Es que si vas a hablar de mi amor, hazlo con propiedad, no como si tal cosa o me sentiré ofendido, gravemente ofendido.

—Alguien dormirá fuera del dormitorio esta noche. —Cruzó los brazos. Enfurruñada, ¿hasta dónde alargaría ese jueguito de mal gusto?

—Oh, sí. Tobias y Niall. Sus padres tienen que tratar asuntos de adultos.

—Así con lo delicado que estás, jugando bromas pesadas, terminarás haciéndole compañía a los perros.

—Si vas a hablar de mi amor por ti, debes ser específica y exacta al referirte a la cantidad de afecto. No solo «te amo» —discutió simulando estar ofendido—, sino que te amo loca, absoluta y perdidamente. —La encerró entre sus brazos y la besó en los labios, mientras ella sonreía por su picardía—. ¿Y tú, mi bien? ¿Sientes lo mismo?

—Te amo, como al sol y a la luna, como al aire que respiro. Te adoro, te admiro, te venero. Eres un alma valerosa. Arriesgaste todo para tener un lugar reservado en mi corazón.

Con voz de mando, el marqués les dijo a los canes que ya era hora de irse a sus respectivas camas, cerró la puerta después, tomó a su esposa en sus brazos y caminó con ella hacia el lecho.

Su racha de mala fortuna había concluido, terminó cuando la conoció y poco a poco fue abriéndole el alma. Justo al mismo tiempo, que ella lo dejó entrar en la suya. Ahora se tenían para amarse, contenerse y procurarse un destino lleno de luz.

Nota de la autora

En 1870 fue reconocida la raza a la que pertenece el personaje Tobias, como Yorkshire Terrier. Cariñosamente se conoce también como Yorkie. Recrear este personaje e investigar sobre los orígenes de la raza fue la cereza del pastel, del proceso de documentación para el libro.

Imagino, en mi mundo de ficción, que Laetitia, Edgar y sus hijos tuvieron muchos yorkies más, —así como loberos irlandeses— y contribuyeron al mantenimiento de estos animales y sus

sucesores a través del tiempo. Y de igual modo, soñaré con que le abrieron las puertas de su casa a cuanto perrito sin hogar encontraron en su camino.

Muchísimas gracias por leerme. No te pierdas la historia que sigue en la Serie Romances Victorianos.

Próximamente



Serie Romances Victorianos VII

Una oveja descarriada para Norfolk

¿Puede la llama de la pasión derretir el gélido corazón de un duque?

Desmond Howard, duque de Norfolk, tiene cinco hijas pequeñas que cuidar, la responsabilidad de ser cabeza de familia, y un compromiso de lealtad absoluta con la Corona. No tiene heredero, pero no le preocupa, está preparando al siguiente en la línea sucesoria. Su vida ya está hecha y lo último que desea es complicársela todavía más.

Sin embargo, cuando la reina se entera de que su duque favorito se ha resignado a la viudez y que descarta por completo contraer nupcias para engendrar un heredero, desaprueba su resolución. No lo enfrentará en persona para hacerlo cambiar de opinión, sabe que la astucia es su mejor arma. Así que elige citar a la afamada matrona, lady Abbott, y darle la real encomienda de emparejarlo antes de que termine la temporada. Si no lo consigue, la casamentera más brillante de Londres estará en problemas.

¿Dónde encontrará a una dama, capaz de despertar el instinto cazador del león dormido de Norfolk?

Mile Bluett

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best seller* por los que se siente más agradecida son El corazón del duque, La pasión del marqués y Amor Sublime. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastian Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon:

<http://relinks.me/MilePDBluett>

Página web:

www.milebluett.com

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

Agradecimientos

«En este hermoso camino de letras, todo apoyo suma, toda mano amiga es necesaria, por eso jamás me cansaré de agradecer».

Este texto podría ser eterno, porque mi corazón agradece inmensamente a todas mis lectoras, a las que me leen, me reseñan y comparten lo que piensan acerca de mis libros; no obstante, trataré de no extenderme. Gracias, bellísimas, por darle una oportunidad a mis novelas. Cada vez que comparten cuánto disfrutaron, rieron, sufrieron, se enamoraron o se enfadaron con cada historia, lo recibo llena de ilusión.

El camino de la Serie Romances Victorianos ha sido largo, cada vez se acerca más el final y será duro despedirme, pero hay otros proyectos pidiendo ver la luz.

Gracias a todas las que me han acompañado hasta aquí, a los blogs que difunden en las diversas redes sociales. Sin su apoyo mi libro no traspasaría fronteras.

Gracias, querida Hilda Rojas Correa por ayudarme a expresar lo que deseo en las portadas de mis libros, ya casi lees mi mente. También te agradezco por la diagramación en papel y tus oportunos consejos muy apreciados por mí.

A mis queridas cómplices de letras, agradezco mucho tenerlas en mi vida y compartir el amor por los libros. Gracias por la paciencia y el entusiasmo con que leen mis escritos antes de que salgan a la luz.

A mi familia, mi inmenso amor y agradecimiento.